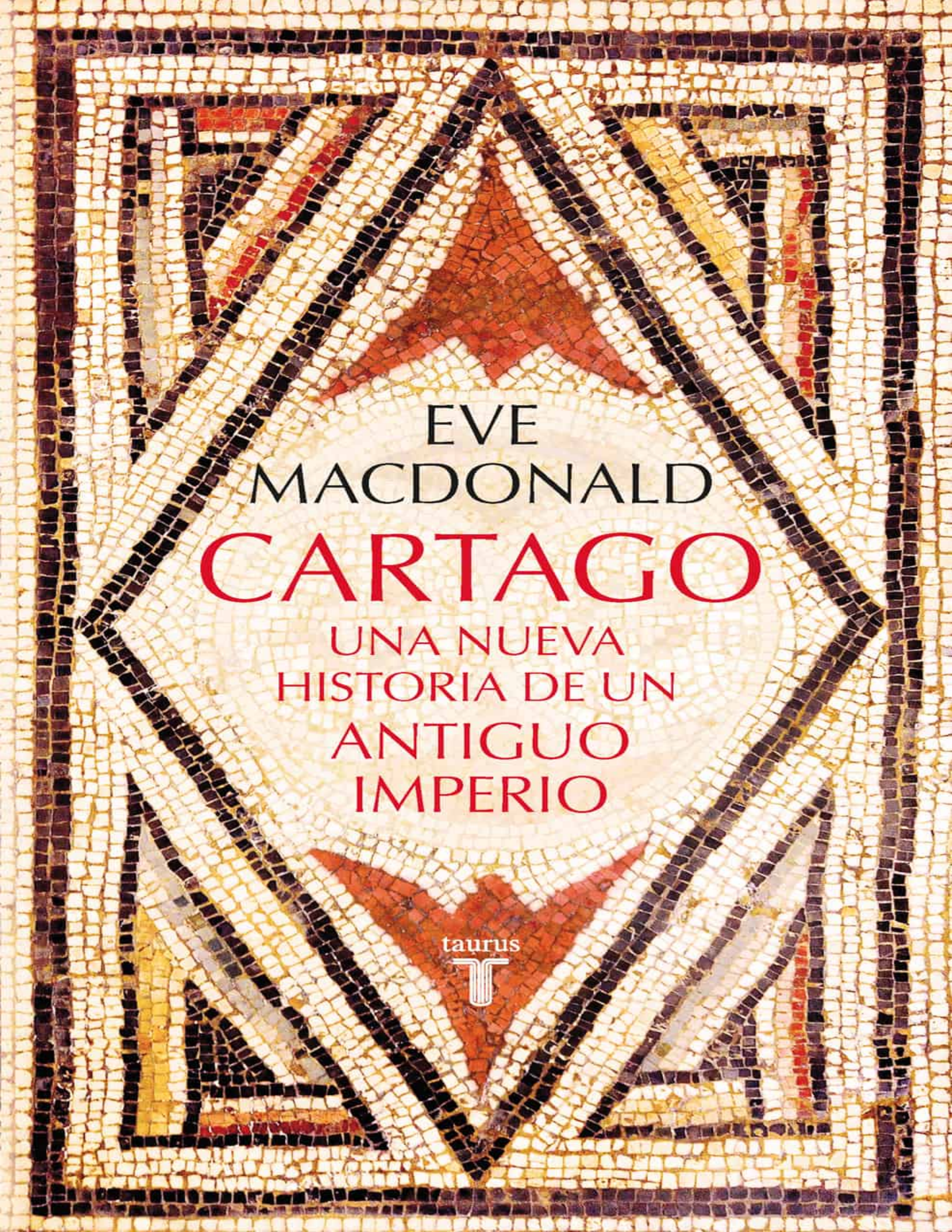

EVE
MACDONALD
CARTAGO
UNA NUEVA
HISTORIA DE UN
ANTIGUO
IMPERIO
taurus

Eve MacDonald

Cartago

Una nueva historia de un antiguo imperio

Traducción de Abraham Gragera

taurus

INTRODUCCIÓN

LA PIRA ARDIENTE

La ciudad está en llamas, presa de un incendio que han provocado los romanos tras tres largos años de asedio. Los últimos supervivientes se refugian en la gran ciudadela, conocida como la colina de Birsa. Entre estos pocos desesperados se encuentra la esposa del comandante de Cartago. Desconocemos su nombre, pero sabemos que su marido era Asdrúbal y que los dos hijos del matrimonio se encontraban con ella. Vestida con sus mejores galas, contempla desde las murallas la carnicería que tiene lugar a sus pies. Ve cómo arde su hermosa ciudad: estampas de un caos, una muerte y un sufrimiento inimaginables. Es testigo del fin de Cartago, de los últimos momentos de la ciudad, en el año 146 a. e. c. Durante seis días y seis noches, los soldados romanos han combatido y matado, abriéndose camino desde los puertos, a través del mercado, calle por calle, enfrentándose a la resistencia de la población local, hasta alcanzar la cima de la colina. Una resistencia tan feroz que los romanos han tenido que recurrir a un servicio de limpieza cuya única tarea ha consistido en apartar los cadáveres para que pudieran pasar los refuerzos que llegaban en masa. La infantería, armada hasta los dientes, los célebres legionarios, han sido implacables en su destrucción. De pronto, la esposa de Asdrúbal divisa desde la ciudadela al comandante romano, Escipión Emiliano,

nieto adoptivo del famoso Escipión el Africano, el general que derrotó a Aníbal. Mira con más atención y ve a su marido, Asdrúbal, rendirse ante Escipión, arrodillarse a sus pies.

La esposa de Asdrúbal se dirige entonces al general romano desde las murallas y, según cita un historiador posterior llamado Apiano, le dice: «No tienen los dioses por tu causa, romano, motivo alguno para indignarse, pues ejerces el derecho de la guerra». Con estas palabras absuelve a sus enemigos de la destrucción de su ciudad. Mientras le habla al invasor, fija la mirada en su marido, que no obtiene tal absolución: «Que los dioses de Cartago se venguen de este Asdrúbal, que ha traicionado a su patria y a sus templos, que me ha traicionado a mí y a sus hijos, y que tú, romano, seas su instrumento». Porque la traición de Asdrúbal es tanto pública, en su papel de magistrado supremo y defensor de Cartago, como personal, en tanto que marido que ha fallado en el cumplimiento de sus deberes. Asdrúbal ha renegado de sus juramentos a la ciudad y a sus dioses, y ha abandonado a su mujer y a sus hijos a su suerte. Ella lo llama miserable y traidor, y se burla de su futuro inmediato, el de convertirse en «adorno de un triunfo romano» cuando lo paseen por las calles de Roma como trofeo de guerra. Después lo acusa de ser «el más afeminado de los hombres» y de haber abandonado a su familia para que fuera pasto de las llamas. Tras estas palabras, las últimas pronunciadas por un cartaginés, se vuelve y mata a sus propios y aterrorizados hijos arrojándolos al fuego, para, acto seguido, lanzarse tras ellos. El fin de Cartago adviene con esta declaración definitiva de muerte antes que esclavitud, de suicidio antes que dejarse capturar.

Pero ¿qué fue Cartago y quiénes eran los cartagineses? ¿Por qué los romanos los destruyeron con tanta saña? Estas preguntas no han dejado de cautivarme desde que pisé por primera vez el lugar donde un día se alzó la antigua Cartago, cerca de la moderna ciudad de Túnez, en el país del mismo nombre. La belleza de aquel sitio me hechizó, junto con los persistentes recuerdos que lo pueblan y la multitud de rostros que pululaban por sus calles. Durante seiscientos años, Cartago fue una presencia dominante en la historia del mundo antiguo, una potencia fundamental del Mediterráneo occidental, pero su importancia fue barrida del mapa por los romanos durante los siglos posteriores a su conquista. En este libro me he propuesto explorar la ciudad y la vida de sus habitantes a lo largo de su larga y gloriosa andadura, sacando a la luz sus historias reales, tras dos milenios marcados por el relato que urdieron sus conquistadores. Descubriremos una civilización fundamental en el Mediterráneo antiguo, cuyo legado cultural todavía puede sentirse en toda la costa norteafricana, Portugal y España, la Italia continental y las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega.

Tratar de responder a estas preguntas —quiénes eran los cartagineses y qué fue Cartago— plantea varios retos. Nos las vemos con una historia fragmentada, distorsionada y reconfigurada, un rompecabezas al que le faltan piezas clave. Las últimas líneas de la sobrecogedora escena que nos describe Apiano sintetizan bien el problema al que nos enfrentamos. Gran parte de lo que sabemos de los cartagineses nos ha llegado a través de una lente pulida por sus enemigos. Así, la esposa de Asdrúbal condena a su marido para la posteridad y, con él, a todos los hombres cartagineses, acusándolo de afeminamiento, el peor de los insultos para la mentalidad viril de

romanos y griegos. El cartaginés Asdrúbal no se comporta como un hombre: está dispuesto a sufrir la humillación, incluso la esclavitud, antes que proteger a su familia, su ciudad y sus dioses, o quitarse la vida. No así su valiente esposa, cuyo acto final, el de arrojarse junto con sus hijos a una pira funeraria —por más que la escena entera sea, seguramente, una invención de los romanos—, despierta la admiración de Apiano, que resume aquel trágico acto con la frase: «Así murió la esposa de Asdrúbal, aquel fue su final, un final que habría sido, sin duda, más apropiado para su marido». Incluso esta célebre historia tiene, en las narraciones tradicionales, un sesgo romano.[1] Con este libro, pues, pretendo cuestionar las fuentes romanas y basarme en nuevas pruebas arqueológicas para dibujar una Cartago mucho más rica en matices.

La dramática historia del ascenso y la caída de Cartago ha fascinado a la gente durante milenios. Los relatos de Dido y Aníbal, los de la abundante riqueza de la ciudad, los de la guerra total y los de su trágico fin, conforman una narración apasionante. Solo ahora podemos entrelazarlos para tejer un renovado tapiz que incluye datos novedosos y una comprensión más profunda de los hechos, gracias a los avances arqueológicos que se han producido en los últimos veinte años. Los nuevos análisis de ADN y de isótopos estables en los restos humanos hallados en las fosas comunes del yacimiento de Hímera, en Sicilia, nos dan pistas sobre los orígenes de las personas enterradas allí. Arqueólogos de Túnez y de Países Bajos, sirviéndose de la datación por radiocarbono a partir de muestras obtenidas en excavaciones realizadas a gran profundidad en el área donde se alzaba Cartago, han confirmado que la fundación de la ciudad se produjo en el siglo IX a. e. c. Los estudios,

excavaciones e investigaciones que se llevan actualmente a cabo en todo el Mediterráneo han comenzado a sentar las bases de la verdadera historia de Cartago, una historia que nos lleva más allá de Roma y que se sustenta en el avance tecnológico, las innovaciones industriales y la multiculturalidad de su población. Ahora podemos ofrecer nuevas perspectivas sobre la ciudad y su lugar en el mundo.

En su apogeo, en el siglo III a. e. c., Cartago era una cultura tecnológicamente avanzada y una ciudad con una población de alrededor de doscientos cincuenta mil habitantes, aunque es probable que esta cifra sea exagerada. Su ubicación geográfica era perfecta: en la costa norte de África, con conexiones al este y al oeste del Mediterráneo, al norte con Europa y al sur con el continente africano (véase mapa de la Introducción). La ciudad se fundó sobre terrenos agrícolas ricos, abundantes en recursos naturales, que los cartagineses explotaron al máximo. De hecho, la única obra literaria cartaginesa que los romanos conservaron tras la destrucción de la ciudad fue la de un hombre llamado Magón, que escribió sobre técnicas agrícolas innovadoras, sobre cómo cultivar las mejores viñas y qué especies de plantas prosperaban en aquellas tierras. Tan avanzada era la tecnología agrícola, y tan rica Cartago como nudo que lo conectaba prácticamente todo, que hasta que no conquistaron la ciudad los romanos no se convirtieron por fin en los dueños del Mediterráneo. Muchos sostendrían —entre ellos, seguro, los antiguos súbditos de Roma— que sin Cartago no habría habido Imperio romano.

A los habitantes de Cartago y a la cultura que allí se desarrolló se los suele denominar «púnicos», término que engloba a todas aquellas gentes que formaron parte de una gran diáspora de habla

fenicia, y cuyo núcleo cultural se encontraba en el Mediterráneo central y occidental. Las fuentes romanas han descrito las Guerras Púnicas y todo lo relacionado con los púnicos, en general. Pero «púnico» es una palabra compleja; sus orígenes se remontan a un estereotipo cultural que los propios romanos crearon para desfigurar a su antiguo enemigo. La palabra procede del término latino *poenus*, que, según se cree, hace referencia a los orígenes fenicios de los cartagineses. Ser púnico no era precisamente un cumplido para los romanos del siglo III a. e. c., pero es el nombre que ha quedado, el que se ha utilizado para designar a los cartagineses desde entonces. A falta de algo mejor, me sirvo aquí también de la palabra «púnico», aunque estableciendo cierta distinción entre las identidades cartaginesa y fenicia occidental, sobre todo en lo que concierne a los primeros periodos de su historia.[2]

Muchos son los libros que se han escrito sobre Cartago y su historia a lo largo de los siglos, empezando por poemas épicos romanos hoy perdidos, como el *Bellum Poenicum*, de Nevio, sobre la Primera Guerra Púnica, y por otros escritores, cuyas obras, compuestas durante los siglos III y II a. e. c., son los primeros ejemplos que conservamos de literatura latina. Las guerras de Roma con Cartago fueron los acontecimientos que conformaron la literatura latina temprana y se convirtieron en una parte fundamental de la memoria de la ciudad y de la construcción de su edad heroica.[3] La historia del griego Polibio, escrita en el siglo II a. e. c., es una parte esencial de cualquier narración sobre Cartago y ejerció una enorme influencia en los escritos históricos posteriores, los que se realizaron en los albores del Imperio romano, como la monumental obra de Livio, *Ab urbe condita* («Desde la fundación de

la ciudad»). No fueron menos importantes las epopeyas imperiales latinas, como la *Punica*, de Silio Itálico, y otras obras posteriores, en lengua griega, sobre la historia romana, como la de Apiano, que hemos citado anteriormente, y la de Plutarco. En los siglos que siguieron a la destrucción de Cartago, la fascinación de los romanos por aquellos acontecimientos no disminuyó, y no dejaron de transmitirlos con un fin didáctico. Para este nuevo relato de la historia de Cartago nos serviremos de muchas fuentes distintas, desde escritores griegos clásicos, como Heródoto y Tucídides, hasta historiadores romanos tardíos. Las opiniones antiguas son esenciales, pero debemos tener en cuenta siempre que, en casi todos estos textos, el papel de Cartago era el de «lo otro», y que esta «otredad» continuó hasta bien entrado el periodo posterior a la caída del imperio, cuando la memoria de Roma fue objeto de reflexión por parte de geógrafos árabes, eruditos medievales, escritores renacentistas y compositores de principios de la Edad Moderna.[4]

Seguimos, hoy en día, encontrándonos con este enfoque, sobre todo en el modo en que Cartago aparece en la historia de Roma, cuyo papel se reduce básicamente al de enemigo mortal de los romanos. En este libro he contado la historia de Cartago y de sus habitantes sirviéndome de personajes o lugares clave, y de los acontecimientos fundamentales que moldearon el destino de la civilización, tratando siempre de mantener en primer plano, en la medida de lo posible, la perspectiva cartaginesa. Comenzaremos con los fenicios y la fundación de Cartago como colonia de Tiro en el capítulo 1. Conoceremos a la fundadora de la ciudad, la hermosa reina Dido, y analizaremos los mitos y leyendas de este pasado

lejano, que se remontan al siglo IX a. e. c. y que perduran todavía. En los primeros capítulos examinaremos cómo se vio involucrada Cartago en la política y las luchas de poder que tuvieron lugar en el Mediterráneo oriental, donde el Imperio persa aqueménida y las ciudades griegas arcaicas luchaban por el dominio. Examinaremos también cómo se relacionó Cartago con sus vecinos y cómo desarrolló su propia identidad cultural y religiosa a lo largo de los siglos VI y V a. e. c. Exploraremos la civilización cartaginesa en los momentos en que comienza a mostrar su poderío en el Mediterráneo occidental, en un mundo multicultural y competitivo, poblado por griegos, fenicios, etruscos y romanos. En los capítulos 4 y 5 analizaremos las interacciones de Cartago con las ciudades griegas de Sicilia, que nos mostrarán cómo la historia de Cartago estuvo íntimamente ligada a los grandes cambios geopolíticos y a las ideas que surgen de las conquistas de Alejandro en el siglo IV a. e. c. En el apogeo del poder cartaginés, en el siglo III a. e. c., los actores individuales y la política de los reinos sucesores «helenísticos» se convirtieron en el modelo a partir del que se juzgó a famosos generales cartagineses, como Aníbal.

En la segunda mitad del libro nos encontraremos con una Cartago convertida ya en imperio, y seguiremos estudiando las rivalidades y la expansión de su poder a lo largo del siglo III, hasta el siglo II a. e. c. En los capítulos 6 y 7 analizaremos las condiciones que dieron lugar a una guerra total en el Mediterráneo occidental y la batalla por Sicilia, que se conocería después como la Primera Guerra Púnica. La Segunda Guerra Púnica, posiblemente el episodio más famoso de la historia de Cartago, se tratará en los capítulos 8, 9 y 10; seguiremos a Aníbal mientras conduce a sus elefantes hasta Italia y

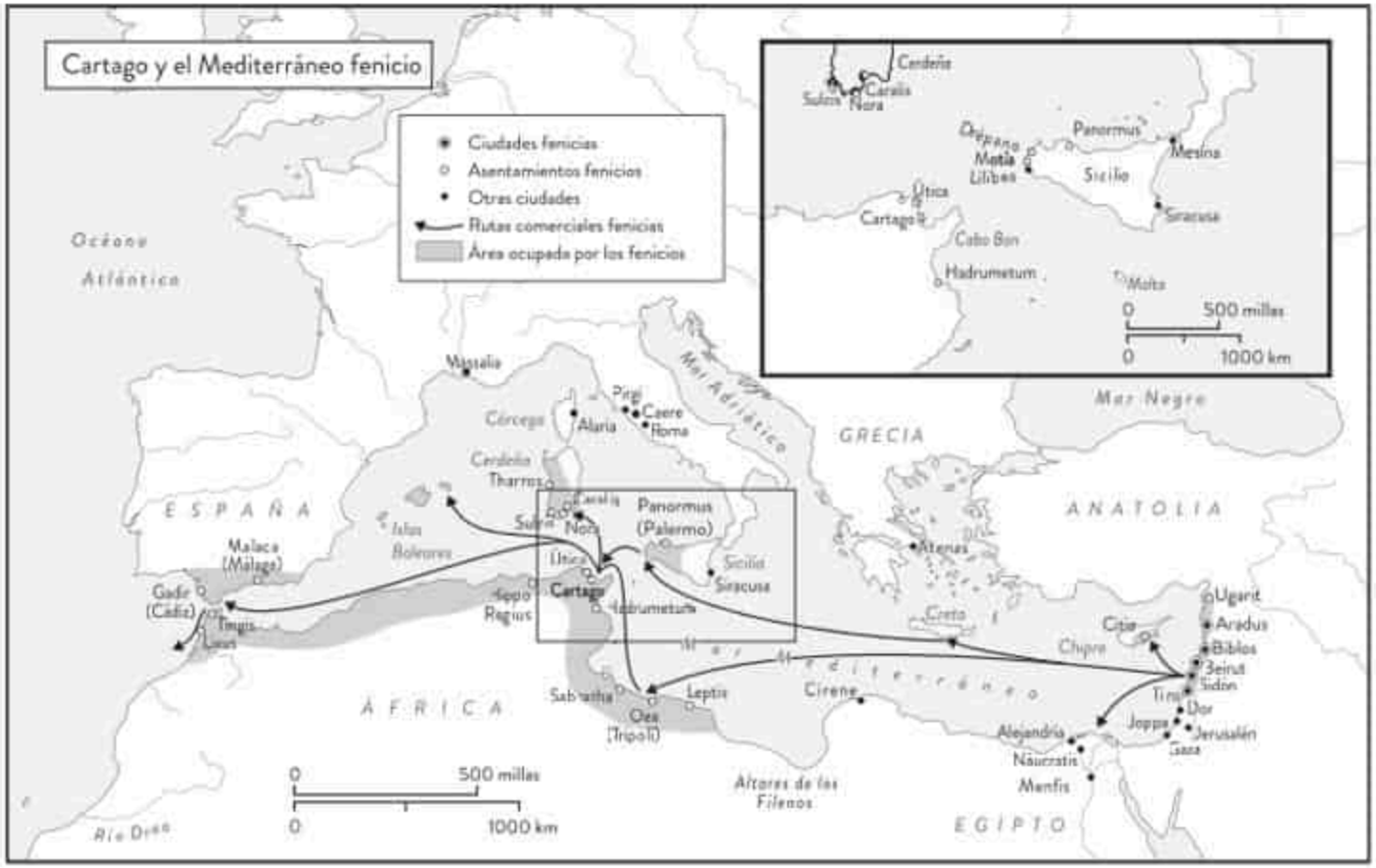
desafía a Roma en sus mismísimos cimientos. En los capítulos 11 y 12 pasaremos revista a los últimos cincuenta años de la ciudad, hasta la batalla con Roma, los estertores finales de la civilización cartaginesa y su aniquilación definitiva. En el último capítulo, con Cartago reducida ya a cenizas, seguiremos a los cartagineses que sobrevivieron a la destrucción y nos detendremos en la presencia perdurable de la ciudad en nuestra memoria. Veremos que los restos de Cartago pueden hallarse aún en todo el Mediterráneo romano, y que continúan existiendo en nuestros días.

Gran parte de la historia de Cartago se fundamenta sobre su identidad como ciudad norteafricana. En suelo norteafricano se encontraban sus aliados más cercanos y sus enemigos más acérrimos, con quienes compartían mitos y tradiciones locales. Los pueblos indígenas del norte de África, los actuales bereberes, eran conocidos como númidas o libios —a veces también como bereberes, ya en los textos antiguos y medievales—, y fueron una parte esencial de la fisionomía y la historia de Cartago. Desde el principio hasta el final de dicha historia, exploraremos también las de las comunidades africanas, en tanto que aliadas de Cartago: los matrimonios mixtos y las identidades que dieron lugar a aquel pueblo que denominamos cartaginés.

Utilizaré aquí los términos «númida» o «libio» para referirme, en general, a los nativos del norte de África, a menos que aluda a un pueblo específico por el nombre de su reino o ciudad.

Mi ambición es contar una historia de Cartago que sea a la vez un relato épico y una narración que nos ayude a comprender mejor a las personas reales que vivieron y prosperaron en esta hermosa ciudad costera durante los siglos anteriores a Roma. Los romanos no

querían que nadie —ni su pueblo ni sus adversarios, ni sus ciudadanos ni sus descendientes— percibiera o viera a Cartago ni a sus ciudadanos como personas reales; querían que a los cartagineses se los considerara para siempre como sus enemigos. Mi objetivo, y el del recorrido de este libro, es desvelar, en la medida de lo posible, lo que los romanos intentaron hacernos olvidar: que Cartago ha sido desde siempre una de las culturas fundacionales del Mediterráneo occidental antiguo. Y, si miramos con atención, veremos que, efectivamente, sin todo lo que fue Cartago, Roma no habría existido.


Cartago y el Mediterráneo fenicio
Ciudades fenicias
Asentamientos fenicios
Otras ciudades
Rutas comerciales fenicias
Área ocupada por los fenicios
Océano Atlántico
Mar Mediterráneo
Mar Adriático
Mar Negro
ESPAÑA
ÁFRICA
GRECIA
ANATOLIA
EGIPTO
Córcega
Cerdeña
Sicilia
Islas Baleares
Altares de los Filenos
Río Draa
Cerdeña
Sulcis
Nora
Caralis
Panormus
Mesina
Motia
Lilibea
Utica
Cartago
Siracusa
Cabo Bon
Hadrumetum
Malta
0 500 millas
0 1000 km
Massalia
Pisa
Caere
Alalia
Roma
Tharros
Panormus (Palermo)
Malaca (Málaga)
Gadir (Cádiz)
Tingis
Lixus
Hippo Regius
Cartago
Hadrumetum
Leptis
Sabratha
Oea (Trípoli)
Cirene
Atenas
Creta
Chipre
Citio
Ugarit
Aradus
Biblos
Beirut
Sidón
Tiro
Dor
Joppa
Jerusalén
Gaza
Alejandría
Naucratis
Menfis

1

LOS HIJOS DE FÉNIX

Hubo una antigua ciudad, Cartago, colonia de Tiro, frente a Italia y muy lejos de ella y las bocas del Tíber; grandes riquezas tenía, dones tan abundantes
como bravos eran su arrojo y su sed de batallas.

Virgilio, *Eneida*, 1.12-14**[1]**

Cualquier historia sobre Cartago ha de comenzar con Dido. La Dido mítica fue una reina de belleza imperecedera, cuya trágica vida han recreado durante milenios la literatura, el arte y la música. La Dido histórica fue una mujer que vivió en el siglo IX a. e. c., que procedía de Tiro, una ciudad situada en el actual Líbano, y que en realidad no se llamaba Dido. Los habitantes de Tiro hablaban fenicio, una lengua semítica del Mediterráneo oriental que contaba con un alfabeto. En la lengua nativa de Tiro, a Dido se la conocía como Elishat y, cuando los antiguos griegos transcribieron su nombre, se acabó convirtiendo en Elisa, que es como algunos antiguos historiadores griegos se

refieren a ella. Pero fue bajo el nombre de Dido como alcanzó la fama eterna en las historias romanas, y las opiniones difieren en cuanto a por qué los romanos empezaron a llamarla así. La explicación más convincente es que Dido era una especie de apellido o epíteto que significaba «la errante», lo que podría aludir a su viaje por el Mediterráneo, antes de llegar al lugar donde se fundaría Cartago.

Fue el poeta romano Virgilio quien inmortalizó en su *Eneida*, escrita en el siglo I a. e. c., la célebre leyenda de la fundación de Cartago, pero esto sucedió ocho siglos después de aquel acontecimiento y más de cien años después de la destrucción de la ciudad. Virgilio partió de un relato ya existente sobre Dido/Elisa y lo entrelazó con uno de los mitos fundacionales de Roma, aunando así las dos ciudades para la posteridad. En la epopeya de Virgilio, el héroe troyano Eneas, tras escapar de las ruinas ardientes de su ciudad, se refugia en la costa del norte de África, en los dominios de Dido, justo cuando se está construyendo Cartago. El desolador relato de la destrucción de Troya que cuenta Eneas conmueve a Dido y ambos se convierten en amantes desventurados, condenados por los dioses a la separación. Eneas, tras seducir a la reina de Tiro, la abandona, dejándola destrozada y llena de resentimiento, para continuar su camino hacia Italia y cumplir con el destino que los dioses le han asignado. Dido se convierte así, a la luz de este relato, en el arquetipo de la mujer rechazada, abandonada y vengativa. Tan profunda es su humillación que no le queda más remedio que quitarse la vida. Con su último aliento, maldice a Eneas y a todos sus descendientes, e implora que en el futuro «aparezca algún vengador

de nuestra sangre libia», algo que les sirvió a los romanos para justificar las guerras libradas entre las dos grandes ciudades.[2]

La Dido virgiliana ha sido un tema recurrente del teatro, la ópera y la novela en diferentes idiomas y culturas; la historia de la reina trágica no ha dejado nunca de resonar a lo largo de la Antigüedad y la modernidad. Pero esta no es la única versión de la fundación de Cartago, y los otros relatos que han sobrevivido revelan detalles más concretos y tangibles de la mujer real que inspiró estas leyendas. Las versiones anteriores a Virgilio omiten por completo al romano Eneas y nos hablan de la reina fenicia Elisa. La del escritor griego de Sicilia llamado Timeo de Tauromenio (la actual Taormina) data al menos de finales del siglo III a. e. c., pero probablemente existía ya antes. De la historia que narra Timeo solo contamos con fragmentos extraídos de otras piezas que sí se han conservado, escritas por autores antiguos posteriores, por lo que la narración completa de la fundación de Cartago anterior a Virgilio sigue siendo algo confusa. En la versión de Timeo, Elisa era una princesa fenicia de Tiro que se refugió en la costa norteafricana tras huir de su ciudad natal a causa de los disturbios causados por su hermano, el joven rey Pigmalión. Pigmalión había asesinado al marido de Elisa, que era rey regente y sumo sacerdote del dios Melqart, patrón de Tiro. Tras eliminar a su cuñado, el joven Pigmalión se hizo con el trono, pero su poder era inestable y muchos nobles desconfiaban de su gobierno. Entre ellos se encontraba su hermana Elisa, quien, horrorizada por la muerte de su marido y el sacrilegio cometido contra sus dioses, acabó convirtiéndose en el núcleo de la oposición de las élites gobernantes al nuevo rey.[3]

Elisa y su grupo de rebeldes huyeron de la ciudad por la noche, llevándose consigo objetos sagrados que pertenecían al dios Melqart. Iniciaron así un largo viaje a través del Mediterráneo, dirigiéndose hacia el oeste, para fundar una colonia. El historiador romano Apiano se hace eco de estos detalles cuando nos cuenta que Dido/Elisa «zarpó hacia África y se llevó consigo sus pertenencias y a varios hombres que querían escapar de la tiranía de Pigmalión».[4] La primera parada de los rebeldes fue la isla de Chipre, donde reclutaron a mujeres jóvenes para que se unieran a su grupo como esposas. Aquellas mujeres procedían de un famoso templo de Citio dedicado a la diosa Astarté (el equivalente fenicio/cananeo de la Afrodita griega y la Venus romana). El templo era un lugar al que las familias enviaban a las jóvenes para que sirvieran durante un tiempo como «prostitutas sagradas» en honor a la diosa. Según la tradición, tras su estancia en el templo, estas jóvenes se convertían en novias muy codiciadas. Los nobles tirios y sus novias abandonaron Chipre juntos y cruzaron el mar, haciendo escala en Grecia y Sicilia antes de llegar al lugar que hoy conocemos como Cartago.[5]

¿Qué hacer con estos fragmentos de un mito tan antiguo, filtrados a través de la lente de los enemigos de Cartago? ¿Cómo interpretarlos? Los vestigios esenciales de la historia —la unión de las mujeres chipriotas a la expedición y la apropiación de objetos sagrados— sugieren que no se trató de una mera huida alocada a través del mar, sino de un viaje planificado. Esto encaja con lo que sabemos hoy sobre los primeros asentamientos fenicios y con los restos encontrados en otros yacimientos, como el de Cádiz, en España, que revelan una bien organizada planificación urbanística.[6] El hecho de que Cartago, durante sus seiscientos años de

existencia, siguiera pagando tributo al templo del dios Melqart, en Tiro, deja claro que se trataba de una expedición con intenciones coloniales; un tributo anual apunta a un lazo estrecho y muy específico con la ciudad madre. Los detalles de la relación que Elisa/Dido mantenía con su difunto marido, la adoración que este le profesaba al dios Melqart y la fidelidad inquebrantable de ella hacia él, nos dan pistas sobre las ideas que subyacen a la fundación de la ciudad de Cartago. El nombre Melqart significa literalmente «rey de la ciudad», y su figura desempeñaría un papel importante a lo largo de la historia de Cartago: el de protector de la ciudad y de sus colonias. Melqart formaba parte del panteón divino de la religión cartaginesa, pero también estaba asociado a otras ciudades fenicias del oeste. Esto lo convirtió en el núcleo identitario de aquella comunidad que acabaría extendiéndose por todo el Mediterráneo occidental. Así, en estos mitos sobre la reina fundadora Dido y sus virtudes femeninas idealizadas se esconde una valiosa información acerca de las decisiones tomadas por los tirios que se establecieron en África.[7]

Tiro, la ciudad madre de Cartago, fue una metrópolis fundamental en la Antigüedad, un poder regional que contaba con una arquitectura monumental y un puerto sofisticado. Los griegos y romanos posteriores nos han dejado diversas descripciones de ella, como la de Quinto Curcio Rufo, quien dice, en su *Historia de Alejandro Magno*, que «sobresalía entre todas las ciudades de Siria y Fenicia por su renombre y tamaño».[8] Era una potencia del Mediterráneo oriental y las regiones del interior, y esta fama y orgullo por sus orígenes acompañó, sin duda, a los tirios que establecieron sus nuevas ciudades en el Mediterráneo occidental.

Situada en una isla frente a la costa del Levante, Tiro era el ejemplo clásico del tipo de emplazamiento que los fenicios escogían para fundar sus ciudades: protegida del continente, con acceso fácil desde el mar y con un buen refugio para los barcos. Cartago también compartía estas características. El nombre de Cartago en lengua fenicia era Qart Hadasht, que significa, literalmente, «ciudad nueva».[9]

Pero Cartago no fue la primera ciudad fenicia en la costa de África. A solo treinta kilómetros al norte se encontraba Útica, fundada, según fuentes históricas antiguas, varios siglos antes (véase mapa de la Introducción). Sin embargo, los restos arqueológicos encontrados en Útica no coinciden con las fechas registradas en dichas fuentes, por lo que es posible que la ciudad solo llevara unas décadas existiendo cuando se fundó Cartago. Por su estilo, la cerámica encontrada en las excavaciones de Útica, en su mayoría vasos y platos, se remonta al periodo en el que se fundó Cartago, el siglo IX a. e. c., y los resultados de la datación por radiocarbono han permitido determinar cuándo se produjo la ocupación; fue un poco antes, en el siglo X. Un espectacular hallazgo reciente ha sacado a la luz los restos de un banquete celebrado por los habitantes de Útica en aquellos primeros años. La población sacrificó, asó y consumió cabras, bueyes, cerdos, caballos, tortugas y un perro doméstico en un ágape comunitario. Después de comer y beber, se recogieron todos los platos y vasos y se depositaron, junto con los restos de los animales, en un pozo profundo. Es posible que nunca se conozca el motivo de la fiesta y del posterior depósito de los enseres y las sobras en el pozo, pero se cree que la comunidad celebró algún tipo de ritual cuyo fin era sellar aquella fuente de agua. Miles de años

después, estos restos arqueológicos proporcionan todo tipo de información sobre la antigua ciudad africana y la relación de sus habitantes con el mundo que los rodeaba.[10]

La cerámica y la vajilla que se utilizaron en el banquete de Útica procedían de toda la zona central del Mediterráneo y nos indican que los habitantes de aquellos primeros tiempos estaban en contacto con sus vecinos del norte, en Cerdeña y el centro de Italia, y del este, en Grecia y el Levante. Estaban muy bien comunicados entre sí y se dedicaban al comercio marítimo. Cabe preguntarse, entonces: ¿por qué se construyó Cartago a solo treinta kilómetros al sur? La respuesta reside en su ubicación. Aunque hoy en día se halla en el interior, Útica, en el siglo IX a. e. c., se encontraba en la costa, en la desembocadura del río Bagradas (Medjerda). El caudal anual del río hacía que el puerto de la ciudad, situado justo en la desembocadura, sufriera constantemente problemas derivados de la sedimentación, conque es probable que Cartago fuera elegida por tratarse de un puerto más accesible y funcional.[11]

Una vez que los nuevos colonos llegaron a Cartago, los habitantes locales, a los que nuestras fuentes antiguas se refieren como númidas o libios, se mostraron reticentes ante un nuevo asentamiento. Los pueblos indígenas habrían tenido ya contacto con los colonos del Levante en Útica y no acogieron con agrado a Dido y sus seguidores. De hecho, se cree que los recién llegados engañaron a los lugareños para que les cedieran sus tierras. En el mito recogido por un autor romano mucho más tardío, Justino, Dido negocia con un rey local la adquisición de un pedazo de tierra, pidiendo solo «tanta como pudiera cubrir una sola piel de buey». Dido le dice al rey que necesita la tierra únicamente para darle descanso a su

pueblo, cansado tras el largo viaje desde Oriente. A continuación, ordena que corten la piel de buey en tiras lo más finas posible. Colocando las tiras unas junto a otras, abarca toda la tierra que puede y, de este modo, consigue mucho más territorio del que, según dijo, necesitaba. Aquel terreno adquirido por la adorable reina se llamó posteriormente Birsa y se convirtió en la ciudadela de Cartago, ya que *Byrsa*, en griego, significa «piel». Justino no nos cuenta la reacción del rey libio, pero es fácil imaginar que el ardid no le hizo ninguna gracia.[12]

La historia de la piel de buey suena un tanto extravagante a los oídos de hoy, pero los escritores antiguos la repitieron a menudo para mostrar con cuánta astucia burló Dido al rey local. Los cartagineses quedarían para siempre caracterizados como gente astuta, artera, poco fiable, pero algunos estudiosos no descartan que la historia pueda contener una pizca de verdad. Es posible que el cuento de la piel de buey sea un reflejo de un proceso legal de adquisición de tierras del que no tenemos conocimiento, mezclado con un concepto mucho más conocido, el de utilizar un buey para arar un terreno con el fin de demarcarlo. Pero la historia sigue planteando interrogantes. Por ejemplo, ¿por qué los tirios, cuya lengua era el fenicio, utilizaban una palabra de origen griego como «Birsa» para referirse a su ciudadela? Aquí podemos ver las capas de texto y las diferentes tradiciones que se entrelazan a medida que el pasado prehistórico se entreteje con el relato de la fundación de Cartago. La palabra fenicia para «fortaleza» es «barsat», y algunos expertos sostienen que «Birsa» es una corrupción de aquel término original, adaptado para los oyentes griegos. Esta versión de la historia es una muestra evidente de cómo los escritores griegos

antiguos trataron de comprender a los cartagineses dentro de sus propios marcos míticos y lingüísticos.[13]

En todas las versiones del mito, Dido se da muerte a sí misma. Su ciudad creció y prosperó tanto que un rey vecino, llamado Yarbas, aprovechó la oportunidad para pedir la mano de la reina. Dido rechazó su oferta, alegando que nunca podría romper la promesa que le había hecho a su difunto esposo. Desde un punto de vista más realista, su decisión probablemente fuese un reflejo de la vulnerabilidad de las mujeres gobernantes de la época: ella no quería cederle su autonomía y poder a Yarbas. Pero las élites de Cartago pensaban de otra manera y, según cuenta la historia, apoyaban la propuesta de matrimonio. He aquí, por tanto, a una reina solitaria que luchaba por el poder y necesitaba asegurar la ciudad con el apoyo de un hombre. La población quería un líder que tuviera herederos —la clásica historia atemporal de una reina sin hijos que se ve presionada por todos lados—. Parecía, en fin, que Dido se vería obligada a casarse, puesto que las élites que la rodeaban estaban dispuestas a derrocarla si se negaba. Pero ella, según cuenta la leyenda, decide suicidarse antes que verse obligada a contraer aquel matrimonio no deseado. En la escena final, se arroja a una pira en llamas y su autoinmolación se erige como símbolo de gran sacrificio, virtud femenina y modestia.

Estas numerosas historias sobre Dido han dibujado una imagen compleja y conflictiva de una mujer virtuosa y abnegada, poderosa y peculiar, pero, al mismo tiempo, alguien cuya pasión y amor la llevaron a la destrucción, al menos según Virgilio. ¿Pueden las diferentes versiones de Dido decirnos algo sobre Cartago o solo nos sirven para comprender las ideas romanas sobre el poder y las

virtudes femeninas? En las andanzas de Dido se dan paralelismos con las de una de las pocas mujeres cartaginesas de las que sabemos algo, la esposa de Asdrúbal, de la que hablábamos al principio del libro, que muere de la misma manera y en el mismo lugar: la colina de Birsa. Hay estratos de la construcción literaria de la historia que se basan en el ideal de una mujer abnegada, e incluso similitudes con el personaje de la noble Lucrecia de la mitología romana temprana, cuyo suicidio desencadenó la creación de la República de Roma.[14] La Dido que nos presenta Virgilio en su *Eneida*, en cambio, es una reina no muy virtuosa que se sirve de la manipulación emocional y sexual para intentar alejar al protorromano Eneas de su destino. Tal imagen, la de una Dido seductora que desvía de su camino a un noble romano, se ha relacionado a menudo con la figura de Cleopatra, que ocupaba un lugar destacado en la mente de los contemporáneos de Virgilio cuando este escribió su epopeya, en la segunda mitad del siglo I a. e. c. El de Virgilio fue el mito más perdurable de Dido y se escribió con la aprobación del primer emperador romano, Augusto, aquel consumado propagandista que acababa de llegar al poder tras derrotar a las fuerzas de Cleopatra y Marco Antonio en Accio, en el año 31 a. e. c.[15]

En la mitología de Dido, pues, se mezclan elementos que combinan las caracterizaciones romanas posteriores de los cartagineses —como gente astuta, poco fiable— con la fuerza de carácter y la nobleza de las historias que ensalzan la gran virtud romana. La descripción de la vida de Dido sintetiza todas las cuestiones con las que debe lidiar aquel que se proponga contar la verdadera historia de Cartago, puesto que el punto de vista de los

cartagineses sobre la fundación de su ciudad, es decir, la visión que ellos mismos tenían de su propia historia, ha quedado borrada para siempre de la memoria.

Los hechos reales sobre la fundación de Cartago son algo menos dramáticos que los que nos cuenta el mito. Antiguos comerciantes y viajeros de habla fenicia, procedentes de las ciudades costeras del Levante, se desplazaron al Mediterráneo occidental entre los siglos IX y VII a. e. c. Una compleja combinación de factores, entre los que se cuentan la necesidad de nuevos recursos y la presión demográfica y política, parecen estar detrás de aquel movimiento. Las ciudades-Estado del Levante, aquellas que conformaban la región que hoy conocemos como Fenicia, recurrieron al comercio y a la colonización como forma de aliviar los problemas internos. Esto empujó a sus poblaciones a fundar numerosas ciudades en el Mediterráneo occidental, entre las que destacó Cartago. Las excavaciones realizadas a gran profundidad en las capas más antiguas de lo que fue Cartago confirman ahora que la ciudad se fundó en una época que coincide con las fechas que nos ofrecen las fuentes antiguas, alrededor del 814 a. e. c.[16]

Cartago ocupaba una ubicación privilegiada, a mitad de camino de la costa norte de África, cerca de la isla de Sicilia, lo que la convertía en una especie de puente natural a través del Mediterráneo central que unía África con Europa. Dado que la navegación marítima en la Antigüedad dependía de los vientos y las corrientes oceánicas, que podían ser devastadores si se calculaban mal, los barcos se desplazaban de puerto en puerto y siempre con la tierra a la vista. Desde Cartago, las corrientes eran fáciles de predecir y la tierra no se perdía de vista en ningún momento, lo que permitía a los barcos

zarpar hacia Sicilia en los meses más apropiados para la navegación. Aquella envidiable ubicación significaba también que quien ocupara la ciudad podía controlar las idas y venidas a través de la zona central del Mediterráneo (véase mapa de la introducción).

Si hoy en día uno visita Cartago y sube a la colina de Birsa para contemplar la bahía de Túnez, podrá apreciar de inmediato lo ideal de aquella geografía, a la vez abierta y resguardada. La ciudad se asienta en una pequeña península, escondida y orientada ligeramente al sudeste, pero con pleno acceso al mar.[17] En la Antigüedad, esa península estaba rodeada de agua por completo y el enlace con la tierra firme era mucho más estrecho de lo que lo es en la actualidad. Gran parte de lo que actualmente se ve al norte y al sur de la estrecha península es tierra ganada al mar y sedimentada. Aquella combinación ideal de mar, refugio y tierras agrícolas era, como hemos dicho, una ubicación perfecta —y también perfectamente fenicia— para una ciudad. En los primeros tiempos de la existencia de Cartago, entre los siglos IX y VII a. e. c., el mar era un lugar muy peligroso para establecerse y las ciudades costeras solían ser en extremo vulnerables. Por lo tanto, había que encontrar un equilibrio entre la ubicación, que debía permitir la navegación marítima, y la protección frente a los posibles daños causados por la piratería, las invasiones y el poder no menos destructivo de las tormentas.

De hecho, cada vez que he visitado otras ciudades fenicias culturalmente vinculadas a Cartago, como Cádiz, Palermo, Tiro o Motia, he tenido la misma sensación de estar en un lugar costero, es decir, vulnerable, pero también protegido por el mar que lo rodea. Dado que existe una similitud clara entre estas ciudades fundadas

por los primeros exploradores fenicios en el Mediterráneo, la única forma de comprender realmente la antigua Cartago y su fundación es observar más de cerca a los demás pueblos de habla fenicia y el papel que desempeñaron tanto en el norte de África como al otro lado del mar. Y puesto que, en aquellos primeros años, Cartago era solo una entre las muchas ciudades del Mediterráneo occidental, la forma en que evolucionó a partir de un grupo de asentamientos, colonias y puestos comerciales fenicios relacionados entre sí hasta convertirse en una potencia es una parte fundamental de la historia. Así, para comprender Cartago es necesario comprender antes quiénes fueron los fenicios y por qué se trasladaron al Mediterráneo y se establecieron en estas regiones.

Se cree que los pueblos que llamamos fenicios están emparentados con los cananeos de la Biblia hebrea, que se establecieron en la tierra de Canaán en el segundo milenio a. e. c. A finales de la Edad del Bronce, los cananeos desempeñaron un papel fundamental en el transporte de mercancías por el Mediterráneo oriental y el Egeo. Las pruebas de estos viajes y de su actividad comercial proceden de restos de naufragios, uno de los cuales se halló a tan solo cincuenta metros de profundidad en la bahía de Antalya, al sur de Turquía, cerca de la ciudad de Uluburun. A dicha profundidad, pero claramente visible para los buceadores en el azul del mar de Antalya, se encontraba la carga del barco, esparcida por el fondo marino. Los restos de un barco de la Edad del Bronce pueden revelarnos información sobre las personas que iban a bordo y las rutas de estos intrépidos viajeros de hace más de tres mil años. A bordo había diez toneladas de lingotes de cobre, jarras de cerámica repletas de vino de Chipre y aceite del Levante, cuentas de

vidrio, un escarabajo egipcio de la reina Nefertiti de Egipto y vasijas del Egeo. Por la variedad de estos objetos, podemos deducir que el barco, antes de irse a pique, siguió una ruta circular por la costa oriental del Mediterráneo, recogiendo y descargando mercancías. Los cananeos desaparecen de la historia a finales del segundo milenio a. e. c. La hipótesis más probable sugiere que, a comienzos de la Edad del Hierro (es decir, entre los siglos X y IX a. e. c.), reaparecen en los registros históricos con otra identidad: la de fenicios. Estos «fenicios» habitaban en ciudades dispersas a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo y se referían a sí mismos por sus ciudades de origen, entre las que se encontraban florecientes centros portuarios urbanos como Sidón, Tiro, Beirut y Biblos.[18]

Los llamamos fenicios porque así los bautizaron los griegos posteriormente, aunque ellos nunca se refirieron a sí mismos con este nombre. El término proviene de la palabra griega *phoinike*, que alude al color púrpura; en concreto, a la tintura púrpura extremadamente valiosa que los fenicios producían y que se obtenía mediante la molienda de la concha de múrex, un molusco casi extinto en la actualidad. La industria de este tinte era una de las bases económicas de las antiguas ciudades fenicias. La palabra *Phoenix/Phoinix* está presente en la literatura griega temprana —un anciano llamado Fénix aparece en la *Ilíada* de Homero como consejero y tutor de Aquiles—. En otros lugares, según la tradición griega, Fénix es el fundador epónimo de los pueblos fenicios,[19] y también el padre de Europa, aquella princesa que, según nos cuenta la mitología, Zeus se llevó a Creta después de raptarla y violarla. Europa es otra de las mujeres mitológicas fenicias que no ha dejado de resonar en la cultura y el arte occidentales. Todos estos relatos

son una muestra de hasta qué punto llegaron los griegos a conocer e integrar en su mitología a los fenicios, su cultura y sus costumbres.

A principios del primer milenio a. e. c., los fenicios, que vivían a lo largo de la costa, se expandieron hacia el oeste. Las pruebas del veloz crecimiento urbano que tuvo lugar entre los siglos XII y VIII a. e. c. y de la escasez de alimentos, ya en el siglo X a. e. c., sugieren que la demografía superó la capacidad de la tierra para producir alimentos. La estrecha franja fértil donde se alzaban las ciudades fenicias se extiende unos doscientos kilómetros de norte a sur a lo largo de la costa. Está bien regada y protegida al este por el macizo del Líbano y la cordillera del Antilíbano, que superan los tres mil metros de altura. Estas montañas suministraban abundante agua dulce y madera de excelente calidad —la de los célebres cedros del Líbano— para la construcción de barcos. Pero las características geográficas impiden que la franja costera se expanda hacia el oriente. De modo que, como hemos dicho antes, la limitada infraestructura agrícola y el crecimiento excesivo de la población empujaron a los pueblos que llamamos fenicios a salir en busca de nuevos horizontes en el Mediterráneo. Ellos fueron los primeros que retomaron las tradiciones del comercio entre distintos Estados —que floreció en la Edad del Bronce—, y también los primeros que aprovecharon los crecientes vínculos comerciales entre los pueblos del Mediterráneo, a principios de la Edad del Hierro (siglos X y IX a. e. c.). Se desplazaron hacia occidente, desde el Egeo, llegando hasta los límites del Mediterráneo y quizá más allá.

Los fenicios ganaron fama de grandes navegantes y construyeron los primeros buques de guerra dotados de cubierta y espolón de la Antigüedad. Existe una famosa imagen de una birreme, procedente

de un relieve hallado en el palacio asirio de Nínive (en el actual Irak, cerca de Mosul), que es una muestra clara del uso de un buque de guerra con cubierta y dos niveles de remos (véase la figura 1 del cuadernillo de imágenes). Y, aunque durante este periodo los fenicios se hicieron famosos sobre todo como comerciantes —y como mercaderes, artesanos y agricultores—, aún más significativo fue el papel que desempeñaron en la navegación y la guerra naval en el Mediterráneo oriental.

A comienzos de la Edad del Hierro, los fenicios se dirigieron hacia occidente, en busca de valiosos recursos naturales, para llevarlos de vuelta a sus ciudades y comerciar con ellos en el mundo urbanizado del Mediterráneo oriental. Compraban materias primas que luego usaban como productos básicos esenciales o para producir artículos de lujo —amuletos de oro y anillos de escarabajo de cornalina, brazaletes y pendientes—. Las nuevas tecnologías e industrias de la Edad del Hierro modificaron la cadena de suministro y la demanda de materias primas, y los yacimientos de mineral de hierro del Mediterráneo occidental se convirtieron en un elemento clave para la prosperidad de aquellas civilizaciones orientales. La exploración de nuevos territorios, especialmente la península ibérica (los actuales España y Portugal), Cerdeña y Etruria (en la Italia central), llevó a los fenicios a explotar abundantes reservas de recursos naturales y a adquirir una creciente reputación de gran riqueza.

Fue la combinación de todos estos factores lo que impulsó el asentamiento de pueblos de habla fenicia en el Mediterráneo occidental. Los reinos de Asiria, Egipto, Israel y Judá, durante la temprana Edad del Hierro, y su relación con las ciudades fenicias, son la base de nuestra comprensión de estos acontecimientos. Un

famoso relieve hallado en el palacio del emperador neoasirio Asurnasirpal II (siglo IX a. e. c.) en Nimrod, antigua Calah o Kahlu, en la orilla oriental del Tigris, muestra lo que se cree que es un fenicio rindiendo tributo al gran rey (véase la figura 2 del cuadernillo de imágenes) y acompañado de dos monos, uno en su hombro y otro cogido de su mano. ¿Estamos ante el rostro de un antiguo gobernante fenicio que lleva regalos exóticos al gran rey asirio? No podemos saberlo con certeza, pero sí comprobar hasta qué punto los fenicios fueron, efectivamente, asociados con animales exóticos y con la explotación de recursos de lugares lejanos, con lo extranjero, todo ello simbolizado por esos dos monos procedentes del oeste de África y ofrecidos como tributo.

La expansión fenicia temprana aparece muy simplificada en algunas fuentes literarias, como la Biblia hebrea, donde algunos de sus pasajes más conocidos mencionan la abundancia disponible en tierras lejanas: «Tarsis era tu mercader, por sus innumerables y variadas riquezas; con plata, hierro, estaño y plomo, en tus ferias comerciaba», dice el Libro de Ezequiel.[20] En el siglo VI a. e. c., cuando la Biblia hebrea se escribió, la plata, el hierro, el estaño y el plomo se citan como el origen de la riqueza fenicia, y todos estos productos se encontraban en el Mediterráneo occidental, en concreto en España (estaño y plata) y en Etruria (mineral de hierro y cobre).

La mejor manera de imaginarnos la compleja red tejida por los fenicios es observar las rutas marítimas que seguían los marineros y comerciantes a través del Mediterráneo en aquella época. El funcionamiento era el siguiente: un barco se desplazaba de puerto en puerto, de región en región, descargando y cargando mercancías

por el camino, sin alejarse nunca mucho de la costa —un tipo de navegación que se denomina «cabotaje»—. Los mercaderes que surcaban las costas del Mediterráneo no solo impulsaban el comercio, sino que también aumentaban las interacciones entre culturas con sus navegaciones circulares, en sentido contrario al de las agujas del reloj, que se adaptaba a los vientos y las corrientes (véase mapa de la Introducción). Se cree que el lugar que en la Biblia hebrea se denomina Tarsis era Tartessos, una región de la España actual situada más allá de las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), al noroeste de la antigua colonia fenicia de Gadir (Cádiz). Esta región, la del río Tinto, se ubica alrededor del Guadalquivir (antiguamente, río Betis), y abunda en minerales incluso hoy en día. Era muy apreciada por sus recursos, y no es casualidad que siglos más tarde fuera escenario de algunas de las batallas más encarnizadas entre cartagineses y romanos durante la Segunda Guerra Púnica: las dos potencias luchaban por los abundantes recursos naturales que esta rica región proporcionaba.

Las primeras colonias y asentamientos fenicios se ubicaron en Chipre y más tarde en Creta, Grecia, Sicilia, Cerdeña, las islas Baleares y Cádiz. La ruta de regreso recorría la costa norte de África hasta Útica, Cartago, las ciudades de la *emporia* (actualmente en Libia) y el delta del Nilo para dirigirse después a las ciudades de la costa oriental del Mediterráneo. España, Portugal, Italia, Malta, Grecia, Chipre, Turquía, Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Israel, Palestina y Líbano cuentan con yacimientos de origen fenicio. Muchas ciudades fenicias siguen siendo ciudades en la actualidad: su ubicación se escogió con tanto acierto que, a lo largo del Mediterráneo, aún hoy encontramos prósperos centros urbanos,

desde Beirut hasta Palermo y Cádiz, que se asientan sobre sus cimientos fenicios.

La reputación de los fenicios como comerciantes y mercaderes se mantuvo a lo largo de los siglos, y las fuentes antiguas mencionan, como hemos dicho, sus conexiones con la riqueza, el oro y la plata. Pero junto a estas menciones, aparecen también insinuaciones y acusaciones de codicia, corrupción y explotación. Un autor antiguo, llamado Diodoro Sículo, que escribió en el siglo I a. e. c., cuenta que los fenicios llegaron a enriquecerse mediante la explotación de culturas menos avanzadas tecnológicamente. Afirma que los fenicios utilizaban sus sofisticados conocimientos sobre los metales y engañaban a los pueblos indígenas para que realizaran intercambios poco ventajosos: «Compraban plata a cambio de otros productos de poco o ningún valor». Luego transportaban la plata a Grecia y Asia, y «así acumularon —cuenta Diodoro— su gran riqueza».[21]

Esta antigua historia de explotación colonial es un reflejo de la percepción que tuvieron de los fenicios algunos escritores mucho más tardíos. El relato de Diodoro enfatiza hasta el extremo la codicia de los fenicios cuando cuenta cómo sus «mercaderes llegaban tan lejos en su afán de riquezas que, si sus barcos estaban ya completamente cargados, pero aún quedaba una gran cantidad de plata por embarcar, arrancaban el plomo de las anclas y las revestían después con la plata sobrante». La imagen de las anclas talladas en plata quedó para la posteridad, así como muchos otros estereotipos clásicos sobre los fenicios y cartagineses. Son estos estereotipos de codicia y deshonestidad los que aparecen cada vez que, en las fuentes griegas y romanas —sus enemigos posteriores—, se discute sobre Cartago.

Los estudiosos suelen explicar el Mediterráneo en el periodo que va del siglo X al VII a. e. c. recurriendo a términos modernos como «comercio marítimo», «cabotaje» o «tráfico marítimo», lo que dibuja una imagen falsa, la de un mundo estructurado por normas y organismos interestatales, y gobiernos nacionales organizados. Sin embargo, gran parte de lo que ocurría era mucho más libre, con tripulaciones de barcos particulares que se hacían a la mar para probar suerte y ejercer eso que hoy llamaríamos piratería. Los primeros textos griegos solían llamar piratas a los fenicios, y es probable que, si tuviéramos textos similares que revelasen la visión que los fenicios tenían de los griegos, también ellos llamarían a los griegos piratas; unos piratas simbolizados por el dios Zeus que, en forma de toro, se llevó a Europa, hija del rey fenicio Fénix, a Creta. Zeus, que actuó movido por la lujuria, es un trasunto de aquellos pequeños grupos que asaltaban costas extranjeras y raptaban a las mujeres. La gran epopeya homérica de la *Odisea* es un ejemplo de ello, y Odiseo es, para muchos, el mayor pirata de todos. Pero la *Odisea* refleja en gran medida lo que ocurría en el área mediterránea de forma generalizada: hombres que zarpaban en sus barcos, en busca de aventuras y nuevos descubrimientos. Por lo tanto, cuando leamos acerca de la fundación de ciudades y del movimiento de los pueblos a través de estos mares, es importante tener en cuenta que las sociedades mediterráneas del mundo antiguo en las que a menudo pensamos —Cartago, Roma y las ciudades-Estado griegas, en especial— se están conformando justo en este periodo y que, en su ADN, está profundamente arraigada una identidad que combina la expansión marítima, los mitos, las leyendas, la piratería, el comercio y la violencia.

En aquel momento crítico de la historia del Mediterráneo, el contacto de los fenicios con los pueblos de habla griega encendió una chispa de fusión cultural cuyos vestigios aún podemos apreciar. El primer lugar en el que se produjo dicho intercambio cultural fue sin duda Chipre, y se han hallado pruebas de ello en el yacimiento de Citio (véase mapa de la Introducción). Desde el punto de vista geográfico, Chipre era el lugar más apropiado y el más natural para que se diera el diálogo entre griegos y fenicios, y en la actualidad es todavía un yacimiento de importancia fundamental. Como ya hemos visto, en Citio se erigió un famoso templo dedicado al culto de Astarté, una deidad de Oriente Próximo que los fenicios de Chipre identificaron con una diosa local. Con el tiempo, aquella deidad se transformó en la diosa griega del amor, Afrodita. Como ya vimos, en uno de los mitos de Dido, las jóvenes del templo de Astarté/Afrodita, en Chipre, se convirtieron en esposas de los colonos de aquella nueva ciudad que la reina de Tiro se disponía a fundar en África.

Los griegos decían que la diosa del amor, Afrodita (la Venus romana), había venido del este, tal y como nos cuenta Hesíodo en su *Teogonía*, escrita en el siglo VIII a. e. c.:

> A la isla de Chipre llegó, arropada por el mar, y se convirtió en una diosa terrible y hermosa; la hierba crecía por todas partes a su alrededor, bajo sus bien formados pies: ella, a quien dioses y hombres llaman Afrodita. (Hesíodo 194-195)

Y esta visión impregna todavía nuestra imagen de la diosa, si atendemos a la abundancia de representaciones que existen en el mundo de la Venus de Botticelli, que se representa flotando en el mar sobre una concha, en dirección a la orilla (véase la figura 3 del

cuadernillo de imágenes). La metamorfosis de la diosa oriental Astarté en la deidad griega de la fertilidad y el sexo nos da una idea del tipo de transformaciones culturales que se produjeron durante la temprana Edad del Hierro. Más al oeste aún, en Sicilia, existía un lugar donde fenicios, griegos y sicilianos indígenas interactuaban y veneraban a la diosa: el monte de Eryx (hoy Erice), en la costa occidental de la isla. Después, este lugar se convertiría también en un motivo de conflicto entre romanos y cartagineses.

Probablemente fue en Chipre donde los griegos adoptaron el alfabeto fenicio. Las pruebas nos indican que este acontecimiento se produjo en el siglo VIII a. e. c., tanto en Grecia como más allá. La conexión entre las ciudades fenicias y la escritura alfabética queda plasmada en el hecho de que el nombre de la ciudad-Estado fenicia de Biblos acabara dando lugar a la palabra que designa los libros, tanto en griego como en latín. En la mitología griega, Cadmo, fundador mítico de Tebas y patriarca de la familia que nos dio las trágicas historias del ciclo de Edipo, fue quien trajo, en palabras de Heródoto, «las letras a los griegos».[22] El heroico príncipe Cadmo fue también conocido por ser originario de la ciudad fenicia de Sidón.

Se han hallado pruebas de aquella transformación del alfabeto fenicio en el griego incluso más al oeste, como una célebre copa, de aspecto ajado, procedente de Pithecusa (la actual Isquia, frente a la costa de Nápoles). Al ser Pithecusa la primera colonia griega del Mediterráneo occidental, parece probable que fuera allí donde las culturas se mezclaron y fusionaron durante el siglo VIII a. e. c. Los investigadores han encontrado cerámicas con formas geométricas griegas junto con ánforas «fenicias» levantinas y artículos de lujo

procedentes del centro de Italia, pero también esa pequeña y singular copa de cerámica, descubierta en una sencilla tumba que guardaba las cenizas de un niño de diez años, y que conserva unos pocos versos grabados en su lateral. Se la conoce como la copa de Néstor, por esos versos inscritos en ella, que dicen: «La copa de Néstor soy, buena para beber. Quien beba esta copa hasta vaciarla sentirá de inmediato cómo arde en su cuerpo el deseo por Afrodita, la de la hermosa corona». Se cree que se trata de una referencia directa a uno de los relatos de la *Ilíada*, que habría circulado por el Mediterráneo oralmente, cantado por bardos y artistas itinerantes que recorrían las costas tras los pasos de quienes ya se habían establecido allí antes. La inscripción de la copa es tan conmovedora como humilde, pues esta pequeña pieza de cerámica procedente de la tumba de un niño alude nada menos que a la heroica urna de oro de Néstor, tan pesada que solo un guerrero fornido era capaz de levantarla. Y lo más extraordinario de todo: las palabras están escritas en el alfabeto griego incipiente, que en aquella época temprana todavía se escribía de derecha a izquierda, igual que el fenicio.[23] He aquí una prueba irrefutable de fusión cultural (véase la figura 4).



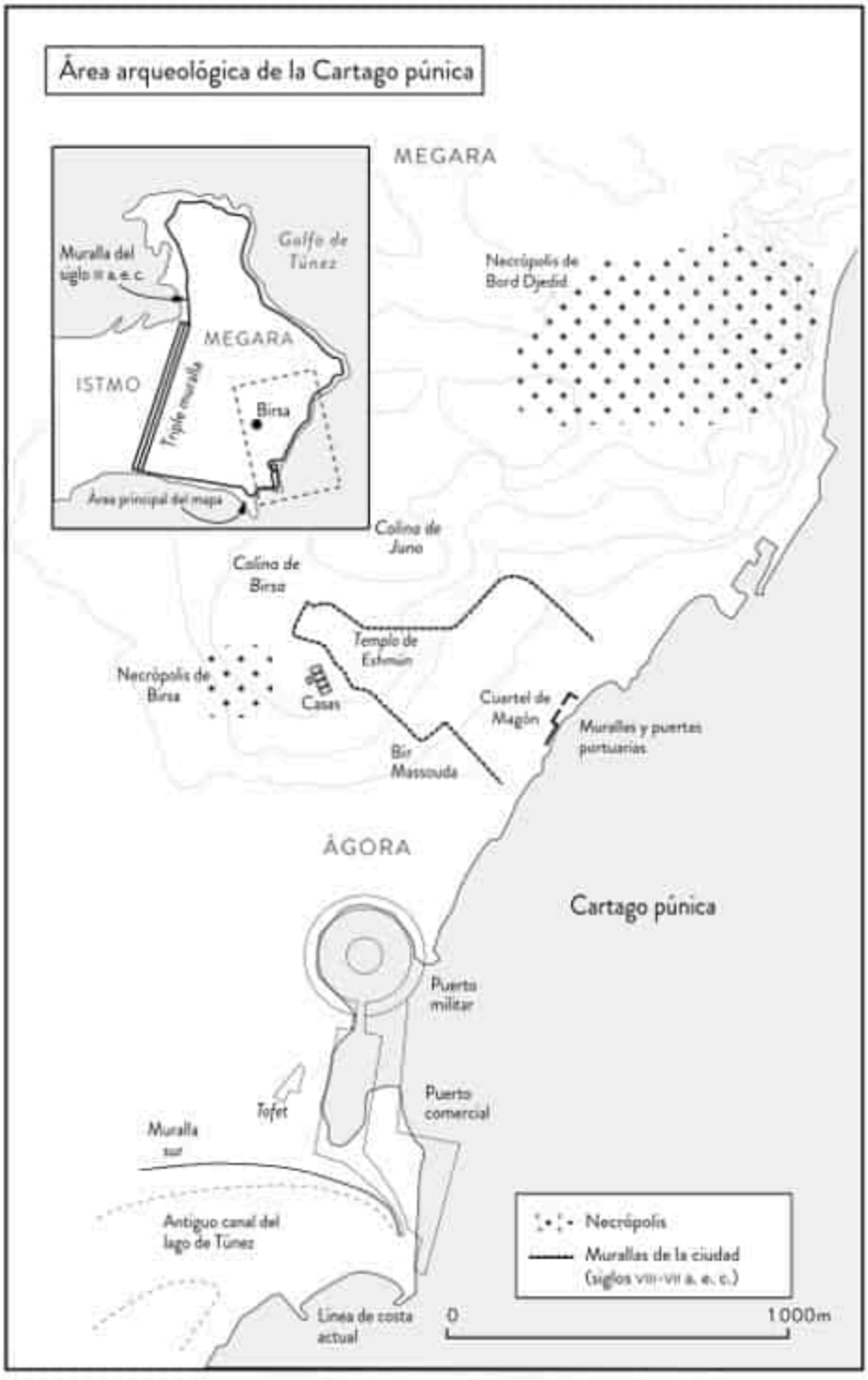
FIGURA 4. Copa de Néstor (c. 750-700 a. e. c.) en el Museo Arqueológico de Pithecusa.
Adam Eastland Art + Architecture/Alamy Stock Photo

Asistimos, pues, en este periodo temprano, a la transformación del alfabeto fenicio en el griego y a la adopción, por parte de los griegos, de deidades orientales. Estos pocos ejemplos, historias y mitos de comienzos de la Edad del Hierro y del mundo mediterráneo occidental arcaico dan una idea del vibrante entorno comercial, marcado por el intercambio y la exploración, que existía entonces. Los fenicios fueron actores fundamentales en la conexión entre culturas y en la transmisión de ideas a lo largo y ancho de este paisaje.

De modo que, más allá de los mitos y las historias, estos son, a grandes rasgos, los hechos de la fundación de Cartago en el siglo IX

a. e. c. No contamos con muchos detalles concretos de este periodo protohistórico; durante los tres primeros siglos de su existencia, Cartago apenas aparece en los registros. Sin embargo, estas historias de los primeros fenicios y sus interacciones a lo largo y ancho del Mediterráneo contienen ya los orígenes de la ciudad, las semillas del pueblo cartaginés y su poder. Sabemos también muy poco acerca de la evolución de Cartago durante los siglos siguientes, y mucho menos sobre quiénes fueron los sucesores de Dido y cómo se gobernaba la ciudad, cuántas personas vivían allí o cómo se veían a sí mismas. Pero esto no es algo que afecte solo a Cartago: en general, sabemos poco de lo que ocurrió en el Mediterráneo, y la mayor parte de la información correspondiente a estos siglos iniciales está impregnada de los mitos y relatos fundacionales de griegos y romanos, que se escribieron cientos de años después de los acontecimientos. Tendremos que esperar hasta el siglo VI a. e. c. para poder diferenciar entre cartagineses y fenicios y empezar a discernir quiénes fueron realmente los primeros cartagineses auténticos. Para llenar estos vacíos, creo que examinar la arqueología con más detenimiento nos ayudará a hacernos una idea tangible, a tener una visión más precisa de lo que ocurría en Cartago, de sus habitantes, de sus creencias y valores, pues este tipo de información, aunque no se vincule necesariamente con una figura histórica, puede enriquecer nuestro relato, aportarnos ideas sobre las personas que poblaron la ciudad y pisaron sus calles, sobre las viviendas que habitaron, sobre sus contactos e intercambios comerciales, sus opciones profesionales, sus creencias religiosas y sus esperanzas en el más allá. La arqueología es, por tanto, la que nos ayudará a vincular los comienzos míticos de la ciudad con el

auge que la convertiría después en esa gran potencia que fue Cartago.


Área arqueológica de la Cartago púnica
MEGARA
Muralla del siglo III a. e. c.
Golfo de Túnez
MEGARA
ISTMO
Triple muralla
Birsa
Área principal del mapa
Necrópolis de Bord Djedid
Colina de Juno
Colina de Birsa
Templo de Esmún
Necrópolis de Birsa
Casas
Cuartel de Magón
Murallas y puertas portuarias
Bir Massouda
ÁGORA
Cartago púnica
Puerto militar
Puerto comercial
Tofet
Muralla sur
Antiguo canal del lago de Túnez
Línea de costa actual
Necrópolis
Murallas de la ciudad (siglos VIII-VII a. e. c.)
0
1000m

2

EL SIGNO DE TANIT

A principios del siglo XX, un arqueólogo francés llamado Paul Gauckler excavó en Cartago una tumba muy bien conservada. Su descripción de los hallazgos del interior de esta tumba ofrece una imagen, casi tan realista como un bodegón, de una mujer cartaginesa que fue enterrada en el siglo VII o VI a. e. c. Gauckler describe el esqueleto de la mujer, que está tendida boca arriba, con el rostro vuelto hacia el este, hacia el sol naciente y la puerta de la tumba. En la mano izquierda sostiene un gran espejo de bronce y en la derecha unos pesados címbalos también de bronce. En la muñeca izquierda lleva un brazalete de perlas, que eran objetos raros y preciosos, procedentes de lugares tan lejanos como el golfo Pérsico y el océano Índico. La pulsera, similar a un amuleto, contiene también escarabajos egipcios y diversas figurillas, y su brazo derecho está rodeado por varios brazaletes de plata y marfil. En los dedos encontramos anillos de plata y uno de oro con cuatro babuinos grabados en la montura. El pendiente de su oreja izquierda es un colgante de oro con una cruz en forma de tau, y la argolla de su cuello la componen cuarenta piezas de diversas formas, todas de oro macizo. Junto a su cuerpo hay un *aryballos*, un pequeño frasco procedente de la antigua Corinto, en Grecia, que se utilizaba para guardar los perfumes y ungüentos rituales. También encontramos

una figurita de alabastro y un frasco esmaltado, cubierto de pan de oro, con una estatuilla de cerámica revestida de un esmalte multicolor llamado fayenza. El ajuar funerario lo completan varios huevos de avestruz pintados y una lámpara, junto con otras piezas de cerámica.[1] La cámara mortuoria y los hallazgos que contiene nos indican que la mujer enterrada en ella pertenecía a la élite, es decir, que era lo bastante rica como para reunir a su alrededor numerosos y variados objetos de lujo procedentes de tierras lejanas. Gauckler conjeturó que quizá se tratara de una sacerdotisa. Para nosotros, estos objetos funerarios son mensajes sobre lo que apreciaba la persona enterrada junto a ellos y sobre las deidades relacionadas con los muertos; son indicios, en definitiva, de creencias en una vida más allá de la muerte.

Los aspectos más significativos de cualquier cultura antigua residen en sus creencias religiosas, ya que nos revelan lo que la gente pensaba sobre su mundo, su ciudad, la vida que llevaban, sus familias y el entorno en general. Nuestra interpretación de las creencias de los cartagineses se basa a menudo en las concepciones romanas y griegas de su cultura, entendida como «lo diferente», «lo que no es como nosotros». Pero la realidad es menos simple: los cartagineses tenían mucho en común con las demás poblaciones del mundo mediterráneo. El panteón de Cartago incluía una miríada de dioses organizados según una jerarquía en la que el puesto más alto lo ocupaban Baal Hammon y su consorte, Tanit, junto a Reshef (un dios de la guerra). Esta gran tríada actuaba a nivel estatal o gubernamental; se los invocaba sin cesar y se relacionaban con la ciudad a modo de entidades políticas y militares. También eran importantes sus funciones cívicas y comunitarias y su influencia en el

éxito y el bienestar de la ciudad. En un yacimiento llamado Dougga, en el sudoeste de Cartago, un templo dedicado a Baal Hammon que ha sobrevivido hasta nuestros días acabó perteneciendo al dios romano Saturno. Aunque a Tanit se la menciona brevemente en el antiguo mundo fenicio como un aspecto de la diosa Astarté, en Cartago adquiere una personalidad propia: una deidad del mundo antiguo, transformada en el nuevo entorno colonial por la influencia de las experiencias locales. Uno de los símbolos más reconocibles de Cartago, que se encuentra en los primeros mosaicos, joyas y estelas funerarias (piedras conmemorativas y lápidas), es una forma triangular con una barra horizontal en la parte superior y una forma circular encima. Con un aspecto muy similar al de un monigote y también parecido al famoso *anj* egipcio, que simboliza la vida, este símbolo cartaginés se conoce como el «signo de Tanit» (véase la figura 5 del cuadernillo de imágenes).[2]

En el peldaño inmediatamente inferior del panteón cartaginés había tres dioses, dos de cuyos nombres nos son ya familiares: Astarté, Melqart y Eshmún. El significado de estas tres deidades varió con el tiempo, pero su asociación parece estar más relacionada con los individuos que con la ciudad-Estado en sí, por lo que podríamos inferir que los tres se vinculaban más con los aspectos personales que con las creencias religiosas. Aunque Eshmún era un dios cívico, también poseía atributos curativos; la diosa de la fertilidad Astarté, por otra parte, y también el dios colonial Melqart, desempeñaban un papel importante en las creencias de los ciudadanos individuales, que los consideraban patrones y protectores. En el siglo III a. e. c., cuando la historia cartaginesa se aclara un poco más, se enfatizó el papel de Melqart como patrón de

Amílcar y Aníbal Barca, pues estos célebres cartagineses relacionaron sus hazañas militares y aventuras con las del dios, como veremos en los capítulos 8 y 9.

Los dioses y diosas del mundo mediterráneo en general también se adoptaron formalmente en los cultos de la ciudad, algo que puede observarse en otros pueblos del Mediterráneo, donde el culto se trasladaba a un lugar y la veneración de nuevas deidades pasaba a formar parte de las prácticas religiosas de la población local. Esto podía deberse tanto a preferencias y creencias personales como a la intervención del Estado. A finales del siglo IV a. e. c., por ejemplo, mientras un general cartaginés sitiaba Siracusa, en Sicilia, su ejército saqueó un templo que se encontraba extramuros, dedicado a las diosas Deméter y Core. La acción se consideró un sacrilegio y los magistrados de Cartago, para intentar compensarlo, adoptaron de manera oficial el culto a Deméter y Core y lo instalaron en la ciudad. Un pasaje del historiador romano Diodoro Sículo describe el suceso con detalle:

> Ellos [los magistrados de Cartago] decidieron por unanimidad apaciguar, usando todos los medios posibles, a los dioses ofendidos. Y como no habían honrado nunca a Core y a Deméter en sus ceremonias, invistieron sacerdotes de estas diosas a sus ciudadanos de más renombre, y, con gran solemnidad, consagraron estatuas y realizaron rituales de acuerdo con las costumbres griegas. Además, nombraron a distinguidos residentes griegos para servir a las dos nuevas deidades. (14.77.4-5)

Deméter y Core eran las diosas de la fertilidad y de las cosechas; dos figuras, por tanto, muy relevantes en tiempos de guerra y hambrunas. La presencia de residentes griegos en Cartago, que

menciona Diodoro, añade una capa más de multiculturalismo a una ciudad compuesta ya por númidas y fenicios del Mediterráneo oriental, así como por otros norteafricanos, iberos y sicilianos.

Por las inscripciones halladas en las paredes de los templos de Cartago, sabemos que sus habitantes realizaban sacrificios, pues estas inscripciones eran en realidad una detallada lista de instrucciones que incluían datos específicos sobre cómo organizaban sus ofrendas religiosas los cartagineses. Estos documentos públicos especificaban quién debía qué a quién y cómo contabilizar las ofrendas y los sacrificios. Una de estas descripciones nos habla de su origen: el templo de Baal Ṣaphon. El significado de la palabra «Baal» es «el Señor»; Ṣaphon, por su parte, era una deidad venerada en Cartago cuya función estaba posiblemente relacionada con el gran dios de la tormenta.[3] La inscripción incluía una lista de instrucciones sobre cómo se debía realizar una ofrenda al dios. Los sacerdotes que trabajaban en los antiguos templos del Mediterráneo eran tanto figuras religiosas como carniceros de la comunidad, expertos en matar y descuartizar, en dividir en piezas los animales sacrificados. Estos sacerdotes cobraban por sus servicios y, en el templo de Baal Ṣaphon, se detalla la «tarifa de honorarios que [los treinta hombres encargados de tales menesteres] establecían». Estos «treinta hombres» eran, claro está, ciudadanos cuya función consistía en regular los sacrificios, y la inscripción estaba cuidadosamente fechada durante el mandato de un magistrado específico, cuyo nombre era «Ḥilleṣba‘al el sufete, hijo de Bodtinnit, hijo de Bodesmun», y sus colegas.[4]

La inscripción incluye listas de los tipos de sacrificios realizados, los animales involucrados y los precios cobrados. Una persona podía

elegir un buey, un ciervo o un ternero, y los importes de las tarifas se indicaban en siclos de plata, ya que los cartagineses utilizaban el siclo tirio como principal unidad monetaria. También se enumeraban los carneros y las cabras, los corderos y los cabritos, así como las aves, y se les asignaba un valor. Asimismo, se le podía ofrecer a la deidad una mezcla de harina y aceite, o de harina y leche, mucho más económica, y se preveía una disposición para aquellos que no podían permitirse dedicar un animal y pagar a un sacerdote, con la frase: «Los sacerdotes no recibirán [nada] por cada sacrificio que una persona pobre en ganado o aves ofrezca».

Es más que probable que la carne de los sacrificios se repartiera entre la comunidad una vez que los sacerdotes encargados del ritual tomaban la parte consagrada a los dioses. Los posibles abusos eran, obviamente, un problema, por lo que se incluyó una línea en la inscripción que advertía de que «cualquier sacerdote que cobre una tarifa contraria a lo establecido en esta tablilla será multado». Tanto los individuos como los grupos podían hacer ofrendas si seguían las normas, de modo que «cualquier gremio, cualquier clan, cualquier hermandad de compañeros que se reúnen para beber en honor a un dios, y cualquier hombre que realice una ofrenda [...] [pagarán] una cuota por cada sacrificio según lo establecido en el documento».[5] En Cartago, al igual que en todo el Mediterráneo, el consumo de carne y el reparto de la riqueza entre la población estaban regulados, y los sacrificios de animales eran fundamentales para la comunidad. Los cartagineses pertenecían a gremios, unidos por tradiciones familiares y oficios, que ofrecían a la comunidad el apaciguamiento de los dioses.

En uno de los emplazamientos religiosos más antiguos y controvertidos de la antigua Cartago, conocido como *tofet*, hay miles de pequeñas estelas de piedra, en algunas de las cuales se inscribieron las palabras: «Porque él/ella escuchó nuestra voz». Las estelas se depositaron sobre urnas de cerámica que contenían los restos incinerados de niños muy pequeños, bebés, recién nacidos y algunos animales. Todos ellos están apiñados en un espacio que abarca la historia entera de la ciudad, desde sus fundamentos primeros hasta el final de su existencia. Estas urnas son las ofrendas religiosas más controvertidas que conocemos. Desde el momento en que se descubrió el emplazamiento, hace poco más de un siglo, en 1921, se ha desatado un aluvión de debates acerca de su significado. ¿Qué era exactamente este lugar? ¿Era aquel sobre el que escribieron algunos autores griegos y latinos, donde los bárbaros cartagineses sacrificaban a sus hijos a los dioses? ¿O un sitio donde veneraban a los niños perdidos por causas naturales y que sería, por tanto, un testimonio de las altas tasas de mortalidad infantil que aquejaban al mundo antiguo? No existen respuestas inequívocas a estas preguntas, pero hemos recopilado ya tanta información sobre este lugar extraordinario y lo que pudo haber significado para los primeros ciudadanos de Cartago que vale la pena explorar cómo ha contribuido a moldear y matizar lo que sabemos sobre la ciudad y sus habitantes.

Hoy en día, la zona se conoce como el recinto de Tanit, en honor a la diosa consorte de Baal, la misma que, en ocasiones, aparece nombrada en las inscripciones como «el rostro de Baal». Pero, con frecuencia, al lugar se lo denomina simplemente *tofet*, un nombre engañoso, aunque popular, al fin y al cabo. El término *tofet* procede

de dos pasajes de la Biblia hebrea, y en ellos se basaron los primeros europeos que excavaron en Cartago, los descubridores del yacimiento. La palabra deriva de un lugar que aparece en la Biblia hebrea, Tofet, situado en el valle de Ben Hinnom, en Jerusalén, donde se decía que los filisteos «sacrificaban a sus hijos en el fuego».[6] Los primeros estudiosos europeos impusieron el uso del término hebreo, y la influencia de un novelista francés del siglo XIX, Gustave Flaubert, cuya novela *Salambó* recreaba escenas de sacrificios de niños en Cartago, desempeñó un papel clave en la interpretación acerca de lo que fue de verdad ese lugar. Por tanto, aunque el *tofet* de *Salambó* no tiene ninguna relación real con la función o el significado del emplazamiento, utilizo aquí ese mismo término, porque es el nombre por el que se lo conoce convencionalmente.

El *tofet* era un santuario al aire libre, repleto de urnas y estelas. Las primeras ofrendas, realizadas por los primeros habitantes de Cartago, se encuentran enterradas a gran profundidad, entre cuatro y cinco metros bajo la superficie. Son muy sencillas: simples restos cremados, colocados en una pequeña urna de cerámica de entre veinte y veinticinco centímetros de altura, recubierta a veces por un montón de piedras pequeñas. Con el tiempo, las conmemoraciones se volvieron más elaboradas. A medida que los ciudadanos de Cartago se hacían más prósperos, también se enriquecieron las piedras que marcaban el lugar de sus ofrendas. Algunos de los restos cremados se encontraron junto a piezas de joyería o amuletos, y, en ocasiones, entre las piedras se hallaron máscaras de cerámica con expresiones faciales grotescas que, según se cree, se

utilizaban para ahuyentar a los espíritus malignos (véase la figura 6). [Z]



FIGURA 6. Máscara de cerámica de Cartago en el Museo Nacional del Bardo. Foto de la autora

Algunas de las estelas de piedra están decoradas y otras llevan inscripciones que nos indican que el depósito se ha realizado en cumplimiento de un voto, pues la deidad «escuchó su voz». Todo esto es importante, porque nos revela que eran ciudadanos procedentes de todos los estratos sociales quienes depositaban aquí los restos, es decir, que no se trataba de un solo ritual formalizado o de un tipo especial de ofrenda. Las personas adineradas podían permitirse materiales o decoraciones más elaborados y añadir ajuares funerarios, mientras que las familias más pobres ofrecían urnas y piedras muy sencillas.

Hay una estela en particular que se sirve de una secuencia visual para contarnos una historia. Data del siglo IV a. e. c., y su forma es alargada y estrecha: una plancha de piedra caliza dura, decorada

con figuras incisas. La escena principal muestra a un hombre ataviado como un sacerdote, con una especie de tocado y con túnicas, que avanza con la mano derecha levantada. Este gesto indica oración y puede verse en otras representaciones halladas tanto en Cartago como en todo el antiguo Oriente Próximo, ya que era un símbolo universal. El brazo izquierdo del hombre rodea a un niño pequeño, que se acurruca en el hueco de su codo. El niño parece estar durmiendo, o tal vez muerto (véase la figura 7).[8] La estela está decorada también con formas de media luna, y especialmente con combinaciones de formas de media luna y de disco, lo que se cree que son símbolos del dios Baal. Este objeto fue el primero y hasta ahora el único que, según parece, nos cuenta la historia del lugar, y fue su hallazgo lo que condujo a los excavadores al yacimiento.



FIGURA 7. Estela de un sacerdote.
© Artifex Design Ltd.

¿Cómo podemos llegar a comprender al pueblo de Cartago a partir de este espacio consagrado a la religión y al sacrificio? ¿Quiénes eran esos padres que ofrecían a sus queridos hijos a los dioses y depositaban los huesos de sus recién nacidos en la tierra para cumplir un voto? Conocemos algunos de sus nombres y sabemos que no todos pertenecían a un mismo grupo étnico, sino que entre ellos había cartagineses, libios y griegos. Los padres cartagineses cuidaban de sus vástagos tanto como los griegos y romanos de la Antigüedad, y sacrificar a un hijo era algo inconcebible. Sin embargo, en el Mediterráneo antiguo la mortalidad infantil era muy elevada —algunas estimaciones la sitúan en un cincuenta por ciento —, lo que significa que los niños que salían adelante eran incluso más preciados entonces que hoy en día. Por lo tanto, ofrecer un niño por el bienestar de la ciudad, por garantizar su prosperidad, era la mayor renuncia imaginable. El recinto de Tanit, bien visible desde cualquier punto de la ciudad, constituía una parte fundamental de ella; era el lugar que los ciudadanos, y también los forasteros, escogieron para sus exvotos y sus ofrendas.

Existen muchas teorías sobre el significado del *tofet*. Algunos estudiosos sugieren que servía como un medio ritualizado de control poblacional. Sabemos que, en las sociedades romanas y griegas de la época, y en todo el mundo antiguo, se abandonaba a los niños a la intemperie para que murieran si no se contaba con los medios para cuidarlos, o porque se deseaba un niño en lugar de una niña, o debido a deformidades y discapacidades. Algunos apuntan a que quizá esos abandonos estaban ritualizados y estructurados de un modo formal. Pero esto no se sostiene, ya que las inscripciones votivas apuntan claramente a que se trata de depósitos realizados

en cumplimiento de votos y plegarias atendidas. Esto implicaría que una familia tendría que haber hecho su petición a los dioses antes de que naciera el niño, o quizá incluso antes de concebirlo, y que el sacrificio ritual, por tanto, se habría llevado a cabo mucho después de la promesa.

Las excavaciones más recientes en el yacimiento han empleado las técnicas y los análisis más avanzados. Los resultados nos muestran que los niños tenían, por lo general, solo unos días de vida cuando se los incineraba, y que se ofrecían en sacrificio tanto niños como niñas. La sustitución de niños y niñas por animales —se han hallado muchos huesos pertenecientes a estos últimos— indica también que el ritual no siguió un desarrollo coherente; aquello que empezó en los primeros años de existencia de la ciudad y aquello en lo que se convirtió no son, pues, necesariamente lo mismo.

El *tofet* de Cartago no es el único del Mediterráneo central, sino uno de los varios yacimientos similares que se han excavado en Cerdeña y Malta, en Motia, en Sicilia y también en otros lugares del norte de África, como Hadrumetum (la actual Susa). La presencia de un *tofet* en una ciudad quizá sea un indicador de la existencia de conexiones y vínculos directos entre Cartago y sus diversas ciudades satélites. Tal vez el *tofet* fuera el núcleo mismo del mundo púnico/fenicio occidental. Los yacimientos de esta zona contenían una pequeña capilla para el culto y un gran número de urnas de cerámica, con estelas vacías o con inscripciones. Dado que se trata esencialmente de un fenómeno cartaginés, se ha reflexionado mucho sobre hasta qué punto es posible entender el yacimiento desde el punto de vista cartaginés. ¿Es posible llegar a ver estos *tofet* tal y como eran, y tal y como se utilizaban, en lugar de como

los percibían los antiguos romanos y griegos, o como se perciben en la actualidad? Los sacrificios humanos no les eran desconocidos a las antiguas culturas mediterráneas que rivalizaban con Cartago. Existen pruebas de que también se llevaron a cabo, entre otras, en las sociedades romanas y griegas en diversas épocas, por lo que habrían estado mucho más normalizados en el mundo antiguo de lo que somos capaces de percibir e imaginar hoy en día.[9]

El *tofet* se encuentra dentro de las murallas de la antigua ciudad, y este es sin duda un dato relevante, porque, en las ciudades antiguas, los cementerios se situaban casi siempre extramuros debido a motivos de higiene y de salud. Su ubicación en el corazón de la ciudad es, por tanto, una clave que nos revela el papel fundamental del *tofet* como elemento ligado a la vida urbana de Cartago (véase mapa del capítulo Los hijos del Fénix). Su antigüedad se remonta a los primeros tiempos de la ciudad: fue entonces cuando se estableció en el lugar que hoy en día sigue ocupando, frente al mar, en la ladera este de la colina de Birsa. Los restos de la ciudad primitiva se encuentran enterrados a varios metros bajo la superficie, bajo siglos de ocupación próspera, primero, y bajo los restos de la destrucción y reconstrucción de la ciudad en la época romana después, hasta llegar al actual barrio residencial de Túnez que hoy se alza donde estuvo Cartago. Todo ello impide que nuestro conocimiento sea completo, aunque sabemos con certeza que el punto más alto de la ciudad, la colina de Birsa, era donde se levantaba la ciudadela, y que servía como centro del gobierno, la ley y la vida religiosa del Estado. El resto se extendía a lo largo de cuatro áreas diferentes: en la ciudad primitiva había zonas residenciales, un distrito industrial, varios cementerios donde

fueron enterrados los primeros ocupantes, y el *tofet*, el emplazamiento religioso que mejor ha resistido el paso del tiempo.

En los últimos cuarenta años se han excavado partes de las primeras fases de la ciudad, lo que nos ha permitido comprender mucho mejor cómo vivía la gente y cómo eran sus casas. La zona residencial más antigua se encontraba en la ladera este de la colina de Birsa, en un barrio frente al mar, y disponía de estructuras sólidas con muros de piedra rústica y suelos de piedra caliza triturada. Los ocupantes de este periodo arcaico vivían en complejos de viviendas compartidas formados por cuatro edificios rectangulares que contaban con un patio comunitario pavimentado. Es probable que en cada bloque vivieran juntas varias familias o familias extensas. A finales del siglo VIII a. e. c., estas viviendas comunales muestran señales de haber sido transformadas en viviendas unifamiliares de cuatro habitaciones, con sencillas paredes de adobe levantadas sobre cimientos de mampostería, y patios privados. En ocasiones, se han encontrado otros tres espacios abiertos a la calle, que probablemente funcionaban como talleres y tiendas. En las viviendas premodernas era muy común que las personas vivieran y trabajaran en el mismo espacio.

En el siglo VII a. e. c., doscientos años después de su fundación, Cartago se había convertido ya en una ciudad densamente urbanizada que cubría unas sesenta hectáreas. Las viviendas familiares evolucionaron hacia un patrón más estandarizado, basado en las tradiciones urbanas del Mediterráneo oriental. Es posible que fuesen las nuevas poblaciones que llegaron a Cartago, procedentes de las ciudades del Levante, las que trajeran consigo los nuevos estilos de vivienda. El caso es que, en este periodo, los cartagineses

habitaban en casas con tres habitaciones paralelas y un pasillo central o patio, y con una habitación oblicua situada enfrente. Los restos arqueológicos revelan el uso más generalizado de cerámica procedente de las ciudades del Mediterráneo oriental. Esto podría significar que, gracias al comercio, existía un mayor contacto entre las dos regiones, y que Cartago producía más bienes para exportar a cambio de aceite, vino y otros productos que llegaban en vasijas de cerámica desde el este. O tal vez la causa fuera la dura realidad de la vida en el Mediterráneo oriental. Para Tiro, en concreto, fueron años difíciles. Fuerzas más poderosas, como los neoasirios y los babilonios, sitiaron la ciudad a menudo a lo largo de los siglos VII y VI a. e. c., y aquella agitación política que aquejaba a la ciudad madre bien pudo haber provocado un aumento de la inmigración hacia Cartago.

Al mismo tiempo aparecen edificios de varias plantas, cuyas estructuras reflejan un proceso de construcción más robusto que se haría célebre en todo el Mediterráneo. La técnica de mampostería que permitía la construcción de varios pisos fue admirada por los romanos posteriores, que la llamaron «estilo africano» (en latín, *opus africanum*). Se construía con bloques de sillería verticales, colocados a intervalos regulares, y rellenando el espacio entre ellos con piedras o ladrillos de barro (véase la figura 8). El estilo africano de construcción era un método muy estable e innovador, ya que permitía levantar edificios más altos y muros capaces de soportar una carga considerable. Al igual que sucede hoy en día, un entorno urbano que crece hacia arriba para dar cabida a una población cada vez mayor suele plantear problemas de espacio. El crecimiento de Cartago se vio limitado por factores geográficos: el mar al este, los

cementerios al norte y al sudoeste y el *tofet* al sur. El resultado fue que durante los primeros siglos, Cartago se vio obligada a existir dentro de estos límites, aunque, por fin, hacia finales del siglo VI o principios del siglo V a. e. c., la ciudad pudo crecer más allá de las restricciones espaciales originales.

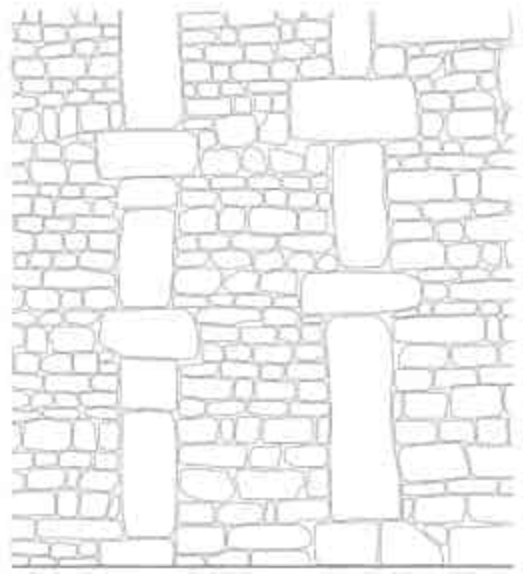


FIGURA 8. Esquema de la mampostería de estilo africano.
© Artifex Design Ltd.

El éxito de la población de Cartago durante los primeros siglos de su existencia dependió en gran medida de la buena voluntad de sus vecinos. En los primeros años, la mayor parte de lo que se consumía se cultivaba localmente, y solo en raras ocasiones aparecen productos importados en los registros arqueológicos. Esto significa que los cartagineses vivían y prosperaban junto con los pueblos indígenas en cuyas tierras habían fundado su ciudad. Debían de depender de estrechos contactos familiares, matrimonios mixtos y familias relacionadas entre sí. De este modo los cartagineses se

desarrollaron como pueblo: mezclándose con otras poblaciones y aceptando a nuevos grupos de personas que se trasladaban allí y aportaban nuevas ideas, dioses y tradiciones. Las fuentes antiguas identificaban a la población que vivía fuera de la ciudad, en este entorno mixto, como libiofenicios. Se trataba de familias que, durante generaciones, cultivaron la tierra, lucharon por Cartago a lo largo de su historia y desempeñaron un papel crucial en su supervivencia y su éxito final.

Actualmente existen pruebas fehacientes de que los primeros colonos de Cartago también trajeron consigo procesos tecnológicos avanzados. Estas tecnologías continuaron desarrollándose en las zonas industriales de la ciudad.[10] A los pies de la colina de Birsa, entre los siglos VIII y V a. e. c., había herreros que producían metales para la población de Cartago y también para la exportación. Además de las pruebas de la producción de hierro, a partir del siglo VII a. e. c., encontramos también, en estos lugares, evidencias de la fabricación de acero en crisoles. El análisis arqueológico del material de forja hallado en Cartago indica claramente que los herreros producían objetos de metal que no se destinaban solo al consumo local. Había bastante material excedente, que podía utilizarse para el comercio y la creación de redes tanto en África como en todo el Mediterráneo. Una vez que existen pruebas de excedentes de bienes para el comercio y de herramientas y tecnologías que permiten la expansión de la construcción —además de contribuir a una producción agrícola eficiente y a la fabricación de armas de guerra avanzadas—, se puede considerar que la ciudad está prosperando. Y todas estas características están presentes en Cartago, que vio

cómo, en el siglo V a. e. c., aquellas primeras forjas tuvieron que alejarse del centro de la ciudad debido a la expansión urbana.

Vincular el material tangible de Cartago con la historia del Mediterráneo nos permite añadir otra capa a la vida en la ciudad. Que el lugar estuviera tan bien conectado con Oriente y Occidente significa que, por sí sola, su ubicación lo hacía susceptible de verse afectado por los acontecimientos que tenían lugar en el resto del Mediterráneo. En el siglo VI a. e. c., los disturbios en Oriente ocasionaron cambios en Occidente. Desde el momento en que los persas aqueménidas conquistaron Mesopotamia y las regiones costeras del Mediterráneo oriental (539 a. e. c.), Tiro y las demás ciudades-Estado fenicias dejaron de ser independientes y autónomas para pasar a formar parte de un imperio mucho más grande. El impacto en Cartago, una de las principales colonias de Tiro, debió de ser significativo. Una vez más, podemos imaginar una gran afluencia de refugiados que llegaban al oeste para establecerse, aportando nuevas ideas y habitantes. El cambio de poder también habría servido como enlace, uniendo Cartago, a través de Tiro, con un mundo mucho más amplio. Los aqueménidas crearon el primer imperio global del mundo, con pueblos de todo Oriente Medio, Eurasia y la península arábiga sometidos a un único poder. Este periodo se corresponde con un cambio fundamental en la ciudad, donde una oligarquía de perfil republicano sustituyó a la monarquía gobernante. El siglo VI a. e. c. también nos presenta a los primeros cartagineses reales de los que se tiene constancia histórica después de Dido.

El nombre de uno de los primeros líderes cartagineses que conocemos es Malco, y sus andanzas las registró un historiador

romano mucho más tardío, llamado Justino.[11] De Malco se dice que era un «general» cartaginés, pero su nombre en fenicio es *mlk*, que significa «rey». Debido a la naturaleza genérica del nombre, es posible que se tratara de un personaje compuesto, basado en muchos individuos diferentes de un pasado legendario, cuya memoria se conservaba muy vivamente en Cartago. Hay figuras similares en la historia romana temprana, como el rey etrusco Numa, de este mismo periodo. El relato de Justino es importante porque Malco, como ya hemos dicho, es al fin y al cabo nuestro primer cartaginés histórico después de Dido. Lo encontramos guerreando en el Mediterráneo central, aunque el relato es escaso en detalles, controvertido en cuanto a la fecha y muy extraño respecto a su narración, pero lo repito aquí por su importancia. Malco fue, en un principio, aclamado como vencedor mientras combatía con su ejército en Sicilia, presumiblemente contra algunas de las ciudades-Estado griegas de la isla, antes de ser derrotado en una batalla que se libró en Cerdeña. Los asentamientos fenicios sardos prosperaron en las costas del sur y del oeste, donde se encontraban el mineral de hierro y otros recursos. Los sardos indígenas vivían en numerosas ciudades situadas en las colinas del interior y a menudo entraban en conflicto con los colonos de la costa. Debido a su derrota en Cerdeña, Malco fue castigado por sus compatriotas con el exilio, pero más tarde regresó a Cartago y sitió la ciudad.

Acampó fuera de las murallas de la ciudad con sus soldados, descritos como su ejército personal más que como una fuerza militar del Estado. Mientras Malco sitiaba Cartago, apareció su hijo Cartalón. El joven había estado en Tiro, adonde había llevado el tributo procedente de las guerras sicilianas destinado al gran templo de

Melqart. Cartalón continuó con sus deberes religiosos a pesar del asedio, hasta que regresó al lado de su padre después de ser relevado de sus tareas oficiales. El historiador romano que narra esta historia afirma que Malco estaba tan indignado con su hijo que lo crucificó allí mismo, haciendo hincapié en que todavía vestía sus ropas sacerdotales. Este gran sacrilegio no impidió que Malco tomara Cartago por la fuerza y matara a diez de los senadores gobernantes. A continuación, indultó al resto de los ciudadanos. A Malco lo derrotó por fin otra facción de la ciudad y fue llevado ante los tribunales. Allí lo procesaron por traición y por el asesinato de su hijo.

Este curioso drama, cuya representación tuvo lugar tanto fuera como dentro de las murallas de Cartago, plantea más preguntas que respuestas. Los elementos básicos de la historia sugieren una guerra civil entre diferentes facciones familiares, o una usurpación del poder en la ciudad. La versión romana es confusa, enrevesada, pero tal vez el simbolismo del gobernante que sacrifica a su hijo encierre una clave. Y es que este relato plantea la idea del conflicto entre el poder militar y el religioso, así como la posibilidad de que se produjera algún tipo de separación entre las dos ramas del gobierno como consecuencia de ello. La narración alude también al duro trato que recibían los generales derrotados y a la intolerancia del Estado cartaginés ante la derrota militar. Estos asuntos se repetirán una y otra vez a lo largo de la dilatada historia de la ciudad.

Malco era conocido como sufete, y el plural de esta palabra, sufetes, era el nombre de los magistrados que dirigían la administración de la ciudad. Había dos sufetes, que se elegían anualmente, y su gobierno marcó el comienzo de una nueva era en la ciudad. Existe una inscripción votiva que data de finales del siglo

VI a. e. c. y que reza: «En el vigésimo año del gobierno de los sufetes en Cartago».[12] La historia de Malco y esta inscripción son una muestra de cómo pudo haber tenido lugar la transición de la monarquía a la oligarquía en Cartago. Estos magistrados tenían el poder de un rey, pero por un tiempo limitado. Parece que también hubo magistrados con este título en Tiro. La palabra «sufete» está emparentada con el término hebreo *shofetim*, que alude a un magistrado con poderes judiciales, es decir, a un juez. En el periodo histórico de Cartago, la función que desempeñaban los sufetes era la de jefes del órgano de gobierno del Estado, y la ejercían dos magistrados elegidos por un consejo de élites aristocráticas que operaba como una especie de senado. A finales del siglo VI a. e. c. parece ya establecida la oligarquía que gobernaría la ciudad durante el resto de su existencia.[13] Los sucesores de Malco fueron los Magónidas, una poderosa familia de la élite que dominaría la magistratura y el mando militar cartaginés durante el siglo siguiente, pero de la que se sabe muy poco.[14]

Los ciudadanos de Cartago vivían, pues, en casas de varios pisos, realizaban trabajos relacionados con la vida urbana, practicaban la medicina, forjaban hierro y acero, cultivaban la tierra y pilotaban barcos. Eran padres, agricultores y eruditos, expertos en derecho y músicos, generales, almirantes, sacerdotes y sacerdotisas. Fueron estas personas las que hicieron de Cartago lo que fue. Los que no tenían la ciudadanía también debieron de vivir y trabajar en la ciudad, pero sabemos muy poco sobre cómo trataba la sociedad cartaginesa a los esclavos o a los prisioneros. Suponemos, dado que los esclavos fueron una parte fundamental de todas las sociedades antiguas del Mediterráneo, que las personas de estatus inferior

trabajarían en las distintas industrias de la ciudad, pero apenas hay huella de ellos en los documentos históricos y en la arqueología.

El filósofo griego Aristóteles analizó la constitución cartaginesa en su obra *Política* y describió las normas y condiciones de los empleos en Cartago. Mencionó el papel de los pilotos en los puertos, de los magistrados que se sentaban en los mercados, las ideas que los cartagineses tenían sobre el consumo social de alcohol, las interacciones sociales y la reproducción. En Cartago estaba prohibido beber alcohol si se trabajaba en los barcos de los puertos, si se ejercía de juez o si se intentaba concebir un hijo; ideas, todas ellas, que se ven sensatas según la mentalidad moderna. A los cartagineses parecía gustarles el buen vino: lo producían y exportaban, y a su vez importaban muchas variedades del Mediterráneo oriental. Era especialmente popular el vino de la isla de Rodas, como lo demuestra la presencia de un gran número de ánforas importadas de allí.

En las ciudades del Mediterráneo antiguo rara vez se daba una separación entre la observancia religiosa y el gobierno civil. Los dioses, las identidades cívicas y la guerra se mezclaban, configurando así la personalidad de un lugar, su gente, su gobierno y su prosperidad. En el segundo libro de su *Política*, Aristóteles analiza «otras» formas de gobierno distintas a las de las ciudades-Estado griegas. El filósofo quedó muy impresionado con el funcionamiento de Cartago en el siglo IV a. e. c. y señaló que sus habitantes se consideraban también «poseedores de una excelente forma de gobierno».[15] Esta mención es la única fuente histórica que evalúa directamente el gobierno de Cartago como sistema global, pero podemos añadir muchos otros fragmentos de historiadores griegos y

romanos posteriores que contienen comentarios improvisados sobre cómo funcionaba aquel Estado. Estos fragmentos plantean sus propios problemas, el más importante de los cuales, como señaló un estudioso, es que dichas fuentes posteriores y ajenas a la sociedad cartaginesa dificultan y lastran la comprensión al reducir el sistema de Cartago a su propio marco de referencia.[16]

El gobierno de la ciudad, en manos de una oligarquía elitista, se llamaba *drm* (*adirim*) y funcionaba como un senado. Los hombres que lo componían (por lo que sabemos, no había mujeres) se reunían en el templo de Eshmún, situado en la cima de la ciudad, en la colina de Birsa. El lugar sagrado de reunión se utilizaba para ocasiones importantes, en las que los hombres de la ciudad-Estado se daban cita para discutir sobre la política que seguirían, así como para declarar la guerra y firmar tratados. Eshmún era un dios procedente de Oriente Medio y a menudo se equipara con el dios griego de la sanación, Asclepio, hijo de Apolo. Es posible que otras ciudades fundadas por los cartagineses en el Mediterráneo occidental contaran con la misma estructura, y hay pruebas fehacientes de que uno de estos lugares, Cartagena (Nueva Cartago), en la península ibérica, estaba coronado por un templo dedicado a Eshmún, tal y como describe un testigo ocular de la época, el historiador griego Polibio. Es posible también que las colonias adoptaran a menudo una estructura urbana estandarizada, de la que Cartago era una suerte de modelo.[17] La asamblea de ciudadanos, llamada *m* (pronunciada como *jam*), era quien refrendaba las decisiones de la oligarquía. Los escritores griegos y romanos mencionan la asamblea popular y señalan con cierto desagrado que, en el siglo III a. e. c. y durante las Guerras Púnicas,

Cartago se volvió más democrática, y que el «pueblo» tenía demasiado poder en los asuntos del Estado (los escritores antiguos, como Polibio, no eran grandes admiradores de la democracia). No está claro cómo se llegaba a ser miembro de la asamblea de ciudadanos ni qué convertía a alguien en ciudadano de Cartago. Sin duda era un derecho de nacimiento, pero no era, según parece, indispensable que ambos padres fuesen ciudadanos. Por ejemplo, dos comandantes militares cuyos padres eran de Siracusa, en Sicilia, y cuyas madres eran de Cartago, fueron ciudadanos cartagineses que lucharon con Aníbal en Italia. Esto implica que quizá el vínculo materno con la ciudadanía era importante, o que tal vez bastaba con tener un solo progenitor cartaginés. Posiblemente, la asamblea de ciudadanos votaba por barrios y se organizaba por sectores. Esta suposición se basa en una inscripción hallada en la ciudad de Dougga, al sudoeste de Cartago, donde los grupos de votantes parecían estar organizados en torno a las diferentes puertas de la ciudad.

En el Estado cartaginés, el equivalente a un general o procónsul se llamaba *rb mhnt* (*rab mahanet*), que literalmente se traduce como «jefe del campamento». El cargo se consideraba uno de los más importantes del Estado, tal como menciona Aristóteles: «Los cartagineses eligen a sus magistrados y, en particular, a los más altos, sus reyes [sufetes] y generales, teniendo en cuenta tanto el mérito como la riqueza». Las funciones militares se encontraban separadas de las magistraturas civiles, a diferencia de Roma, donde el liderazgo militar se basaba en el ejercicio de una magistratura civil. Las pruebas más antiguas con las que contamos sugieren que un magistrado gobernante bien podría haber estado a cargo del

ejército, como Malco, pero, con el tiempo, parece haberse desarrollado una separación entre los poderes, y los generales de Cartago procederían seguramente de la élite gobernante terrateniente, aunque contamos también con pruebas que indican que podrían haber venido de lugares más periféricos. Un comandante militar podía acceder a las magistraturas cívicas, pero estas no eran necesariamente el trampolín para acceder al cargo de comandante.

Sin embargo, los generales cartagineses gozaban de verdadera autonomía durante las campañas. En el campo de batalla, los comandantes cartagineses supervisaban la negociación de los tratados, tomaban decisiones sobre los asentamientos, se ocupaban de los asuntos judiciales que atañían al campamento y acuñaban moneda. También eran personalmente responsables del éxito o el fracaso de una campaña y se les imponían severos castigos si no salían vencedores. A veces, como a Malco, los condenaban al exilio o, como sucedió en varios casos durante la Primera Guerra Púnica (264-241 a. e. c.), a los generales considerados demasiado débiles se los crucificaba sin juicio previo. A otros los conducían ante el «consejo de los ciento cuatro» para juzgarlos, y si se los declaraba culpables el castigo podía ser la crucifixión o el exilio. No parece que los comandantes lo fueran por un periodo de tiempo fijo, sino más bien que el cargo duraba lo mismo que la guerra en la que combatían. Asumir el nombramiento de general era un proyecto en el que el comandante solo podía triunfar o fracasar.

Entre los siglos IX y VI a. e. c., la ciudad pasó de ser un pequeño puesto colonial a convertirse en una potencia central en el Mediterráneo occidental. La cerámica de fabricación local, los

recipientes para almacenar aceite de oliva y los productos secos hallados en los barrios de Cartago y sus alrededores apuntan al crecimiento de la industria agrícola y a la producción doméstica de alimentos. Son estos fragmentos de cerámica los que nos revelan que los cartagineses alcanzaron muy pronto la autosuficiencia agrícola. Estos detalles también apuntan a la vitalidad y la fertilidad de las llanuras que rodeaban la ciudad, y a que la autosuficiencia agrícola de esta, y el posterior excedente, junto con el comercio y las comunicaciones, fueron los factores decisivos de su creciente éxito.[18]

A medida que Cartago se materializa como una entidad más perceptible en los registros históricos, vemos cómo, cada vez más, su gobierno era objeto de admiración en todo el Mediterráneo y que a la ciudad se la consideraba próspera. Pero no fue este un camino fácil, sino que estuvo lleno de altibajos. Las leyendas de Dido y de los primeros fenicios dieron paso a la realidad de una ciudad en crecimiento que comenzó a controlar gran parte del comercio en la zona central del Mediterráneo. En el siglo v a. e. c. existía ya una identidad cartaginesa específica, con ciudadanos que vivían a lo largo de la costa norteafricana; una ciudad-Estado con su propio gobierno de estilo republicano, moldeado por una mezcla de influencias que, junto con su ubicación privilegiada, condujeron al florecimiento de una nueva civilización en Occidente. La historia tangible de la ciudad comienza en estos años: se tiene constancia de que Cartago fundó su propia colonia en la isla de Ibiza (*c.* 564 a. e. c.) y de que las flotas cartaginesas participaron en importantes batallas navales. A medida que el Mediterráneo occidental se fue

poblando y volviendo más competitivo, Cartago les fue tendiendo la mano a sus vecinos en señal de amistad, de alianza o de conflicto.


Ruta hipotética del viaje de Hannón
Viaje de Hannón
Asentamiento
ESPAÑA
Río Betis
Océano Atlántico
Columnas de Hércules
Gadir (Cádiz)
Tingis
Lixus
Cartago
Río Dra
Desierto del Sáhara
ÁFRICA
Cerne
Río Senegal
GUINEA
SIERRA LEONA
CAMERÚN
Golfo de Guinea
0
500 millas
0
1000 km

3

MÁS ALLÁ DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

En algún momento del siglo V a. e. c., un cartaginés llamado Hannón partió en una expedición con el fin de explorar la costa occidental de África. Su relato se conserva todavía, aunque parcialmente, en un documento de dieciocho renglones, titulado «Navegación de Hannón, noble cartaginés, a lo largo de las costas de África, más allá de las columnas de Hércules». El autor de dicho documento fue quizá el capitán del barco, el propio Hannón, pero el relato está escrito en tercera persona, por lo que algunos creen que fue un escriba quien registró lo acontecido durante el viaje; en cualquier caso, se trata del relato de un testigo ocular.[1] Creemos que el documento original se escribió y se fijó en la pared de un templo de Cartago no mucho después del viaje. El exitoso regreso de Hannón a la ciudad se habría conmemorado con ofrendas a los dioses y una versión oficial del viaje, relatada y celebrada en público.

Este tipo de obra se denominaba *periplus* (periplo) y fue tanto un género popular de la literatura como una guía para los marineros del Mediterráneo antiguo y más allá, que compartían estos manuales de navegación, copiados, traducidos y utilizados por otros viajeros a lo largo de los siglos. Que la historia de Hannón haya sobrevivido es un milagro. Su periplo debió de ser tremendamente popular, ya que se copió y recopiló a lo largo de los milenios, y era bien conocido por

otros escritores antiguos, que lo mencionan en sus textos. Las versiones que tenemos proceden de dos manuscritos parcialmente conservados, que se escribieron en griego y que datan de los siglos IX y XI, es decir, más de mil años después de los acontecimientos que narran. Se desconoce quiénes fueron los escribas bizantinos que realizaron estas nuevas copias, pero la versión más antigua se encuentra en la actualidad en la Universidad de Heidelberg, y la otra, dividida en dos partes, en el Museo Británico y en la Biblioteca Nacional de París.[2]

El periplo de Hannón es una historia de aventuras, una exploración etnográfica. La intención del viaje parece haber sido, en efecto, explorar y colonizar la costa africana, y se habla del líder, Hannón, como un sufete, un magistrado de la ciudad. Él y su flota navegaron hacia el oeste, a lo largo de la costa sur del Mediterráneo, y, al dejar atrás las Columnas de Hércules, viraron hacia el sur, viajando a lo largo de la costa y deteniéndose para comerciar e interactuar, para establecerse y aprender. El relato está lleno de encuentros de la tripulación con ríos repletos de cocodrilos e hipopótamos, pueblos indígenas salvajes y un paisaje de volcanes activos, frondosos bosques y gran riqueza de recursos naturales. Estudiar el manuscrito que ha sobrevivido es como seguir una ruta por los mares, por cada lugar en el que atracaron o fondearon frente a la costa. A menudo incluye nombres de lugares ininteligibles para nosotros. La historia de Hannón es extraordinaria porque nos cuenta que, al mismo tiempo que Cartago establecía su ciudad y su economía en el Mediterráneo central, sus ciudadanos se embarcaban para explorar el mundo que los rodeaba, para colonizar, explotar y

comprender a los pueblos y las tierras que se extendían más allá de sus fronteras.[3]

Antes de que los cartagineses se lanzaran en sus barcos a investigar el mundo, sus antepasados fenicios ya eran famosos por sus habilidades de navegación y su destreza marítima. Hannón no fue el primero que exploró las regiones costeras de África más allá del Mediterráneo. Aunque su relato es único, por ser el único testimonio personal que se conserva y en el que se afirma que ha sido escrito originalmente por un cartaginés, existe una historia anterior, del siglo VI a. e. c., narrada por el historiador griego Heródoto, que cuenta que un barco fenicio circunnavegó África en una expedición financiada por el faraón egipcio Necao II, de la vigesimosexta dinastía (610-595 a. e. c.). Necao perteneció a la última dinastía nativa que gobernó Egipto, antes de que los persas aqueménidas lo conquistaran, en el 525 a. e. c., y este relato de exploración fue uno de sus mayores logros. Dice Heródoto:

> La geografía de Libia [Libia equivale aquí a la totalidad de África] está rodeada de mar por todas partes, excepto por aquella donde se une con Asia; una observación que realizó y comunicó por primera vez el rey egipcio Necao. Tras completar la construcción de un canal que unía el Nilo con el mar Rojo, envió a marineros fenicios a lo largo de él, con instrucciones de continuar hasta que, en su viaje de regreso, pasasen por las Columnas de Hércules, entraran en el mar que se extiende más al norte y, finalmente, alcanzasen Egipto.[4]

El relato de Heródoto es escaso en detalles, pero describe cómo se desarrolló el viaje, con el barco navegando a lo largo de la costa este de África, rodeando el sur y remontando después hacia el oeste. El avance era lento y, cada otoño, cuando los barcos se

encontraban en el mar, la expedición atracaba en un puerto, plantaba semillas para cultivar y, una vez cosechadas, recogía los alimentos y continuaba su camino. En esta época existían muchas sociedades antiguas sofisticadas a lo largo de la costa este de África, que estaban conectadas a través del océano Índico por el comercio.[5] Los barcos fenicios habían atravesado primero el canal que conduce al mar Rojo y luego habían bajado por la costa de África. Lo curioso de Heródoto es que cuestionaba la validez de su propio relato y, paradójicamente, en esta afirmación se encuentra la confirmación de su viaje: «Allí decían (lo que algunos creen, aunque yo no) que al navegar alrededor de Libia [África], ellos [los fenicios] tenían el sol a su derecha». Los barcos que se dirigían al sur del ecuador y alrededor del punto más meridional de África, hoy llamado cabo de Buena Esperanza, habrían mantenido, efectivamente, el sol a su derecha en el hemisferio sur. Heródoto no sabía que la Tierra era redonda.[6]

Tras tres años de viaje, los triunfantes barcos fenicios regresaron a Egipto, y a su agradecido faraón. Hay muchas preguntas sobre esta expedición que no podemos responder, pero las fuentes posteriores siguieron celebrando el misterio y las leyendas de los fenicios, y sus habilidades para la navegación. Algunos estudiosos modernos cuestionan la validez de la historia, debido a que los mapas posteriores del mundo, dibujados por geógrafos romanos como Ptolomeo, en el siglo II, no reflejan el conocimiento adquirido en este viaje ni la noción de que África se encontraba rodeada por el mar y podía circunnavegarse. Un mapa medieval basado en una versión antigua del mismo Ptolomeo lo muestra con claridad: África se dibuja como una masa continental que se extiende

ilimitadamente hacia el sur.[7] El hecho es que resulta imposible que los romanos no supieran lo que ya los fenicios sabían, lo que constituye un ejemplo perfecto del extremo sesgo romano que todavía domina gran parte de nuestra visión del mundo antiguo. Esta actitud contradice lo que sabemos sobre la conectividad que existió del siglo VI al siglo IV a. e. c. entre el Mediterráneo oriental, Oriente Medio y Asia occidental: fue un periodo de gran expansión en el que los persas aqueménidas levantaron el primer imperio global y ejercieron su dominio en el Mediterráneo, el golfo Pérsico, Asia y el océano Índico, por tierra y mar. Los fenicios y sus descendientes cartagineses fueron agentes de cambio en este periodo. Conectaron el Mediterráneo oriental y todas sus relaciones interdependientes con Occidente y lo extendieron a las regiones costeras de África. El conocimiento y la comprensión de los fenicios en el apogeo de sus habilidades náuticas, así como la historia posterior de su cultura, escritura y relatos, fueron en gran medida ignorados y olvidados durante los siglos que siguieron a su conquista.[8]

Las narraciones sobre barcos, tecnologías navales y viajes constituyen la base de gran parte de lo que se sabe sobre los fenicios y los cartagineses. En ellas, las leyendas y los hechos se mezclan, lo que dificulta mucho su verificación. Los antiguos geógrafos e historiadores de la naturaleza romanos, cuya obra constituye la narrativa dominante, escribieron sobre su mundo desde la perspectiva del centro y de la periferia. Cuanto más se alejaba uno del centro (en este caso, el Mediterráneo), más salvaje y extravagante se volvía todo, con paisajes y pueblos repletos de monstruos y peligros. La historia de Hannón responde también a

estos patrones. Se trata, como hemos dicho, de un viaje por etapas a lo largo de la costa occidental de África, que pudo llegar hasta Senegal y, posiblemente, hasta el actual golfo de Guinea (véase mapa del capítulo El signo de Tanit). El texto dice:

> Los cartagineses ordenaron a Hannón que zarpara desde las Columnas de Hércules y fundara varias ciudades libiofenicias. Y él zarpó, con sesenta barcos de cincuenta remos, unos treinta mil hombres y mujeres, provisiones y otros pertrechos.[9]

No se trataba de una expedición menor, sino de una empresa realmente ambiciosa, incluso si tenemos en cuenta la tendencia de los antiguos a exagerar las cifras. Suponía una gran inversión: miles de personas, abundantes fondos y sesenta embarcaciones. Los expedicionarios serían, casi seguro, familias cartaginesas y de otros pueblos fenicios occidentales, a quienes se enviaba a lo desconocido para que se establecieran en nuevas regiones y dieran lugar a nuevas redes de contacto. Existen pruebas fehacientes de la existencia de asentamientos de origen fenicio/ cartaginés a lo largo de la costa norte de África, en el litoral de la península ibérica, alrededor del extremo del continente, hacia el Atlántico, y también bajando por la costa occidental hasta Mauritania (Marruecos). Los asentamientos y el expansionismo fueron la tónica general en el Mediterráneo a lo largo de estos primeros siglos, cuando los fenicios y los griegos (y más tarde los romanos) se dispersaron, enviaron a la población sobrante a nuevos lugares, se establecieron en ellos y conquistaron tierras mediante guerras o tratos comerciales.

Uno de los posibles motivos del viaje de Hannón, además del expansionismo, fue quizá el acceso a nuevos recursos, y en especial

al oro. Los cartagineses comerciaban a través del Sáhara con los pueblos indígenas de los oasis de la zona, y uno de los principales productos intercambiados era el oro. Los cartagineses sabían que la fuente de este oro se encontraba en la región que hoy se conoce como el delta del Níger, a la que se podía acceder también por mar, bajando por la costa occidental africana. Es muy posible que su expedición fuera un intento de eliminar a los intermediarios del desierto para establecer ellos mismos enlaces directos, a través del mar, mediante la creación de una red de contactos y colonias que facilitaran este comercio. Así funciona, y ha funcionado siempre, el colonialismo: eliminando a los intermediarios para llegar directamente a la fuente de sus intereses. Autores antiguos, como Diodoro Sículo y Heródoto, describen el modo en que los cartagineses operaban durante sus expediciones comerciales, y las descripciones encajan en un patrón bien conocido: el de la explotación por parte de una cultura superior desde el punto de vista tecnológico. Igual de fascinante es el curioso comercio silencioso entre culturas que no comparten idioma, tal y como nos cuenta Heródoto:

> [los cartagineses] llegan aquí y descargan su mercancía; luego, tras colocarla en la playa, regresan a sus barcos y encienden una hoguera. Los habitantes del país ven el humo y, al llegar al mar, depositan oro para pagar la mercancía y se retiran. Entonces los cartagineses desembarcan y examinan el oro; si les parece un precio justo por su carga, lo toman y se marchan; pero si no, vuelven a bordo y esperan, y entonces la gente regresa y añade más oro hasta que los marineros quedan satisfechos.[10]

El periplo de Hannón ofrece una descripción detallada del viaje y, en especial, de la variedad de animales exóticos y desconocidos que se encuentran, así como de hombres capaces de correr más rápido que los caballos. Cuando los cartagineses llegaron a Mogador, una colonia fenicia ya establecida cerca de la actual Esauira, en Marruecos, continuaron su camino. Como en una versión cartaginesa del *National Geographic*, el relato es en parte maravilla y en parte puro comercio. Hannón cuenta cómo se aliaron con nuevos pueblos hasta llegar «al Lixus, un gran río que fluye desde Libia. Los lixitas, una tribu nómada, sacaban su ganado a orillas del río para que pastara». La expedición se quedó un tiempo con los lixitas y se forjaron nuevas amistades. Los lixitas proporcionaron a la expedición guías e intérpretes. Se cree que este lugar se encuentra al sur de Agadir, en el actual Marruecos, cerca del reino de Tazarut (posiblemente el actual Tazeroualt), una región que en su día controlaba las rutas de las caravanas a través del Sáhara hasta Sudán, y que sin duda fue un aliado útil para los cartagineses. La expedición siguió, pues, su trayecto hacia el sur, dejando atrás el río llamado Chretes y rodeando el «cuerno de África». Tuvieron que lidiar con la hostilidad de los lugareños, que les lanzaban piedras, y atravesar regiones habitadas por «etíopes», que es el término genérico griego para referirse a cualquier persona de piel oscura, ya que la palabra significa, literalmente, «rostro quemado». Después de admirar las montañas cubiertas de árboles coloridos y aromáticos, llegaron por fin a un volcán que algunos identifican con el monte Camerún. Hannón y sus marineros describen entonces un encuentro con criaturas que en el manuscrito se denominan «gorilas». Los cartagineses intentaron traer de vuelta especímenes vivos, pero no

lograron capturar ninguno. Acabaron matando a dos hembras de la especie —las hembras, aterrorizadas, no pudieron escapar, pero sí los machos—, que fueron desolladas para llevar, a modo de trofeo, las pieles a Cartago. Allí fueron colgadas, en el templo de Baal Hammon, al término del viaje.[11]

El viaje de Hannón fue recordado como una gran hazaña en otras fuentes antiguas. Fue un relato muy célebre, y la *Historia natural* de Plinio, escrita mucho más tarde (en el siglo I), menciona brevemente a Hannón en un comentario sobre Cartago: «Cuando la ciudad estaba en el apogeo de su poder, Hannón publicó un relato de un viaje que realizó desde Gades hasta el extremo de Arabia». Plinio afirma que Hannón circunnavegó el continente africano para regresar a Cartago, viajando hasta Arabia, pero el texto existente no nos dice eso.[12] El periplo que ha llegado hasta nosotros encaja con otros relatos que circulaban en la época, en parte míticos y en parte históricos, como las leyendas griegas de Perseo y las Gorgonas o la *Odisea*, en las que un héroe que representa a su pueblo explora su mundo, se establece en nuevas regiones y se encuentra con todo tipo de animales salvajes y monstruos incomprensibles. Es muy posible que los hechos de esta expedición se hayan mezclado con los de otras exploraciones del Mediterráneo antiguo y más allá. Es difícil saber mucho más al respecto desde la perspectiva cartaginesa, pero lo que sabemos es suficiente para hacernos una idea de cómo creció Cartago, de cómo se diseminó, exploró y amplió su esfera de influencia, además de mostrarnos que el continente africano entraba dentro del radio de expansión de su mundo.[13]

Y, por supuesto, como hemos dicho ya, los barcos fueron una parte crucial de este proceso, ya que Cartago heredó la reputación

de sus fundadores fenicios en lo que atañe a la construcción naval. Los primeros barcos de guerra fenicios con cubierta, visibles en los relieves neoasirios, dieron paso a las famosas trirremes griegas en el siglo VI a. e. c. A partir de ahí, según Aristóteles, Cartago creó la cuatrirreme, un barco con dos bancos de remos y dos remeros por cada puesto (véase la figura 9). Cartago se situó en el centro mismo de esta época marcada por la innovación tecnológica, construyendo barcos más grandes, más rápidos y mejores, y ampliando sus conocimientos de navegación, así como sus contactos comerciales.

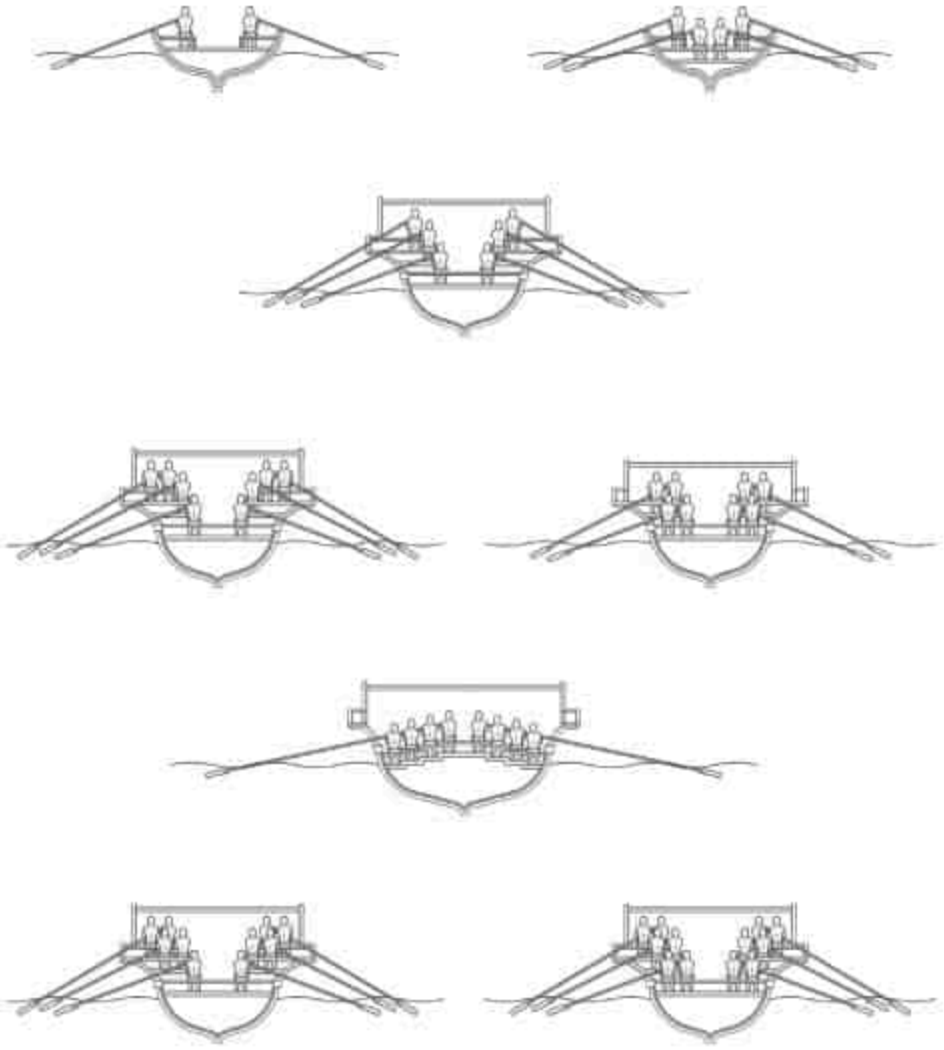


FIGURA 9. Esquemas de las variaciones en el tamaño de los barcos.
© Artifex Design Ltd.

En el siglo VI a. e. c., la ciudad comienza a aparecer en la escena geopolítica como una entidad propia, es decir, no como una mera colonia fenicia. Es en esta época cuando algunas fuentes escritas, como Heródoto, usan por primera vez en sus textos la palabra «cartaginés», en lugar de «fenicio». Y las palabras, ya lo sabemos, importan. Aunque los historiadores griegos siguen confundiendo ambos términos, esto implica que la ciudad y la identidad de sus ciudadanos se estaban diferenciando. Cartago creció gradualmente y extendió su influencia sobre el nexo preexistente entre las ciudades fenicias del Mediterráneo occidental. Se trataba de zonas con un patrimonio cultural y lingüístico común. Diodoro Sículo creía que los cartagineses habían establecido una colonia en Ibiza (Ebusus) ya en el 564 a. e. c., aunque se trata de una afirmación no exenta de polémica. En cualquier caso, nos encontramos a los cartagineses dirigiéndose hacia las zonas centrales y occidentales del Mediterráneo, y sirviéndose de la magnífica ubicación geográfica de su ciudad, convertida en un punto de apoyo natural para el mundo que la rodea (véase mapa del capítulo Más allá de las columnas de Hércules).[14]

La expansión geopolítica de Cartago va de la mano con el crecimiento físico de la ciudad. La fundación original fue superando sus límites a lo largo de un proceso lento, no lineal, que duró casi trescientos años. Pero, junto con la innovación, la expansión y la exploración, llegaron los conflictos. A medida que la ciudad crecía, también lo hacía el asentamiento de otros pueblos en la misma zona. El inicio de los grandes conflictos geopolíticos se centró en el

control regional de los lugares estratégicos de conexión, que formaban un puente desde el norte de África hasta Sicilia, Cerdeña y Córcega. Los cartagineses encontraron partidarios y enemigos en esta zona, y se aliaron con las ciudades-Estado etruscas, que florecían en el centro de Italia en la misma época. Ambas regiones habían comenzado a sentirse invadidas por la presencia cada vez mayor de colonias griegas en el Mediterráneo occidental. A medida que crecía la población, se intensificaban las interacciones entre las distintas culturas y aumentaba también la competencia por los recursos, así como el acceso a los puertos estratégicos.

Un acontecimiento, que data de alrededor del 535-530 a. e. c., está relacionado con una batalla específica que se libró frente al puerto de Alalia (Aleria), en la costa oriental de Córcega. El conflicto acabó siendo crucial en la historia del Mediterráneo occidental, ya que marcó un cambio de rumbo en lo que parecía ser una coexistencia pacífica entre los principales actores —diversos pueblos griegos, etruscos y cartagineses/fenicios—, cuya postura se volvió más agresiva desde entonces. La expansión de los pueblos de habla griega en el Mediterráneo occidental dio lugar a la fundación de ciudades como Massalia (la actual Marsella) y Emporion (Empúries, en la península ibérica). La expansión griega obedeció a múltiples factores, muchos de ellos relacionados con los mismos acontecimientos que habían modificado los lazos entre Cartago y las ciudades-Estado fenicias del Levante en el siglo VI: las conquistas del Imperio persa aqueménida y la extensión de su control a territorios como Asia Menor, Egipto y toda la costa mediterránea. El estatus de superpotencia de los aqueménidas, que duró desde el siglo VI a. e. c. hasta su desaparición, a finales del siglo IV a. e. c., supuso que

algunas poblaciones de habla griega de la costa de Asia Menor que se resistieron a su dominio acabaran expulsadas o huyeran por propia voluntad cuando las circunstancias se endurecieron.

Nuestro principal informador acerca de esta crucial batalla es Heródoto. Él es quien nos relata aquel enfrentamiento naval que tuvo lugar entre los barcos del Mediterráneo oriental y los del Mediterráneo central. En Alalia existía un asentamiento focense, un pueblo de habla griega procedente de Focea, en Asia Menor (Foça, en la actual Turquía), que se había establecido recientemente en este lugar y había comenzado a causar estragos en los mares. Según nos cuenta Heródoto, los focenses eran consumados piratas:

> Cuando llegaron a Córcega, los focenses se establecieron allí durante cinco años, junto a los colonos originales, y construyeron templos y asentamientos. Sin embargo, se dedicaron también a saquear los territorios vecinos, lo que empujó a los tirrenos [etruscos] y a los cartagineses a formar una coalición contra ellos. Los dos aliados reunieron sesenta barcos y zarparon después para enfrentarse a los focenses. En respuesta, los focenses movilizaron también sesenta barcos e hicieron frente a sus adversarios en el mar de Cerdeña. Aunque [los focenses] salieron victoriosos, fue una victoria cadmea que tuvo un alto precio: perdieron cuarenta naves y las veinte restantes quedaron inutilizadas debido a los daños sufridos. Posteriormente, los focenses navegaron hasta Alalia, donde embarcaron a sus familias y pertenencias en sus naves. Partiendo después de Córcega, navegaron hasta Regio. (*Historias*, 1.165-1.166) [15]

Ese número redondo, esos sesenta barcos por cada flota, es exactamente el mismo del contingente de barcos comandado por Hannón en su viaje alrededor de África, un detalle que suscita algunas dudas acerca de lo exagerado de la cifra, aunque tal vez

refleje una suerte de número genérico de barcos necesarios para formar una flota. En cualquier caso, debió de ser una gran batalla naval para los cánones de la época y una inversión enorme por parte de los principales protagonistas. Las trirremes (cuyo nombre deriva de los tres bancos de remeros que este tipo de embarcación posee a cada lado) estaban tripuladas por doscientos hombres (incluyendo ciento setenta remeros), lo que significa que cada bando, con sesenta navíos, habría embarcado supuestamente nada menos que a doce mil hombres. Dado el tamaño de la población en este periodo, y en el Mediterráneo occidental, esta cifra, treinta y seis mil hombres en total, no es verosímil, a menos que hubiera muchos otros asentamientos y pueblos involucrados en la batalla, es decir, una coalición mucho más amplia en ambos bandos. Heródoto dice que fue una «victoria cadmea». Cadmo fue el legendario rey fenicio de Sidón, que gobernó en la Tebas griega, y entre cuyos descendientes se encontraron famosos reyes de la tragedia y la leyenda, como Edipo. Los dos hijos de este, Polinices y Eteocles, lucharon entre sí por el dominio de Tebas y ambos murieron, por lo que ninguno de los dos bandos ganó: este tipo de victoria, destructiva y vana, se conoció a partir de entonces como «victoria cadmea».[16]

Alalia no se menciona como tal en otras fuentes. Tucídides, contemporáneo de Heródoto, solo apunta, con brevedad, que: «Finalmente, los focenses, en su camino para fundar Massalia (Marsella), ganaron una batalla naval contra los cartagineses». Pero no está claro si se refiere a la misma batalla de Alalia o a un conflicto anterior entre focenses y cartagineses por la fundación de Massalia, alrededor del 600 a. e. c.[17]

¿Qué nos revelan entonces los acontecimientos de Alalia sobre esta época? Que entre las potencias en expansión del Mediterráneo occidental existía un conflicto y una competencia cada vez mayor por el control de puertos estratégicos y rutas marítimas; y que Cartago se encontraba en medio de todo ello. Como hemos visto, los focenses se trasladaron al Mediterráneo occidental debido a la creciente presión del Imperio persa aqueménida. Sus actividades —incursiones y saqueos— en la zona del Mediterráneo central provocaron la reacción de los etruscos y los cartagineses. Un vistazo al mapa ilustra cómo la ubicación de Alalia, justo al otro lado del mar, desde los puertos etruscos, daba a los focenses la capacidad de interrumpir el transporte marítimo, así como el comercio que entraba y salía de las ciudades etruscas (véase mapa del capítulo Más allá de las columnas de Hércules). Es muy posible que la presencia de una nueva amenaza griega en la región empujara a las ciudades etruscas a pedir ayuda a los cartagineses para proteger sus intereses comunes. Aquella victoria cadmea llevó a los focenses a retirarse por completo de Córcega y a reasentarse por la fuerza en Velia, en la costa sur de Italia, lo que nos hace pensar que la victoria de los griegos quizá no fuera ni siquiera una victoria, cosa que sugiere también el hecho de que la batalla de Alalia supusiera el fin de la expansión colonial griega hacia el oeste. Los resultados favorecieron sin duda a la alianza entre cartagineses y etruscos, y tal vez se trazaron aquí las esferas de influencia que resultaron tan importantes para Cartago y su futuro; aquella no fue la última vez que las flotas de la ciudad desempeñaron este papel y actuaron en el mar Tirreno. Cartago acudiría cada vez más en ayuda de las

ciudades-Estado aliadas que se veían amenazadas por la expansión griega.

Los etruscos, al igual que los fenicios y los griegos de entonces, no fueron nunca una entidad unificada, sino que procedían de distintas ciudades-Estado dispersas por la actual Toscana, unidas por una lengua y una cultura comunes. A los aliados de los cartagineses en la batalla de Alalia se les llamaba simplemente tirrenos, que es el nombre genérico de los etruscos. Existen otras pruebas más específicas, pruebas escritas, de la alianza entre los cartagineses y la ciudad etrusca de Caere:[18] tres espectaculares láminas de oro con inscripciones bilingües, descubiertas en la ciudad portuaria de Pirgi en 1964, que no han dejado de intrigar a los arqueólogos. Las inscripciones de las láminas están en fenicio y etrusco (véase la figura 10 del cuadernillo de imágenes).

Pirgi era el puerto de la poderosa ciudad interior de Caere. Estas láminas datan de finales del siglo VI a. e. c., el periodo en el que tiene lugar la alianza mencionada por Heródoto. Tres son los textos que se encuentran en las láminas, dos en etrusco y uno en fenicio, y en ellos se detalla la dedicatoria de las tablillas de oro al santuario por parte del magistrado principal de Caere, llamado Thefarie Velianas. En este templo se veneraba a una diosa que en la inscripción aparece como la Astarté de los fenicios y la Uni etrusca. Los textos etruscos son más largos y la traducción fenicia no es literal, pero parece transmitir, más o menos, el mismo significado. Las láminas son una muestra del claro vínculo que existía entre las dos culturas en lo que se refiere al culto compartido de la diosa; nos hablan de la presencia de ambas culturas en este popular y rico puerto y santuario, y de que mantenían relaciones amistosas,

aliándose en tiempos de necesidad. Los comerciantes y las flotas de Cartago eran bienvenidos allí, y sus ciudadanos podían rendir culto en el santuario y buscar la protección de la diosa. Las láminas de oro martilladas con inscripciones se colgaban, probablemente, en la puerta o en los muros del templo. Los orificios aún visibles en los bordes de estas láminas y los clavos de oro que se encontraron cerca confirman que este era el modo en que se exhibían.

Lo más increíble de estas láminas es que se hayan conservado. Cuando se descubrieron, en 1964, habían sobrevivido durante miles de años solo porque en su día las enrollaron y las escondieron. El santuario debía de estar cubierto de dedicatorias similares y repleto de generosas donaciones procedentes de todo el Mediterráneo, ya que era famoso por su patrocinio internacional. Casualmente, existe un relato escrito que podría darnos pistas acerca de por qué las ocultaron: el del ataque a Pirgi por parte del tirano de la ciudad-Estado griega de Siracusa, Dionisio. Dionisio saqueó el santuario, y quizá esto fue lo que hizo que una de las sacerdotisas ocultara los objetos sagrados.

> Dionisio, necesitado de dinero, se dispuso a hacer la guerra a Tirrenia con sesenta trirremes. La excusa que dio fue su necesidad de reprimir la piratería, pero en realidad su intención era saquear un templo sagrado, ricamente provisto de ofrendas, que se encontraba en el puerto de la ciudad tirrena de Agylle, cuyo nombre era Pirgi. (Diodoro Sículo 15.14.3)

Aunque este texto es un preludio de un periodo de intensas guerras acontecidas a finales del siglo V y principios del IV a. e. c., sigue siendo relevante. Dionisio había estado merodeando por el Mediterráneo, tratando de recaudar fondos con el fin de reunir una

gran flota con la que lanzar un ataque contra Cartago, por lo que parece que seleccionó con mucha intención la importancia estratégica de su objetivo, Pirgi, aliada de Cartago.

Existe otra prueba aún más intrigante de la estrecha relación que existía entre las ciudades etruscas y los cartagineses: una tarjeta de huésped (*tessera hospitalis*) encontrada en una tumba del cementerio de Santa Mónica, en la antigua Cartago. Se trata de una tarjetita de marfil, con forma de jabalí, y con la inscripción: «Soy Puinel, de Cartago», en lengua etrusca. Esta figurita fragmentaria nos revela muchas cosas. Me gusta imaginarla como una especie de antigua tarjeta de visita que habría permitido a dos partes en una negociación o acuerdo conectarse a larga distancia. Un comerciante de Cartago, o de una ciudad etrusca, enviaba la mitad de la tarjeta mediante un socio que viajaba a diferentes puertos y negociaba acuerdos. Luego, una vez alcanzado el acuerdo, la otra mitad de la tarjeta se incluía en el envío como garantía del producto cuando la mercancía llegaba al comprador.[19] Un comerciante cartaginés, enterrado en Cartago con una tarjeta de visita en lengua etrusca, es una muestra de la existencia de un vínculo significativo. Se trataba de una relación que se consideraba lo bastante importante como para llevársela, literalmente, a la tumba. El significado de la inscripción es algo ambiguo para nosotros, y no podemos determinar si el «Puinel» se refiere a una etiqueta étnica, relacionada con el término «púnico», o si no es más que un nombre propio. Yo lo he interpretado como esto último, de modo que imagino a nuestro comerciante de Cartago, Puinel, llegando a una de las ciudades portuarias etruscas con su tarjeta, que les explicaba a los lugareños con pocas palabras quién era y de dónde procedía. Se trata de un

vestigio muy claro y personal de cómo operaban los cartagineses en el Mediterráneo, y también de cómo había llegado Cartago a convertirse en una identidad y un lugar bien definidos; cómo había llegado a ser, en suma, una potencia importante en el Mediterráneo occidental.

La relación entre Cartago y las ciudades etruscas del centro de Italia venía de lejos. Desde el siglo VII hasta el siglo V a. e. c., los cartagineses importaron cerámica etrusca en grandes cantidades, y hay pruebas de intercambios y fusiones culturales en ambos sentidos. Entre esas pruebas, una muy impresionante es la tapa del sarcófago de un hombre llamado Laris Portunus, un nombre etrusco, procedente de una necrópolis de Tarquinia, Italia. La imagen del hombre aparece en la parte superior del sarcófago, con un traje cartaginés característico, una túnica larga y tejida, probablemente, con lino fino. Encontramos una figura similar y muy conocida de Cartago en el llamado «sarcófago del sacerdote» (véanse las figuras 11 y 12). Ambos hombres levantan la mano, un gesto común en la iconografía cartaginesa que, según se cree, como ya hemos dicho, indica oración. Para ampliar aún más el círculo, el sarcófago etrusco está hecho de mármol procedente de Paros, en las islas Cícladas griegas, un tipo de piedra que se valoraba mucho en la Antigüedad por su luminosidad y blancura. Estamos, por tanto, ante un entierro ostentoso y muy caro. Un sarcófago griego de mármol, decorado con una figura cartaginesa y que contiene los restos de un hombre con un nombre etrusco: he aquí el ejemplo perfecto de la naturaleza fluida y efímera del intercambio cultural en este periodo del Mediterráneo occidental. No eran culturas aisladas, sino que se mezclaban constantemente, y las etiquetas que a veces les

asignamos, «cartagineses», «etruscos» o «griegos», pueden no reflejar bien cómo se veían ellos a sí mismos. ¿Quién era este hombre, Laris Portunus, cuyo sarcófago nos da tanto que pensar? No lo sabemos, y las variadas hipótesis apuntan a que podría tratarse de un comerciante, un soldado mercenario o un sacerdote, o bien alguien del todo diferente.



FIGURA11. (izquierda) Sarcófago de Laris Portunus (Tarquinia).
Alinari Archives – Anderson Archive, Florence/Foto superior



FIGURA 12. (derecha) Sarcófago de un sacerdote (Cartago).
akg-images/Erich Lessing

Entre estas tres poderosas culturas, la cartaginesa, la etrusca y la griega, todas ellas compitiendo por el dominio del Mediterráneo central, surgió la ciudad de Roma. Casi al mismo tiempo que Cartago ampliaba sus intereses, una revolución en Roma llevó a sus ciudadanos a derrocar a sus reyes etruscos y a establecer una República latina en el 509 a. e. c. Ese mismo año se firmó el primero de los muchos tratados entre las dos ciudades-Estado.[20] A partir de esa fecha, mantuvieron contactos diplomáticos directos, en una alianza pacífica y comercial que duró siglos, antes de que entraran en guerra. El texto del tratado de finales del siglo VI a. e. c. nos cuenta cómo se definían Cartago y Roma en el periodo en el que las relaciones entre ambos Estados echaron a andar. Aunque no había alcanzado aún el estatus de potencia naval, a finales del siglo VI a. e. c. Roma era ya una fuerza importante en el centro de Italia: una gran ciudad con templos monumentales y un activo puerto fluvial en el Tíber.[21] El tratado se ha conservado como parte de una digresión que el historiador griego Polibio escribió para explicar los antecedentes de las Guerras Púnicas, y es importante tener en cuenta este contexto. Polibio fue testigo ocular y contemporáneo de la destrucción de Cartago en el 146 a. e. c. En la historia contemporánea, este tipo de digresión se denomina *hinterland* (el trasfondo de los acontecimientos que se están presenciando). Es decir, Polibio relató la historia de Cartago desde el punto de vista de su caída y desde el punto de vista del ascenso de Roma, preguntándose en todo momento: ¿cómo se llegó a esto?

El texto del primer tratado mostraba a Cartago como la parte más poderosa en la negociación, de manera que los términos parecían reflejar sus intereses. La mayoría de los detalles se refieren a zonas

en las que los comerciantes cartagineses y romanos, así como sus aliados, podían hacer negocios y comerciar, y a los puertos en los que serían bienvenidos. El ámbito geográfico del comercio bajo la esfera cartaginesa se extendía por parte de la costa norteafricana y Cerdeña:

> A Cartago y a todas las partes de Libia situadas a este lado del Bello Promontorio, a Cerdeña y al territorio cartaginés de Sicilia podrán acudir los romanos con fines comerciales, y el Estado cartaginés se compromete a garantizar el justo pago de sus deudas. (Polibio 3.23)

Ambas partes acuerdan respetar a los aliados de la otra, y los términos se establecen con mucha claridad, aunque Polibio, que escribió trescientos cincuenta años después del tratado original, dice que le cuesta descifrar el estilo arcaico del lenguaje. Es probable que las intenciones generales de estos tratados reflejen los mismos términos e ideas recogidos en textos y acuerdos similares, y ya suscritos con otras ciudades-Estado. Las ideas fundamentales se evidencian en las palabras: «Los romanos no podrán realizar expediciones de saqueo, ni comerciar, ni fundar ciudades» en las zonas controladas por Cartago. Esto revela la realidad cotidiana en el Mediterráneo durante aquellos siglos, cuando la piratería, la fundación de colonias y el comercio formaban parte de la vida ordinaria. El tratado muestra un intento de «regulación» de este comportamiento, algo que no siempre fue eficaz. Quedan abiertas a especulaciones algunas preguntas tentadoras sobre qué fue lo que motivó realmente este tratado inicial. ¿Se acercaron los cartagineses a la nueva República romana, el Estado que había derrocado a sus reyes etruscos, para asegurar sus intereses en una zona comercial

importante para ellos? O, por el contrario, ¿se acercaron los romanos a los cartagineses para obtener de ellos, de la potencia más grande, algún tipo de reconocimiento de su reciente Estado? ¿Negoció Cartago con los romanos porque estos contaban con el apoyo de algunas de las ciudades-Estado etruscas que ya eran aliadas de la gran potencia púnica? Cualquiera de estos escenarios parece probable.

Dice Polibio que, en su opinión:

> este tratado muestra que los cartagineses consideraban Cerdeña y África como dominio suyo, pero que no ocurría lo mismo con Sicilia, donde se distinguía explícitamente cuál era la parte de la isla sometida a Cartago.[22]

Estas eran las zonas centrales de su hegemonía, en las que Cartago ejercía su influencia, aunque no podemos estar seguros de si esta influencia era directa o indirecta. Una antigua leyenda sobre la expansión de la hegemonía cultural cartaginesa en África quizá nos aporte más pistas. La historia del establecimiento de una zona fronteriza entre el área de influencia de Cartago y la de la ciudad-Estado griega de Cirene en la región de Cirenaica (en el este de Libia, hasta la frontera con Egipto) constituye su telón de fondo (véase mapa del capítulo Más allá de las columnas de Hércules). Cirene y las ciudades griegas de la zona fueron prósperas e importantes durante todo el periodo clásico y hasta principios de la era cristiana. Ciudades como Berenice (la actual Bengasi), Apolonia, Tolemaida y Taucheira (la actual Tocra) conformaban una región conocida en griego como la Pentápolis, las cinco ciudades. Cirene era la más destacada de todas y se fundó en el siglo VII a. e. c. como

colonia de Thera (la actual Santorini), que a su vez era una colonia fundada por Esparta.

La leyenda narra los orígenes de un lugar conocido como los Altares de los Filenos: la zona fronteriza entre las dos esferas de influencia cultural, y el lugar de encuentro, según se cree, de las potencias cartaginesa y griega.[23] Las dos ciudades, Cartago y Cirene, estaban supuestamente cansadas de luchar entre sí por el territorio, y sus magistrados acordaron que, en un día y a una hora determinados, sus mejores y más fuertes guerreros partirían de cada ciudad rumbo a la otra. El lugar donde se encontrasen aquellos hombres se convertiría en la frontera entre los dos poderes. Ahora bien, un rápido vistazo al mapa muestra que la ubicación del lugar donde se encontraron las dos expediciones, los Altares de los Filenos, estaba mucho más cerca de Cirene que de Cartago (véase mapa del capítulo Más allá de las columnas de Hércules). Los cirenaicos acusaron a Cartago de hacer trampa, y dos hermanos cartagineses, llamados en el relato los hermanos Filenos, se sintieron tan ofendidos por la acusación de deshonestidad que, en lugar de repetir la carrera, aceptaron ser enterrados vivos allí mismo.

Dos columnas se erigieron en este mismo lugar a modo de hitos fronterizos. La historia fue muy popular en la Antigüedad y aparece recogida también en los escritos del geógrafo Estrabón, y en los del historiador de la naturaleza Plinio el Viejo, pero hay algo en este lugar que lo vuelve más que apropiado para constituirse como una frontera geográfica natural.[24] No parece una mera coincidencia que, en la historia reciente, se haya destacado también la importancia estratégica de esta ubicación. Ajdabiya, una localidad situada al este de donde se encuentran los altares, ha sido escenario

de batallas más modernas, como la que tuvo lugar en marzo de 2011, cuando el antiguo dictador libio Muamar el Gadafi y los rebeldes que luchaban para derrocarlo se enfrentaron allí. También fue escenario de una importante batalla de la Segunda Guerra Mundial, librada a finales de diciembre de 1941 y principios de 1942, entre las fuerzas de Bernard Montgomery y las de Erwin Rommel.

La leyenda de los hermanos Filenos es puro folclore: su nombre proviene del griego y significa «amantes de la alabanza». El paisaje entre las dos zonas pobladas es, y era, escaso y árido. Incluso si los cartagineses llegaron mucho más lejos que los griegos en su carrera a pie, no adquirieron una gran cantidad de tierra cultivable o valiosa en el trato. De hecho, es posible que la adquisición de tierras no fuera en absoluto el motivo de las reivindicaciones territoriales. Una reciente y meditada interpretación de esta historia, la realizada por Josephine Quinn, sugiere que los altares debían de ser hitos visibles desde el mar y que eran mucho más relevantes para la navegación costera.[25] Esto implicaría que la ubicación de los Altares de los Filenos marcaba el límite de las aguas costeras entre los griegos y los cartagineses a lo largo del tramo de costa norteafricana que se extiende por la actual Libia, y alrededor del golfo de Sirte.

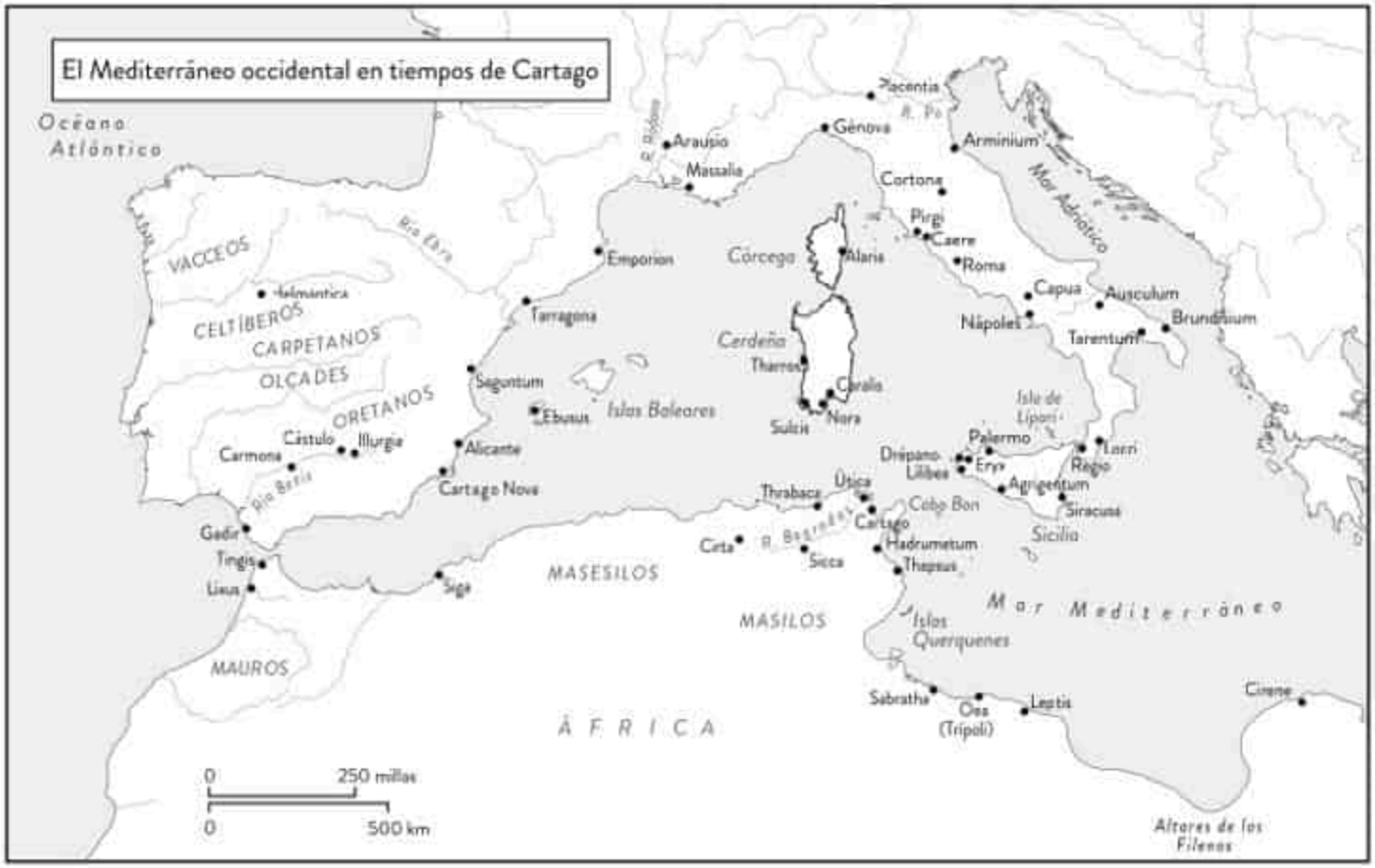
Lo que podemos, en suma, inferir de la leyenda de los hermanos, y de las carreras a pie entre los griegos de Cirenaica y los cartagineses, es que existía una competencia por los recursos a lo largo de la costa africana. Se trataba de una zona poblada por ciudades ricas e importantes, entre las que destacaban tres asentamientos bien conocidos en el mundo antiguo: Sabratha, Oea y Leptis Magna. Los tres eran fundaciones púnicas/fenicias a las que los griegos se referían como *emporia*, término que significa,

simplemente, «mercado». Las ciudades de la *emporia* estaban todas vinculadas con Cartago mediante relaciones culturales y económicas. Esta larga y estrecha región a lo largo de la costa de lo que hoy es la parte occidental de Libia era famosa en el mundo antiguo por la producción de aceite de oliva. Las ciudades eran independientes, pero se encontraban dentro de la esfera cultural púnica/fenicia; eran, asimismo, puntos clave en la ruta marítima que circunnavegaba el Mediterráneo, además de los puntos terminales septentrionales de las caravanas que atravesaban el Sáhara, por lo que su conectividad con el este y el oeste por mar, y con el sur hacia África central, las hacía extremadamente ricas y codiciadas. El acceso a estos puertos lo protegía Cartago, y los términos del tratado enumerados por Polibio, que prohibían a los romanos viajar más allá del «bello promontorio» —el cabo norteafricano que se ubica frente a Cartago—, pueden haber tenido como objetivo limitar, efectivamente, el acceso de Roma a estas prósperas ciudades portuarias y a sus mercados.

En aquellos días de gloria, el poder naval otorgó a los cartagineses autoridad para fundar colonias, dictar los términos de los tratados y recurrir al proteccionismo económico cuando se trataba de ciudades estratégicas. Todo esto se desarrolló a lo largo de las zonas costeras, pero no debemos pensar en Cartago como una potencia exclusivamente marítima. El norte de África, sobre todo en los alrededores de donde se fundó Cartago, era rico y próspero, tanto en recursos como en habitantes. Los pueblos indígenas del interior de la zona también formaban parte de la historia de Cartago, y tanto las tierras que cultivaban como sus poblaciones se convirtieron en la columna vertebral del ejército cartaginés. Los númidas fueron, en

esta época, los aliados clave de Cartago —aliados, amigos y parientes, pues sus reyes se casaban con miembros de la élite cartaginesa— y, con el tiempo, sus grandes enemigos (como veremos en el capítulo 12). El asentamiento de fenicios y cartagineses a lo largo de las regiones centrales del río Bagradas, así como en las fértiles tierras del Sahel y las estribaciones del Atlas, dio lugar a un pueblo del todo nuevo que los autores antiguos llamaron «libiofenicios».

Durante estos siglos formativos, Cartago encierra tal complejidad como emplazamiento, como pueblo y como identidad que las pruebas que tenemos, aunque tentadoras, resultan demasiado fragmentarias. En el siglo v a. e. c., la presencia cultural cartaginesa en el norte de África y en el Mediterráneo central era significativa, aunque no dominante. Cartago era una de las muchas ciudades-Estado importantes y prósperas que se habían beneficiado de los estrechos vínculos entre vecinos, así como de la ampliación de sus contactos comerciales; un lugar esencial en el proceso de acercamiento entre el este y el oeste del Mediterráneo. En el siglo v a. e. c., los cartagineses regulaban sus relaciones con las entidades vecinas mediante tratados, protegían sus intereses y libraban guerras para defenderlos. Pues bien, en ninguna parte fue esto más evidente que en la isla de Sicilia. En los próximos capítulos nos trasladaremos allí, ya que Cartago se verá envuelta en un largo periodo de conflictos que reclamarán toda su atención y sus recursos.


El Mediterráneo occidental en tiempos de Cartago
Océano Atlántico
Placentia
R. Po
Génova
Arausio
Massalia
Arminium
Mar Adriático
Cortona
Pisa
Caere
Roma
Emporion
Córcega
Alalia
Capua
Ausculum
Nápoles
Brundisium
Tarentum
Tarragona
Cerdeña
Tharros
Caralo
Segontum
Ebusus
Islas Baleares
Sulcis
Nora
Isle de Lipari
Palermo
Lilibeo
Drepano
Eryx
Agrigentum
Rego
Siracusa
Thrabaca
Útica
Cabo Bon
Cartago
Hadrumetum
Thapsus
Sicilia
Carta
Sicca
Sigá
MASESILOS
MASILOS
Mar Mediterráneo
Islas Querquenes
Sabratha
Oea (Trípoli)
Leptis
Cirene
ÁFRICA
Altares de los Filenos
VACCEOS
CELTÍBEROS
CARPETANOS
OLCADES
ORETANOS
Salmantica
Castulo
Illurgia
Carmona
Alicante
Cartago Nova
Gadir
Tingis
Lixus
MAUROS
0 250 millas
0 500 km

4

LA ISLA DE LAS TRES CARAS

La diosa Deméter perdió a su hija Perséfone en Trinacria, que era el antiguo nombre de la isla de Sicilia. Allí, a orillas del lago sagrado Enna, la hermosa joven fue secuestrada y violada por el dios del inframundo, Hades. Deméter, poderosa diosa de la fertilidad, se enfureció y recorrió el mundo en busca de su hija, mientras todas las cosechas se echaban a perder y se desataba la hambruna. Hasta que Zeus no intervino ante su hermano Hades, este no accedió a liberar a Perséfone, pero el hecho de que ella hubiera probado una semilla de granada en las oscuras profundidades del inframundo la condenaba a volver al Hades durante la mitad de cada año. La granada es la última planta del Mediterráneo en dar fruto antes de la llegada del invierno y marca el final de la temporada de cultivo, el momento de la partida, el regreso de Perséfone al inframundo.[1]

Sicilia, ubicada en el centro del mar Mediterráneo, es el escenario en el que se desarrollaron muchos de los mitos que aún hoy perduran y se cuentan. La isla estaba estrechamente asociada a las leyendas sobre las exploraciones griegas del Mediterráneo y sus encuentros con otros pueblos, en especial con los fenicios. Se vinculaba también con la diosa Deméter, en los mitos de la fertilidad y la prosperidad, y con las aventuras del héroe Odiseo, que, durante sus andanzas tras el saqueo de Troya, se encontró con el cíclope

Polifemo, el monstruo de un solo ojo, en una cueva bajo el monte Etna. Las aventuras que nos narra Homero, con monstruos y criaturas salvajes, eran un reflejo de la memoria y los mitos de los diversos pueblos de habla griega, y de sus encuentros en tierras nuevas y extrañas. Así, en Sicilia existía un templo dedicado a una poderosa diosa, venerada por los élimos, un pueblo indígena, en el mismo monte sagrado en que los fenicios fundaron a su vez un templo dedicado a Astarté. En aquella montaña, la misma diosa era venerada como Astarté por los cartagineses, como Afrodita por los griegos y como Venus por los romanos. Se le rendía culto en el santuario que se levantaba en la cima del monte de Eryx (la actual Erice), en el interior, cerca de Trapani, en la costa noroeste de Sicilia. La diosa encarnaba muchas cosas distintas para los pueblos que vivían en la isla o estaban allí de paso, y llamarla con uno solo de sus nombres es demasiado reduccionista.[2] Sicilia, como la diosa, significaba también muchas cosas distintas para los diferentes pueblos que la habitaban.

El poder y la riqueza del santuario de Erice eran bien conocidos. A los santuarios de ese tipo, cuyo dios o diosa era objeto de veneración por parte de diferentes culturas, acudían personas de todo el Mediterráneo para rendir culto a la deidad y dedicarle ofrendas y votos. Allí rezaban y realizaban los pagos necesarios para el cumplimiento de dichos votos. Una frase de Tucídides nos da una idea de la gran riqueza que encerraba un santuario como Erice. En el contexto de la fallida expedición llevada a cabo por los atenienses en Sicilia, a finales del siglo v a. e. c., Tucídides cuenta cómo los élimos de la ciudad de Segesta intentaron incitar a los atenienses a que entraran en guerra para protegerlos de los otros griegos de la isla.

Los segestanos impresionaron a los atenienses con relatos sobre la gran riqueza disponible en Sicilia y condujeron a los heraldos de Atenas al templo de Erice para mostrarles todo el botín que podría ser suyo si acudían en su ayuda. Dice Tucídides que llevaron a los atenienses «al templo de Afrodita en Erice» y allí les mostraron todos los «tesoros sagrados, copas, jarras, incensarios y otros objetos, en gran cantidad».[3] La riqueza de las ofrendas impresionó tanto a los atenienses que se comprometieron a intervenir, lo que desembocó en un desastre militar. Este relato moral sobre cómo la búsqueda de grandes riquezas conduce a la calamidad nos revela la importancia que tenía en la región aquel santuario.

La isla de Sicilia, con su característica forma triangular, en el centro del Mediterráneo, se convertiría en el eje de gran parte de la historia de Cartago durante sus últimos siglos, así como en el escenario principal de la rivalidad entre las culturas cartaginesa y griega. Esto situó a Cartago en el núcleo mismo de las narraciones épicas del mundo griego y propició que la isla quedara para siempre grabada en la memoria cultural de nuestra civilización. Durante el periodo comprendido entre los siglos VIII y V a. e. c., en la isla proliferó una mezcla de asentamientos y colonias fenicias en el oeste, colonias griegas en el este e importantes ciudades indígenas en el interior, estas últimas con varios santuarios religiosos venerados en todo el Mediterráneo —esto es, lugares que pertenecían a todas las diferentes culturas—. Sicilia controlaba estratégicamente el tráfico en el Mediterráneo central. Las ciudades-Estado fenicias colonizaron muy pronto la isla, en el siglo VIII a. e. c. Motia, situada frente a la costa occidental, fue el primer asentamiento. Se trata de una pequeña isla llana, de forma más o

menos circular, que mide ochocientos noventa y cinco metros de largo por setecientos de ancho, y tiene una superficie de unas sesenta y dos hectáreas. Todavía es posible visitar esta fascinante isla, formada por salinas y ubicada entre una isla más grande, al este, y la costa occidental de Sicilia, a poco más de quinientos metros (véase mapa del capítulo La isla de las tres caras).[4] Está perfectamente protegida de los veleidosos mares y su localización no difiere mucho de la de Tiro. Motia albergaba un manantial sagrado de agua dulce, alrededor del cual se levantaron un importante templo dedicado a Baal y un complejo religioso al que se accedía directamente desde el mar, y que contaba con un lago sagrado. La isla destacaba también por sus excelentes tierras agrícolas y su puerto seguro. Se accedía a ella por barco, pero también existía una calzada submarina pavimentada que podía atravesarse a pie o en carros y otros vehículos con ruedas lo bastante grandes, y que se extendía hacia el norte, desde la isla hasta el continente. La calzada es visible aún bajo el mar, en la laguna que rodea Motia.

Los fenicios, junto con la población ya existente, los élimos, desarrollaron, al igual que en Cartago, una cultura distintiva, a la que a veces nos referimos como fenicia occidental. Al igual que en Cartago, en Motia había un *tofet*, situado en el extremo noroeste, que fue muy importante en la historia de la isla, con estelas funerarias y urnas que contenían los restos incinerados de niños. La ubicación de Motia facilitaba el contacto y los viajes entre el norte de África, Cerdeña y la península ibérica. La isla funcionaba como nodo de una red de pueblos aliados entre los que se incluía Cartago, junto con otros asentamientos fenicios del oeste de Sicilia, como Panormus (Palermo), Solunte y Drépano (Trapani), y también los del

sur de Cerdeña (véase mapa del capítulo Más allá de las columnas de Hércules).

En la costa este de Sicilia, también en el siglo VIII a. e. c., los griegos de Eubea fundaron la ciudad de Naxos y, posteriormente, los habitantes de Corinto fundaron Siracusa. Corinto creció durante este siglo hasta convertirse en un importante centro de producción y contacto, gracias a sus dos puertos, uno orientado al este y otro al oeste, y a que estaba situada en el istmo que unía el Ática con el Peloponeso. La ciudad fundó numerosas colonias, entre las que destacaba Siracusa. Tucídides adjudicó la fundación de Siracusa a Arquias, miembro de una de las familias gobernantes de Corinto. Los relatos antiguos nos cuentan que los futuros siracusanos se impusieron mediante la lucha. El centro de la ciudad de Siracusa era la isla de Ortigia, con forma de oreja, que estaba ocupada por los sículos indígenas cuando llegaron los corintios. Arquias y sus seguidores los expulsaron de esta isla estratégica y se apoderaron de ella.[5] En Ortigia había un manantial sagrado, llamado Aretusa, y pronto se fundó allí un templo dedicado al dios Apolo. En el siglo VII a. e. c., la ciudad había ampliado sus posesiones hacia el continente, abarcando la región situada frente a la isla como parte del tejido urbano y de paso obteniendo acceso a buenas tierras agrícolas. Siracusa también creció y se enriqueció gracias a sus puertos, situados a ambos lados de la isla central. Mantuvo el crecimiento agrícola y una visible prosperidad, y siguió conquistando los territorios vecinos, habitados por los pueblos indígenas.

Al igual que sus homólogas fenicias, las colonias griegas florecieron también y crecieron, extendiéndose hacia el norte, hasta el extremo de la isla, en Mesina (llamada originalmente Zancle y

luego Messana), hacia el sur, a lo largo de la costa, hasta Gela y Agrigento (Akragas), e incluso más al oeste, hasta Selinunte (véase mapa del capítulo La isla de las tres caras). En el siglo VI a. e. c., Siracusa se había convertido en la más poderosa de las muchas ciudades griegas de Sicilia, todas ellas prósperas y culturalmente vinculadas entre sí. Estas ciudades-Estado guerreaban principalmente entre ellas, pero también con los fenicios de la isla y con poderosas ciudades élimas y sículas, como Segesta y Enna. Las lealtades y alianzas cambiaban, y no encajaban fácilmente en las claras fronteras étnicas o en las simples narrativas de fenicios/cartagineses contra griegos que tanto les gusta esgrimir a nuestras fuentes posteriores. Las poblaciones de estas ciudades eran mixtas; en el oeste de Sicilia las inscripciones griegas en tumbas y templos de estilo púnico, con temas variados, atraían a un público amplio. Ninguna ciudad siciliana estaba poblada por una única etnia, ni se hablaba en ellas una sola lengua, pero la población solía reflejar las tradiciones predominantes del lugar, ya fueran fenicias, griegas, élimas o sículas. Mediante la lucha, se disputaban los sitios estratégicos y los recursos, como el acceso a buenas tierras agrícolas y el control de santuarios y puertos. En aquellos años, Sicilia era un lugar inquieto y vibrante, y eso todavía se refleja en la asombrosa hibridación cultural visible en el paisaje y la cultura actuales.

Cartago se integró en Sicilia y en los asuntos de la isla desde muy pronto, aunque las pruebas de ello son escasas, más allá de lo que evidencian las formas de la cerámica y las prácticas religiosas. En el relato que hemos visto en el capítulo 2, el del cartaginés Malco, que se cree que data del siglo VI a. e. c., se nos habla de una victoria de

Cartago en Sicilia, antes de su derrota en Cerdeña. En el siglo v a. e. c., Tucídides vincula Cartago con Sicilia en su breve historia de los asentamientos en la isla:

> Los fenicios se establecieron, aquí y allá, por toda Sicilia, después de ocupar los promontorios que dominaban el mar y los islotes cercanos a la costa […] Luego, cuando los griegos llegaron en gran número desde el extranjero, ellos [los fenicios] abandonaron la mayor parte de la tierra y se concentraron en Motia, Solunte y Palermo, donde vivían cerca de los élimos, seguros gracias a la alianza con estos y al hecho de que este punto de Sicilia se hallara muy cerca de Cartago. (6.2)

Nuestras primeras historias escritas vinculan, como hemos visto, Cartago y Sicilia, al igual que los utensilios cotidianos encontrados por los arqueólogos, que la gente utilizaba para consumir alimentos: platos, copas y recipientes para almacenar vino y aceite (ánforas). En el oeste de Sicilia se han hallado ánforas con productos de Cartago que datan del siglo vii a. e. c. y cuya producción continuó hasta el siglo iii a. e. c.,[6] lo cual nos indica que, efectivamente, durante esos siglos Cartago apoyó a las ciudades-Estado del oeste de la isla y comerció con ellas, tal y como apuntaba Tucídides. Las pruebas de que disponemos muestran con claridad que existía una alianza muy cercana entre Motia y Cartago. Cuando surgían disputas fronterizas o conflictos con sus vecinos, Motia buscaba apoyo en el sur, al otro lado del mar, en África. Cartago, al proteger a Motia, protegía también sus propios intereses, y la importancia de las campañas militares en Sicilia se percibe mejor si nos fijamos en las primeras monedas cartaginesas, un reflejo de las relaciones que Cartago cultivaba en la isla. Las primeras monedas cartaginesas se

acuñaron basándose en el dracma, la moneda griega eubea, ampliamente utilizada en todo el Mediterráneo (a diferencia de las monedas basadas en el siclo tirio, que encontramos en Cartago un poco más tarde), y se inspiraron en los prototipos de diseño realizados en Siracusa. Se trata de monedas de bella factura, pero que no aparecen en circulación hasta finales del siglo v a. e. c., y que suelen llevar la leyenda: «En el campamento», lo que significa que se acuñaban en campaña, en un campamento militar, y se utilizaban para pagar suministros, soldados y el mantenimiento del ejército. Acuñadas según el sistema de peso griego y con una leyenda púnica, con la cabeza de una diosa griega en el anverso y una cabeza de caballo (a veces coronada con una figura de la victoria) junto a una palmera datilera en el reverso, las monedas son un ejemplo claro de las identidades fluidas y múltiples, características de Sicilia (véase la figura 13).[Z]



FIGURA 13. Tetradracma cartaginés de plata con leyenda púnica.
Reproducido por cortesía de Baldwins Coins

Si hay una ciudad que evoque la historia de Cartago en Sicilia es Hímera, donde tuvieron lugar dos importantes enfrentamientos entre los aliados cartagineses y las ciudades-Estado griegas, en el siglo V a. e. c. Hímera era un asentamiento estratégico en la costa norte de Sicilia, cerca de la desembocadura del río del mismo nombre que discurre hacia el norte, desde las montañas de Madonia hasta el mar. Según Diodoro Sículo, la ciudad se fundó en el siglo VII a. e. c., y su fundación impulsó la expansión de las ciudades-Estado griegas en la costa norte de la isla hasta alcanzar su punto más occidental. Hímera fue un hito que nació como ciudad fronteriza, fundada por colonos que se trasladaron allí desde Zancle (Mesina/Messana) —a unos ciento cincuenta kilómetros al este— y desde Siracusa, junto con otros procedentes de Eubea, en Grecia, alrededor del 648 a. e. c. La fundación de Hímera supuso un importante movimiento de griegos hacia el oeste de Sicilia, además del establecimiento de una envidiable ubicación estratégica. Se encuentra, en línea recta, a solo veintisiete kilómetros de la ciudad fenicia occidental de Solunte, y también controla uno de los principales nudos de comunicación del interior de la isla, por donde se cruza Sicilia, siguiendo la autopista actual, hacia Catania y Siracusa, desde la costa norte. Esta ubicación fue precisamente el motivo de los enfrentamientos que implicaron a todas las partes durante aquel periodo. La alianza entre los fenicios occidentales y los élimos, contra la presencia cada vez mayor de algunas ciudades-Estado griegas, además de la violencia entre los propios helenos, así como su expansión territorial, culminó en una gran batalla librada en Hímera, alrededor del 480 a. e. c.

La historia de Hímera ha llegado hasta nosotros a través de distintas fuentes, a veces contradictorias.[8] Las fuentes antiguas

reflejan las alianzas cambiantes en esta zona, pero la destrucción final de Cartago supuso un verdadero impacto reduccionista y una pérdida de perspectiva; en consecuencia, solo conocemos una versión muy sesgada de la historia. Ahora, con la ayuda de nuevas pruebas arqueológicas, lo que conocemos por las fuentes históricas puede matizarse más allá de los profundos prejuicios que estas exhiben contra Cartago. Los acontecimientos de Hímera giraron alrededor de un tirano griego llamado Terilo, que había sido expulsado de la ciudad por Terón, hijo del gobernante de Akragas (la Agrigentum romana, y la Agrigento actual), en la costa sur. La palabra «tirano» aparece muy a menudo en esta fase de la historia de Sicilia, y no está de más que tengamos en cuenta que su significado no es peyorativo, sino que se trataba de un título real que ostentaban los gobernantes de las ciudades-Estado griegas; la palabra deriva de *tyrannos*, un término griego que se refería a una persona cuya forma de gobernar era autocrática. En este periodo, no todos los tiranos eran necesariamente malos, lo que difiere bastante del uso que se le da a la palabra hoy en día.

El tirano Terilo intentó recuperar su dominio en Hímera, y esta acción desencadenó una guerra. Heródoto nos cuenta que Terilo convenció a los cartagineses para que acudieran en su ayuda, y que pudo hacerlo gracias a sus conexiones personales con su «rey» (sufete, más bien), llamado Amílcar.[9] Terilo estaba ligado al comandante cartaginés por el vínculo, sagrado en la Antigüedad, entre anfitrión y huésped —el vínculo de «hospitalidad»—, y tenía lazos, además, con el gobernante de Regio, la ciudad griega situada en la punta de la bota de Italia. Más interesante aún es la descripción que hace Heródoto de Amílcar, como un cartaginés por

parte de padre y siracusano por parte de madre, que se había convertido en el líder de Cartago por «méritos propios». Amílcar llevó a Hímera un ejército compuesto por fenicios, libios, ligures, elisicos (procedentes de la península ibérica), sardos y cirnos (corsos). Las fuerzas «griegas» que luchaban del lado de Hímera incluían, entre otros, grandes ejércitos reunidos por los líderes de Akragas y Siracusa. La de Hímera no es una simple historia de griegos contra cartagineses, sino que refleja las complejas relaciones y alianzas que existían entre las élites tanto dentro de las ciudades-Estado como entre familias e individuos particulares.

De modo que lo que comenzó como una disputa entre ciudades-Estado griegas y tiranos se convirtió en parte de una historia mucho más amplia, y la batalla por el poder y el control de una importante zona fronteriza en la costa norte de Sicilia acabó adquiriendo, en consecuencia, una enorme relevancia. Los detalles son muy confusos y escasos, pero, según se cuenta, Amílcar zarpó con un gran ejército y una flota formidable desde Cartago, rumbo a Sicilia.[10] La afirmación de que contaba con una fuerza de trescientos mil hombres, con doscientos barcos de guerra y aún más buques de suministro y carga, parece muy exagerada, pero apunta a que, sin duda, se trató de un enorme contingente. La travesía resultó bastante azarosa y gran parte de su caballería se perdió en el mar. El grueso de la infantería y la armada, en cambio, sobrevivió, y el ejército desembarcó primero en la ciudad aliada de Panormus (Palermo), donde se reabasteció e hizo inventario. A continuación, se desplazó cuarenta y tres kilómetros al este, hacia Hímera. Allí, en la playa, Amílcar hizo desembarcar a su ejército, arrastró después sus barcos hasta la orilla y estableció un campamento en una zona bien

resguardada. Los cartagineses procedieron seguidamente a sitiar la ciudad y esperaron a que se les unieran sus aliados sicilianos, en concreto, las fuerzas procedentes de Selinunte. Los detalles del desembarco resultan sospechosos, por su similitud con el de los griegos al llegar a Troya, y es posible que su autor, Diodoro Sículo —la mejor fuente antigua de la que disponemos para conocer estos hechos en concreto—, se haya dejado llevar por la fantasía. Quizá porque los detalles específicos de los hechos que él narraba no se habían conservado bien, se sirvió de los relatos de la guerra de Troya, que todo el mundo conocía, para glosar el suyo propio.

Terón y el tirano de Siracusa, Gelón, lideraban los ejércitos que se dispusieron a defender Hímera. Se dice que las fuerzas siracusanas las conformaban unos cincuenta mil soldados de infantería y otros cincuenta mil de caballería. Gelón y sus tropas llegaron al campo de batalla, frente a Hímera, para ayudar a sus aliados, y acamparon cerca de los cartagineses. La aparición de las fuerzas siracusanas propició, en un primer momento, que la batalla se estancara. El relato de lo ocurrido después es confuso, pero, al parecer, una artimaña de Gelón consiguió engañar a Amílcar. El general siracusano hizo que su propia caballería se infiltrara en el campamento cartaginés, haciéndose pasar por los refuerzos esperados desde la ciudad aliada de Selinunte. El ejército griego consiguió así darle gato por liebre al comandante cartaginés, que andaba distraído celebrando rituales religiosos, y causó estragos. Una versión de la historia nos cuenta que los soldados siracusanos mataron a Amílcar y prendieron fuego a los barcos. El hecho es que se produjo una feroz batalla que duró todo el día, desencadenando el caos y matanzas generalizadas en ambos bandos. Finalmente, los

cartagineses que pudieron huir, huyeron. Fue una auténtica catástrofe para el ejército de Cartago. La derrota fue, según cuenta Diodoro, tan completa y absoluta que solo un barco regresó al puerto de Cartago, y las murallas de la ciudad se cubrieron con grandes telas negras en señal de luto por todas las vidas perdidas. A partir de aquí no se vuelve a saber nada más de Amílcar; desaparece por completo de la historia. Según algunas fuentes, lo asesinaron en una emboscada, y según otras se suicidó antes que regresar derrotado a Cartago; otra versión nos cuenta, en cambio, que se arrojó a una pira funeraria, incapaz de soportar la humillación.[11]

Esta guerra en Sicilia fue provocada por los griegos sicilianos que luchaban entre sí, y los cartagineses participaron para ayudar a sus aliados y vecinos, como hemos dicho. El hecho de que ambos bandos se enfrentaran «aproximadamente al mismo tiempo» que el aqueménida Jerjes invadía Grecia sitúa la batalla de Hímera alrededor del 480 a. e. c. Esto ha favorecido que los acontecimientos relacionados con dicha batalla se hayan confundido, en las fuentes antiguas, con las guerras persas y el saqueo de Atenas. Heródoto afirmó que ocurrió exactamente el mismo día en que los griegos vencieron a los persas en Salamina. Otras fuentes (por ejemplo, Diodoro Sículo) han relacionado directamente la batalla de Hímera con la invasión persa de Grecia, como si se hubiera tratado de un esfuerzo concertado y conjunto.[12] Diodoro, que escribió siglos después de los acontecimientos, da a entender que los cartagineses en el oeste y los persas en el este actuaban como una fuerza enemiga unificada contra los griegos. Esta opinión, que carece de pruebas, muestra muy bien, en cambio, cómo la historia y las leyendas sobre esta batalla, tan determinante para Siracusa, se

transmitieron y pasaron a formar parte del acervo común, y cómo los siracusanos incluyeron sus propias batallas contra Cartago en el marco de una lucha griega más amplia. Es de las afirmaciones de Heródoto, casi contemporáneo de los acontecimientos, de donde se desprende claramente que la iniciativa de la batalla no partió de Cartago, sino de Hímera y Regio, y de la familia del tirano depuesto. Pero los recuerdos de ella que utilizó Gelón para consolidar su poder en Siracusa tenían como fin equiparar sus grandes luchas a las de los griegos de la patria, y estas opiniones han prevalecido. La victoria en la batalla de Hímera se conmemoró con un monumento en el santuario de Apolo en Delfos, Grecia; Gelón financió también la construcción de un templo de la victoria en Hímera y, posiblemente, la construcción del gran templo de Atenea en Siracusa.[13]

Como consecuencia de aquella derrota drástica e incontestable, los cartagineses desaparecieron de Sicilia durante décadas. Mucho tiempo después, seguían siendo reacios a involucrarse en los asuntos de la isla. Aunque siguieron siendo aliados de algunas ciudades del oeste de Sicilia, la supremacía recayó por completo en Siracusa, que se convirtió en la fuerza dominante en gran parte de la isla durante las décadas siguientes. Por lo que sabemos, tuvieron que pasar otros setenta años antes de que los cartagineses volvieran a luchar en suelo siciliano; hasta tal punto hizo mella la debacle de Hímera. La realidad de las relaciones interestatales de la época implicaba que debía de existir un tratado, un acuerdo sobre las diferentes esferas de operación e influencia, pero no conocemos ningún detalle al respecto.

Los recientes descubrimientos científicos han modificado lo que sabíamos acerca de este antiguo conflicto. Los resultados de las

excavaciones en Hímera contribuyen a matizar el efecto reduccionista de los historiadores posteriores, que relataron los hechos basándose en la propaganda de los vencedores. El hallazgo de dos fosas comunes de soldados en el yacimiento de Hímera ha resultado muy revelador. Contenían, respectivamente, cadáveres de la batalla librada en el 480 a. e. c. y de otra batalla acontecida siete décadas más tarde, en el 409 a. e. c. La excavación ha desvelado una gran zanja rectangular donde yacían los cuerpos de los soldados muertos, dispuestos uno al lado del otro, y se cree que pertenecen a los mercenarios de los ejércitos griegos que lucharon en Hímera. Estaríamos, pues, ante una visión sin precedentes de las secuelas de una batalla, que nos mostraría cómo los ejércitos griegos trataban a sus muertos. Estos soldados, que no tenían la ciudadanía pero luchaban por los griegos y habían muerto lejos de su hogar, fueron enterrados juntos en fosas comunes, mientras que los soldados ciudadanos recibieron entierros individuales. Estas tumbas proporcionan una visión extraordinaria de la realidad de la guerra antigua en Sicilia y de las grandes distancias que podía recorrer un soldado mercenario del mundo antiguo para ejercer el oficio de la guerra. La mayoría de las historias anteriores de Cartago suelen afirmar que los ejércitos cartagineses eran, como sostienen las fuentes antiguas, «mercenarios», dando a entender que eran inferiores a los «hoplitas», el ejército formado por ciudadanos griegos. Sin embargo, las fosas comunes indican sin lugar a duda que las tropas griegas también contaban con un importante contingente de mercenarios. Algunos relatos de la época dan a entender que era así, pero a menudo se ha pasado por alto. Los soldados no solo no eran locales, sino que procedían de lugares

mucho más lejanos que Sicilia o incluso Grecia. El análisis de isótopos de estroncio en los dientes de los fallecidos nos permite saber dónde vivió cada individuo durante su infancia, ya que los isótopos de estroncio se absorben en los dientes durante su formación, por lo que son como una instantánea de la infancia de una persona. Ahora sabemos que algunos de los soldados enterrados en Hímera crecieron en el extremo norte de Europa, a orillas del mar Báltico, en la estepa asiática y en el Cáucaso. Esta extraordinaria evidencia ha cambiado por completo nuestras ideas acerca de la movilidad humana durante ese periodo, en el que un hombre de Siberia podía acabar enterrado en una fosa común en Sicilia, tras luchar en un ejército siracusano contra Cartago, en el siglo v a. e. c.[14]

No menos interesante para nuestro conocimiento de los habitantes de Sicilia —y podemos suponer que también de Cartago— es la forma en que los soldados mercenarios supervivientes se integraron en las ciudades-Estado. Diodoro nos cuenta que, tras la guerra del 480 a. e. c., el tirano Gelón concedió la ciudadanía a siete mil de los soldados extranjeros supervivientes al servicio de los siracusanos.[15] Anteriormente se había supuesto que el reclutamiento y el empleo de soldados mercenarios se centraban sobre todo en el Mediterráneo. A los soldados de fortuna —una carrera muy apreciada por los hombres de todo el mundo antiguo— se les pagaba bien, de modo que los hijos menores y los hombres más pobres de una amplia gama de comunidades no tenían más remedio que buscarse la vida en la guerra. Estos guerreros y soldados serían los agentes del gran cambio que se produciría en el Mediterráneo durante los siglos siguientes, y los orígenes de su impacto pueden

verse aquí, en estas fosas comunes de Sicilia. Las pruebas también dejan claro que no era la composición genética de aquellos a quienes consideramos griegos o cartagineses lo que los convertía en ciudadanos.

Suponemos que, tras Hímera, Cartago centró su atención en otros lugares, quizá en Cerdeña o en la costa africana, como hemos visto con el viaje de Hannón. Hay referencias indirectas a los éxitos cartagineses en Cerdeña en el siglo v a. e. c., y contamos con descripciones de algunos generales que participaron en ellos, aunque a menudo son solo las batallas que terminan en derrota lo que describen los escritores posteriores con claridad. Para ellos, las derrotas cartaginesas merecen ser recordadas mucho mejor que las victorias, por lo que es difícil hacerse una idea clara de lo que ocurría en el campo de batalla.[16] La arqueología indica que algunos yacimientos fenicios de Cerdeña fueron abandonados en el mismo periodo, posiblemente debido a un cambio de poder en la región. Cartago se encontraba ahora en el centro de un nexo de fundaciones urbanas fenicias occidentales y asentamientos aliados que eran una parte esencial de su enriquecimiento. No está claro cómo funcionaba el poder político en relación con estos Estados aliados, ni si se gobernaba mediante alianzas y pagos de tributos. La ausencia de Cartago durante gran parte del siglo v a. e. c. en las fuentes históricas sobre Sicilia bien podría indicar que se adhirió a un tratado de paz firmado tras la derrota en Hímera y que buscó prosperar en otros lugares.

Cuando los cartagineses regresaron por fin a Sicilia, a finales del siglo v a. e. c., lo hicieron con una perspectiva muy diferente. Mientras que sus primeras intervenciones en la isla parecen

derivarse de redes y alianzas con otros asentamientos fenicios occidentales, en esta ocasión Cartago se involucró de un modo mucho más directo en el gobierno del territorio. Aunque sabemos poco sobre cuáles eran los esquemas de gobierno de los cartagineses y cómo organizaban su influencia en otras regiones, la lucha de finales del siglo v a. e. c. supuso toda una declaración de control mediante una actitud fieramente agresiva. Fue una época brutal, en la que las ciudades luchaban entre sí y recurrían a aliados cada vez más poderosos para que combatieran junto a ellas. Visto de un modo más amplio, el contexto del Mediterráneo era la larga guerra del Peloponeso (431-404 a. e. c.), que libraban los atenienses contra Esparta, cuando, en los años 415-412 a. e. c., esos mismos atenienses zarparon para luchar contra Siracusa en nombre de los élimos de Segesta. Fue durante esta expedición cuando visitaron el templo de Afrodita en Erice que he mencionado anteriormente en este capítulo. La derrota de Atenas y su humillación en los puertos de Siracusa no hicieron más que aumentar el halo de sufrimiento y pérdida que asolaba la isla. La inserción de Atenas en el ya deteriorado entorno de aliados y representantes en Sicilia dio lugar a cambios profundos en el escenario de los acontecimientos. Los segestanos, aliados tradicionales de los cartagineses, lo eran ahora de los atenienses contra el poder colonial de Siracusa. Atenas había tendido la mano a Cartago para aliarse con ella y consolidar sus fuerzas contra Siracusa, y Siracusa había hecho lo mismo: recurrir a Cartago.[17] No sabemos de qué lado se pusieron los cartagineses, si es que llegaron a tomar partido por alguno de los contendientes, pero sin duda Tucídides los consideraba aliados potenciales para Atenas, y socios comerciales que no tenían intereses imperialistas

directos en la isla. Sin embargo, algunos relatos posteriores de Diodoro Sículo presentan un panorama más matizado, al señalar que Cartago sí tenía sus propios intereses en la guerra de Sicilia. Nathan Pilkington, cuya investigación se centra en la arqueología del imperialismo cartaginés, sugiere que la preocupación de Siracusa por la guerra del Peloponeso, a la que había enviado tropas, y la posterior invasión ateniense, crearon las condiciones perfectas para que Cartago volviera a involucrarse en la contienda en Sicilia.[18]

Tras los setenta años de dominio siracusano en Sicilia, el regreso debió de suponer para los cartagineses un gran esfuerzo con el fin de coordinarse para construir su hegemonía en la isla y apoyar a sus aliados. Cuando regresaron a Sicilia con una fuerza militar, volvieron al lugar de su gran derrota, acontecida siete décadas antes: Hímera. Las fuentes antiguas nos dicen que Cartago regresó para vengar esa derrota, y que se trataba de una misión personal y familiar. Al mando, esta vez, estaba un general llamado Aníbal (un nombre muy común en Cartago que no se refiere aquí al famoso general de los elefantes), probablemente un pariente del derrotado Amílcar de la década del 480 a. e. c., quizá su nieto.

Los nombres cartagineses se repitieron a lo largo de generaciones en su larga historia, y era tradición que los primogénitos varones recibieran el nombre de su abuelo (y quizá las niñas el de sus abuelas, aunque hay menos pruebas de ello). Además, nombres como Aníbal y Amílcar son «teóforos», lo que significa que se formaban a partir de los nombres de deidades pertenecientes al panteón de Cartago. Así, Amílcar se interpreta, en lengua púnica, como «siervo de Melqart», y Aníbal significa «el favorecido por Baal». Es muy probable que la confusa variedad de Aníbales,

Asdrúbales y Amílcares que pueblan la historia de Cartago se diferenciara, dentro de la sociedad, por el patronímico, es decir, por quiénes eran sus padres —Aníbal, hijo de Amílcar—, o por los apodos y epítetos que la gente utilizaba, la mayoría de los cuales no han llegado hasta nosotros, ni tampoco a las fuentes romanas. En ocasiones, el origen geográfico parece añadirse al nombre, por lo que en el capítulo 5 encontraremos a Hamilcar Rhodanus (Amílcar el Rodio), denominación de la que podemos inferir que su portador era un hombre con ascendencia en la isla de Rodas.

Aníbal libró una batalla en Hímera en el 409 a. e. c., pero esta vez la ciudad se encontraba sola, sin el apoyo de aliados más poderosos. El resultado fue inapelable: la ciudad acabó tomada, destruida, y la población trasladada a un nuevo asentamiento cercano llamado Therma. Pero el ejército cartaginés no se limitó a atacar Hímera; Aníbal asoló también Agrigento y Selinunte, ambas en la costa sur de Sicilia. Esto dio a las fuerzas cartaginesas el control de puertos con acceso estratégico directo a África por vía marítima. En las ruinas de Selinunte, situadas en un acantilado con vistas al mar, puede visitarse todavía una fortificación que data de este periodo. Partes de la entrada a la ciudad siguen intactas y, mientras deambulé por este complejo sistema de murallas exteriores e interiores con fosos y zanjas, no pude dejar de admirar la complejidad de las puertas y los ángulos, así como la inversión en infraestructuras. Las murallas se construyeron para disuadir cualquier intento de tomar la ciudad por tierra, y el hecho de que el control del lugar cambiara de manos a lo largo de los años da cuenta del valor que tenía este rincón de Sicilia para quienes intentaban controlarlo.

Hay en Selinunte barrios de viviendas de estilo púnico que aparecen durante este periodo. Cuando Agrigento fue capturada por el ejército de un tal Himilcón, las fuerzas invasoras procedieron a sitiar Gela, más al este, a lo largo de la costa. En Siracusa, un nuevo tirano, Dionisio I, había llegado al poder en el 405 a. e. c. (ya hablamos de él en el capítulo 3, a causa de su incursión y del saqueo posterior en el puerto etrusco de Pirgi). Dionisio reunió un nuevo ejército para apoyar a la vecina Gela e intentar aliviar el asedio, pero el ejército de Himilcón volvió a derrotar a los siracusanos, cuya fuerza militar no parecía estar en su mejor momento. El nuevo gobernante de Siracusa estuvo a punto de ser asesinado por sus propios soldados y, según Diodoro, se salvó gracias a sus tropas mercenarias, que le servían de guardaespaldas personales. Cuando una plaga atacó al ejército cartaginés, ambas partes firmaron un tratado. La hegemonía de Cartago en el oeste de Sicilia quedó afirmada y dio lugar a un breve respiro en medio de las hostilidades.

Esta paz carecía de solidez, era más bien un paréntesis, debido al devastador impacto de aquella repentina plaga en la isla, que, según parece, afectó más a los cartagineses. No sabemos de qué enfermedad se trataba. Quizá fuera una serie de brotes epidémicos durante un verano caluroso, pero el caso es que una plaga también había asolado Atenas una década antes, durante la guerra del Peloponeso. Las enfermedades eran endémicas, y los intensos combates en un periodo de pandemia y sus secuelas podrían ser un reflejo de la lucha por los recursos y del declive demográfico en todo el Mediterráneo occidental. A partir de esta fecha, a finales del siglo v a. e. c., una perspectiva imperialista más directa empezó a aflorar

en la propia Cartago. El control y el movimiento de personas hacia los territorios recién conquistados son visibles en las ciudades tomadas durante estas campañas.

Selinunte fue refundada como ciudad cartaginesa, probablemente con el nombre de Rosh Melqart, que procede de la palabra púnica *Ršmlqrt* —una marca de ceca en algunas monedas de la época—. También son visibles en la isla de Cerdeña los antiguos yacimientos fenicios occidentales que habían sido abandonados durante casi un siglo, antes de ser reocupados. El impacto material y cultural de Cartago se aprecia con mayor claridad en los restos cerámicos y monetarios encontrados en muchos lugares diferentes de la zona central durante este periodo. Cartago había sufrido reveses económicos y militares, especialmente a principios del siglo v a. e. c., pero su recuperación se aprecia bien si superponemos los relatos de fuentes posteriores con los indicios de declive y la subsiguiente renovación en distintos yacimientos del Mediterráneo occidental.[19]

Las nuevas incursiones de Cartago en Sicilia provocaron una fuerte reacción de Siracusa. El líder siracusano, Dionisio, reclutó un gran ejército con nuevos soldados procedentes del centro y sur de Italia y del norte de Sicilia, para atacar a los cartagineses. En el año 398 a. e. c., Dionisio había sitiado la ciudad insular de Motia, en la costa occidental de Sicilia. Motia, de la que hablamos anteriormente en este capítulo, era en aquella época la base fundamental de Cartago en el oeste de Sicilia, y los siracusanos prepararon un ataque muy elaborado. Diodoro Sículo describe Motia como una ciudad rica y sofisticada, «embellecida artísticamente», repleta de casas elegantes, construidas por ciudadanos prósperos. Cuando Dionisio se les echó encima, con navíos de guerra y cientos de barcos

mercantes equipados con maquinaria militar, los ciudadanos de Motia destruyeron el puente que los unía al continente con el fin de prepararse para la defensa de sus hogares. Las respectivas flotas libraron una feroz batalla en la bahía, pero las fuerzas de socorro cartaginesas fueron bombardeadas por la sorprendente artillería que los siracusanos desplegaron: las «catapultas, que lanzaban afilados proyectiles». Todos los combates y preparativos tuvieron lugar en la estrecha y poco profunda bahía, y habrían sido presenciados por los habitantes de la isla que vivían a lo largo de su costa (véase mapa del capítulo La isla de las tres caras).[20]

Motia cayó y gran parte de la elegante ciudad fue reducida a escombros, pero el comandante cartaginés, Himilcón, regresó al año siguiente y, con renovado esfuerzo, la reconquistó, para luego volverse de nuevo hacia el este y enfrentarse a los siracusanos. La mayoría de la población de Sicilia se unió a Himilcón contra el impopular Dionisio, y la ciudad de Siracusa fue sitiada en el invierno de 397-396 a. e. c. Una vez más, una mortífera plaga atacó al ejército cartaginés y lo obligó a retirarse, pero la guerra continuó durante los años siguientes hasta que ambas partes no pudieron más. Por fin, en el 392 a. e. c. se firmó un nuevo tratado de paz entre Cartago y Siracusa. Las ciudades del interior de Sicilia conservaron su independencia y se mantuvo la separación práctica de la zona costera de la isla entre este y oeste.

La desaparición de Motia dio lugar a la creación de una nueva ciudad en la costa occidental de Sicilia que bien podría haber sido una colonia directa de Cartago, en lugar de una ciudad aliada, por primera vez (véase mapa del capítulo La isla de las tres caras).[21] La llamaron Lilibea (la actual Marsala), y a partir de aquel momento

se convirtió en el centro de la vida cartaginesa en Sicilia. Fundada como una ciudad mediterránea moderna, Lilibea creció rápidamente hasta convertirse en un puerto próspero con instalaciones avanzadas y fácil acceso a Cartago, al sur, al otro lado del mar. Se fundó en un lugar donde había un manantial sagrado en el que una sibila, una mujer sabia con poderes adivinatorios, aconsejaba a los peregrinos. Los penitentes acudían a la cueva donde brotaba el agua del manantial y el oráculo les revelaba su profecía.[22] Aquel lugar ya era sagrado antes de que los cartagineses establecieran allí su colonia, y se hizo muy célebre después. La venerable ciudad insular de Motia perdió gran parte de su importancia tras la fundación de Lilibea. Aun así, nunca se abandonó por completo, y el santuario religioso de Baal, con su piscina sagrada y el recinto del *tofet*, siguió usándose durante otro siglo, a pesar de que la derrota había acabado con todo su poderío. El puerto de Motia cayó en desuso, las murallas se derrumbaron y el centro del comercio se trasladó al sur, a Lilibea. Hoy en día, es posible pasear aún por las antiguas ruinas de la antigua ciudad fenicia de Motia, uno de los pocos lugares del Mediterráneo donde se puede apreciar en toda su plenitud lo que fue la cultura fenicio-cartaginesa. La isla de calles empedradas y elegantes edificios sagrados, el lugar de los sacrificios infantiles y las sofisticadas murallas defensivas, todo ello se encuentra aún en las salinas de la costa de Sicilia, conservando la vida urbana de la ciudad fenicia perdida.

Como hemos visto, las historias y la arqueología de Sicilia de finales del siglo v a. e. c. nos muestran que este fue un periodo de transición para los cartagineses. Tras la catastrófica derrota de principios de siglo, Cartago resurgió más fuerte y con una nueva

actitud. Este es quizá el primer momento histórico en el que se puede hablar claramente de un Imperio cartaginés por derecho propio. Ya no vemos a Cartago llegando a la isla para apoyar a sus aliados y asegurar sus intereses en el comercio y los mercados extranjeros; ahora está interesada en establecer un control más directo. Es, también, un periodo en el que tanto Siracusa como Cartago ejercerían su influencia en función de quién se sentía más inclinado al imperialismo agresivo, y el *statu quo* se mantuvo durante gran parte del tiempo entre las dos ciudades-Estado. Pero la llegada del siglo IV a. e. c. cambiaría la dinámica y traería consigo una nueva generación de comandantes militares cuya ambición, habilidades y fuerza de voluntad originaron un nuevo tipo de guerra total en la región. El auge de los señores de la guerra alteró la historia del Mediterráneo y de gran parte del mundo antiguo. Estos hombres sacudieron los cimientos del viejo orden, y uno de ellos en particular, el siracusano Agatocles, planteó a Cartago retos que hasta entonces la ciudad nunca había imaginado.


Sicilia, bajo el poder de Siracusa y el de Cartago
Crotona
Isla de Lipari
Milas
Palermo
Solunte
Messana
Regio
Locri
Drépano
Erys
Isla de Acate
Motia
Segesta
Himera
Naxos
Lilibea
Monte Etna
Selinunte
Sicilia
Enna
Heraclea Minoa
Agrigentum
Cabo Bon
Utica
Siracusa
Economos
Gela
Cartago
Clupea
Cabo Passero
Hadrumetum
0
50 millas
0
100 km

5

LA ERA DE LOS SEÑORES DE LA GUERRA

Agatocles, rey tirano de Siracusa, vivió entre el 361 y el 289 a. e. c. y demostró con creces su capacidad para ser tan aterrador e implacable como ambicioso, es decir, un hombre muy de su tiempo: a la vez un tirano siciliano, dentro de una larga tradición, y un conquistador de nuevo cuño para una época marcada por el expansionismo. La espantosa escena que se vivió durante el asedio de la ciudad africana de Útica resume bien sus métodos. En una ofensiva preliminar, atacó y capturó a todos los ciudadanos que se encontraban fuera de las impresionantes murallas defensivas de la ciudad. Seguidamente, montó a estos hombres y mujeres prisioneros en una enorme máquina de asedio e hizo avanzar con lentitud aquella descomunal bestia hacia las murallas de Útica, centímetro a centímetro. Los defensores que se preparaban en las murallas para resistir el asedio vieron a sus conciudadanos y familiares colgando de la imponente máquina y tuvieron que tomar una terrible decisión entre las dos opciones disponibles: o defender su ciudad matando a sus propios habitantes, o rendirse al tirano y perder sus hogares. En un principio, dudaron —no querían, de ningún modo, dañar a sus compatriotas—, pero finalmente decidieron defenderse y mataron tanto a sus enemigos como a sus propios ciudadanos con flechas, hondas y catapultas.

Son relatos así los que conforman nuestra visión de Agatocles, un líder despiadado y ambicioso a más no poder, que operaba en el mundo mediterráneo en la época en que Alejandro Magno estaba dando ejemplo con sus acciones de cómo las conquistas expansionistas y las hazañas militares heroicas eran el camino hacia la fama y la fortuna eternas.[1] Las conquistas de Alejandro cambiarían la visión del poder, de la guerra y del imperio en las antiguas y nuevas ciudades del Mediterráneo. El hecho de que Agatocles fascine a los historiadores y comentaristas, tanto del pasado como del presente, es una muestra de su relevancia. El historiador romano Justino lo calificó de «ejemplo superlativo de comportamiento carente de principios», mientras que al filósofo renacentista Nicolás Maquiavelo lo maravillaba su brutalidad y flexibilidad en asuntos políticos. Agatocles fue el héroe maquiavélico por excelencia, un hombre que se desenvolvió en los feroces mundos políticos y militares de Siracusa y Cartago, durante los siglos IV y III a. e. c. Asumió enormes riesgos, y su enfoque desalmado del poder y la política, tanto en Sicilia como en el resto del Mediterráneo, así como su ambición, dejarían una huella indeleble en Cartago.[2]

En otro plano, la vida de Agatocles es un ejemplo de la movilidad social y las oportunidades que se presentaban en un Mediterráneo helenístico y multicultural, en Cartago y, especialmente, en Sicilia, en el oeste colonial. Utilizo aquí el término «helenístico» porque es así como se denomina convencionalmente al periodo comprendido entre la muerte de Alejandro Magno (323 a. e. c.) y el ascenso de Octavio al poder (31 a. e. c.), que pronto se convertiría en el primer emperador romano bajo el nombre de Augusto. En esta era de

conflictos y conquistas primaba la idea de la «tierra ganada con la lanza», y los señores de la guerra, además de los reyes guerreros que sucedieron a Alejandro en Oriente, tendrían un formidable impacto en el Mediterráneo occidental. Esto refleja bien el espíritu con el que se vería el liderazgo militar en las siguientes fases de la historia de Cartago, así como sus conflictos con Siracusa bajo el reinado de Agatocles.

Vale la pena explorar la historia familiar de Agatocles a modo de instantánea. Su padre, llamado Carcinus, fue un exiliado de Regio, en el extremo sur de Italia, que se trasladó a Therma (la antigua Hímera), en la costa norte de Sicilia. Era alfarero, una profesión sólida en el Mediterráneo antiguo, donde no les faltaba el trabajo en los mercados de las ciudades a quienes fabricaban cerámica. Carcinus conoció a una mujer de Therma y formaron allí una familia. La madre de Agatocles, cuyo nombre desconocemos, no era «nativa de la ciudad», lo que significa que podía ser muchas cosas: una indígena sícula, una cartaginesa o una compatriota griega; aunque es más probable que fuera una mezcla de las tres. La ciudad de Therma se encontraba en ese momento bajo control cartaginés, ya que había sido ocupada por los supervivientes de la cercana Hímera, escenario de las dos grandes batallas del siglo v entre griegos y cartagineses que vimos en el capítulo anterior. Se ubicaba justo entre dos esferas de influencia y, para sus habitantes, debía de evocar recuerdos significativos. Therma también era un reflejo de la realidad de muchas ciudades sicilianas de la época, donde el constante ir y venir de ejércitos que competían por el control territorial y la influencia lo acaparaba todo, mientras que la mayoría de la población se dedicaba a intentar sobrevivir y salir adelante.

Mucho después, Plutarco describiría el entorno social de Sicilia en esta época diciendo que «la mayoría de las ciudades las ocupaban pueblos de razas mixtas y soldados sin empleo».[3] Una vez más, se trata de una simplificación, un cuadro de una realidad compleja pintado con trazo grueso, en el que los contemporáneos de Agatocles quizá no se habrían podido reconocer siquiera. En esos años, a mediados del siglo IV a. e. c., Cartago había llegado a un acuerdo con Timoleón, el gobernante corintio de Siracusa, y se había firmado un tratado de paz muy necesario. Las décadas anteriores de luchas civiles y guerras brutales entre Siracusa y Cartago habían devastado a la población de la ciudad siciliana, por lo que, para repoblar la tierra y el territorio, Timoleón ofreció la ciudadanía a muchos pueblos griegos libres. Agatocles y toda su familia, incluidos sus padres y su hermano, aceptaron la oferta y se mudaron a la gran ciudad cuando él tenía poco más de veinte años (*c.* 342 a. e. c.).

Agatocles se mostró muy prometedor en el ambiente siracusano. Según cuentan las historias posteriores sobre su infancia, siendo niño se le profetizó un gran futuro, lo que despertó la desconfianza de su padre hacia él, de modo que fue un tío suyo quien lo crio. Su madre le dio su nombre y su padre le enseñó su oficio, pero la alfarería no llamó durante mucho tiempo la atención del joven. Una vez en Siracusa, tanto él como su hermano, Antander, se sintieron atraídos por la vida militar. El Mediterráneo del siglo IV era un mundo de ejércitos de mercenarios y, para los hombres como Agatocles, el camino hacia el éxito y la riqueza eran la guerra y el saqueo. Hay pruebas claras de que los soldados profesionales cobraban cada vez mejor y de que se trataba de un trabajo estable y lucrativo. El

escritor cómico griego Menandro menciona en su obra *Aspís* (*El escudo*) a un soldado que cobra seiscientos estateros de oro por sus servicios.[4] Aunque su valor es muy discutido, un estatero de oro equivalía al salario anual de un soldado bien pagado. En su obra, Menandro no deja de enfatizar la fortuna de aquel hombre, que «presumía de sus copas y de sus cautivos en venta».

Los prisioneros de guerra, que podían venderse, así como el botín y los salarios, contribuían bastante al atractivo que ejercía la profesión militar entre los hombres. En una historia sobre Atenas, Diodoro afirma que la asamblea estaba dominada por «aquellos que preferían la guerra y se ganaban la vida con el servicio militar».[5] Efectivamente, en el siglo IV se respiraba un ambiente político cada vez más belicista —no extraña nada la desaprobación posterior de Diodoro— que no era más que un reflejo del modo en que la economía mediterránea, cada vez más impulsada por la guerra y las ganancias personales, condujo a un colapso del orden en su época. Tanto se glorificaba el estilo de vida guerrero que aquel se convirtió en un mundo en el que demasiados hombres dependían del conflicto para ganarse el sustento: «La guerra era la paz y la paz era la guerra».[6] Las consideraciones reales y prácticas del impacto económico en las ciudades-Estado, y la necesidad de recaudar enormes sumas para pagar a los soldados, impulsaron por igual la conquista y el crecimiento económico. En el Mediterráneo occidental, tanto Cartago y Siracusa como, finalmente, Roma, contaban también con los recursos para competir en aquel entorno, y lo harían sin reservas.

Agatocles fue reclutado en Siracusa como soldado al servicio de un hombre llamado Damas, que se convirtió en su mecenas, amante

y patrocinador. Cuando Damas murió, Agatocles se casó con su viuda, alrededor del año 333 a. e. c. La suya era una familia de élite que poseía una gran riqueza, lo que permitió al joven Agatocles acceder a personas influyentes de la ciudad. Con el apoyo de esta familia pudiente y una estrecha conexión con el ejército, Agatocles llegó de un modo bastante natural a la política. La Siracusa de entonces estaba gobernada por una oligarquía compuesta por seiscientos hombres, pero prevalecía en ella el legado de décadas de extrema disfunción política. Agatocles participó en un golpe de Estado, un ambicioso intento de derrocar a los oligarcas, que le acarreó el destierro. Durante su exilio pasó un tiempo en las ciudades del sur de Italia, especialmente en Crotona y Tarento, donde se ganó la vida como soldado mercenario. Debía de tener algo especial, porque pronto reunió a un grupo de hombres con ideas afines. Cuando el ejército de la oligarquía siracusana sitió Regio, Agatocles hizo gala de su poderío y acudió con las tropas que él mismo había reclutado para levantar el sitio. Impresionado por esta victoria, el pueblo de Siracusa pidió que se le permitiera regresar a la ciudad. Una vez allí, haciendo gala de su naturaleza populista, Agatocles se granjeó apoyos más allá de las élites, lo que le permitió conectar con los ciudadanos de a pie.

Poco después de su regreso, los oligarcas volvieron al poder y Agatocles sufrió nuevamente el destierro. La influencia de Cartago había dejado de estar presente durante estos dramáticos años de luchas civiles en Siracusa, y la ciudad, al tomar partido por un bando y movilizarse contra otro, se convirtió en un actor clave en los enfrentamientos militares y las batallas políticas. Este enfoque de la política interestatal nos resulta fácil de entender desde una

perspectiva moderna; la idea de intervenir o incluso fomentar las luchas internas del enemigo como método para debilitarlo sigue prevaleciendo hoy en día. Al principio, el ejército cartaginés en Sicilia era aliado de la oligarquía, pero Amílcar, el comandante cartaginés, cambió de bando y medió para que Agatocles regresara a Siracusa. El resultado fue que este recibió el mando militar general (como estratego) de las ciudades griegas de Sicilia hacia el 319 a. e. c., y, mediante un golpe militar, se hizo con el control de Siracusa alrededor del 317 a. e. c. Una vez en el poder, ejecutó una sangrienta venganza contra sus oponentes políticos. Las fuentes hablan de hasta diez mil personas desterradas o asesinadas, incluidos todos los oligarcas que se le habían opuesto. Y así, mediante una violencia despiadada y persistente, y con la ayuda de Cartago, Agatocles se convirtió en tirano de Siracusa.

Para Cartago, ayudar a Agatocles a recuperar el poder en Siracusa era, en principio, conveniente desde el punto de vista político, ya que ofrecía su apoyo a un populista contra la oligarquía tradicional, pero el resultado fue que la relación entre la ciudad y el ejército en Sicilia cambió. Y este cambio no lo habían visto venir los cartagineses. Como se dijo en el capítulo anterior, durante casi un siglo se había mantenido una especie de *statu quo*, caracterizado por un vaivén casi constante de guerras y conquistas, como un oleaje extendiéndose por toda la isla, con la influencia de unas u otras potencias aumentando con la victoria y disminuyendo con la derrota.[7]

Pero los relatos de las conquistas de Alejandro se estaban extendiendo por todo el Mediterráneo y apuntaban a un nuevo modelo de poder. En Cartago, la realidad de las hazañas de

Alejandro debió de hacerse patente cuando la ciudad de Tiro fue saqueada, en el 333 a. e. c. En el momento del asedio, un embajador de Cartago se encontraba en la ciudad. Se trataba de Amílcar el Rodio, y lo habían enviado para que se reuniera con el joven caudillo macedonio en nombre del Estado cartaginés. Se dice que Amílcar consiguió engañar al gran conquistador para que se reuniera con él, haciéndose amigo de su séquito y fingiendo buscar refugio en el ejército macedonio tras dejar caer que abandonaba Cartago. Según cuenta la historia, aquello no era más que una artimaña de Amílcar para enviar informes a Cartago acerca de los planes de Alejandro. Los mandaba escritos en tablillas de madera y cubiertos con cera, para que nadie pudiese acceder a su contenido. [8] Aunque no se puede negar que se trata de un relato impregnado del insidioso estereotipo del «astuto cartaginés», lo cierto es que contiene detalles más que interesantes sobre las prácticas de espionaje en el Mediterráneo antiguo, y sobre el hecho de que las embajadas oficiales y las relaciones diplomáticas de la época eran, en esencia, expediciones para recopilar información. Incluso en la actualidad sigue existiendo ese vínculo entre el espionaje y la diplomacia que se forjó en aquella época. La república de Cartago necesitaba estar informada de los planes de Alejandro y había infiltrado un agente en su ejército. Y es seguro que Cartago no era la única ciudad-Estado que lo hacía: agentes y diplomáticos de todo el Mediterráneo habrían estado también al tanto de las conquistas macedonias.

Es bastante verosímil que Cartago estuviera preocupada por Alejandro y por cómo afectaban aquellas conquistas a su propia esfera de poder, sobre todo cuando el macedonio comenzó a

levantar su nueva ciudad en Egipto (*c.* 332-330 a. e. c.). Alejandría, en la costa mediterránea del país, se convertiría en la base de un nuevo y poderoso reino, y suponía un grave problema para los cartagineses. Hasta ese momento, Cartago había sido la más poderosa de las ciudades de la costa norte de África, pero ahora tendría competencia. El rey macedonio había demostrado estar más dispuesto a conquistar que a competir por las rutas comerciales, y era posible que estuviera pensando en invadir el territorio aliado de Cartago en el norte de África. Ya hemos visto cómo protegían los cartagineses el acceso a las célebres y prósperas ciudades de la *emporia* (Leptis Magna, Sabratha y Oea, como se explica en el capítulo 3) en sus tratados con Roma. Algunas de nuestras fuentes recogen incluso el rumor de que Alejandro tenía la intención de convertir Cartago en su próxima gran conquista, una vez que regresara al Mediterráneo tras las victorias persas, pero que estos planes se vieron truncados por su prematura muerte en Babilonia, en el 323 a. e. c.[9]

Los rumores volaban de un lugar a otro, pero al parecer la noticia la habrían traído los refugiados de Tiro que llegaron a Cartago tras la destrucción de su ciudad. La creciente conectividad y el impacto de los cambios culturales y políticos se dejaron sentir al otro lado del mar. Historias como la de Amílcar, el embajador/espía que se había infiltrado en el ejército macedonio, parecen convincentes. Sin embargo, por lo visto, las promesas de lealtad que hizo Amílcar a Alejandro y a su causa convencieron también a sus compatriotas, y cuando regresó a su ciudad tras la muerte de Alejandro fue acusado de traición y ejecutado, «por haber intentado vender Cartago al rey [macedonio]».[10] El desenlace del episodio sugiere que Amílcar

podría haber desempeñado el papel de agente doble, pero también se hace eco del cliché griego y romano sobre los cartagineses: que eran enemigos poco fiables y traicioneros. En algún lugar de esta historia se esconde un ser de carne y hueso que tuvo que enfrentarse a la amenaza real que la ambición ilimitada de Alejandro y su ejército representaba para Cartago.

Solo unos años más tarde, el gobierno absoluto de Agatocles en Siracusa, ya consolidado, comenzó a presionar para obtener el mismo grado de autoridad sobre las ciudades griegas vecinas de la isla de Sicilia y más allá. Un ejército cartaginés, bajo el mando de otro Amílcar, defendió Mesina de las ambiciones de Agatocles y, de nuevo, tuvo que acudir también en defensa de Akragas (Agrigento) en el 313 a. e. c. Se estableció una especie de *statu quo* en el que a los cartagineses se les concedió el control de las ciudades griegas del oeste de Sicilia, pero a la Siracusa de Agatocles se la reconoció como señora de las ciudades del este. Cabe señalar que este acuerdo se menciona como si se hubiera alcanzado sin el consentimiento de las demás ciudades implicadas, de manera que refleja, sin más, la división de Sicilia en dos esferas. Sin duda, la realidad debió de ser más rica en matices, pero las fuentes posteriores prefieren, al parecer, ceñirse a un panorama más simplificado.

Cuando Amílcar regresó a Cartago desde Sicilia, en el año 312 a. e. c., Agatocles se apoderó de Mesina. Se desconoce por qué Amílcar abandonó Sicilia, aunque entre los senadores cartagineses existía la sospecha de que sus acuerdos con Agatocles podrían no haber sido los más convenientes para Cartago. Cuando Agatocles atacó Mesina, los cartagineses enviaron otro ejército bajo el mando

de otro Amílcar para proteger Akragas, en la costa sur. Una fuerza hostil en Mesina, situada cerca de la base naval cartaginesa de Lipara (Lípari), en las islas Eolias, suponía una gran perturbación para las operaciones y el control de los mares al norte de Sicilia. Agatocles se trasladó entonces al oeste de la isla, donde saqueó las ciudades aliadas de Cartago. El nuevo Amílcar respondió derrotando primero a Agatocles en la batalla de Gela, persiguiéndolo después hasta Siracusa y sitiando la ciudad.

Entonces Agatocles, en una maniobra brillante y desesperada, dejó a su hermano Antander al mando de Siracusa y, con un pequeño contingente que incluía a sus dos hijos adultos, zarpó hacia África. Esta extraordinaria hazaña se fecha con precisión gracias a un eclipse solar que tuvo lugar al día siguiente, el 14 de agosto del año 310 a. e. c. Como registró más tarde Justino, «el sol se había eclipsado durante su viaje», algo que los soldados griegos consideraron un mal presagio.[11] Tras eludir la flota cartaginesa y cruzar el mar rumbo a África, Agatocles desembarcó en el cabo Bon, el punto más cercano a Sicilia. Una vez allí, el ejército del tirano de Siracusa quemó sus naves —el fracaso no era una opción— y se dirigió hacia Cartago. No puede subestimarse la sorpresa y el impacto que debió de producir este ataque, por lo seguros que se habían sentido los cartagineses en su territorio hasta aquel momento. Aunque los ejércitos cartagineses llevaban dos siglos operando en Sicilia y Cerdeña, su patria africana había permanecido relativamente al margen de las guerras. Agatocles avanzó por el territorio, saqueando y expoliando los terrenos agrícolas de la península del cabo Bon, un paisaje tentador, «lleno de jardines y huertos regados por arroyos. Las lujosas casas de campo se

sucedían una detrás de otra […] Por todas partes, en las fincas de la aristocracia púnica, se veía una imagen de riqueza».[12]

Con el grueso del ejército enfrascado en el largo asedio de Sicilia, aquel ataque sorpresa cogió completamente desprevenidos a los cartagineses que se encontraban en su ciudad. Reunieron a toda prisa un ejército improvisado, formado por ciudadanos, aliados y cualquiera que tuvieran a mano, y se dispusieron a hacer frente a los invasores. Aquella fuerza, no muy preparada, era, sin embargo, numerosa. Sus oponentes, en cambio, constituían un ejército pequeño, aunque muy bien remunerado, motivado y aguerrido, comandado por un cruel tirano griego. Como es habitual en las batallas antiguas, los detalles son vagos, pero los informes confirman que la derrota infligida al ejército cartaginés fue impresionante. La fuente de estos hechos es Justino, que conservó detalles especialmente vívidos. El ejército cartaginés lo lideraba un comandante llamado Hannón, que contaba con treinta mil soldados. El encuentro se saldó con una gran matanza: solo sobrevivieron tres mil cartagineses, entre los que se encontraba su comandante. Agatocles aprovechó para arrasar los campos, asaltar pueblos y fortalezas y capturar «una gran cantidad de botín», además de «matar a muchos miles».

Según se cuenta, el siracusano acampó a solo ocho kilómetros de Cartago para que los ciudadanos que se encontraban intramuros pudieran contemplar cómo los griegos devastaban su tierra e incendiaban los campos de alrededor. Pero tomar Cartago no era tarea fácil, ya que la ciudad estaba defendida por murallas de última generación y se encontraba en una estrecha península rodeada de agua por tres de sus flancos. Recordemos que Agatocles había

quemado sus barcos al llegar, dejando a su ejército a merced de sus propias fuerzas en tierra, pero imposibilitado para atacar por mar. Dentro de Cartago corrían rumores sobre la destrucción del ejército y la captura de otras ciudades. Sus habitantes lloraban la pérdida de sus familiares y, a medida que la noticia se extendía por el campo y, según Justino, por «toda África», iban cundiendo el asombro y la incredulidad acerca de cómo «una guerra tan repentina había podido sorprender a un imperio tan grande». En el corazón del norte de África, de donde procedían los aliados y soldados de Cartago, el asombro se fue transformando poco a poco en desconfianza hacia los cartagineses. Creyendo que Agatocles iba a salir victorioso, y en un intento por preservar su supervivencia, los vecinos de Cartago tuvieron que pensar muy bien de qué lado se iban a posicionar. Estaban en juego grandes cantidades de ingresos y suministros alimenticios que necesitaban desesperadamente.[13]

Cartago se encontraba ahora sitiada y, con gran parte de la élite muerta en el campo de batalla, era vulnerable a los ataques. La presencia de un ejército griego victorioso provocó, además, una grave revuelta entre sus aliados en África. Diodoro afirma que, en tal estado de pánico extremo, con la ciudad indefensa y a merced de Agatocles, los cartagineses creyeron que sus dioses los habían abandonado. Tomaron todo tipo de medidas para apaciguar a aquellos a quienes consideraban ofendidos; enviaron enormes tributos desde sus propios templos al de Melqart, en Tiro, y se realizó un sacrificio masivo de niños.[14] Diodoro describe cómo se seleccionó a doscientos de los niños más nobles y se les colocó, uno por uno, en los brazos inclinados de una gigantesca imagen de bronce del dios Baal. Desde los brazos del dios, rodaban hacia un

pozo de fuego, ante la mirada de sus padres y de toda la comunidad; se trata, desde luego, de una escena extraordinaria. De hecho, la descripción de Diodoro fue tan influyente que muchos de los que trataron de retratar la antigua ciudad la adoptaron, entre ellos Gustave Flaubert, en su novela *Salambó*, y Giovanni Pastrone en la película italiana de principios del siglo xx, *Cabiria*. Tras las excavaciones modernas realizadas en el *tofet* de Cartago, no contamos, sin embargo, hasta la fecha, con pruebas físicas de este sacrificio masivo: las cremaciones de bebés halladas allí son entierros individuales, no fosas comunes. El relato de Diodoro, por tanto, no es más que una escena imaginada por una fuente antigua hostil, y las cifras que se barajan son extravagantes y contradicen todo lo que sabemos sobre la forma en que se ofrendaban los niños en Cartago. Este tipo de sacrificio masivo habría acarreado, además, una ruptura drástica del crecimiento natural de la población que, en última instancia, habría conducido a la destrucción de la ciudad. Sin embargo, detrás de esta historia late la extrema angustia que sufrieron los habitantes de Cartago durante el terror que Agatocles les infligió, a ellos y a sus vecinos, y es seguro que recurrieron a sus dioses.

También sabemos que Cartago no reaccionó con eficacia a la expedición de Agatocles, y que se sucedieron una serie de encarnizadas batallas que, por primera vez, pusieron en peligro la posición de la ciudad en África. La escena inicial de este capítulo nos muestra cómo fue sitiada la importante ciudad de Útica, aliada de los fenicios, y cómo se quebrantaron las alianzas. La naturaleza frágil del control cartaginés sobre las amplias comunidades de las prósperas y ricas tierras agrícolas del norte de África también quedó

al descubierto. Más peligroso aún para los cartagineses, quizá, fue que Agatocles intentara aliarse con el gobernante ptolemaico de Cirene, Ofelas. Esta alianza habría desafiado las esferas de influencia que Cartago y Cirene habían mantenido durante mucho tiempo en la franja costera del norte de África, pero en aquellos años de conquistas vertiginosas que siguieron a la muerte de Alejandro, todas las normas dejaron de aplicarse. Una alianza entre Agatocles y Cirene podría haber supuesto un desastre total para Cartago en África.

Ofelas, el gobernador de Cirene, estaba emparentado con el rey helenístico de Egipto, Ptolomeo I. Los acontecimientos que tuvieron lugar no se explican adecuadamente en ninguna parte, y nuestras fuentes solo aluden a ellos como si tampoco entendieran bien lo que sucedió. La alianza se intentó, pero no se materializó, y la única conclusión razonable es que algún tipo de traición llevó a Agatocles a atacar y matar a Ofelas, para incorporar, a continuación, los soldados de Cirenaica a su propio ejército.

Cartago se quedó cada vez más aislada de sus aliados tradicionales africanos, pero sus enemigos se devoraban entre sí. Cuando las fuerzas siracusanas tomaron por fin las ciudades de Útica e Hipona y los Estados africanos aliados se unieron al bando de Agatocles, todo parecía perdido. Sin embargo, en el 307 a. e. c., tras cuatro años convulsos y contra todo pronóstico, Cartago seguía en pie. Entonces, Agatocles cambió repentinamente de táctica, levantó el campamento y regresó para intentar salvar la base de su poder en Siracusa, que se había visto socavada por su ausencia. Lo más extraordinario es que dejó su ejército, incluidos sus propios hijos, en África. En pocas palabras, abandonó a su suerte a aquel ejército que

le había sido tan leal. Cartago acabó recuperando todo el territorio que había perdido, e incluso, según parece, integró parte del ejército de Agatocles en su sociedad, lo que da una idea de las posibilidades de movilidad social dentro del Estado y de la flexibilidad de la vida profesional de los soldados. A pesar de su fracaso final, la audaz aventura de Agatocles en África sacó a relucir la vulnerabilidad de Cartago ante las invasiones y la mostró al mundo entero.[15]

Aquella invasión modificó las reglas del juego. Durante casi un siglo, Cartago y Siracusa habían librado guerras de desgaste en Sicilia, y con un ataque sorpresa, fallido pero audaz, Agatocles cambió el rumbo de la historia. La era helenística, inspirada por la posibilidad de las conquistas ilimitadas, había llegado, sin duda, al Mediterráneo central y occidental, y la conquista se convirtió en norma para reyes y tiranos como Agatocles, o para los generales de la república cartaginesa que lucharon contra él y recordaban estos acontecimientos. Los comandantes militares ampliaron sus horizontes más allá de las zonas tradicionales de conflicto. Ya no se trataba solo de luchar por los recursos y los santuarios de Sicilia, o de defender a los aliados de las incursiones de uno u otro bando. Ahora era posible alcanzar un poder mucho mayor y más extenso, lo que abrió la puerta a una amenaza constante que se convertiría en la mayor vulnerabilidad de Cartago: la de sufrir una invasión en África.

Visto retrospectivamente, el cambio que Agatocles provocó en la batalla por Sicilia alteró la trayectoria de las guerras que vendrían. No hay que subestimar su importancia: creó el manual que se convertiría en la norma para hacerle la guerra a Cartago y, como descubriremos en los siguientes capítulos, esta fue la estrategia que

aplicaron los romanos en la Primera y Segunda Guerra Púnica. Agatocles demostró al mundo que Cartago era vulnerable en su propio territorio y que sus aliados podían ser captados sin demasiado esfuerzo, una lección que la misma Cartago tardaría mucho tiempo en aprender. Agatocles unió asimismo el sur de Italia con el norte de África, realizando incursiones tanto en Campania como en la costa sur del Mediterráneo, trasladando poblaciones alrededor de la isla de Sicilia y utilizando toda la zona mediterránea central como su tablero de ajedrez.

Con el recuerdo de Agatocles fresco aún en la memoria de muchos de los principales protagonistas de aquellas gestas, entró en escena el siguiente de los señores de la guerra helenísticos. Se trataba del rey Pirro (319-272 a. e. c.), del Estado griego de Epiro, situado al otro lado del Adriático, frente al sur de Italia (véase mapa del capítulo Más allá de las columnas de Hércules). En el 295 a. e. c. se había casado con una de las hijas de Agatocles, Lanassa, que fue enviada a vivir a Epiro y le llevó como dote al rey la isla de Corcira (Corfú). Lanassa era una mujer influyente por derecho propio y no le gustaba mucho la costumbre de su marido Pirro de tomar otras esposas. Los reyes helenísticos macedonios tendían a la poligamia, por lo que, aunque la pareja tuvo dos hijos, Lanassa acabó abandonando a Pirro y se fue a vivir a Corfú. En Corfú, claro está, necesitaba el apoyo de un señor, y lo encontró en otro de los reyes helenísticos del momento, Demetrio Poliorcetes. Demetrio se casó con Lanassa y se quedó con la isla de Corcira.[16]

La historia de Lanassa, además de ofrecer una visión no muy habitual de la influencia que las mujeres podían llegar a tener en aquella época, nos revela cómo Pirro se vio impulsado a conquistar

reinos vecinos y se sirvió de los matrimonios para forjar alianzas y aumentar su poder y riqueza. Al ser originario de Epiro, debió de considerar que su esfera de influencia se extendía de un modo natural hasta Grecia, el sur de Italia y Sicilia. El historiador romano Plutarco nos ha dejado un retrato bastante llamativo de Pirro; merece la pena examinarlo con detalle para hacernos una idea de cómo se forjaba en aquella época el liderazgo. Dice Plutarco que Pirro era un hombre tan especial que los soldados a quienes derrotaba no solo no lo odiaban, sino que lo admiraban:

> El conflicto dejó una huella imborrable en todos los implicados y dio lugar a interminables discusiones, y a que tanto los participantes como los observadores admiraran la valentía de Pirro. No pudieron evitar establecer paralelismos entre Pirro y Alejandro Magno, señalando similitudes en su aspecto, rapidez y vigor en el campo de batalla. Muchos percibían en Pirro un eco del carácter fogoso e impetuoso de Alejandro, lo que alimentó aún más el asombro con que lo contemplaban y la reverencia ante su destreza militar. (*Vida de Pirro*, 8)

A Pirro se lo describe aquí como un gran héroe de la época, celebrado por sus tácticas audaces y su valor. Este es el hombre cuya llegada al sur de Italia desencadenó una serie de acontecimientos que acabarían introduciendo a los romanos directamente en la esfera de influencia tradicional de Cartago. Cuando Pirro de Epiro irrumpió en la península itálica, alrededor del 281 a. e. c., lo hizo en calidad de invitado. La ciudad-Estado griega de Tarento (Taras, una colonia fundada por Esparta), en el sur de Italia, había recurrido a su vecino del otro lado del Adriático, puesto que, tradicionalmente, los reyes de Epiro también habían acudido en ayuda de las ciudades griegas de aquella zona. Por lo común,

intervenían en luchas que libraban entre sí dos ciudades-Estado griegas, y los gobernantes de Tarento solían pedir ayuda militar para combatir a sus vecinos de Locri, Crotona o Metaponto; así lo venían haciendo desde el 350 a. e. c.[17]

Pero esta vez se trataba de un nuevo enemigo: los romanos. Tanto en la península italiana como en Sicilia, la aparición de Roma cambió la dinámica establecida entre los griegos y los cartagineses. Fue un momento importante en la historia de la región, porque, por primera vez, se vio cómo luchaban contra los romanos un rey y un ejército de los reinos griegos posteriores a Alejandro, y todo ello en la península italiana, lo que daría lugar al enredo de guerras regionales entre Roma, Sicilia, Cartago y el resto del mundo mediterráneo que dominaría el siguiente siglo.

Quizá el detalle más célebre de esta intervención militar es que también participaron en ella elefantes. En el gran ejército «helenístico» de Pirro había, en efecto, veinte elefantes de guerra, los «extraños monstruos de los macedonios», que se desplegaron por primera vez en Italia y luego en Sicilia.[18] A menudo se afirma que este acontecimiento fue el primer encuentro militar de los romanos y los cartagineses con «el núcleo civilizado del mundo mediterráneo», aunque la historia del siglo anterior en Sicilia demuestra que, al menos para los cartagineses, esto no era cierto. Sin embargo, los elefantes causaron una gran impresión en algunos militares cartagineses y, no mucho después, Cartago los incorporó a su propio ejército. Estas criaturas se acabarían convirtiendo, de hecho, en uno de los símbolos más importantes y emblemáticos de la ciudad, gracias a los generales de la familia de los Bárcidas, que los utilizarían muy eficazmente en el siglo III durante sus conquistas

en la península ibérica. Es muy probable que los elefantes que el ejército de Pirro trajo a Italia fueran asiáticos, y que los adquiriera en el reino macedonio seléucida, que los criaba en la ciudad de Apamea, en Siria (según cuenta el geógrafo romano Estrabón).[19] Eran animales formidables, y con gran reputación; se usaban para intimidar y atemorizar a las tropas enemigas, pero su mantenimiento y su alimentación eran muy costosos.

Aún no hay un consenso general sobre el tipo de elefantes que utilizó Cartago en sus hazañas militares. Estas criaturas, que se empleaban en el campo de batalla a modo de tanques, no eran fáciles de manejar, aunque como táctica de intimidación funcionaban de maravilla. Cartago desarrolló todo un método para cuidar y entrenar a sus elefantes. Las murallas de la ciudad, una construcción a base de casamatas que rodeaba la tierra y el mar de Cartago, tenían zonas habilitadas entre dos muros para alojar a los elefantes, junto con las armas, los almacenes y los barracones de los soldados. Los animales, junto con sus entrenadores y jinetes especializados, se convirtieron en una imagen habitual de la vida cartaginesa tras el encuentro con Pirro. Si Cartago utilizó la especie de elefantes asiáticos que se cree que emplearon los reyes posteriores a Alejandro en sus ejércitos, o bien los elefantes africanos que conocemos hoy en día, es aún objeto de debate y conjeturas, y seguirá siéndolo hasta que la investigación arqueológica aporte pruebas convincentes, basadas en análisis específicos de ADN. En la actualidad, la idea que genera mayor consenso es que quizá no se tratara de una sola especie, sino que se utilizaron diferentes tipos de elefantes en diferentes escenarios. Tanto los elefantes africanos, los elefantes de selva —ya extintos— y los elefantes asiáticos están

presentes en los restos arqueológicos del Mediterráneo antiguo, por lo que es probable que se usaran todas estas especies (véase la figura 14).

La invasión de Pirro se vio precipitada por la expansión de la República romana hacia el sur de Italia. A las prósperas ciudades griegas de la zona no había dejado de perturbarles la influencia romana en la península itálica durante los siglos IV y principios del III a. e. c. Cuando Roma obtuvo la victoria definitiva en las tres guerras samnitas, en el 290 a. e. c., las ciudades griegas vieron desaparecer aquel Estado fuerte que servía de tapón entre Roma y la región conocida como Magna Grecia o la Gran Grecia. Pirro arribó con su ejército en el 281 a. e. c. y ganó dos reñidas batallas contra las fuerzas romanas, la primera en Heraclea, en el 280 a. e. c., y la segunda en Ausculum, en el 279 a. e. c. (hay dos *Auscula* en la Italia actual: Ascoli Satriano, en Apulia, y Ascoli Piceno, más al norte, en Las Marcas). La intensidad de estas batallas aún perdura en nuestra memoria. Justino describe la victoria de Pirro como «no precisamente incruenta, pues él mismo resultó herido de gravedad y muchos de sus soldados murieron; y obtuvo más gloria de su victoria que placer». Lo cierto es que el de Epiro ganó ambas batallas, pero sufrió pérdidas tan graves que dieron lugar al término «victoria pírrica» y consolidaron su reputación inmortal.[20] A partir de esa fecha, se hizo más común utilizar «victoria pírrica», en lugar de «victoria cadmea», para referirse a una batalla ganada a un precio tan alto que es similar a una derrota, por la alta mortandad de soldados, por ejemplo.



FIGURA 14. Especies de elefantes con sus tamaños relativos.

En el año 278 a. e. c., Pirro aceptó una invitación de la ciudad de Siracusa, que vio la oportunidad de utilizar al ejército epirota contra sus antiguos enemigos, los cartagineses. A cambio, Siracusa le ofreció a Pirro el control de importantes ciudades de Sicilia, como Agrigento, Leontini y la propia Siracusa. La presencia del caudillo griego era, desde luego, una oportunidad demasiado buena como para que los siracusanos la dejaran pasar. Pirro reclamó incluso el gobierno de Siracusa, en nombre de su matrimonio con Lanassa, la hija de Agatocles, lo que estrechó aún más los lazos familiares entre Grecia y Sicilia. El ejército cartaginés no fue rival para el de Epiro y sufrió una dura derrota. Tras la batalla, Pirro continuó su avance y asaltó la fortaleza cartaginesa de Eryx, situada cerca del santuario sagrado de la diosa, desde donde se dominaba el territorio alrededor de Drepanum (la actual Trapani), en el oeste de la isla. La derrota arrinconó la influencia cartaginesa en el extremo sudoeste de Sicilia; allí, en Lilibea, quedó atrapado y aislado su ejército. Los siracusanos, enemigos tradicionales de Cartago, no habían logrado nunca una hazaña semejante. Sin embargo, Pirro, sin el apoyo de la armada, fue incapaz de tomar Lilibea, por lo que no completó la tarea y la presencia cartaginesa en Sicilia se mantuvo. En general, la invasión de Pirro suponía una amenaza tanto para los romanos en Italia como

para los cartagineses en Sicilia. Se cree que fue en aquel momento cuando Roma y Cartago se aliaron y firmaron un tratado de cooperación contra el enemigo común alrededor del 279-278 a. e. c. La existencia de este acuerdo, conocido como el «tratado de Filino», es uno de los temas más controvertidos que debaten los académicos en la actualidad. El tratado recibe este nombre por el autor de una historia de aquel periodo, un griego siciliano llamado Filino. Polibio tuvo acceso a ella, pero a nosotros no nos ha llegado. Filino fue un historiador profundamente antirromano de la ciudad siciliana de Agrigento que narró la historia de la Primera Guerra Púnica. Según Polibio, el tratado fue una invención del propio Filino, aunque hay que tener en cuenta lo inconveniente que resultaba un documento así para los romanos y su interés, por tanto, en borrarlo de la historia. El tratado de Filino, si es que existió, testificaba que los romanos y los cartagineses renovaron sus antiguos acuerdos en este periodo de las Guerras Pírricas y pactaron sus respectivas esferas de influencia, siendo Sicilia para Cartago y el sur de Italia para Roma. Sin embargo, las guerras que se avecinaban entre las dos poderosas ciudades-Estado echarían por tierra estos acuerdos. Es posible también que Polibio no estuviera al corriente del tratado, tanto como es posible que el tratado efectivamente existiera, pero hubiera sido destruido. El debate alrededor de este documento se centra en la cuestión de a quién atribuir la responsabilidad de las Guerras Púnicas, y aprenderemos más al respecto en los próximos capítulos.

Cuando Pirro regresó a Epiro para sofocar los disturbios que se habían originado en su ausencia, los cartagineses recuperaron casi de inmediato todos los territorios perdidos y avanzaron incluso más que antes. Lo mismo ocurrió con los romanos, que extendieron su

control en Italia hasta el extremo más meridional de la península, la punta de la bota italiana. Solo el estrecho de Mesina separaba ahora los intereses romanos y cartagineses. Ambas partes recordaban a Pirro como el catalizador del cambio en su larga relación. Hasta su llegada, y durante todo el periodo en que su presencia supuso una amenaza, Roma y Cartago, por lo que sabemos, mantuvieron las buenas relaciones de siglos anteriores, respetando los tratados firmados. Una vez que Pirro se retiró de Sicilia, se desataron las hostilidades entre las dos ciudades más poderosas del Mediterráneo occidental por hacerse con el control de la isla. La historia registra incluso que el mismo Pirro fue consciente de la nueva dinámica de poder, y se dice que pronunció estas últimas palabras mientras zarpaba de regreso a casa: «Qué buen campo de batalla les dejamos a los romanos y a los cartagineses» (Plutarco, *Pirro*, 23).


El Mediterráneo central durante las Guerras Púnicas
Placentia
Río Po
Génova
Lucca
Arminium
Mar Adriático
Arretium
Cortona
ETRURIA
Alaria
Córcega
Caere
Pirgi
Roma
Casilinum
Luceria
Arpi
Salapia
Capua
Nola
Canusia
Ausculum
Compsa
Venusia
Brundisium
Nápoles
Grumentum
Tarentum
LUCANIA
Metapontum
Heraclea
Tharros
Cerdeña
Consentia
Carales
Sulcis
Nora
Crotona
Lipari
Palermo
Milae
Drépano
Messana
BRUCIO
Locri
Isla de Acate
Erys
Selinunte
Rego
Lilibea
Hippacra
Cabo Farina
Heraclea Minoa
Agrigentum
Cabo Bon
Utica
Kerkouane
Cartago
Clupea
Thrahara
Sicilia
Siracusa
Cabo Passero
Cirta
Río Bagradas
Naraggara
Sicca
Hadrumetum
Malta
Thapsus
Theveste
Acholla
Thaenae
Gabes
0
200 millas
0
300 km

6

EL COMBATE DE BOXEO

La profecía de Pirro comienza con un grupo de soldados mercenarios. Los mamertinos eran un poderoso grupo armado, originario del centro de Italia, que había habitado Sicilia desde los tiempos de Agatocles. El término «mamertinos» significa «hijos de Mamers», el dios osco de la guerra, más conocido, en su versión latina, como Marte. El osco fue una lengua clave en Italia, muy hablada en el centro y el sur de la península en el periodo anterior a las conquistas romanas de los siglos IV y III a. e. c., tras las cuales el latín fue convirtiéndose gradualmente en la lengua común. En la época de Pirro y tiempo después, el osco siguió siendo más frecuente que el latín en las regiones centrales y meridionales de Italia. Cuando Agatocles murió, en el 289 a. e. c., estos guerreros oscos se quedaron sin empleo y sin control. Relativamente jóvenes, ricos y bien armados, aprovecharon la oportunidad para apoderarse de la ciudad de Mesina, con el fin de tener una base desde la que operar. En Mesina constituyeron una especie de estado militar, que creció con nuevas incorporaciones y, en general, causó estragos en la región. Los mamertinos ejercieron una influencia poderosa en la vida del noreste de Sicilia, sobre todo debido al atractivo que irradiaba la vida militar. Su número aumentó de manera drástica en las décadas posteriores a Agatocles —las guerras cada vez más

frecuentes de la época necesitaban mano de obra—. Estos hombres gozaban de una relativa autonomía, debido a la alta estima en que se tenía a los soldados.

Algunos escritores contemporáneos, como Teócrito, un poeta griego nacido en Sicilia alrededor del año 300 a. e. c., dan fe de los altos salarios que cobraban los soldados mercenarios y del atractivo de su estilo de vida. Teócrito, que vivió en Alejandría, en Egipto, y escribió poesía bajo el patrocinio del rey ptolemaico de la ciudad, nos presenta una conversación imaginaria en la que dos hombres discuten sobre la conveniencia de ir a luchar. Al joven «decidido a ceñirse la capa del guerrero» se le dice que vaya a Egipto, donde Ptolomeo es «el mejor pagador que un hombre puede tener». Pero también Cartago era famosa por los altos salarios que dispensaba a sus soldados. Aunque el cálculo estimado de lo que algunos Estados destinaban a gastos militares es difícil y no pasa de la pura especulación, hay pruebas que demuestran que una parte muy importante de los fondos públicos se destinaba, en efecto, a armar y mantener a los hombres para la guerra.[1] La propia producción de monedas en Sicilia por parte de los cartagineses estaba orientada a financiar las intervenciones militares y la vida «en el campamento», como se explica en el capítulo 4.

En el extremo noreste de Sicilia, los mamertinos se encontraban a pocos kilómetros de la punta de la bota, en el extremo sur de la península (mapa del capítulo La era de los señores de la guerra). El estrecho de Mesina, el angosto paso que separa Sicilia e Italia, lo custodiaba la ciudad del mismo nombre. Este estrecho marino era la puerta de entrada a Sicilia y a la costa occidental de Italia, un lugar de gran importancia estratégica, pues desde allí se controlaba el

tráfico marítimo. Desde Mesina, los soldados podían saquear a diestro y siniestro, secuestrar mujeres y destruir cosechas, y luego pedir rescate a los pueblos y ciudades. Pirateaban en el mar y practicaban el pillaje en las tierras de alrededor de Mesina, protegidos por el puerto y las sólidas murallas de la ciudad. El estrecho de Mesina tiene menos de cuatro kilómetros de ancho en el punto más próximo entre Sicilia y la península itálica, y la ciudad de Mesina se ubicaba a solo doce kilómetros de la antigua ciudad de Rhegium (Regio de Calabria). Los romanos habían conquistado Rhegium recientemente, tras expulsar a otro grupo de soldados mercenarios.

Hacia mediados de la década de 260 a. e. c., aunque la fecha exacta es incierta, los mamertinos sufrieron una derrota decisiva a manos de Siracusa. A los siracusanos los capitaneaba el recién nombrado y dinámico general Hierón II. Hierón estaba decidido a aplastar a los mamertinos, y hacia el año 265 a. e. c. logró capturar a sus líderes. Ante la inminente destrucción, algunos de los mamertinos buscaron la ayuda de potencias vecinas para contrarrestar la amenaza siracusana. Según relata Polibio, una facción de los hijos de Mamers se acercó a Cartago y ofreció rendir su ciudadela, mientras que otros enviaron una embajada a Roma para buscar su apoyo, en calidad de pueblo «itálico». Tanto a Cartago como a Roma les interesaba, desde el punto de vista estratégico, controlar la ciudad: Cartago mantenía una presencia naval en la cercana isla de Lípari, mientras que la influencia de Roma, como hemos dicho, se extendía hasta el extremo sur de la península italiana. Ambas potencias aprovecharon la oportunidad que les brindó la petición de ayuda de los mamertinos. Polibio, en su

relato del auge de Roma, comienza su primer libro reconociendo la importancia de este acontecimiento crucial en el que participaron los mamertinos, que marca el momento en que los romanos dieron sus primeros pasos fuera de Italia: «Tomaré como punto de partida la primera ocasión en que los romanos cruzaron el mar desde Italia». [2]

Este acontecimiento, la petición de auxilio de unos mercenarios, fue lo que provocó el primer enfrentamiento entre cartagineses y romanos. Los detalles son confusos, pero la acción, según lo que podemos deducir de las fuentes antiguas, se desarrolló de la siguiente manera: el comandante cartaginés de la flota en Lípari navegó hasta Mesina y la tomó, con el apoyo de una facción de los mamertinos. Los romanos enviaron a su cónsul, llamado Apio Claudio, que ayudó a otra facción de los mamertinos y expulsó a los cartagineses de la ciudadela. Entonces aparecieron los de Siracusa en apoyo de su antiguo enemigo, Cartago, y las dos ciudades se aliaron contra los romanos. Apio Claudio salió victorioso y se hizo con el control de Mesina para Roma. El comandante cartaginés, cuyo nombre desconocemos, fue crucificado por sus propias tropas, acusado de cobarde por entregar la ciudadela. Pero para entonces, los romanos ya habían combatido a los cartagineses, saqueado los campos y avanzado hacia el sur. Al llegar frente a Siracusa, levantaron un campamento y se dispusieron a asediar la ciudad.

Para Roma, aquella ciudad-Estado italiana que había ido ganando importancia a lo largo del siglo IV a. e. c., llegó el momento de tomar una decisión. Años de implacables campañas militares la habían llevado a esta encrucijada, y el triunfo de Apio Claudio impulsó al Senado romano a enviar a Sicilia a sus dos siguientes cónsules

elegidos, Manio Otacilio y Manio Valerio. Roma, tal como señala Polibio, desplegó «toda su fuerza armada y ambos comandantes» en el conflicto.[3] El dúo consular llegó a Siracusa con un ejército estimado de cuarenta mil soldados, que representaba todo el poderío del formidable aparato militar romano. Esta fuerza expedicionaria, compuesta por soldados ciudadanos y auxiliares, eclipsaba cualquier ejército disponible en Cartago o Siracusa en aquel momento. Hierón II tras observar la situación, cambió su estrategia, renunció a su alianza con Cartago y negoció los términos con Roma. Este giro dejó a Cartago y a sus aliados en Sicilia enfrentándose a una amenaza doble: el poder militar y naval combinado de Siracusa, ahora aliado del enorme ejército romano. Con un sólido punto de apoyo establecido en Sicilia, los romanos obtuvieron el control de toda la región costera oriental, lo que alteró significativamente el panorama estratégico del conflicto.

Esto marca el comienzo de una saga épica conocida por los romanos como la Primera Guerra Púnica, aunque es de suponer que para los cartagineses se trataría de la Primera Guerra Romana. Hemos visto que, durante más de dos siglos, Sicilia había sido un campo de batalla entre las fuerzas griegas y cartaginesas. Cuando los romanos se embarcaron en su primera expedición más allá de la península italiana para tomar el control de la isla, lo hicieron con determinación, considerando el nuevo territorio un paso más en su expansión hacia el sur. Según los relatos romanos, tanto Cartago como Roma entraron en conflicto por sus respuestas a la petición de ayuda de los mercenarios mamertinos. Sin embargo, el despliegue de una importante fuerza militar romana en Sicilia desde el principio da a entender que existió una estrategia muy meditada y calculada

hasta el más mínimo detalle para afirmar el control sobre la isla, a pesar de los intentos de las narraciones históricas por restarle importancia. La guerra que siguió se prolongó durante veintitrés años y se cobró un alto precio en vidas humanas y recursos, llevando casi a la bancarrota tanto a Cartago como a Roma. Quedó como un testimonio de las repercusiones imprevistas de las acciones emprendidas, y marcó para siempre la historia del Mediterráneo central.

Según la narrativa romana de la Primera Guerra Púnica, Cartago y Roma eran dos potencias equiparables que se disputaban el «imperio del mundo».[4] Y esta es la versión que nos han contado siempre. Sin embargo, las pruebas sugieren que Cartago no era tan poderosa como Roma cuando se enfrentaron por primera vez, a mediados de la década de 260 a. e. c. Se trata de un detalle importante, porque el estudio de esta guerra, desde que se libró y hasta hoy, ha dominado nuestra visión tanto de Cartago como de Roma. Aunque Pirro había derrotado contundentemente a Cartago, pero a duras penas había vencido a Roma en las décadas anteriores, las fuentes favorables a Roma suelen destacar la riqueza y la prosperidad de Cartago. Un modo de intentar comprender la fuerza relativa de las dos potencias en el siglo III a. e. c. consiste en fijarse en los recursos humanos, que nos indican que ambas ciudades tenían una población total similar. La gran diferencia entre las dos era que el sistema romano facilitaba el acceso a un mayor número de recursos humanos, gracias a la forma en la que establecía sus alianzas. Estimar el tamaño de la población en el mundo antiguo es muy difícil y hay muchos más datos disponibles sobre la mano de obra romana que sobre la cartaginesa durante este periodo.[5] No

cabe duda de que eran las dos ciudades-Estado más poderosas de la región, pero una Roma aliada con Siracusa eclipsaba, sin duda, las capacidades de Cartago.

La Primera Guerra Púnica se libró en varias etapas.[6] Las maniobras iniciales tuvieron lugar en Mesina y Siracusa, y, más tarde, al sur y al oeste de la isla. La acción se desarrolló en tierra y en el mar, con periodos de intensos combates entre los contendientes. Ambos bandos construyeron, con gran esfuerzo y gasto, flotas que acabaron perdiendo, aunque luego vinieron periodos de estancamiento, con poca acción, que permitieron a los adversarios recuperarse. Nos basaremos casi exclusivamente en el relato del griego Polibio, ya que su historia de Roma es la única centrada en la Primera Guerra Púnica de la que disponemos. La narración de Polibio da la impresión de que los romanos fueron implacables durante esos años, mientras que los cartagineses parecen, en general, ineficaces y algo perdidos. Las fuentes favorables a Cartago (o, al menos, antirromanas) que mencionaba Polibio han desaparecido, exceptuando algunos breves fragmentos. En su día debió de existir una perspectiva bastante más amplia de los acontecimientos, y muchos de los historiadores eran, además, sicilianos, pero fueron debidamente silenciados.

La poderosa alianza urdida entre Roma y Siracusa permitió a los romanos reducir sus tropas en Sicilia, ya que los siracusanos las complementaban. Fue este ejército combinado el que avanzó para tomar la ciudad de Agrigento (Akragas, en griego) en el año 262 a. e. c. (véase mapa del capítulo La era de los señores de la guerra). Con una población de cincuenta mil habitantes, Agrigento, la ciudad más importante de la costa sur de Sicilia, fue fundada alrededor del

580 a. e. c. por habitantes de la ciudad de Gela (al este), que a su vez eran de origen rodio y cretense,[7] y había estado controlada por Cartago desde el siglo IV a. e. c. Los romanos y sus aliados siracusanos pretendían avituallarse e impedir que los cartagineses lo hicieran, rompiendo su cadena de suministro a lo largo de la costa. Los cartagineses habían utilizado Agrigento como base estratégica para defender el extremo sudoeste de Sicilia, pero solo contaban con una guarnición allí. Aquella guarnición de la ciudad se vio ampliamente superada y tuvo que pedir refuerzos a Cartago. Se envió entonces a Sicilia un nuevo ejército compuesto por «ligures, celtas y un gran contingente de iberos» bajo el mando de Hannón. Su misión era defender Agrigento de un inminente ataque romano, pero cuando llegaron, el asedio ya estaba en marcha[8] y el ejército cartaginés rodeó a las fuerzas sitiadoras.

Los romanos pretendían dejar morir de hambre a los habitantes de la ciudad para forzar su rendición y abortaron la cosecha, privándolos de su fuente de alimento. La hambruna no tardó en cernirse sobre ellos. En un intento por aliviar su sufrimiento, Hannón y su ejército entablaron una batalla campal contra los romanos, con el objetivo de abrirse paso y establecer una cadena de suministros. El intenso enfrentamiento se desarrolló extramuros, mientras la población famélica observaba desde las alturas. A pesar de la ferocidad del ataque, los romanos salieron vencedores y se aseguraron la victoria. En aquel momento, tras soportar un asedio de cinco meses, la guarnición cartaginesa que se encontraba dentro de la ciudad escapó, tal vez siguiendo el ultimátum que habían recibido de los romanos para salvar sus vidas. Los ciudadanos de Agrigento quedaron, en fin, completamente indefensos. Nuestras

fuentes describen con detalle el caos y la matanza que se produjo cuando los legionarios irrumpieron en la ciudad, saqueándolo todo a su paso. Se llevaron un enorme botín y una gran cantidad de prisioneros con el fin de convertirlos en esclavos; toda la población, unas cincuenta mil personas, según una de las fuentes, acabó en Roma, vendida en los mercados.[9]

El pueblo romano estaba exultante con la victoria, cuenta Polibio:

> cuando la noticia de lo sucedido en Agrigento llegó al Senado romano, en su alegría y euforia, ya no se atuvieron a sus planes originales [...] sino que esperaban que fuera posible expulsar por completo a los cartagineses de la isla.[10]

Las estatuas y el oro del tesoro de Agrigento se exhibieron ante el pueblo de Roma, en el desfile triunfal, mientras la muchedumbre no paraba de pedir más. El apetito por la conquista, en suma, empezó a crecer sin medida. Este cambio de intenciones, inspirado por el saqueo de una ciudad rica en la parte griega de Sicilia, dio lugar a la desaprobación de Polibio hacia la política dirigida por las masas, hacia el populismo, un tema recurrente en su historia. Es difícil establecer la veracidad de los acontecimientos, sobre todo teniendo en cuenta que no se ha registrado la reacción cartaginesa ante la pérdida de Agrigento; solo sabemos que su ejército se reagrupó y recibió refuerzos. Durante mucho tiempo, los líderes de Cartago y Sicilia se habían visto involucrados en una guerra de desgaste con el fin de controlar una porción mayor de la isla, pero poco a poco comenzaron a darse cuenta de que ahora la situación era diferente: estaban expuestos a una conquista total.

Durante los primeros años, la contienda tuvo lugar sobre todo en tierra, aunque se libraron también, simultáneamente, batallas navales. Mientras se desarrollaba el asedio de Agrigento y se preparaba la primera de estas batallas navales, los cartagineses no se quedaron quietos: emprendieron una estrategia de hostigamiento al enemigo y de incursiones a lo largo de la costa italiana, sirviéndose de su destreza marítima para intentar interrumpir los transportes romanos.[11] En el museo arqueológico de Marsala (antigua Lilibea) se exhibe un barco púnico que fue hallado frente a la costa a principios de la década de 1970, junto con otro barco de forma similar. Es un ejemplo de las embarcaciones que los cartagineses podrían muy bien haber utilizado en sus incursiones. Se trata de una liburna, una pequeña galera que servía, sobre todo, para los asaltos y el patrullaje. Los detalles son fascinantes: las planchas de madera del barco, que se han conservado, eran de pino y varias especies de arce mediterráneo. En las planchas que conforman la quilla curvada hay letras inscritas, lo que indica que la construcción no debía de ser difícil: las piezas individuales se etiquetaban para permitir un ensamblaje rápido y eficaz, tal vez incluso a escala industrial y portátil (véase la figura 15).[12]

El primer enfrentamiento naval tuvo lugar alrededor del 260 a. e. c. frente a la costa norte, al oeste de Mesina, cerca del promontorio de Milas (Milazzo), una ubicación estratégica situada justo al lado del bastión naval cartaginés de la isla de Lípari. Como vimos en el capítulo 3, los cartagineses habían ejercido durante mucho tiempo el dominio marítimo en el Mediterráneo central, y no es difícil suponer que se creían inigualables en lo que respecta a destreza naval e influencia. Sin embargo, no sabemos mucho acerca de cómo

funcionaba su estructura naval. Muchos capitanes, junto con sus tripulaciones reclutadas, recorrían los puertos aliados de Cartago asumiendo diversas responsabilidades, que eran muy similares a las de la marina mercante. En lugar de dedicarse a infundir miedo o a lanzar agresiones directas, las fuerzas navales cartaginesas presumían de versatilidad, desplegando una gran variedad de barcos y participando en acciones multifacéticas. Sus marineros eran célebres por su habilidad para navegar en mar abierto, lo que da testimonio de su riguroso entrenamiento y del meticuloso mantenimiento de sus barcos, evidentes en las avanzadas instalaciones portuarias de Cartago y sus ciudades aliadas.[13]



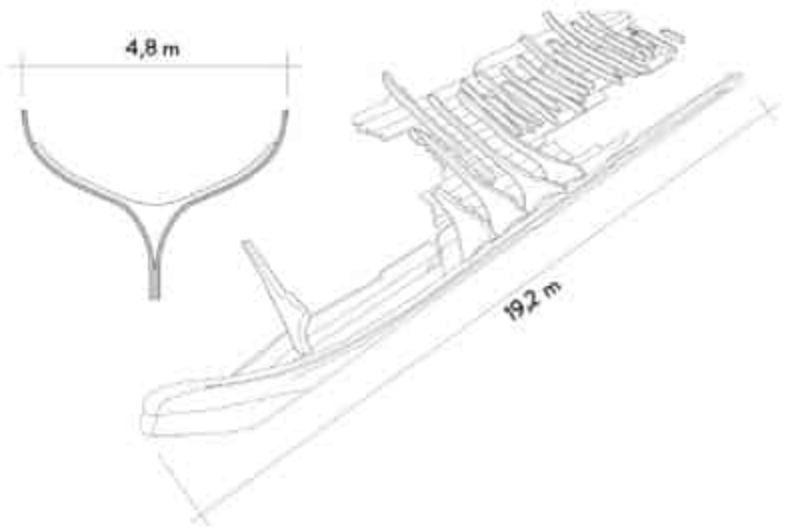


FIGURA 15. Foto del barco púnico expuesto en el museo de Marsala, con representación esquemática del tamaño y de los restos.

Las capacidades navales romanas, en cambio, se nos presentan más bien como lo contrario. Polibio nos dice que los romanos no tenían experiencia previa en la guerra naval antes de su expedición a Sicilia, pero esto no es del todo creíble. Los conflictos entre Cartago y Roma eran, fundamentalmente, guerras entre coaliciones, y los romanos supieron aprovechar de un modo muy eficaz la destreza naval de sus numerosos y hábiles aliados. Se valieron de penteconteras y trirremes tarentinas, locrias, eleas y de las del pueblo de Neápolis, por no mencionar la armada siracusana. Se ha criticado a Polibio por restar importancia a la experiencia naval romana con un fin retórico, y los estudiosos han dado con pruebas significativas del interés romano en la navegación durante los siglos previos a la guerra. Esta discrepancia revela cómo el historiador construye deliberadamente su relato para hacer que los éxitos romanos parezcan aún más notables y para enfatizar, en suma, la

adaptabilidad y el ingenio romanos. No debemos olvidar que Polibio está contando los éxitos romanos a un público griego.[14]

Durante este periodo, los romanos se propusieron construir una armada capaz de rivalizar con la de los cartagineses, recurriendo, para ello, a un amplio reclutamiento entre sus aliados. Polibio vuelve a darnos información valiosa sobre estos esfuerzos, señalando la construcción de cien quinquerremes y veinte trirremes. Cabe destacar que las quinquerremes más grandes se inspiraron en un barco cartaginés capturado, y que los romanos introdujeron en el diseño original una notable innovación conocida como *corvus* (o *corax*, que significa «cuervo» en latín).[15] Se trataba de un puente de abordaje, fijado a la proa de los buques de guerra, que se utilizaba para mejorar considerablemente la eficacia del abordaje y la captura de los barcos enemigos. En las tácticas navales del siglo III a. e. c. se recurría sobre todo a la embestida, y las flotas intentaban hundir a sus adversarios utilizando arietes o espolones de bronce macizo montados en la proa de sus naves (véase la figura 17). Esta táctica favorecía a los cartagineses, famosos por su destreza y maniobrabilidad en el mar. Sin embargo, la incorporación del *corvus* a los barcos romanos trastornó las tácticas de sus adversarios, pues permitía abordar los barcos enemigos cuando estos se encontraban a corta distancia.

Aquella primera batalla naval, librada en Milas, tuvo un desenlace dramático. Cuando la flota cartaginesa zarpó de su base en Lípari, su comandante era Aníbal, el mismo que había liderado las fuerzas de socorro en Agrigento, lo cual demuestra que un mismo comandante militar cartaginés podía tomar el mando en batallas tanto navales como terrestres. La flota cartaginesa contaba con ciento treinta

barcos y Aníbal la dirigía desde su lujosa embarcación, una «galera de siete bancos que anteriormente había pertenecido al rey Pirro». [16] La flota romana les hizo frente con ciento veinte barcos (cien quinquerremes y veinte trirremes). Teniendo en cuenta el número de remeros que necesitaba cada una de estas naves —por ejemplo, una quinquerreme transportaba trescientos remeros (por no hablar de los cientos de combatientes)—, se trata de cifras enormes, aunque sabemos ya que las fuentes antiguas solían exagerar estas estimaciones con el fin de impresionar. La flota cartaginesa no conocía el nuevo *corvus* romano, y los registros describen la consternación que cundió entre ellos cuando los barcos romanos engancharon y bloquearon sus naves. El *corvus* fue un gran éxito, y los cartagineses vieron cómo treinta de sus barcos eran capturados con toda su tripulación, y otros cincuenta se iban a pique. La captura y reutilización de barcos era en extremo importante: si se podía atrapar un barco enemigo en lugar de hundirlo, la propia armada se veía reforzada; tal era la ventaja del *corvus* sobre el espolón.

Milas fue un desastre total y sacudió los cimientos mismos del mando cartaginés. No tardaron en producirse más pérdidas en otros lugares vitales, como el sur de Cerdeña. Incluso si tenemos en cuenta la exageración de la que adolecen nuestras fuentes, el hecho de que en aquel momento los cartagineses fueran tan ineficaces en las batallas navales, y de que se mostraran incapaces de adaptarse a las nuevas estrategias, revela una cierta autoindulgencia y disfuncionalidad en el sistema de mando. Pero ¿eran realmente incompetentes, o más bien nuestras fuentes insisten en su fracaso con el fin de minar su liderazgo? No podemos saberlo con certeza. Lo único cierto es que en aquel momento los romanos se sentían

alentados por sus éxitos y, aunque sin duda contaban con el asesoramiento de sus aliados siracusanos, redibujaron toda su estrategia. Cartago se hallaba sumida en el caos y en desventaja tanto en tierra como en el mar, y los romanos se sentían lo bastante seguros como para planear una invasión masiva de África con el fin de sitiar Cartago. El espectro de Agatocles reapareció para atormentar a los cartagineses, pues, al igual que hizo él en sus tiempos, los romanos llegaron a la conclusión de que Sicilia caería rápidamente si asediaban Cartago.

En el verano del año 256 a. e. c., los romanos reunieron un contingente en la costa sur de Sicilia, donde se prepararon para cruzar el mar en dirección a África. Los cartagineses estaban decididos a impedirles el paso a toda costa. El resultado de ello fue una gran batalla naval que se libró en el cabo Ecnomo, frente a la costa este de Agrigento (véase mapa del capítulo La era de los señores de la guerra). Los cartagineses habían navegado desde África hasta Lilibea y habían rodeado el extremo sur de la isla hasta su base, en Heraclea Minoa. Contaban con una flota de trescientos cincuenta barcos con cubierta, mientras que los romanos tenían alrededor de trescientos veinte (además de naves que transportaban caballos y suministros para la invasión). Una vez más, las cifras son tan enormes que los estudiosos navales modernos y los que investigan la navegación antigua las han revisado a la baja, adjudicando no más de doscientos treinta barcos a los romanos y doscientos a los cartagineses. Tampoco tienen una base factual sólida estas revisiones y, aunque es probable que nuestro guía en esta historia, Polibio, exagerara las cifras para enfatizar su relato, es difícil rebatirlas con pruebas. Los detalles precisos que ofrece Polibio

sugieren que contaba con una fuente muy fiable para sus cifras, un testigo ocular tal vez. Si nos atenemos a las estimaciones antiguas, las fuerzas romanas ascendían a unos ciento cuarenta mil hombres y las cartaginesas, a cerca de ciento cincuenta mil. Polibio señala su propia sorpresa ante semejantes contingentes y destaca que «estas cifras no solo sorprenderán al testigo ocular, sino también al lector, por la magnitud colosal del enfrentamiento y el enorme gasto en recursos por parte de los Estados en liza». Incluso ciñéndonos a la estimación más baja, con hasta doscientos mil remeros y soldados en el mar, bastaría para que la de Ecnomo, en lo que respecta al número de efectivos empleados, pase a ser una de las mayores batallas navales jamás libradas.[17]

La flota romana debió de ser un espectáculo impresionante, comandada por los dos cónsules, Marco Atilio Régulo y Lucio Manlio, que navegaban uno junto al otro en hexarremes al frente del convoy de barcos. Zarparon del puerto en dirección al cabo Bon, en el extremo norte de África, con la esperanza de poder navegar hacia el oeste por la costa de Sicilia hasta el punto más cercano a su destino final, a unos ciento setenta y cinco kilómetros de distancia. Los cartagineses se alinearon, dejando Sicilia a su izquierda, desplegando sus naves hacia mar abierto, hacia el sur. Su táctica consistía en romper las líneas romanas, enfilando sus proas hacia las naves enemigas a gran velocidad, para desbaratar su formación. Confiaban en su capacidad para maniobrar mejor que el enemigo y aislar los barcos en grupos más pequeños para que fueran más abordables.

La batalla se libró cerca de la costa y los cartagineses lograron romper la línea romana, lo que desencadenó tres enfrentamientos

diferentes en el mar. Fue un choque muy reñido; Polibio afirmó que la novedad romana del *corvus* marcó la diferencia entre ambos bandos. Los cartagineses dudaban a la hora de acercarse demasiado a las naves romanas por temor al *corvus*, por lo que las rodeaban manteniendo la distancia. Al final, sesenta y cuatro barcos cartagineses fueron capturados y treinta se hundieron; los romanos, por su parte, perdieron veinticuatro, pero se alzaron con la victoria, pudieron reagruparse y navegaron hacia la punta norte de África con su contingente prácticamente intacto.

Como hemos visto ya, la tradición en Cartago era cubrir las murallas de la ciudad con telas negras cuando se producía una catástrofe naval; tan unidos estaban los ciudadanos a su armada. [18] La ciudad estaba obligada a presentar al mundo su profundo luto ante el precio humano de un desastre naval. Después de la derrota de Ecnomo, el duelo por las vidas perdidas debió de ser especialmente conmovedor. Dos de nuestras fuentes antiguas afirman incluso que Cartago solicitó la paz justo después de la batalla y que uno de sus líderes envió un heraldo a los romanos con ese propósito. Existe cierta controversia en cuanto a la veracidad de esta afirmación, ya que nuestra principal fuente, Polibio, no la menciona.[19]

Ante la derrota y las pérdidas sufridas en Ecnomo, Cartago se vio obligada a reorganizarse. Los gobernantes de la ciudad mandaron construir más barcos y enviaron una misión a Grecia para reclutar más tropas, buscando tanto soldados como asesores militares que les ayudaran a cambiar el rumbo de una guerra que duraba ya una década. La determinación de Cartago, que se enfrentaba de nuevo a la invasión de su territorio, era firme. Proteger la ciudad era

primordial, y recordar lo fácil que había sido para Agatocles asediarla empujaba a los cartagineses a estar más preparados para el segundo asalto.

Los romanos desembarcaron en el continente africano y establecieron su base de operaciones en la ciudad de Clupea (Polibio la llama Aspis; se trata de la actual Kélibia, en Túnez), que cuenta con uno de los pocos puertos naturales al este del promontorio (véase mapa del capítulo La era de los señores de la guerra). Las fuerzas romanas se dedicaron entonces a saquear el campo de esta próspera y fértil región, y las «casas hermosas y lujosamente amuebladas» de las que hablan nuestras fuentes debieron de resultar más que tentadoras. Las propiedades fueron, en fin, «saqueadas, el ganado confiscado y miles de personas capturadas por los soldados de Roma, que no encontraron resistencia».[20] Se aprecia una clara similitud entre las descripciones que hacen nuestras fuentes de esta invasión y las de la que llevó a cabo Agatocles más de cincuenta años antes, por lo que quizá sea buena idea desconfiar un poco de esta tendencia a hablar de «entornos ricos» y a enfatizar la prosperidad de un lugar para dar a entender lo mucho que merecía la pena invadirlo. ¿Se trata, en suma, de una verdadera descripción o de un mero tópico, una convención, una frase hecha?

Por orden de Roma, uno de los cónsules, Régulo, se quedó en suelo africano, y el otro, Manlio, regresó a Sicilia con la flota para llevar después a Roma el botín y los prisioneros, cuyo número cifra Polibio en veinte mil. Régulo, por su parte, disponía de cuarenta barcos y quince mil soldados de infantería, además de quinientos jinetes, para proseguir con la invasión.[21] Estas modestas cifras

indican que tal vez los romanos no esperaban mucha resistencia por parte de Cartago, o que esperaban convencer con relativa facilidad a las ciudades africanas aliadas de Cartago para que se pasaran a su bando.

Como consecuencia de la invasión, una de estas ciudades costeras quedó abandonada, y el yacimiento arqueológico existente conserva aún los suficientes restos como para transmitirnos una visión excepcionalmente inusual del estilo de vida que llevaba la población rural de esta región situada en el corazón mismo de los dominios de Cartago. Entre el extremo norte del cabo Bon y la base romana de Clupea se encontraba la pequeña ciudad de Kerkouane. Se hallaba en una zona agrícola rica y fértil, donde la gente se dedicaba a la producción del tinte púrpura que se extraía de las conchas de múrex, muy codiciado en todo el mundo antiguo. El trazado urbano refleja un alto nivel de vida para la época, con casas pequeñas pero bien construidas, todas con suelos de mosaico y fontanería interior. Cuando visité las ruinas de esta tranquila ciudad situada en la punta norte de África, en un paisaje de campos de cultivo, frente al mar, aún se percibían la cohesión y el sentido de comunidad estrechamente unida que la había levantado y que había prosperado en ella. Además de la producción de tintes, la población vivía bien de la agricultura y de la pesca. Los indicios de las vicisitudes a las que se enfrentaron los habitantes de Kerkouane en este periodo aún son visibles en las paredes de las casas, donde hay pruebas de revoque y reparaciones que nos indican que acababan de reconstruir sus hogares tras una destrucción anterior, quizá a causa del paso de Agatocles. Así pues, la invasión de Régulo debió de ser la gota que colmó el vaso y terminó por provocar el abandono de la ciudad.

Entre los veinte mil cautivos que Manlio llevó a Roma habría, seguramente, muchos ciudadanos de Kerkouane. Los que lograron escapar, suponemos, se marcharon para siempre, debido a lo expuesto que estaba el lugar a las invasiones.

Régulo se desplazó hacia el oeste, en dirección a Cartago, en la primavera del 255 a. e. c. Las fuerzas cartaginesas, a su vez, avanzaron hacia él y ambos bandos se enfrentaron cerca de la ciudad de Adyn (la actual Oudna, al sur de Túnez). Los comandantes Bostar y Asdrúbal lideraron el ejército cartaginés contra las poco numerosas pero bien entrenadas tropas de Régulo. Los romanos, tras ganar aquella batalla, se dirigieron al norte a través de las colinas, rodeando el golfo de Túnez y poniendo de nuevo rumbo hacia Cartago. Tunes (la actual Túnez) cayó, y los invasores romanos, que ahora controlaban una ciudad situada a solo doce kilómetros al sur de Cartago, estaban listos para lanzar el ataque definitivo (véase mapa del capítulo El combate de boxeo).[22]

Al mismo tiempo, comenzaron a producirse deserciones entre las ciudades aliadas de Cartago. Las fuerzas libias y númidas, que constituían gran parte de la caballería y la infantería del ejército cartaginés, rompieron sus alianzas y se pasaron al bando que parecía tener más posibilidades de ganar. Los campos de los alrededores de Cartago quedaron devastados, y dentro de la ciudad la población vivía presa de una gran angustia. Una facción del senado cartaginés entabló negociaciones con Régulo, pero no lograron llegar a un acuerdo. Según Polibio, las exigencias de Régulo fueron tan extremas que los senadores cartagineses, profundamente ofendidos, las rechazaron de plano.[23]

Justo cuando parecía que los cartagineses estaban condenados, su expedición de reclutamiento regresó de Grecia con nuevos soldados que incorporar a sus filas, junto a un comandante espartano llamado Jantipo. El senado cartaginés otorgó a Jantipo plenos poderes para dirigir la guerra, confiando en su experiencia y conocimiento del campo de batalla. El general espartano reorganizó entonces las líneas y aprovechó al máximo los numerosos elefantes con los que contaban los cartagineses. Con un ejército recién estructurado y Jantipo al mando, los cartagineses se dispusieron a enfrentarse a las tropas de Régulo en campo abierto. Los romanos se sentían confiados, tras haber ganado una batalla tras otra durante los años anteriores, y quizá desconocían los cambios acaecidos en el mando cartaginés. El caso es que la batalla terminó con una derrota inapelable de los invasores. El cónsul Régulo fue capturado, coronando así una victoria total para Cartago y confirmando la pericia de Jantipo, el salvador de la ciudad.[24]

El destino final de ambos bandos en la larga guerra que libraban pendía ahora de un hilo. Con Cartago reteniendo al cónsul romano como prisionero, el rumbo del conflicto había cambiado, y es de suponer que los antiguos aliados de los cartagineses volvieron al redil. Los restos del ejército romano se retiraron a su base en Clupea, mientras en Roma se disponían a construir una nueva flota para regresar a África y recoger a los supervivientes. La fuerza de socorro romana era enorme —según se dice, la componían más de trescientos cincuenta barcos—, pero una terrible tempestad se desató mientras navegaba por la costa sur de Sicilia hacia Siracusa y la mayoría de las naves no sobrevivió; solo ochenta de aquellos trescientos cincuenta barcos quedaron intactos. Si esto es cierto, las

pérdidas de vidas humanas habrían ascendido a casi cien mil hombres y, aunque quizá se exageren, fueron sin duda de decenas de miles. Hay una teoría que aparece con frecuencia en las discusiones sobre esta descomunal catástrofe: que quizá fue precisamente el *corvus* lo que agravó el desastre, haciendo que los barcos romanos fueran menos estables ante el mar embravecido. [25]

El héroe de Cartago, Jantipo, partió de nuevo en busca de otras batallas, pero se ahogó mientras regresaba a Grecia. Incluso hay quienes sugieren que su muerte no fue accidental, sino que algunas facciones cartaginesas sabotearon intencionadamente su regreso, envidiosas de la influencia que el espartano se había ganado en la ciudad.

El foco de la guerra volvió a Sicilia, adonde los romanos regresaron con una nueva flota y un nuevo ejército. Se habían recuperado tan rápidamente que era «difícil de creer», tal como comenta Polibio.[26] La suerte de los cartagineses fluctuó: con la intención de recuperar Agrigento, atacaron en el 254 a. e. c. y, según se dice, lograron arrasarla, pero ese mismo año los romanos tomaron la ciudad de Panormus (Palermo), aliada de Cartago. Palermo era un famoso puerto con una profunda bahía natural, que se ubicaba en la esquina montañosa del noroeste de Sicilia y que había sido fundado por pueblos de habla fenicia entre los siglos VIII y VII a. e. c. Con su pérdida, la mayor parte del territorio a lo largo de la costa norte de la isla quedó fuera del alcance de Cartago, cuyos intereses se vieron limitados a las ciudades de la costa oeste, Drépano (Trapani) y Lilibea.

Los tropiezos romanos y las luchas políticas internas durante este periodo de la guerra no frenaron sus éxitos. Los cartagineses solicitaron de nuevo la paz y esta vez, para negociar, enviaron a Roma al cónsul Régulo, el que había sido capturado. La historia de Régulo, y la humillación que sufrió al ser devuelto a Roma «vestido como un prisionero, con ropas púnicas», quedó grabada en la memoria de los romanos. La escena se repitió a menudo y apareció en muchas fuentes y géneros diferentes durante siglos. En ella se resalta la indignación de los romanos por el hecho de que los cartagineses se atrevieran a enviarles de vuelta a su propio cónsul, y nos da a entender que, para Cartago, mandar al excónsul con el fin de negociar un tratado de paz, o quizá un intercambio de prisioneros, era una maniobra eficaz, puesto que era así como se dialogaba en tiempos de guerra. Pero cuando Régulo compareció ante el Senado en Roma, se dedicó a describir la desesperada situación financiera de Cartago y conminó a sus conciudadanos a no aceptar la paz bajo ningún concepto, puesto que podían seguir luchando y destruir al enemigo. Acto seguido, Régulo, tal y como había prometido, regresó voluntariamente a Cartago, donde desaparece para siempre de los registros, quizá ejecutado o muerto en cautividad; el caso es que Polibio no vuelve a mencionarlo. Algunos autores romanos posteriores embellecen aún más la historia, revelando detalles espeluznantes sobre la muerte de Régulo con el fin de enfatizar la barbarie de los cartagineses. Una versión popular cuenta que sus captores lo encerraron en una caja, donde tuvo que permanecer de pie, con púas de hierro clavadas en los costados, y lo dejaron morir así, de una muerte lenta y cruel. El hecho de que bajo el relato de las batallas se produjeron muchas

crueldades lo subraya bien una anécdota que nos cuenta Diodoro, quien afirma que a la viuda de Régulo en Roma se la acusó de torturar y asesinar a dos prisioneros de guerra cartagineses en represalia por la muerte de su marido. La brutal realidad de esta guerra y su impacto en las familias de ambos bandos rara vez son objeto de atención, pero la acusación en Roma fue tan grave que la familia de Régulo estuvo a punto de ser procesada en los tribunales. [27]

Del impacto financiero de la guerra y las sucesivas pérdidas que sufrió Cartago da cuenta con claridad el análisis de sus acuñaciones de monedas de plata. Al no existir registros escritos de lo que la población estaba experimentando a causa de la guerra, no nos queda más remedio que contentarnos con leer sus penurias económicas en los datos. A principios del siglo III a. e. c., Cartago comenzó a acuñar monedas de plata basadas en el estándar del siclo (el siclo tirio es una unidad de peso correspondiente a 7,6 gramos). Un ejemplo clásico es el medio siclo con la cabeza de una deidad femenina en el anverso y un caballo mirando hacia atrás en el reverso (véase la figura 16). Los siclos se utilizaban como moneda en África y, tras una década de guerra, se produjo una importante devaluación de la cantidad de plata de los siclos cartagineses, lo que indica que estos se estaban quedando sin plata y que la inflación debía de ser galopante. La degradación de la moneda continuó hasta que, al final de la Primera Guerra Púnica, los siclos y los medios siclos cartagineses contenían menos del 10 por ciento de plata, lo que nos permite apreciar bien el coste económico que supuso la guerra para Cartago. La moneda cartaginesa que se utilizaba en Sicilia siguió teniendo una mayor cantidad de plata que la moneda

que circulaba en Cartago durante esos años, ya que todos los fondos se destinaban a pagar la guerra. Todos los recursos y la riqueza de la ciudad se invirtieron en el esfuerzo militar.

Con su oferta de paz rechazada por Roma, Cartago se enfrentaba al bloqueo de sus ciudades aliadas en la costa occidental de Sicilia. Los relatos de las gestas individuales nos dan una idea de cómo funcionaba la marina de Cartago. Aunque la ciudad contaba con una flota permanente, algunas pruebas sugieren que esta se complementaba con barcos, o incluso contingentes enteros, financiados con fondos privados. Se sabe que, para misiones específicas, los ciudadanos podían financiar la construcción, el equipamiento y la tripulación de los barcos. En el año 250 a. e. c., Aníbal el Rodio y su hábil tripulación, famosos por sus hazañas en Sicilia y Cartago, lograron eludir el asfixiante bloqueo romano alrededor de Lilibea. Las fuentes explican que el Rodio había equipado él mismo los barcos y había entrado y salido del puerto con relativa facilidad. La información sobre las hazañas del Rodio nos ofrece una idea también de la presión que Roma ejercía sobre las ciudades aliadas de Cartago. En términos más prácticos, implica que existía algún tipo de incentivo detrás de la cultura de la guerra naval en Cartago; no es de extrañar que esto otorgara un mayor estatus a los individuos al mando de una flota experta. Las recompensas por asumir semejantes riesgos debían de ser sustanciales.[28]

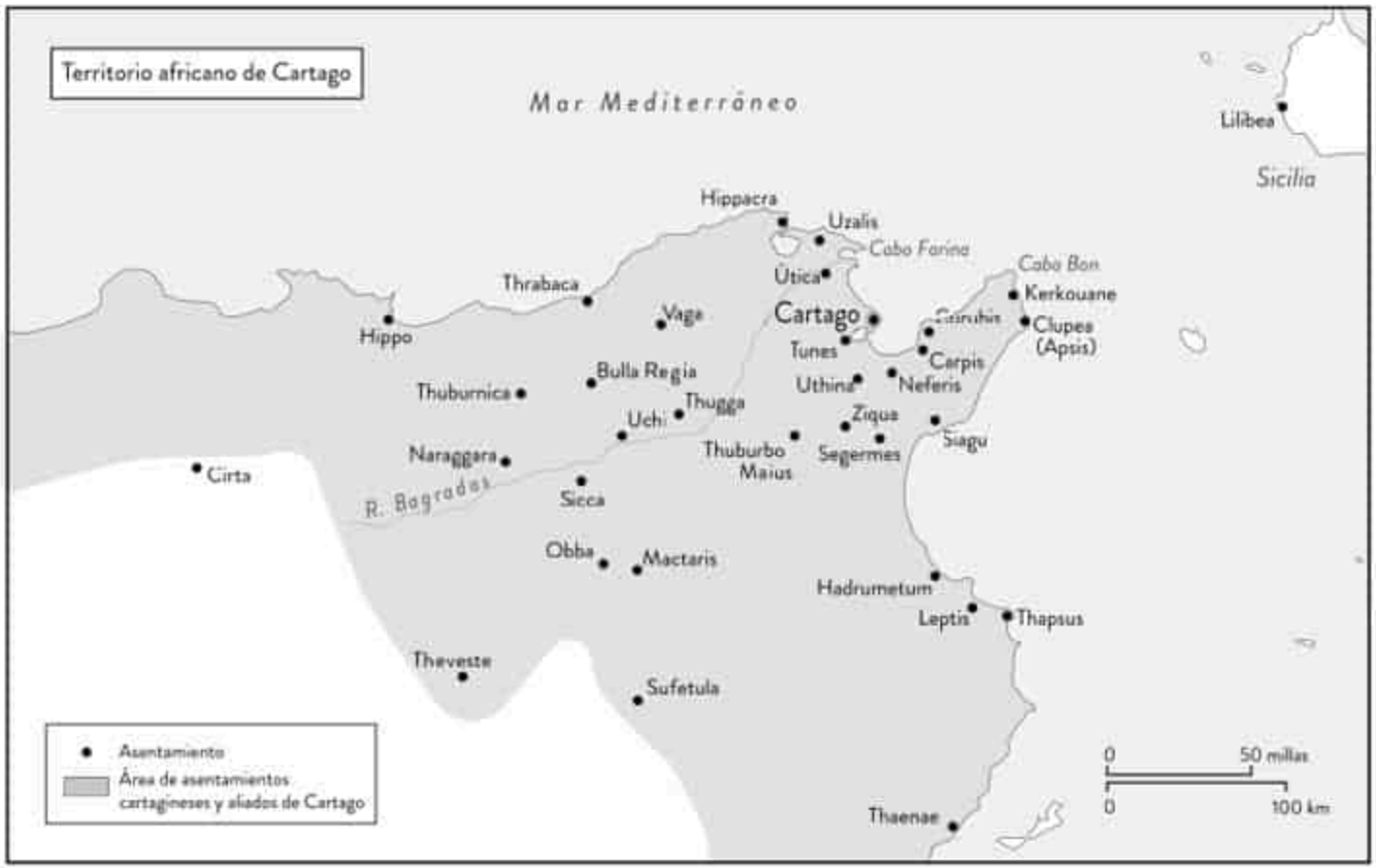


FIGURA 16. Medio siclo cartaginés de plata, de la época de la Primera Guerra Púnica.
© Leu Numismatik

En el año 249 a. e. c., Roma y Siracusa controlaban básicamente Sicilia entera cuando aconteció otra dramática batalla naval. Frente a la ciudad de Drépano, en la costa occidental de Sicilia, una flota cartaginesa, al mando de Aderbal, se enfrentó a otra flota romana, dirigida por el cónsul Apio Claudio Pulcro. La historia de aquella batalla comienza con una escena de ritual y sacrificio. El cónsul romano sacrificaba animales y leía los auspicios, como mandaba la tradición en ambos bandos antes de cualquier enfrentamiento militar, para asegurarse de que los dioses estarían de su parte. Según recordó más tarde el orador romano Cicerón, el cónsul, que procedía de una antigua familia de la élite romana y era famoso por su arrogancia, se irritó porque los pollos sagrados utilizados para descifrar la voluntad de los dioses no comían según las reglas establecidas. Se dice que Apio Claudio Pulcro pronunció entonces la famosa frase: «Si no comen, que beban», antes de arrojar los pollos sagrados por la borda en un arranque de ira. Para nosotros, hoy en día, se trata de un relato burlón y divertido, y nos imaginamos a los

pollos cayendo al mar, pero tal y como la cuenta Cicerón, se trata de un ejemplo moralizante de la arrogancia consular romana. Ignorar los auspicios se consideraba una afrenta extrema a los dioses, y eso fue lo que decidió, según Cicerón, el resultado de la batalla. Al ofender así a las deidades, el destino dio la espalda a Apio Claudio Pulcro, que fracasó estrepitosamente en la contienda, perdiendo dos tercios de sus barcos junto con toda su tripulación. La derrota romana en Drépano dio un respiro a Cartago. Al cónsul, por su parte, se lo procesó tras la batalla, acusado de violar los auspicios.

Ahora les tocaría a los romanos sufrir, mientras luchaban por conseguir más mano de obra y financiación para levantar otra flota, reclutando a los esclavos para su ejército y utilizando préstamos de ciudadanos privados para la construcción de barcos. A pesar de las enormes pérdidas romanas y de la desesperación financiera de Cartago, la Primera Guerra Púnica aún no había terminado, y tanto Cartago como Roma parecían, en aquel momento, boxeadores que combatían denodadamente, asalto tras asalto, tambaleándose al borde del colapso mientras se golpeaban sin cesar el uno al otro. [29]


Territorio africano de Cartago
Mar Mediterráneo
Lilibea
Sicilia
Hippacra
Uzalis
Cabo Farina
Cabo Bon
Útica
Kerkouane
Thrabaca
Vaga
Cartago
Clupea
(Apsis)
Hippo
Tunes
Carpis
Bulla Regia
Uthina
Neferis
Thuburnica
Thugga
Ziqua
Uchi
Siagu
Thuburbo
Maius
Segermes
Naraggara
Cirta
R. Bagradas
Sicca
Obba
Mactaris
Hadrumetum
Leptis
Thapsus
Theveste
Sufetula
Thaenae
Asentamiento
Área de asentamientos
cartagineses y aliados de Cartago
0
50 millas
0
100 km

7

LA GUERRA DE LOS MERCENARIOS

Para esta nueva fase de la larga guerra, en el año 247 a. e. c., los cartagineses nombraron a un nuevo líder con el fin de que se hiciera cargo de las campañas en Sicilia. Se llamaba Amílcar Barca. Amílcar y su familia cobrarán tanta importancia en la historia de Cartago —él será el héroe de la historia de Polibio durante la siguiente década— que debemos dedicar un momento a comprender quién era y de dónde venía, puesto que es uno de los pocos cartagineses de los que sabemos algo. Amílcar y su familia, los Bárcidas, dominarán la política de Cartago durante el siguiente medio siglo. Vale la pena detenerse aquí para pensar en cómo eran la sociedad y la vida en Cartago durante aquellos años, a fin de hacernos una idea de cómo transcurrió la infancia de Amílcar, y de cuál pudo ser su motivación durante los años de crisis y conquistas que se avecinaban.

Amílcar Barca se crio en Cartago a mitad del siglo III a. e. c., mientras se libraba la guerra con Roma. Su ciudad había crecido y prosperado a pesar de las interminables batallas. Los niños recibían educación (solo los varones, suponemos), consistente en aprender lengua púnica y aritmética, aunque también se les enseñaban la lengua griega y los cultos religiosos. Los avisos escritos que se colocaban en los edificios públicos de la ciudad podrían indicar que el nivel de alfabetización era bastante aceptable entre la población

en general. Sabemos más de los hombres que de las mujeres, y en otras fuentes se nos dice que los varones cartagineses tenían las orejas perforadas, vestían túnicas largas y probablemente estaban circuncidados. Las casas más ricas contaban con suelos de mosaico y baños privados, así como con cisternas llenas de agua potable. Se sabe menos sobre las viviendas de los pobres, pero también había baños públicos y zonas de aseo en la ciudad, es de creer que para uso comunitario. El ritual del baño y el aseo parece haber sido una parte importante del intercambio entre la vida privada y la vida pública de los cartagineses. Esto se deduce de la ubicación de los lavabos y las casas de baño, situadas cerca de la entrada de las pocas viviendas que conservamos del periodo púnico, como las de Kerkouane, que mencionamos en el capítulo anterior.[1] Algunas fuentes no cartaginesas llamaban a los cartagineses, despectivamente, «comedores de gachas», quizá porque su dieta incluía gachas de trigo o de cebada; el romano Catón llegó a recoger la receta de unas sabrosas «gachas púnicas» en su tratado sobre agricultura.[2] Estas sustanciosas gachas se elaboraban con grano de espelta remojado, huevos y cuajada, junto con mucha miel. El pescado era otro elemento constante en la dieta de los cartagineses, mientras que la carne, por su parte, se reservaba para ocasiones especiales, como fiestas religiosas y sacrificios.

Cartago era una ciudad repleta de hermosos espacios públicos, con elaboradas murallas defensivas que albergaban caballos, elefantes y soldados. La población rendía culto en templos dedicados a una gran variedad de deidades locales y mediterráneas. Las élites gobernantes poseían fincas rurales de retiro, además de casas en la ciudad, ya que los desplazamientos en la época eran largos y

difíciles. Las ricas fincas y la producción agrícola eran fundamentales para la prosperidad de la ciudad. Es probable que dichas fincas estuvieran atendidas por esclavos; aunque las pruebas de ello son mucho menos evidentes que en la sociedad romana contemporánea, podemos suponer que los cartagineses también se servían de la esclavitud en todas sus industrias. A principios del siglo II a. e. c., toda una generación de jóvenes de estas familias de élite se había perdido en la guerra. Amílcar pertenecía a una nueva hornada de jóvenes para quienes, desde su nacimiento, la guerra contra Roma fue una constante en sus vidas.

La familia de Amílcar Barca se convertiría en la más famosa de todas las de la élite cartaginesa. El significado de su apellido, Barca, es objeto de discusiones. Podría tratarse de un epíteto que significaría algo así como «relámpago» o «rayo», pero una interesante teoría defendida por algunos estudiosos sostiene que los Bárcidas procedían originalmente de Barce, una ciudad fundada por griegos cuya población estaba conformada por una mezcla de etnias griega, fenicia y libia. Es posible que un antepasado de Amílcar hubiera participado en la expedición de Agatocles contra Cartago, realizada un siglo antes.[3] Nuestras fuentes históricas nos dicen que muchos soldados del ejército de Agatocles, aquellos a los que abandonó cuando regresó a Sicilia, acabaron formando parte del ejército cartaginés. Esta posible prueba del ascenso de una estirpe de generales talentosos hasta la cima de la sociedad cartaginesa nos ofrecería una imagen bastante nítida de una época caracterizada por una gran fluidez en lo que respecta a la movilidad social. La tendencia cartaginesa era la de utilizar apellidos con raíces geográficas para distinguir a un Amílcar o a un Aníbal de otro. Ya

mencionamos a Aníbal el Rodio en el capítulo 5, pero también conocemos a un Hannón el Brucio y a un Asdrúbal el Samnita, por lo que el propio nombre de Amílcar Barca podría muy bien revelar los orígenes de la familia, las raíces étnicas de los Bárcidas. Durante los cuarenta años posteriores al 247 a. e. c., los Bárcidas dominaron la historia de Cartago y fascinaron a los encargados de escribirla en el mundo antiguo. Aquel año, el joven comandante Amílcar se hizo cargo de la guerra en Sicilia, al frente de una escuadra de lo que Polibio denomina *mixhelenos*. Como indica el término, se trataba de un grupo mixto formado por griegos, o una fuerza de élite formada por combatientes norteafricanos que tal vez reflejaba la identidad de su comandante, en tanto que fenicio, griego y libio. Amílcar debía de rondar los treinta años en aquella época, estaba casado y tenía tres hijas, y aquel mismo año celebró el nacimiento de su primer hijo varón. Este primogénito recibió el nombre de Aníbal en honor a su abuelo. Amílcar tendría después otros dos hijos varones, llamados Asdrúbal y Magón. No sabemos nada de su madre; podría haber sido cartaginesa, númida o griega, pero sí sabemos que las propiedades de la familia se encontraban en la región del Sahel (quizá cerca de la actual Susa), rica en producción de aceite de oliva, y que quizá este vínculo con esa parte de África procediera de su madre. Amílcar era aún más o menos joven y estaba decidido a luchar contra Roma. Su mando cambió el rumbo de una guerra que hasta entonces Cartago había solido librar a la defensiva.

Dos años antes, en el 249 a. e. c., la victoria naval cartaginesa en Drépano provocó que Roma abandonara en gran medida el control del mar occidental de Sicilia, por lo que, una vez más, los suministros y los barcos podían ir y venir sin obstáculo alguno entre

África e Italia. Amílcar se había propuesto desbaratar la presencia romana en el oeste de Sicilia y arrebatarles el control de Palermo y el del extremo noroeste de la isla, que parecían ejercer con comodidad. Para ello, no se enfrentó directamente al ejército de Roma, sino que se limitó a neutralizar las patrullas, hostigándolas y haciéndoles la vida lo más difícil posible. Poco a poco, la táctica comenzó a restaurar la moral de los cartagineses y ayudó a reforzar la confianza de sus aliados sicilianos.

Amílcar se centró entonces en recuperar las colinas del extremo noroeste de Sicilia, y en especial la cima del monte de Eryx, de gran importancia estratégica, además de ser el lugar del culto sagrado a la diosa Astarté/Afrodita. Los romanos intentaron hacerse con el terreno de la costa occidental de Sicilia para atacar desde allí. Hemos visto ya la importancia que tenía Eryx para todos los pueblos de la isla y cuán sincrético era el culto de la diosa a la que adoraban allí tantas culturas diferentes. También los romanos intentaron reclamar el santuario, vinculándolo a sus legendarios orígenes troyanos, a Eneas y a su divina madre Venus (la versión romana de Afrodita). En este periodo, la guerra se libraba tanto sobre el terreno como en la dimensión sagrada, con ambos bandos tratando de ganar para sí el favor de los dioses. La lucha que se desencadenó por Eryx subraya hasta qué punto las religiones y las creencias eran esenciales para controlar una región. El favor de la diosa y el éxito militar significaban una misma cosa, y un lugar como Eryx era algo que todas las partes se disputaban. Con vistas imponentes hacia el oeste y el norte, el recinto sagrado de la diosa en Eryx dominaba el puerto cartaginés aliado de Drépano. Cuando Amílcar y sus *mixhelenos* les arrebataron la ciudad a los romanos, no lograron, sin

embargo, capturar el recinto de la diosa y su templo, que permanecieron en manos de una guarnición enemiga. Pero Amílcar podía ahora cortar con facilidad los suministros y las líneas de comunicación romanas, aunque al precio de dejar a sus fuerzas en una posición insegura. Como consecuencia de todo esto, la lucha de ambos bandos por el control de este lugar sagrado se estancó (véase mapa del capítulo La isla de las tres caras).[4]

Las pequeñas victorias de Amílcar y sus éxitos en las colinas del oeste de la isla contribuyeron a forjar su reputación, y debieron de devolverle al bando cartaginés una cierta fe en que podrían conservar sus hogares tras más de una década de humillantes derrotas. Todas las familias de Cartago, de cualquier clase social, y las que vivían en los territorios aliados, sufrieron, casi seguro, las consecuencias de esta guerra. La pérdida de ciudadanos, propiedades, tierras y medios de vida habría generado decenas de miles de refugiados, sin contar los muchos miles que habían muerto o habían sido capturados y vendidos como esclavos. La guerra había tenido graves consecuencias económicas y psicológicas, por lo que no es de extrañar que Amílcar recibiera grandes elogios por su mando. A medida que su popularidad crecía, fue extendiéndose también por todo el Mediterráneo, lo cual le otorgó una influencia cada vez mayor en el senado de Cartago.

Hemos visto que, durante al menos una década, Cartago y Roma agotaron sus recursos económicos en una guerra extenuante. Los historiadores romanos lo enfatizan y lo repiten una y otra vez. Apiano, por ejemplo, al escribir sobre los acontecimientos del año 252 a. e. c., afirma que «tanto los romanos como los cartagineses estaban faltos de dinero», y, sin embargo, la guerra continuó

durante otra década.[5] Los cartagineses se encontraban en una situación financiera tan desesperada que solicitaron un préstamo de dos mil talentos al rey egipcio Ptolomeo II (un talento equivalía a veintiséis kilogramos de oro o plata). Pero Ptolomeo era aliado de Roma y se negó. Polibio hizo hincapié en esta cuestión cuando comentó que ambas partes se encontraban paralizadas, sin recursos, y que presionaban sin descanso a sus poblaciones, llevándolas al límite mediante «impuestos desmesurados y gastos sin fin». El Estado romano recurrió a la financiación privada, apremiando a los ciudadanos a que recaudaran fondos con el fin de construir una nueva flota durante las fases finales de la guerra.[6]

La situación llegó a un punto crítico a principios del año 241 a. e. c. Podemos imaginar cómo, desde su puesto de mando en las alturas de Eryx, Amílcar contempló el desarrollo de la última batalla naval de la Primera Guerra Púnica. Era marzo, el comienzo de la temporada de navegación, por lo que los cartagineses habían reunido otra flota para reabastecer a Amílcar en su base, situada en aquellas montañas desde las que se dominaba Drépano. Las naves llegaron, procedentes del sur, y rodearon las islas Egadas para dirigirse después al puerto de Bonagia, al norte de Drépano. Una flota romana recién constituida sorprendió a los barcos cartagineses, que iban cargados con un rico botín: los romanos se abalanzaron sobre ellos cerca de la isla más septentrional de las Egadas, hoy conocida como Levanzo. El fondo marino frente a Levanzo está cubierto de restos de la batalla. Hay cascos de bronce y arietes de barcos, ánforas y otros recipientes, así como anclas de plomo. Los arqueólogos submarinos han podido determinar los detalles de los barcos y sus tripulaciones, las armaduras y los restos tangibles de

esta histórica batalla. Se han recogido del fondo marino al menos quince de los pesados arietes de bronce utilizados para embestir a los barcos enemigos, cada uno de ellos con un peso de ciento veinticinco kilogramos (véase la figura 17). Algunos de estos arietes o espolones llevan inscripciones en lengua púnica, otros, en latín. Uno de los del bando púnico porta una plegaria a Reshep, su dios de la guerra; los de los romanos, el nombre, más prosaico, del cónsul bajo cuyas órdenes se construyeron.

Los esfuerzos marítimos romanos se habían visto severamente restringidos tras la caótica derrota frente a Drépano, acontecida ocho años antes. Desde entonces, por lo que sabemos, los cartagineses habían operado en el mar sin oposición alguna, lo que, quizá, los había hecho dormirse un poco en los laureles. Según Polibio, y lo afirma con rotundidad, los de Cartago «no esperaban que los romanos volviesen a disputarles el mar». De modo que cuando les hundieron cincuenta barcos y capturaron «setenta más, junto con toda su tripulación», no se vieron con fuerzas para seguir luchando. Los barcos y las tripulaciones que sobrevivieron al encuentro huyeron de vuelta a Cartago a través del mar, pero la derrota fue definitiva.[7]



FIGURA 17: Dibujo esquemático del espolón de un barco cartaginés, o romano, de la Primera Guerra Púnica.

Cuando los barcos que regresaban llevaron la noticia de la derrota a la ciudad, se ordenó al ejército en Sicilia que pidiera un acuerdo. El cónsul romano Lutacio había navegado hasta la capital cartaginesa en Sicilia, Lilibea. Allí, como señaló el historiador Apiano, «ya escasos de dinero, barcos y hombres, los cartagineses solicitaron a Lutacio un armisticio».[8] Aunque esta derrota no había resultado tan dramática para Cartago como las sufridas en algunas de las batallas anteriores, fue la gota que colmó el vaso. La paz de Lutacio fue punitiva para Cartago, en términos de territorio y finanzas. El texto del tratado dice lo siguiente:

> La amistad entre los cartagineses y los romanos se basará en los siguientes términos […] Los cartagineses evacuarán toda Sicilia y las islas situadas entre Italia y África [es decir, las islas Eolias, Pantelaria y Lampedusa]; no harán la guerra a Hierón, ni se alzarán en armas contra los siracusanos ni sus aliados.

> Los cartagineses entregarán a los romanos todos los prisioneros sin pedir rescate alguno. Los cartagineses pagarán, asimismo, a los romanos dos mil doscientos talentos eubeos de plata en un plazo de veinte años. (Polibio 3.27.1-6)

La Primera Guerra Púnica había terminado. Cartago se había quedado sin Sicilia y sin las islas situadas entre Italia y África, lo que supuso una enorme pérdida territorial. Durante siglos, su zona central de operaciones habían sido los puertos y las rutas marítimas que unían cada una de estas islas. Según los registros escritos existentes, Cartago siempre había estado conectada con Sicilia, con su gente y sus ciudades, además de con las deidades veneradas en sus santuarios. El tratado le arrebató todo eso. Aquella paz era muy restrictiva y obstaculizó, seguro, el funcionamiento normal de la ciudad. Cartago se hallaba ahora en bancarrota, sufría una elevada inflación, con una moneda devaluada y escasez de alimentos en todo su territorio. Pero los cartagineses no podían imaginar que aquello no era más que el comienzo de sus problemas.

En el verano del 241 a. e. c., tras el fin de la guerra, por Cartago pululaban soldados de todas las nacionalidades. Había griegos y ligures, italianos, libios, iberos y egipcios, todos ellos evacuados de Sicilia tras la firma del tratado de paz con Roma. Como resultado de ello, la ciudad era un caos. Al concluir el tratado, Amílcar «trasladó a sus soldados de Erice a Lilibea y dimitió inmediatamente de su mando».[9] Partió hacia Cartago, quizá pensando que podría haber seguido luchando, y en desacuerdo, tal vez, con las órdenes de paz. La responsabilidad de la desmovilización recayó sobre Giscón, comandante de Lilibea. Él fue quien organizó el envío de las tropas a Cartago en destacamentos. Según Polibio, Giscón quería

desmovilizar al ejército siciliano por etapas, pagando a cada grupo a su llegada a Cartago y disolviéndolo a continuación. Su plan fracasó cuando el gobierno civil de Cartago permitió que los soldados volvieran a entrar en la ciudad sin pagarles de inmediato. Esto se hizo así, sigue diciendo Polibio, porque esperaban negociar con los soldados.

Pero, según parece, no había dinero para pagarles todo lo que les debían. La escasa cantidad de monedas de plata acuñadas en Cartago al final de la guerra respalda esta afirmación. Esto generó agitación y disturbios políticos en la ciudad. Los gobernantes y el senado no se ponían de acuerdo acerca de qué hacer. Los magistrados civiles de la ciudad (los sufetes) y el mando militar (los *rabbim*) tampoco se ponían de acuerdo sobre qué política seguir en ese momento de crisis, lo que provocó también disturbios sociales y militares. Era pleno verano y, en las cálidas noches, miles de hombres inquietos se agolpaban en las calles de la ciudad y clamaban por cobrar. La situación fue de mal en peor. La violencia entre los soldados se intensificó hasta que los cartagineses, ya cansados de tanta batalla, tuvieron todavía que enfrentarse a una rebelión a gran escala solo unos meses después del final de su épica guerra con Roma.

La ciudad se volvió ingobernable, llena de hombres de guerra ociosos y sin dinero. No es difícil imaginar el caos que causaron. Polibio relata que cometían «frecuentes delitos, tanto de noche como de día». Bebían y se emborrachaban en las calles, actuaban con violencia, se sentían agraviados, atacaban a hombres y mujeres, generando una situación del todo anárquica. Entre ellos se encontraban jinetes númidas y soldados de infantería libios de reinos

y territorios vecinos. Algunos de los hombres procedían de la zona mediterránea en general; otros, como los honderos de las islas Baleares, tenían relación con la ciudad debido a sus orígenes comunes, pero otros no tenían ninguna, y habían sido contratados, sin más, en regiones célebres por producir buenos soldados. Se trataba, en su mayoría, de hombres procedentes del este griego, de Liguria, en el norte de la península italiana, o de Lusitania (parte de Portugal), y quizá incluso de lugares más lejanos. Polibio menciona específicamente a «iberos, algunos celtas, algunos ligures y algunos de las islas Baleares» entre los soldados que desahogaban su furia contra la ciudad aquel verano.[10]

Aquella masa descontenta sospechaba que Cartago intentaba buscar una excusa para no pagarles, por lo que la situación era explosiva. Los magistrados de la ciudad pidieron a los comandantes de los distintos destacamentos que se retiraran a otro lugar y que aguardaran allí el pago. Cada uno de los diferentes grupos étnicos contaría, seguro, con su propia estructura de mando, por lo que la idea era llevar a los soldados fuera de la ciudad, donde podrían estar mejor abastecidos (y controlados). Los comandantes, aunque reticentes, aceptaron retirarse, lo que sugiere que aún no habían decidido rebelarse. Los enviaron al sudoeste, a la ciudad de Sicca, situada en el corazón agrícola de Cartago, a unos ciento setenta kilómetros de distancia (véase mapa del capítulo El combate de boxeo). Sicca era una ciudad libiofenicia, lo que significa que su población la conformaba una mezcla heterogénea de indígenas y cartagineses/fenicios.[11] Es muy posible que se eligiera ese destino porque muchos de aquellos soldados procedían de la zona. Los cartagineses proporcionaron a cada uno de ellos un estatero de oro

para cubrir los gastos del viaje, lo que equivalía al salario de unos cuatro días. Los soldados no viajaban solos, con ellos iban sus mujeres y sus hijos, nacidos durante la campaña, y otras personas de distinta índole. Polibio se refiere a ellos, de manera despectiva, como el «fardo» de la soldadesca, pero esta era una realidad de la guerra que hoy en día no solemos tener en cuenta: con los soldados se desplazaban comunidades enteras que estaban al servicio del campamento.[12]

Aquel traslado no fue una decisión muy acertada desde el punto de vista estratégico. Los hombres no tenían mucho en qué ocuparse, salvo en pensar en el dinero que se les debía y en las promesas que Cartago les había hecho. No solo no veían a Cartago con buenos ojos a causa del impago, sino que ahora, además, residían en tierras que los cartagineses habían explotado hasta la extenuación para recaudar fondos con que afrontar la guerra. Aquella contienda había supuesto para la zona nada menos que veintitrés años de abusos, impuestos elevados y reclutamiento. La población local y los soldados recién llegados compartían, pues, su hostilidad hacia Cartago, lo que alimentó un resentimiento incontenible que acabó extendiéndose por toda la región. El descontento de los soldados no tardó mucho en estallar y cuando un comandante cartaginés llamado Hannón llegó a Sicca se dio de bruces con nuevas exigencias. A los soldados no parecía importarles ya que Cartago apenas pudiera pagar lo que les debía. Se sentían traicionados y no confiaban en aquel hombre, Hannón, que, en calidad de general, había supervisado la política interior de Cartago durante los últimos años de guerra, mientras Amílcar operaba en Sicilia. Los soldados no entendían por qué no estaban allí, con ellos, sus comandantes en el

campo de batalla, Amílcar y Giscón, por qué no aparecían para sostener las promesas que les habían hecho.

Vale la pena detenerse un momento a considerar qué fue de Amílcar, pues desapareció tras renunciar al mando y no resurgió hasta que la insurrección no estuvo muy avanzada. ¿Dónde se había metido? Polibio sostiene que, dado que Amílcar había comandado a los soldados amotinados en Sicilia y no había cumplido sus promesas, no era precisamente la mejor opción para apaciguarlos. Y puede que haya algo de verdad en esto, pero también es cierto que Amílcar era el general más respetado entre los soldados. Es muy posible que su desaparición fuese más bien una consecuencia del conflicto entre los magistrados civiles y los generales; si se contrasta la popularidad de un general como Amílcar con las acciones del senado cartaginés, no es aventurado conjeturar que entre ambos estamentos existía rivalidad y hasta hostilidad. El historiador Apiano cuenta que a Amílcar se lo procesó por sus acciones en la guerra de Sicilia, lo que estaría en consonancia con lo que sabemos sobre el peso que recaía en los generales tras no cumplir con las exigencias del Estado en el campo de batalla. Diodoro Sículo dice que los cartagineses, en tiempos de guerra,

> promovían a sus hombres más destacados para los puestos de mando, dando por sentado que estos debían ser los primeros en enfrentarse al peligro por el bien del Estado, y, cuando conseguían la paz, acosaban a esos mismos hombres con juicios, les imputaban falsos cargos por envidia y les imponían penas severas. (20.10.2-5)

De modo que la realidad podría muy bien reducirse a que Amílcar se encontraba pleiteando, inmerso en procedimientos legales, y quizá

ese fue el motivo de que no se le diera el mando cuando los soldados desocupados empezaron a sublevarse.[13]

Hannón fue incapaz de apaciguar al ejército confinado en Sicca, y aquellos veinte mil soldados marcharon de vuelta a Cartago. Acamparon a doce kilómetros al sudoeste de la ciudad, en la localidad de Tunes (la actual Túnez). La población local apoyaba a aquel numeroso contingente de libios, mezclados con soldados de muchas etnias diferentes —iberos, celtas, ligures y «una mezcla» de griegos—. El senado de Cartago envió entonces negociadores que se reunieron con los rebeldes en su campamento y cedieron a todas sus demandas. Los cartagineses parecían intimidados por los soldados. El ejército que se estaba formando en Tunes aumentaba cada día. La ciudad se encontraba sin recursos y a merced de sus propios mercenarios.[14]

Finalmente, la ciudad recurrió a Giscón, que había estado al mando en Lilibea, para enfrentarse a los rebeldes. De entre estos, surgieron dos líderes: un campano llamado Spendios y un libio llamado Mathos. Ambos eran hombres influyentes, con motivos personales para rebelarse, y ninguno de los dos estaba por la labor de llegar a un acuerdo con los cartagineses. Spendios era un antiguo esclavo romano que había desertado del ejército de Roma y quería evitar a toda costa que lo repatriaran, pues su destino era la ejecución. Mathos, como libio, representaba las preocupaciones locales y el punto de vista africano sobre su causa. Era la voz de las duras condiciones que se le habían impuesto a la patria libia durante la guerra con Roma. Junto con los demás libios y númidas rebeldes, se convirtió en el portavoz de un movimiento independentista contra Cartago. Eran personas que habían soportado el peso económico de

la expansión cartaginesa en África, y habían sido piezas fundamentales para sus guerras. Aquel fue un momento importante en la formación de la identidad cultural e histórica de los pueblos númidas, ya que, cuando se rebelan contra el poder y la explotación de Cartago, por primera vez se empieza a escribir sobre ellos con detalle. Las propuestas de Giscón se rechazaron y la consecuencia de ello fue la revuelta. Los insurrectos acabaron capturando al general cartaginés y encadenándolo, un acto de rebelión abierta que marcó el comienzo de una guerra total entre Cartago y sus soldados, la conocida como «guerra de los Mercenarios». Los soldados libios y númidas enviaron emisarios por todo el territorio cartaginés con el fin de recabar apoyos e instar a otros a unirse a la lucha. Esto supuso un duro golpe para Cartago, ya que varias ciudades declararon su apoyo a los rebeldes. Polibio afirma que el impacto fue decisivo y que los cartagineses se vieron «privados de todos sus recursos de un solo golpe», pues era esta la región de la que Cartago obtenía sus mejores soldados, la tierra de donde procedían sus ingresos fiscales y sus excedentes de alimentos. La rebelión, pues, se extendió por las tierras que habían estado hasta ese momento bajo el control directo de Cartago, hasta Tebessa (la Theveste romana y la Hecatómpilo griega), en la actual Argelia (véase mapa del capítulo El combate de boxeo).[15]

Nuestras fuentes recogen que el líder libio Mathos contaba con setenta mil soldados fieles. En la primavera del 240 a. e. c., lanzó un ataque bien planificado y desde varios frentes. Los comandantes rebeldes eran combatientes experimentados y militares competentes que habían sido «entrenados en las audaces tácticas» del mismísimo Amílcar Barca.[16] Aislaron Cartago, bloqueando la península por

tierra, y sitiaron sus ciudades aliadas al norte, Útica e Hippo Acra (la actual Bizerta). Los cartagineses, atrapados intramuros, podían aún recibir suministros por mar, pero contaban con muy pocos apoyos en tierra. Enviaron a Hannón para que intentara aliviar el asedio, aunque no fue rival para los rebeldes.

Cuando el pueblo cartaginés empezó a clamar por un cambio de liderazgo, no es difícil imaginar que en el senado se preguntaran acerca del paradero de Amílcar. Polibio destruye por completo la reputación de Hannón y su capacidad militar en un pasaje en el que dice de él que «no tenía ni idea de cómo aprovechar las oportunidades y, en general, mostraba una total falta de experiencia y energía». Descrito como «imprudente y falto de juicio», además de carente de imaginación, las maniobras de Hannón se limitaban a emplear sus elefantes para cargar contra el campamento enemigo. Se le criticó también su incapacidad para aprovechar cualquier éxito. El héroe de esta narración era Amílcar Barca, de modo que ocurrió lo que tenía que ocurrir: Amílcar reapareció al mando de un ejército. [17]

Aquel nuevo contingente no sustituyó al de Hannón, sino que los dos se unieron en el campo de batalla: Cartago había movilizado dos ejércitos para hacer frente a la grave amenaza. A Amílcar se le habían entregado «setenta elefantes, todos los mercenarios adicionales que habían sido capaces de reunir, además de los desertores de las filas enemigas, más sus fuerzas ciudadanas, a caballo y a pie, de modo que contaba en total con unos diez mil hombres». No tardó en lograr sus primeros éxitos, en una maniobra que consistió en atraer al ejército enemigo a una emboscada, y «restableció en parte la confianza y el valor» entre los cartagineses.

Sin embargo, la cosa no iba a resultar tan fácil, y el ejército rebelde no se retiró, sino que se reagrupó y logró rodear al ejército de Amílcar mientras este acampaba en una meseta. La situación del cartaginés era casi desesperada cuando Naravas, un príncipe númida del pueblo de los masilos, acudió en su ayuda con una fuerza compuesta por dos mil jinetes, lo que inclinó la balanza de su lado. [18]

El pueblo númida del norte de África se agrupaba en reinos conocidos como los masilos, los masesilos y los mauros, y habitaba las regiones situadas al sur y al oeste de Cartago. Esta zona abarca gran parte de los actuales Argelia y Marruecos. En el siglo III a. e. c., se trataba de reinos distintos que se gobernaban de forma autónoma, pero su situación era compleja y cambiaba a menudo; un reino podía aliarse con Cartago o estar en guerra con otro. La familia del príncipe Naravas y el pueblo masilo eran aliados tradicionales de Cartago. La aparición en escena de Naravas para apoyar personalmente a Amílcar sugiere estrechos vínculos entre sus dos familias, además de alianzas más amplias en el pasado. Amílcar entregó después a su hija en matrimonio a Naravas, sellando así el vínculo entre ambos hombres. El hecho de que todas las hijas de Amílcar se casaran para asegurar alianzas políticas nos da una somera visión de la vida de las mujeres de la élite y de su importancia en el panorama político de la época. Amílcar fue capaz de actuar a nivel personal dentro de este panorama, utilizando a su familia y sus vínculos para consolidar alianzas, lo que bien podría reflejar el grado de autonomía con que las familias de la élite de Cartago operaban dentro del sistema de la ciudad-Estado. Las alianzas entre los númidas y la familia Barca mantendrían la

reputación y el prestigio de Amílcar, y desempeñarían un papel crucial en sus conquistas militares.

Desde el momento mismo en que entraron en combate, Naravas y su caballería demostraron su poderío y fueron clave para ganar aquella batalla, en la que, según se dice, murieron diez mil soldados rebeldes —aunque ya sabemos que es sano desconfiar de las cifras recogidas por nuestras fuentes; es evidente que todo en ellas se ha concebido para impresionar a los lectores antiguos—. Como quiera que sea, la victoria de Amílcar y sus aliados númidas fue impresionante. Bajo el mando del bárcida, poco a poco, los cartagineses recuperaron cierta autoridad en la región y el impacto de la rebelión se diluyó, pues saltaba a la vista que tal vez no todo estaba perdido para Cartago. Amílcar trató a sus enemigos cautivos con indulgencia y los atrajo a su bando siempre que fue posible. A los prisioneros se les ofrecía un puesto en el ejército o se les concedía la libertad a cambio de jurar que no se alzarían en armas contra Cartago. Una política inteligente, sin duda, que comenzó a restaurar el ascendiente de Cartago sobre los pueblos que formaban parte de sus dominios. Parecía que se había reconocido, por fin, la realidad de las regiones rurales descuidadas por la ciudad, pero aún quedaba una larga batalla por delante antes de que la calma volviera a los campos cartagineses.[19]

Aquello no fue tarea fácil, como ya hemos dicho, pues el ejército rebelde no renunció sin más a sus objetivos y aspiraciones. La facción libia estaba decidida a continuar la lucha, era poderosa y estaba bien organizada. El desprecio que Polibio muestra hacia ellos, a los que califica de «bandidos y bárbaros incivilizados» que solo luchaban para derrocar a las fuerzas «civilizadas» de Cartago, no es

más que una extensión de su odio hacia los mercenarios, pues lo que emerge en estos hechos es una nueva idea, el comienzo de un movimiento de independencia africano que el territorio entero acogió de muy buena gana. No era, con todo, la primera vez que la población local se levantaba para apoyar a un ejército contra Cartago. Recordemos que, allá por el 310 a. e. c., cuando Agatocles invadió el territorio, contaba con el apoyo de «los aliados libios de los cartagineses, que llevaban mucho tiempo resentidos por las exacciones». Agatocles comprendió enseguida que «aprovecharían la oportunidad para rebelarse».[20]

El colonialismo de los cartagineses y la extrema presión ejercida sobre los pueblos indígenas del norte de África en la lucha contra los romanos fueron el catalizador de la aparición de estos actores clave durante el último siglo de existencia de Cartago. Como es habitual, la acuñación de monedas —en este caso, las de los ejércitos rebeldes durante la guerra— nos ofrece la perspectiva más clara sobre el asunto. La leyenda utilizada en las monedas, muchas de ellas acuñadas sobre monedas cartaginesas previas, era LI BYA, escrita bajo la figura de un león, un poderoso símbolo de desafío (véase la figura 18). Esto revela con claridad que los soldados reivindicaban una identidad distinta, opuesta a Cartago.

La rebelión se extendió por el territorio cartaginés y durante la guerra de los Mercenarios estalló otra revuelta en Cerdeña.



FIGURA 18. Moneda de cobre del ejército mercenario con la cabeza de Melqart en el anverso y un león en el reverso con la leyenda LIBYA debajo.
© The Trustees of the British Museum

Las guarniciones de allí se unieron a la rebelión, emulando la revuelta de Libia. No es difícil imaginar que los soldados estacionados en Cerdeña, donde había muchas ciudades fenicias vinculadas a Cartago, habían dejado también de cobrar su soldada, dada la gravedad de la situación. El mando cartaginés envió a Hannón (un Hannón diferente del que luchaba en África) con un ejército recién reclutado para volver a guarnecer la isla, pero las circunstancias no hicieron más que empeorar, porque, al llegar, las nuevas tropas se unieron de inmediato a los rebeldes tras crucificar a su comandante. El ejército rebelde, por su parte, se dedicó a asesinar y torturar a todos los cartagineses de la isla. Cartago fue incapaz de responder.[21]

Una vez más, Cartago se encontraba al borde de la derrota en todos los frentes. La realidad de la situación se aprecia mejor si nos fijamos en las reacciones de sus antiguos enemigos, Siracusa y Roma. Cartago quedó aislada por tierra, por lo que los suministros

tenían que llegarle por vía marítima. La ciudad se vio obligada entonces a «recurrir a los Estados aliados en nombre de los tratados firmados».[22] Los cartagineses pidieron ayuda a Siracusa contra la rebelión, y el rey Hierón respondió de inmediato, lo que nos da una idea clara de la gravedad de los acontecimientos. Además, enviar soldados y suministros alimenticios a la sitiada Cartago le interesaba mucho a Hierón, pues era muy consciente de que la desaparición de Cartago solo favorecería la hegemonía romana, y Siracusa desconfiaba de Roma y de sus pretensiones de dominio en la región. En retrospectiva, es fácil olvidar lo frágil que era el equilibrio de poder en el Mediterráneo central.

La reacción de Roma ante la difícil situación que atravesaba Cartago fue, en cambio, mucho más ambigua. Los romanos tenían la obligación de ayudar a los cartagineses, tal y como se establecía en los términos del tratado que acababan de firmar. La captura en el mar de «comerciantes que viajaban de Italia a Libia con suministros para el enemigo» demuestra que los romanos estaban apoyando a los rebeldes, es decir, incumpliendo los términos del tratado —hasta es posible que estuvieran más involucrados en la rebelión de lo que sabemos—. Los cartagineses capturaron a quinientos integrantes de las flotas aliadas de Roma y los utilizaron para negociar nuevas concesiones, incluida la devolución de todos los cautivos que habían permanecido con los romanos desde la Primera Guerra Púnica.[23] Los romanos devolvieron a dos mil setecientos cuarenta y tres cautivos a cambio de los quinientos capturados mientras intentaban abastecer a los rebeldes. Se trata de una cifra significativa, que refleja la profundidad de la injerencia romana en la guerra civil cartaginesa. Tras esto, los barcos mercantes de Roma comenzaron a

apoyar a Cartago, de acuerdo con el tratado. No obstante, está bastante claro que el primer instinto de Roma fue ayudar a los soldados rebeldes, una acción que revelaba las verdaderas intenciones que los romanos albergaban hacia Cartago y su disposición a aprovechar cualquier oportunidad para destruir a su enemigo, a pesar de los términos del pacto.

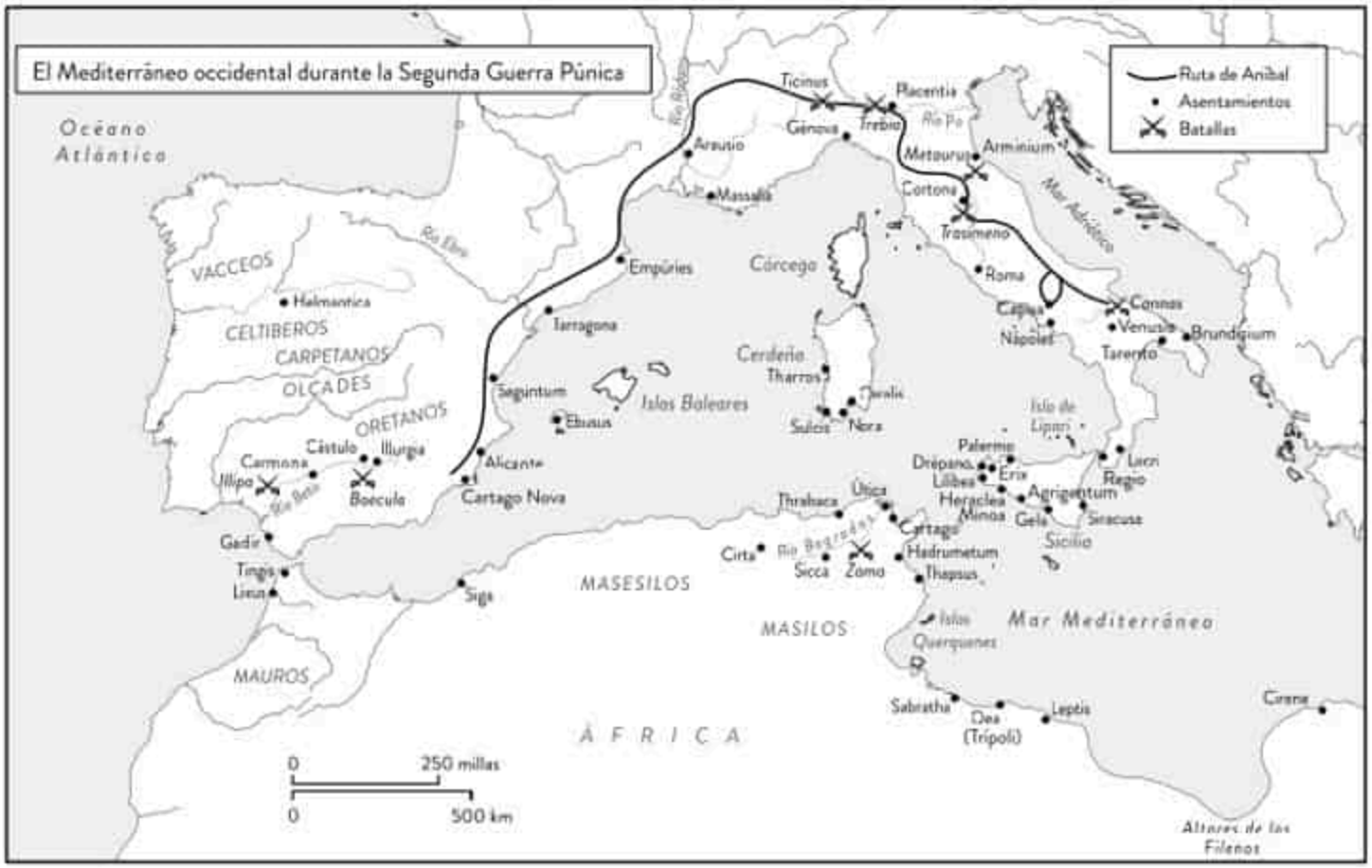
Los rebeldes fueron finalmente derrotados en el 238 a. e. c. La guerra había durado tres años y cuatro meses, según Polibio.[24] En una última nota amarga, al final de la contienda, los romanos les arrebataron Cerdeña a los cartagineses. Roma se había negado en un primer momento a intervenir allí, ya que Cerdeña era territorio cartaginés, según se especifica en el tratado de Lutacio. Pero posteriormente, los romanos cambiaron su política hacia la isla y, ese mismo año (238-237 a. e. c.), aceptaron la invitación de los rebeldes sardos a intervenir, justo cuando Cartago se preparaba para recuperar su territorio. Los cartagineses se quejaron, alegando que su soberanía sobre Cerdeña se había acordado en el tratado de paz, pero los romanos se decidieron a presionar a su gran enemigo, conscientes de que en realidad este no podía plantarles cara. Los romanos utilizaron los preparativos cartagineses contra Cerdeña como pretexto para declarar la guerra. Afirmaron, falsamente, según podemos deducir, que Cartago planeaba atacar Roma, y no Cerdeña. Nuestro guía, Polibio, criticó la audacia y el engaño de los romanos. Incluso el romano Livio, que nunca criticaba a su propio pueblo, dice: «Los romanos engañaron a los cartagineses y les hicieron perder Cerdeña».[25] Polibio afirmó que la toma de Cerdeña por parte de Roma fue el catalizador del inicio de la Segunda Guerra Púnica. Los cartagineses tuvieron que probar el amargo sabor de la

traición, pero no estaban en condiciones de enfrentarse a Roma en otra guerra y, en consecuencia, no tuvieron más remedio que ceder a las nuevas exigencias. Para evitar un conflicto, Cartago incluso accedió a pagar una nueva multa a Roma, otros doce mil talentos, además de los pagos acordados en el tratado de paz.

Las duras lecciones que Cartago aprendió tras su derrota en la Primera Guerra Púnica y en la guerra de los Mercenarios fueron muy significativas para la generación que se embarcaría en la siguiente guerra. El hijo de Amílcar Barca, Aníbal, que no contaba más que seis años en el 241 a. e. c., acababa de comenzar su educación y empezaba a tomar conciencia de la ciudad en la que vivía y del mundo que lo rodeaba. Para la generación de cartagineses de Aníbal, educados en el orgullo de la larga historia y el noble pasado de Cartago, la pérdida de Sicilia debió de resultar traumática. La sombra de la guerra con Roma se cernía sobre los jóvenes como Aníbal y sus compañeros, acostumbrados a compartir relatos de grandes victorias navales y comandantes heroicos. Las enormes pérdidas humanas que acarrearon las batallas navales instituyeron, probablemente, una generación de héroes muertos y glorificados, y un profundo resentimiento hacia los romanos. Pero, aunque los romanos hubieran sido los culpables, según esta nueva generación de cartagineses, del estallido de la Primera Guerra Púnica, también se tenía claro que muchos de los comandantes de Cartago —salvo notables excepciones como Amílcar Barca y el espartano Jantipo— no estaban preparados para el desafío de enfrentarse a Roma.

El último pasaje de este capítulo se basa en las propias palabras de Polibio, en sus explicaciones acerca de por qué había dedicado tanto esfuerzo a describir en detalle la guerra de los Mercenarios.

Uno de los motivos es de índole práctica: consideraba que los soldados mercenarios eran peligrosos, y que la rebelión y la agitación solo podían conducir al caos. Según Polibio, existía una «gran diferencia de carácter entre una confusa manada de bárbaros y hombres que habían sido educados en una comunidad culta, respetuosa con la ley y civilizada». En la historia de la guerra de los Mercenarios, esta comunidad educada y civilizada era, claro está, Cartago. Polibio continúa explicando cómo «de todo lo ocurrido se desprende con claridad qué peligros deben prever y prevenir con antelación quienes emplean fuerzas mercenarias». Estas ideas estaban muy en línea con la historia tal y como Polibio quería contarla, pero lo más importante de su relato, para él, «era que, a partir de los acontecimientos ocurridos en ese periodo, se pudiera tener una idea clara de las causas de la guerra entre Aníbal y los romanos». Polibio confesaba que lo que ocurrió en esa guerra, incluso durante su época, «seguía siendo objeto de controversia, no solo entre los historiadores, sino también entre los combatientes». Se trataba de un periodo de la historia tan controvertido que el historiador sintió la necesidad de narrar los acontecimientos tal y como él los veía, dejando constancia de su versión de aquellos años trascendentales.[26] Y así, sus palabras nos conducen de la rebelión en África a la guerra en todo el oeste del Mediterráneo. Ya nada podía frenar el curso hacia las épicas batallas que se avecinaban.


El Mediterráneo occidental durante la Segunda Guerra Púnica
Ruta de Aníbal
Asentamientos
Batallas
Océano Atlántico
Río Ródano
Río Po
Mar Adriático
Mar Mediterráneo
Ticinus
Placentia
Trebia
Génova
Arausio
Massalia
Metaurus
Arminium
Cortona
Trasimeno
Roma
Empúries
Córcega
Cerdeña
Tarragona
Segintum
Islas Baleares
Ebusus
Tharros
Sulcis
Nora
Cannas
Venusia
Brundisium
Tarento
Nápoles
Capua
Isla de Lipari
Palermo
Drépano
Lilibea
Erix
Heraclea Minoa
Agrigentum
Gela
Siracusa
Lucri
Regio
Sicilio
Thralsca
Útica
Cartago
Hadrumetum
Thapsus
Cirta
Río Bagradas
Sicca
Zama
Islas Querquenes
Sabratha
Dea (Trípoli)
Leptis
Cirene
Altares de los Filenos
VACCEOS
CELTIBEROS
CARPETANOS
OLCADES
ORETANOS
Halmantica
Cástulo
Illurga
Carmona
Ilipa
Bécula
Río Betis
Alicante
Cartago Nova
Gadir
Tingis
Lixus
Río Tajo
Río Ebro
Río Duero
Saga
MASESILOS
MASILOS
MAUROS
ÁFRICA
0 250 millas
0 500 km

8

EL ENEMIGO IMPLACABLE DE ROMA

Para presenciar las tres décadas siguientes de la historia de Cartago debemos trasladarnos a un nuevo escenario: la península ibérica (los actuales España y Portugal). Aquí es donde Amílcar Barca y su ejército centraron sus esfuerzos desde el final de la guerra de los Mercenarios (*c.* 238 a. e. c.). Vale la pena tratar de comprender mejor las conexiones y los asentamientos que unían Cartago con las regiones meridionales de Iberia, donde existían ciudades costeras con arraigos fenicios muy antiguos. Esto nos ayudará a ver qué pudo motivar realmente a Amílcar Barca a buscar allí una solución y por qué Cartago estuvo tan dispuesta a apoyarlo en su empresa.

Alrededor del año 1000 a. e. c., un antiguo oráculo ordenó al pueblo de Tiro que fundara una ciudad más allá de las «Columnas de Hércules», en el océano Atlántico, al otro lado del Mediterráneo. [1] A esa ciudad la llamamos hoy en día Cádiz, la Gadir de los fenicios y la Gades de los romanos. Se fundó en un lugar situado a más de tres mil kilómetros de Tiro, y hasta este extremo del mundo conocido llevaron los tirios objetos sagrados, procedentes de su templo de Melqart, con la intención de establecer allí un templo hermano. El templo de Melqart de Cádiz estaba vinculado, pues, con su templo patrón en la ciudad madre, Tiro, y protegía a los colonos y a su nueva ciudad —un relato muy similar, en esencia, al de la

fundación de Cartago—. Cádiz fue, según nos dicen nuestras fuentes, el lugar donde se estableció el primer asentamiento fenicio en el oeste del Mediterráneo.

El dios Melqart viajaba, a lo largo y ancho del mar, con los tirios y otros pueblos de habla fenicia en sus barcos, actuando como su protector y apoyando sus esfuerzos, creando sinergias culturales e ideas que iban y venían a través del mar. Situada fuera del Mediterráneo, frente a la costa atlántica de la península ibérica, Cádiz se fundó en una isla larga y estrecha, cerca de la desembocadura del río Betis (Guadalquivir), que se adentra en el interior hasta alcanzar algunos de los yacimientos de minerales y metales más ricos de toda la región. El oráculo había guiado a los tirios hasta una zona estratégica y próspera del mundo, y en aquellos lugares escogidos para levantar las colonias convergieron los aspectos pragmáticos y sagrados del viaje colonial. El templo llegó a dominar el paisaje religioso de esta zona occidental durante más de un milenio. Melqart era una deidad itinerante, que se transportaba de un lugar a otro y cuyos avatares se mezclaban con mitos e historias locales. En sus orígenes, probablemente carecía de representación —se lo adoraba en un lugar, pero no en una imagen —. A medida que el culto y la identidad de los habitantes de Cádiz fueron evolucionando, también lo hizo la identidad del dios, y aquel lugar que en un principio estaba dedicado a Melqart sirvió también para honrar durante siglos al Hércules grecorromano, una versión de la misma deidad.[2] Cada primavera se celebraba en Cádiz una fiesta en honor a Melqart, que renacía anualmente mediante un ritual de fuego. Aquella fiesta se convirtió en un lugar de peregrinación al que acudían fieles procedentes de todo el

Mediterráneo. El geógrafo romano Estrabón nos habla de un gran templo con enormes columnas de bronce en su interior en las que podía leerse la historia de la construcción del edificio.[3] Según Estrabón, estas columnas acabaron dando nombre a toda la región geográfica que constituía la entrada occidental al mar Mediterráneo desde el Atlántico: las Columnas de Hércules (como se conocía a Melqart en griego). Allí acudían marineros de todas partes para rendir culto y dedicar ofrendas al dios. El templo de Melqart en Cádiz se hizo tan famoso que se creía que marcaba el fin del mundo conocido, el límite de la tierra y del mar.

En el siglo III a. e. c., Cádiz ya tenía centenares de años de antigüedad, y sus habitantes expresaban su herencia y sus orígenes en sus monedas, como, por ejemplo, en una que mostraba a Melqart en una cara y un gran atún en la otra (véase la figura 19). Las imágenes de la moneda combinan la figura de la deidad protectora y las ricas tradiciones marineras del Atlántico. El dios y el atún nos dan una idea de la identidad de los ciudadanos en aquellos años: procedían de un lugar con un santuario religioso de renombre y cuya riqueza la debían a los dones del mar. Otra parte de su identidad era su conexión con la música. En la época tardorromana, Cádiz era famosa en todo el Mediterráneo, sobre todo, por sus *puellae gaditanae* («las muchachas de Gades»), sus bailarinas. Una historia recoge el testimonio de una expedición para circunnavegar África buscando una ruta hacia la India, realizada por un tal Eudoxo (Estrabón lo toma de Posidonio, *c.* siglo II a. e. c.). Posidonio afirmaba que Eudoxo aprestó un gran barco en Cádiz, y que entre la carga se encontraban «esclavos con formación musical», lo que vincula las tradiciones de la música y la danza a una época mucho

más antigua que nuestras fuentes imperiales romanas. Quizá no sean ajenas a ello las hermosas figurillas de terracota del periodo de la ocupación púnica en la isla de Ibiza, que muestran a mujeres tocando diversos instrumentos musicales. Estas figurillas se asocian a menudo con rituales funerarios y confirman el vínculo entre el género y la música en el mundo fenicio occidental. Es difícil saber qué significaban las figurillas para sus propietarios, pero muestran fuertes vínculos con las tradiciones musicales y coreográficas, que tal vez se originaron en rituales religiosos y evolucionaron hacia espectáculos con bailarinas exóticas y entretenimientos más prosaicos después de que los romanos conquistaran la ciudad.[4]



FIGURA 19. Moneda de cobre procedente de Cádiz, siglo III a. e. c. Cabeza de Melqart (anverso) y dos peces (reverso).
© The Trustees of the British Museum

Esta antigua ciudad, situada a casi mil quinientos kilómetros al oeste de Cartago, era muy apreciada por su conexión con el mar, en especial con el Atlántico, y formaba parte de la diáspora fenicia. La relación entre Cádiz y Cartago fue muy duradera, y una fuente incluso llama a los gaditanos, como se les conocería más tarde,

«parientes» de los cartagineses.[5] Este presunto parentesco era conocido en todas partes y servía de lazo de unión entre las dos ciudades.[6] El historiador romano Justino recuerda un momento, al principio de su relato, en el que Cádiz se vio amenazada por un ejército ibero procedente del interior, y cuenta cómo los cartagineses acudieron en su ayuda, proporcionando apoyo militar. No hay pruebas que indiquen cuándo ocurrió esto, pero el siglo v a. e. c. tiene las de ganar, dado lo que sabemos acerca de la historia de Cartago. Las evidencias documentadas, como hemos visto, nos dicen que Cartago proporcionó apoyo y ayuda militar a la diáspora de habla fenicia presente en Sicilia y Cerdeña, de modo que es muy probable que también lo hiciera con Cádiz.

Las decisiones que tomaron los gobernantes de Cartago ante la traición de los romanos ocurrida en el 238 a. e. c. con respecto a Cerdeña hicieron que la ciudad se reorientara hacia occidente. Esto la acercó aún más a Cádiz, en su esfuerzo por expandir su control directo hacia el oeste en el año 237 a. e. c., a lo largo de la costa africana y hacia el sur de la península ibérica. Amílcar Barca y su ejército se trasladaron allí una vez terminada la guerra de los Mercenarios en África. No está muy claro si el bárcida fue bien recibido o si más bien impuso su presencia en Cádiz, es decir, si llegó como aliado y amigo o como conquistador. Algunas pruebas apuntan a que tomó la ciudad por la fuerza, aunque también es muy posible que esta se le uniera por propia voluntad.[7] En cualquier caso, la llegada de las fuerzas cartaginesas a Iberia supuso un cambio monumental en la historia de ambas regiones y un punto de inflexión en la suerte de la familia de los Bárcidas.

Amílcar tenía una relación personal con Melqart, que era para él como una deidad protectora y un patrón. Al emprender la tarea de revitalizar la riqueza de Cartago y establecer su supremacía en el Mediterráneo occidental, Amílcar actuaba de manera muy similar a la de los conquistadores del siglo anterior, especialmente Alejandro, quien también afirmaba contar con el patrocinio divino. El cartaginés comenzó arrasando muchas de las antiguas ciudades fenicias que estaban culturalmente vinculadas a Cartago. Partiendo de los asentamientos aliados de la costa ibérica, donde podía reclutar tropas y obtener apoyo, planeaba extender la influencia cartaginesa a nuevos territorios. Las ciudades aliadas se verían, así, obligadas a tomar decisiones cruciales ante la compleja realidad geopolítica del Mediterráneo del siglo III a. e. c.: apoyar a Cartago y a su nuevo comandante o enfrentarse a la destrucción. Amílcar y Cartago habían decidido avanzar hacia el oeste, ya que consideraban que se trataba de un territorio propicio para la conquista, un lugar donde podrían compensar las pérdidas militares que habían sufrido en Sicilia y Cerdeña.

El comandante actuó como exigía su cargo de *rab* (general) y líder del ejército. Se preparó para emprender una expedición de la que tal vez no regresaría. Reunió sus fuerzas en Cartago en la primavera del 237 a. e. c. y partió hacia esta nueva aventura en compañía de su familia. Había construido una red de apoyo y ahora esperaba que los dioses le concedieran una partida auspiciosa. Durante los preparativos, se recaudó apoyo financiero —plata y oro— y se prepararon los elefantes. Ya hemos visto hasta qué punto, en todas las sociedades antiguas, el éxito militar estaba estrechamente ligado a los rituales: siempre, antes de cualquier empresa, se dedicaba una

ofrenda a los dioses para garantizar que estos permanecieran del lado de los combatientes y siguieran apoyando al comandante, a los soldados y a la ciudad; para la población era fundamental creer que contaba con el favor divino. En el caso de Amílcar, puede que esto estuviera acompañado también de un sentimiento de renovación, ya que los ciudadanos de Cartago eran conscientes de las nuevas fronteras que había que explorar y del nuevo comienzo que había que emprender tras las desastrosas décadas pasadas. Y en este contexto, dos de nuestras fuentes antiguas describen con cierto detalle una escena muy conocida y familiar en Cartago: el momento del sacrificio y la ofrenda religiosa que precedió a la partida de Amílcar.

El historiador romano Livio comienza su relato de la Segunda Guerra Púnica en ese mismo instante, contándonos que Amílcar realizó un sacrificio solemne en un altar mientras los dignatarios de la ciudad y toda su familia lo observaban. Ese fue también el momento en que el hijo mayor de Amílcar hizo su aparición en los anales de la historia. Aníbal, con solo nueve años, observaba a su padre realizar los rituales y suplicaba que le permitieran acompañarle, emocionado ante las nuevas perspectivas. Grave y solemnemente transcurrió aquel acto en el que Amílcar se situó ante el altar y ofreció libaciones al dios Baal: «Vertió una libación a los dioses y realizó todos los ritos habituales», y a continuación, «al resultar los augurios favorables», llamó a su hijo de nueve años para que se acercara al altar, que estaba cubierto con los restos del sacrificio de un gran animal. Con el olor a incienso, humo y sangre impregnando el aire, Amílcar se volvió hacia Aníbal y le preguntó si quería unirse a la expedición. Cuando el niño asintió con «alegría»,

Amílcar lo cogió de la mano y lo llevó hacia el animal sacrificado. Allí, puso la mano de su hijo sobre los restos del sacrificio y le pidió que jurara que jamás se amistaría con los romanos: que sería, durante toda su vida, un enemigo implacable de Roma (véase la figura 20 del cuadernillo de imágenes).[8]

Los escritores romanos del imperio, al recordar la historia de las Guerras Púnicas, fijarían en este momento el inicio de la nueva contienda, transformándolo en una venganza personal de los Bárcidas, lo cual es poco menos que reducir la geopolítica del Mediterráneo entero a una mera saga familiar. Un historiador del siglo I describe otra escena en la que Amílcar observaba a sus tres hijos mientras estos jugaban violentamente, como suelen hacer los niños. Según se cuenta, Amílcar, mientras los miraba, declaró: «He aquí a los cachorros de león que estoy criando para destruir Roma».[9] Los cachorros de león evocaban el poderoso símbolo del guerrero y de África, lugar de origen de los cartagineses, pero se trata tan solo de relatos apócrifos, mucho más tardíos, sobre los generales bárcidas y su fijación con «destruir Roma». Las leyendas romanas enfatizaban el odio que Amílcar le profesaba a Roma y el hecho de que todos sus actos estaban motivados únicamente por dicho odio, lo que, en cierto modo, les servía para justificar las acciones finales de los romanos contra Cartago. La realidad, como hemos visto, se vuelve mucho más compleja cuando se contempla desde el lado cartaginés. Es cierto que la generación de Amílcar no podía confiar en los romanos después de la década anterior de guerras y traiciones, pero la idea misma de que toda su motivación se debiera en exclusiva a Roma no es más que una versión reduccionista, y mucho más tardía, de la historia.

Cuando Amílcar llegó a Cádiz se dedicó a consolidar una base de poder en la península ibérica mediante la formación de un ejército multicultural. Empleó todo el arsenal estratégico de la conquista, utilizando el poder duro y el poder blando, la fuerza militar y la negociación, los matrimonios mixtos y las alianzas. Como la mayoría de los ciudadanos cartagineses, Amílcar era culto y políglota, y contaba con un grupo de asesores y aliados que le ayudaban a trazar estrategias y planes. Este séquito procedía de todo el Mediterráneo, y entre ellos, probablemente, se encontraban tirios, cartagineses, griegos, númidas, sicilianos y personas de ciudades aliadas como Cádiz, así como de tribus iberas amigas. La única forma de triunfar en una tierra hostil era crear una gran coalición, pues era así como operaban las potencias imperiales. Los éxitos de Amílcar en Iberia fueron resumidos de forma más sucinta por autores romanos como Cornelio Nepote, quien escribió que Amílcar «realizó grandes hazañas gracias al favor de la fortuna», que sus éxitos militares fueron notorios al conquistar «naciones poderosas y belicosas» y que el resultado fue el enriquecimiento de «toda África con abundantes caballos, armas, hombres y dinero». Lo que Amílcar hizo, básicamente, fue forjarse una base de poder en el interior meridional de la península ibérica. De la misma manera que el éxito genera éxito, su ejército original, que contaría con unos veinte mil hombres a su llegada, se convirtió, gracias a las conquistas y a la consolidación de estas, en una fuerza que duplicó su tamaño, hasta alcanzar los cincuenta y seis mil hombres a principios de la década del 220 a. e. c. (véase mapa del capítulo La guerra de los mercenarios).[10]

Estas conquistas no fueron nada fáciles. Los soldados de Amílcar estaban bien entrenados y organizados, pero tuvieron que luchar contra una ciudad fortificada tras otra: ciudades situadas en lo alto de colinas y rodeadas de tierras áridas. Los iberos tenían fama de guerreros feroces, pero no estaban unificados bajo una sola estructura de poder. Cada región la gobernaban reyes y jefes locales que a menudo habían luchado entre sí y contra sus vecinos de la costa. Había que tratar, por tanto, con cada región o ciudad por separado, para luego darles la oportunidad de unirse a la causa cartaginesa. Después, si se negaban, una vez derrotados se los absorbía y se reorganizaba la base del poder local. Varias fuentes recogen algunos ejemplos concretos. Diodoro Sículo cuenta que Amílcar hizo la guerra a las tribus iberas y celtas (incluidos los tartesios) y salió victorioso en todas las batallas, tras de lo cual «alistó a los tres mil supervivientes en su propio ejército». Otra historia nos habla de un rey ibero, llamado Indortes, que había reunido un ejército para resistir a Amílcar y, aunque fue capturado, torturado y crucificado, el comandante cartaginés liberó a su ejército e incorporó a sus soldados a sus propias fuerzas. La política de la conquista se repitió una y otra vez, sin variaciones, en toda la región.[11]

La conquista y su consolidación implicaban también asegurar las regiones mediante guarniciones, tratados y la fundación de ciudades. Diodoro Sículo registra que, «tras someter a su dominio muchas ciudades de toda Iberia, fundó un importante centro urbano […] llamado Akra Leuca».[12] El nombre significa «fortaleza blanca» o «cabo blanco», en griego, y algunos estudiosos sostienen que se encontraba en la actual Alicante. Otros, en cambio, la sitúan al

oeste, en Portugal (Castelo Branco, por ejemplo, tiene prácticamente el mismo significado), mientras que investigaciones más recientes han presentado argumentos convincentes en favor de Carmona, a orillas del río Betis.[13] En efecto, como centro estratégico para controlar y coordinar los territorios cercanos recién conquistados en regiones clave, Carmona parece la opción más práctica.

La ciudad pudo haber operado a modo de guarnición en la zona estratégica del valle del río y el corazón de las minas de plata, que tan valiosas eran para los cartagineses. El control de las minas de plata de la región dio lugar a algunas de las evidencias más convincentes que tenemos de la época, en forma, como es habitual, de acuñaciones. La más famosa de ellas es un siclo doble, acuñado en Iberia según el estándar del siclo tirio, que se cree que estuvo en circulación entre el 230 y el 220 a. e. c. (véase la figura 21 del cuadernillo de imágenes). En el anverso de la moneda aparece un hombre barbudo de perfil distinguido que lleva un garrote apoyado en el hombro derecho. Se supone que representa a Melqart, patrón de la familia Barca y de los territorios ibéricos que conquistaron y fundaron para Cartago. Algunas personas creen que esta moneda era un retrato del propio Amílcar, pero la realidad no es tan tosca ni simple. El perfil representado en la moneda no pretendía ser el de un hombre vivo, sino la imagen de la figura de Melqart/Hércules, como lo prueba el garrote que lleva sobre el hombro. Los soldados que operaban en la región —pues estas monedas se acuñaron para pagarles— habrían reconocido la imagen con facilidad y se habrían identificado con ella. Efectivamente, la representación del dios como un hombre mayor y barbudo podría haberse referido de manera implícita al dominio de los Bárcidas y a sus conquistas, e incluso

podría haber tenido la intención de simbolizar a Amílcar y su devoción por Melqart. Pero no la intención de *ser* Amílcar.

El aspecto más célebre de la moneda es el elefante que aparece en el reverso. Se trata de una imagen bellamente elaborada del emblemático animal, tal vez un elefante africano, en lugar de la especie asiática habitual. Es una audaz declaración de poder, pues el elefante se convirtió en símbolo de los Barca y de sus años de conquistas. El animal y el héroe anciano y barbudo del anverso combinaban los dos conceptos de la autoridad para gobernar: el poder de los Bárcidas y la deidad que guiaba su camino. Las tribus locales consideraban a la familia Barca sus líderes y muchos les profesaban lealtad personal. El objetivo de esta acuñación era mostrar el estatus de la familia como poder gobernante local.

Tras seis años en Iberia y una década después del final de la Primera Guerra Púnica, en el 231 a. e. c., Amílcar recibió a una delegación romana. Los relatos de los éxitos y las grandes conquistas cartaginesas en Iberia habían cruzado el Mediterráneo, y, cuando el cartaginés se reunió con los romanos, les explicó sus motivos y su plan. Según él, Cartago se había visto obligada a entrar en la región a causa de Roma; había venido para adquirir nuevos territorios con los que pagar sus antiguas deudas de guerra.[14] Los romanos sentían curiosidad por la situación en Iberia debido a los intereses de sus aliados en la Galia, los masaliotas (los habitantes de Massalia, la Marsella de hoy en día). Aprovecharon la oportunidad para avivar al máximo la hostilidad de los iberos hacia los cartagineses, al tiempo que negociaban con ellos en sus propios términos, conectando con tribus situadas más al norte.

Los éxitos de Amílcar en Iberia le habían otorgado, también, una creciente influencia en Cartago, que se hizo aún más evidente cuando estalló una rebelión en el norte de África entre los aliados númidas y Amílcar envió a su yerno Asdrúbal desde Iberia para sofocar la revuelta. El apoyo financiero, diplomático y militar que la Iberia bárcida prestaba a Cartago estaba ejerciendo una gran influencia en la política y los planes militares de la ciudad.[15]

Apenas dos años después de que Roma enviara a sus embajadores, en el invierno de 229-228 a. e. c., Amílcar murió en combate. Su muerte la registraron varios autores antiguos, entre ellos Livio, que se refiere a ella como «la oportuna muerte» de Amílcar, pero existen varias versiones del suceso. Quizá la más romántica sea la de Diodoro, que relata que Amílcar estaba sitiando una ciudad llamada Ilice cuando un rey local lo emboscó, tras haber fingido durante un tiempo que era aliado suyo. El heroico Amílcar, con su ejército ya derrotado, atrajo, él solo, a las tropas hostiles para apartarlas de su propio ejército, lanzándose a un río profundo, a lomos de su caballo. Lo hizo para salvar a dos de sus hijos, Aníbal, el mayor, y Asdrúbal, el segundo, que habían luchado junto a su padre aquel invierno. Según Diodoro, Amílcar «pereció bajo las aguas, ahogado por su corcel, pero sus hijos se salvaron». Polibio, en cambio, nos dice solo que murió «valientemente, en una batalla contra una de las tribus más belicosas y poderosas». En otra versión se cuenta que «cayó en combate contra los vetones», una tribu asentada en las proximidades de la actual Toledo.[16]

Estos relatos acerca de la muerte heroica y noble de un conquistador cartaginés apuntan a la raíz de muchos de los problemas que se le plantean a quien pretende escribir la historia

perdida de un pueblo. Amílcar, enemigo implacable de los romanos, fue recordado por ellos como un guerrero y comandante memorable. Se supone que las fuentes originales de las que se sirvieron las historias posteriores que han sobrevivido, ahora perdidas, incluían relatos favorables a él y a Cartago; en ellos aparecería, suponemos, como una figura legendaria, épica. ¿Qué podemos, pues, aprender aquí? Que Amílcar fue, en efecto, una gran figura que ejerció una profunda influencia en el Mediterráneo de finales del siglo III a. e. c., además de un modelo para sus hijos. El mayor, Aníbal, tendría dieciocho o diecinueve años cuando murió su padre, y Asdrúbal sería unos años más joven, con unos dieciséis o diecisiete. Los hijos habrían aprendido al lado de su padre, luchando junto a él, observando y comprendiendo el funcionamiento de la política y del enfoque estratégico mientras este se proponía someter Iberia. Un aprendizaje con mayúsculas, como lo ha definido un gran estudioso de la época, que reflejaba la dura realidad en la que se criaron los hermanos Barca.[17] Los dos mayores presenciaron la muerte de su heroico progenitor en campaña, traicionado por un antiguo aliado, mientras que el menor, Magón, permanecía en el campamento. La muerte de su padre, con el que siempre los compararían, seguramente dejó en estos tres adolescentes un enorme vacío.[18]

El sucesor y yerno de Amílcar también se llamaba Asdrúbal, y alcanzó el mando de los ejércitos de Iberia en calidad de aliado importante en la esfera política y miembro de la familia Barca por matrimonio. A Aníbal, el primogénito de Amílcar, se lo consideraba aún demasiado joven para asumir las responsabilidades de su padre. El carácter de Asdrúbal, así como su mandato, solo se mencionan en las fuentes de pasada, y las críticas que recibió son diversas.

Operaba en todo el Mediterráneo occidental con cierta impunidad, como una suerte de mediador. Lo encontramos en muchos lugares distintos: en el senado de Cartago, en África, guerreando o manteniendo conversaciones con aliados locales, y en Iberia, como mano derecha de Amílcar. Muchas fueron las acusaciones que se vertieron contra Asdrúbal, entre ellas, que compró su poder político mediante sobornos y que se sirvió de su ascendiente en la asamblea popular para influir en los acontecimientos. Esta breve observación nos da, por cierto, una idea más o menos clara del poder político real, aunque ejercido entre bastidores, que tenía la asamblea popular de Cartago, pues Asdrúbal, como dicen nuestras fuentes, dependía del apoyo de ella para aprobar las políticas de los Bárcidas en el senado. Livio llega a afirmar incluso que Asdrúbal recibió el nombramiento de comandante en Iberia únicamente por parte de la asamblea popular y en contra de «los deseos de la élite cartaginesa». Esto aporta otro punto de vista, al aludir al conflicto entre el senado y la asamblea que existía en la república de Cartago, aunque queda la duda de si Livio no estaría más bien reflexionando sobre los problemas del sistema romano, más que sobre la realidad del cartaginés. El caso es que Livio fue aún más lejos y sembró dudas, con aspereza, sobre la masculinidad de Asdrúbal —lo que equivalía, como vimos al principio, a dudar de su integridad—. En resumen, las fuentes, al parecer, no lo estimaban demasiado.[19]

Sin embargo, fue Asdrúbal, al fundar una nueva ciudad en la costa sudeste de Iberia, quien dejaría la huella más duradera del paso de los cartagineses por el territorio. El lugar se llamó «la ciudad nueva» (de nuevo Qart Hadasht), en honor a la Cartago original africana, y pasó a conocerse como Carthago Nova en la versión latina posterior,

o Cartagena, en la región de Murcia, en la España actual. Nueva Cartago se fundó en el 229 a. e. c. y no tardó en prosperar; sobre ella se levanta aún una ciudad situada en uno de los grandes puertos naturales del Mediterráneo occidental, que sigue siendo, hoy en día, la sede de la Armada Española. Aquel nuevo asentamiento proporcionó a los Bárcidas y a los cartagineses un emblema en su nuevo territorio, un centro de poder desde el que era muy fácil acceder a Cartago por vía marítima. Los restos visibles hoy en día en Cartagena pertenecen, en su mayoría, a edificios romanos posteriores, pero el visitante puede aún vislumbrar las murallas originales que construyeron los Bárcidas, magníficos ejemplos de arquitectura defensiva a base de casamatas de diez metros de altura, que abarcaban un paisaje espectacular, con las dos colinas de la ciudad dominando las vistas. Las murallas debían de ser el centro de una bullente actividad, con viviendas para los soldados y los animales, armas y forjas. Nueva Cartago nació con todas las comodidades propias de una sofisticada ciudad del siglo III a. e. c., y la gente acudió a ella en masa, desde todo el Mediterráneo occidental, lo que la convirtió en un centro cosmopolita, habitado por una población multicultural. Tras visitar Cartagena y sus museos y ruinas, y habiendo leído la descripción de Polibio, tuve la sensación de que debió de parecerse a una ciudad colonial en pleno auge, con barcos que iban y venían por el profundo puerto, inmersa en constantes proyectos de construcción, con artesanos, comerciantes y mineros por todas partes, además de soldados mercenarios que se reunían para beber en las tabernas y probar suerte con el nuevo poder.

A la muerte de su padre, Aníbal Barca asumió un papel más activo como lugarteniente de su cuñado y al mando de su propia unidad de caballería. En una célebre descripción del joven, Livio cuenta que los soldados más veteranos veían al padre en la mirada y los gestos del hijo: «Veían en él el mismo dinamismo en la expresión, la misma fuerza en la mirada, la misma determinación en el rostro y los mismos rasgos». En este retrato idealizado, Livio hace hincapié en cómo, gracias al parecido con su padre, el joven era capaz de granjearse automáticamente la lealtad de los soldados. Aníbal era también el joven comandante que contaba con la confianza de su cuñado: «No había nadie a quien Asdrúbal prefiriera poner al mando cuando se requería una hazaña gallarda o emprendedora, mientras que no había otro oficial bajo cuyo mando la tropa tuviera más confianza y espíritu emprendedor».[20]

Mientras Aníbal lideraba su unidad en campañas al norte de Iberia, en lo profundo del territorio celtibérico, los suyos lo aclamaban por comportarse como uno más de ellos, por trabajar duro, sin concederse tiempo para el descanso ni los lujos propios de su posición. Era un hombre hecho y derecho, y gracias a su camaradería y diligencia se ganó la devoción de su ejército: se tumbaba «envuelto en una manta de soldado» para dormir poco, se dice que era hábil y valiente «a caballo o a pie», y que era siempre «el primero en entrar en la batalla y el último en salir». Hay poca información específica o detalles sobre la vida de los hermanos Barca en esos años, pero la descripción de Livio evoca a un joven y vigoroso Aníbal cabalgando hacia la batalla y enseñando a sus hermanos menores el arte de la guerra.[21]

Asdrúbal ejercía un cargo oficial en Iberia, el de «general con plenos poderes», y se casó con la hija de un príncipe ibérico. Este vínculo entre la élite gobernante cartaginesa y la realeza ibérica pone de nuevo de manifiesto lo fluidas que eran las lealtades en aquel periodo, y cómo las alianzas locales marcaban la diferencia entre el éxito y el fracaso. Sabemos que Asdrúbal ya había estado casado con la hija de Amílcar, pero no se menciona el paradero de ella, ni siquiera si seguía viva. Es posible que Asdrúbal desposara a más de una mujer, pero contamos con tan poca información sobre los aspectos prácticos de las costumbres cartaginesas en materia de matrimonios o mando que no nos queda sino especular. La monogamia parece haber sido la tradición, pero las alianzas y los matrimonios mixtos se habrían revelado esenciales para mantener el control del nuevo territorio. Dada la tensa relación entre Asdrúbal y el senado cartaginés, es posible que el comandante actuara como le pareció oportuno. Polibio señaló que «gobernaba Iberia […] sin prestar atención al senado», lo que implica un cambio con respecto al mandato de Amílcar, aunque esto no se afirma claramente en ninguna parte. El título militar y su matrimonio muestran la dualidad del papel de Asdrúbal, que era tanto el guía local entre los iberos como el representante del gobierno de Cartago.[22]

Los éxitos y la creciente independencia de la Iberia bárcida provocaron tensiones y agitación política tanto en el senado cartaginés como entre los romanos. En el año 226 a. e. c., un grupo de senadores romanos, en misión diplomática, visitó el territorio de Cartago en Iberia. Roma había estado ocupada desarrollando su imperio y conquistando el norte de Italia y el mar Adriático, al este, durante los mismos años en que los Bárcidas se expandían por

Iberia. Los romanos también habían pacificado regiones, establecido sus propias colonias y ampliado su territorio. El nuevo encuentro entre los antiguos enemigos tuvo lugar a finales del verano, o quizá a principios del otoño de ese año, y debió de ser un éxito, ya que dio lugar a un acuerdo formal entre ambas partes, denominado Tratado del Ebro. El río Ebro se encuentra en el noreste de la península ibérica y desemboca en el Mediterráneo, en la actual región de Cataluña. El nuevo tratado establecía el Ebro como el límite norte que los cartagineses se comprometían a no cruzar en sus conquistas. Los motivos de Roma para firmar aquel acuerdo son claros: buscaban contener el poder cartaginés dentro de la península ibérica, y especialmente en ese momento, porque la conquista y colonización de la Italia septentrional por parte de Roma estaba en marcha y los romanos se enfrentaban a la amenaza de los galos al otro lado de los Alpes. Polibio escribió que «por el momento [...] los romanos no se atrevieron a imponer órdenes a Cartago ni a entrar en guerra con ella, porque la amenaza de una invasión celta se cernía sobre sus cabezas». Así pues, la afirmación de Polibio de que Roma estaba empleando una medida de contención implica que tenía la intención de entrar en guerra con Cartago más adelante. Mientras tanto, necesitaba contener cualquier posible amenaza.[23]

La motivación de Cartago para firmar el Tratado del Ebro es, en cambio, más difícil de determinar, ya que Polibio decidió omitir el incentivo cartaginés en su historia. Quizá no sabía cuál era, o no le interesaba contárnoslo. Es de creer que los cartagineses también debieron imponer algunas limitaciones a las operaciones romanas. Es posible que esperaran que los romanos se abstuvieran de interferir en su territorio al sur del Ebro y se conformaran con no

expandirse más al norte. ¿Consideraron los cartagineses el tratado de 226 a. e. c. como una aceptación romana de su dominio al sur del río Ebro, al igual que ellos parecían reconocer la influencia romana (o aliada de Roma) al norte del mismo? Es difícil imaginar a los cartagineses tan crédulos después de todo lo que habían vivido con los romanos en las décadas anteriores, y siendo la conquista ilimitada una idea predominante en la época. En este punto de la historia, resulta difícil saber en qué medida el relato de Polibio es una invención para justificar el inicio de la guerra por parte de Roma. Los detalles del acuerdo del Ebro serán esenciales para alimentar las acusaciones romanas contra Cartago, a quien se le reprochó haber roto el tratado, por lo que, aunque ambas partes pudieran tener motivos muy similares para firmarlo, fueron los acontecimientos posteriores los que propiciaron que estos detalles se discutieran durante siglos.

En el año 222-221 a. e. c., cuatro años después del acuerdo del Ebro, Asdrúbal fue asesinado por un aliado ibérico descontento. Aníbal Barca, hijo de Amílcar, ascendió al mando del ejército cartaginés con veinticinco años. Aníbal había pasado de ser un niño a un joven mientras su padre ganaba nuevos territorios, y había alcanzado la mayoría de edad al lado de su cuñado. Había aprendido, además, el arte de la conquista y la diplomacia, junto con sus dos hermanos menores, Asdrúbal y Magón. Los tres se ejercitaron en la lucha a caballo, recibieron clases de estrategia militar y mando y contaron con tutores encargados de transmitirles las habilidades más tradicionales. Un espartano llamado Sosilo les enseñó griego, y no se trataba solo de transmitirles el idioma, sino

también todo lo que este conllevaba: las artes asociadas a la política, la retórica y el liderazgo.[24]

Es posible que antes de llegar al poder Aníbal se casara con una princesa ibérica llamada Imilce, hija de un jefe militar de Cástulo, capital estratégica del pueblo oretano. Cástulo se encontraba en una de las arterias principales del territorio cartaginés y estaba estrechamente vinculada a las ricas minas de la región (véase mapa del capítulo La guerra de los mercenarios). El matrimonio de Aníbal con Imilce habría unido, por tanto, al pueblo de Cástulo con los Bárcidas, cuyos lazos personales, y la lealtad entre ellos y el pueblo ibérico, sellaron a su vez los vínculos con Cartago. A Imilce solo la menciona una fuente mucho más tardía —un poeta épico romano llamado Silio Itálico, cuyo poema, *La guerra púnica*, busca humanizar a Aníbal asociándolo a una esposa y a un hijo—, por lo que la verdad sigue siendo difícil de determinar.

Cuando Aníbal sucedió a Asdrúbal, en el 221 a. e. c., no hubo descanso ni consolidación, sino más conquistas interminables. El nuevo comandante se dirigió de inmediato al norte para luchar contra las tribus olcades. La historia de Aníbal acampado con su ejército frente a la ciudad de Althaia (la actual Altea) evoca a la perfección su modo de actuar en el campo de batalla. Al principio, «aterrorizó» la ciudad con una sucesión incontenible de ataques y la capturó. Esto sucedió tan rápidamente que todas las ciudades vecinas «se sometieron a los cartagineses» sin oponer resistencia. Aníbal, embriagado por el éxito, avanzó más y más en la península ibérica durante aquella campaña, con fuerza y talento. Empujó a sus soldados, los hizo marchar largas distancias a través de una amplia región, y los resultados fueron indiscutibles. Hasta que no hubo

impuesto tributos a todas las ciudades y obtenido los pagos no condujo a sus soldados de vuelta a Nueva Cartago para pasar el invierno.

El éxito de Aníbal como comandante se basaba en sus soldados y en la lealtad que estos le profesaban. Era famoso por tratar a sus hombres con «gran generosidad, distribuyendo entre ellos el botín de inmediato y prometiéndoles más pagos más adelante». Esta capacidad para fomentar y mantener la lealtad y la confianza de sus soldados fue fundamental para su reputación militar. La inquebrantable fe de su ejército en él contribuyó a crear un aura de invencibilidad a su alrededor: sus soldados confiaban en su instinto y él, a su vez, los recompensaba por su devoción. Aníbal, como todos los grandes conquistadores, era un hombre intrépido que asumía riesgos. Necesitaba un ejército que lo siguiera a cualquier parte, que creyera en sus habilidades y que cumpliera sus órdenes al pie de la letra. Logró sus triunfos gracias a su atrevimiento, tomando la iniciativa, superando en ingenio a sus oponentes y confiando siempre en sus propias habilidades.[25]

Sabemos más sobre Aníbal que sobre cualquier otro cartaginés que haya existido. Durante dos décadas, a partir del 221 a. e. c., las fuentes se centran casi exclusivamente en él. Esto tiende a sesgar nuestros conocimientos acerca de Cartago, que giran sobre todo en torno a la vida de un hombre y sus grandes hazañas y aventuras; de alguna manera, la historia más amplia del Mediterráneo occidental, con toda su complejidad, se pierde en el apetito de los grandes militares por las gestas espectaculares. Las andanzas de este hombre, al que tanta atención se le ha prestado, y la audacia de su

mando son el motor de relatos épicos caracterizados por la valentía y la brillantez.

Y así, lo vemos en campaña contra el pueblo de los carpetanos, al norte del río Tajo, cuando, mientras regresaba a Nueva Cartago, se encontró, en gran inferioridad numérica, sorprendido por un ejército que le bloqueaba el paso. El cartaginés, ante la emboscada, se retiró al otro lado del río y atrajo al enemigo tras de sí. Utilizó el agua como barrera y colocó a sus cuarenta elefantes para desafiar a sus perseguidores mientras cruzaba. Polibio cuenta que «los iberos intentaron forzar el paso en varios puntos, [y] la mayoría de ellos murieron al salir del agua a causa de los elefantes». La confusión que sembraron estos animales sirvió de cobertura para que Aníbal y su ejército cruzaran de nuevo al otro lado del río y atacaran a sus enemigos por la retaguardia. La conclusión, sin duda exagerada, es que el cartaginés fue capaz de dispersar a «una fuerza de más de cien mil» hombres.[26]

Durante los primeros años de su mando, Aníbal siguió centrándose en la expansión del territorio a base de grandes hazañas, lo que afianzó su reputación. En el 220 a. e. c. regresó a Nueva Cartago tras la exitosa temporada militar y allí se encontró con una embajada romana esperándole. Se trataba de delegados de alto nivel, vinculados al Senado romano. En aquel momento, Nueva Cartago debía de ser una ciudad muy animada y bulliciosa, y, siendo además el final de la temporada de campañas militares, la actividad de los puertos y la población multicultural debieron de impresionar bastante a la delegación romana. Aníbal los recibió. Se trataba de hombres importantes, acostumbrados a ejercer una gran autoridad, entre los que se encontraban el excónsul P. Valerio Flaco y el

expretor Q. Bebio Tánfilo. Según todos los informes, el encuentro no estuvo libre de incidentes: el joven y audaz cartaginés, seguro de sí mismo, que acababa de regresar de una campaña exitosa, se mostró indiferente hacia los romanos y sus formalidades. Nos hallamos en un momento crucial de la historia de Cartago, en el que todo giraba en torno de una ciudad llamada Saguntum (véase mapa del capítulo La guerra de los mercenarios).

Saguntum (la actual Sagunto, en la provincia de Valencia) estaba situada en la costa oriental de la península ibérica, al sur del río Ebro. En aquel encuentro, los embajadores romanos acusaron a Aníbal de entrometerse en los asuntos internos de dicha ciudad. Su intención declarada era «advertir formalmente a Aníbal que dejara en paz al pueblo de Sagunto, aliado del pueblo romano».[27] Aníbal los despachó con cierto desdén. Los acusó de hipócritas y de entrometerse en la política interna de Sagunto; en concreto, de interferir y causar la muerte de algunos ciudadanos de Sagunto que hicieron públicas sus opiniones favorables a Cartago. A juicio de Polibio, los romanos podrían haber negociado con Aníbal si este hubiera estado dispuesto a aprovechar la oportunidad y a aceptar también la injerencia romana al sur del río Ebro. Pero, en lugar de eso, Aníbal se defendió alegando que un cartaginés «nunca descuida la causa de las víctimas de la injusticia». Los delegados romanos advirtieron a Aníbal que dejase en paz a Sagunto y luego navegaron hacia Cartago para transmitir el mismo mensaje. Aníbal también envió, a la vez, un mensaje a Cartago pidiendo instrucciones e informando de que los romanos estaban entrometiéndose en los asuntos de los aliados cartagineses en la región, al sur del río Ebro. Polibio afirma que «a partir de aquel momento, los romanos fueron

conscientes de que la guerra era inevitable y de que lucharían contra los cartagineses en la península ibérica». Cabe destacar que había transcurrido un año desde el final del periodo de veinte años de pagos por reparaciones de guerra que Cartago había realizado a Roma tras la Primera Guerra Púnica, por lo que en el 220 a. e. c. ya no existían pagos ni ningún tratado, salvo el del Ebro, que mantuviera controladas a las dos partes.[28]

Sagunto era una ciudad importante, ubicada en lo alto de una colina, cerca del mar; bien fortificada, rica e independiente, y rodeada por una fértil llanura, a doscientos cincuenta kilómetros al norte de Nueva Cartago y a ciento treinta y cinco kilómetros al sur del río Ebro. En aquel momento, quedaban pocas ciudades en la península dispuestas a desafiar a los cartagineses, excepto esta. Un rápido vistazo al mapa nos indica que Sagunto se encuentra muy al sur del Ebro, por lo que cabe preguntarse: ¿cómo podía estar protegida en el tratado que Cartago acababa de firmar con Roma? Los romanos, en el 220 a. e. c., reclamaron Sagunto como su aliada y alegaron que Aníbal había interferido en sus asuntos, dando a entender así que los cartagineses eran los agresores. Los cartagineses, por su parte, acusaron a Sagunto de hostilidad hacia los pueblos aliados de Cartago, tanto sus partidarios dentro de la ciudad como los de las tribus vecinas. Los detalles deberían formar parte del acuerdo del Ebro, pero, por lo que sabemos, Sagunto no se menciona en él. No obstante, el hecho es que, en algún momento, entre el 226 a. e. c., cuando se firmó el tratado, y el 220 a. e. c., cuando comenzaron los problemas, se estableció una relación entre Roma y Sagunto, a pesar de que esta se encontraba claramente dentro del área de influencia cartaginesa. Una hipótesis plausible es

que algunos ciudadanos destacados de Sagunto, preocupados por la influencia de Cartago, se pusieran en contacto con los romanos para intentar contrarrestarla, o tal vez con los aliados de estos, los marselleses.

La cuestión fundamental es cuándo se forjó esta alianza entre Roma y Sagunto. Las vagas afirmaciones de Polibio de que era «un hecho reconocido que los saguntinos se pusieron bajo la protección de Roma muchos años antes de la época de Aníbal» no nos dicen nada.[29] Un examen más detallado revela que, entre el 223 y el 220 a. e. c., algunos ciudadanos eminentes de Sagunto, miembros de un grupo favorable a Cartago, fueron ejecutados en la ciudad y los romanos estuvieron involucrados en los hechos. Hubo también otro incidente en el que Sagunto atacó a una comunidad vecina, favorable a los cartagineses. Estos dos acontecimientos, uno interno y otro más allá de la ciudad, fueron los que empujaron a Aníbal a enfrentarse a los romanos. En el siglo III a. e. c. no había nada de inusual en resolver una disputa regional recurriendo a potencias más grandes, pero no es fácil reconstruir la secuencia de los acontecimientos, porque otras intenciones han oscurecido los relatos, eliminando de ellos los detalles.

Aníbal pasó ese invierno en Nueva Cartago y, en la primavera del 219 a. e. c., se dispuso a sitiar Sagunto. Comenzó así un largo y arduo asalto a una ciudad que se había construido expresamente para resistir ese tipo de ataques. Esta vez, frente a las murallas saguntinas, Aníbal aprendió algunas lecciones muy duras sobre lo que supone verse envuelto en un largo asedio. La campaña comenzó entre finales de marzo y principios de mayo, y duró hasta diciembre del 219 o enero del 218 a. e. c. Los romanos no hicieron nada para

ayudar a sus aliados durante todo ese tiempo. Tal inacción pudo deberse, quizá, a desacuerdos en el Senado romano, o, también, si lo miramos desde una perspectiva más cínica, a que los romanos, que se sentían ya preparados para la guerra, provocaron a Aníbal utilizando Sagunto como cebo.[30]

El poeta romano Silio Itálico describe a Aníbal durante el asedio como un hombre que «tañía sus clarines belicosos», ansioso por entrar en «una guerra mayor». El ataque a la ciudad se llevó a cabo en tres frentes, mediante avanzadas técnicas de asedio, como catapultas, balistas, plataformas y torres de asalto. Los saguntinos se defendieron con la misma ferocidad con la que atacaban las tropas cartaginesas. Un nuevo tipo de arma ibera, la falárica, causó estragos entre los cartagineses. Livio la describe como una lanza llameante, de un metro de largo, una jabalina de hierro envuelta en «estopa y untada con brea», tan potente que era capaz de «atravesar el cuerpo de un hombre y su escudo». Tras muchos meses y a pesar de las faláricas, las murallas de la ciudad cedieron y los saguntinos se vieron obligados a retirarse a su ciudadela. Aníbal luchó en primera línea y, en un momento dado, resultó tan gravemente herido por una lanza que tuvo que retirarse del campo de batalla. Por lo demás, no dejó de estar presente «en persona, para dar ánimos», y prometiendo grandes botines de guerra cuando la ciudad cayese.[31] En otro momento tuvo que abandonar el asedio para sofocar una revuelta que se desencadenó entre las tribus de los oretanos y los carpetanos, pero dejó a su lugarteniente Maharbal, hijo de Himilcón, al frente del ataque. Por fin, tras ocho largos meses y sin la ayuda de Roma, Sagunto no pudo resistir más. La ciudad cayó y fue saqueada. A los hombres, mujeres y niños que

se encontraban en ella se los dispersó, masacró, o vendió como esclavos. Fue un final violento para quienes habían osado desafiar a los conquistadores, una historia que acabó convirtiéndose en leyenda épica, que se repitió y recordó sin cesar a partir de entonces, además del detonante de la guerra que vendría a continuación.

Tras la caída de Sagunto, Aníbal regresó a Nueva Cartago y luego continuó hacia Cádiz. Creemos que hizo esto para seguir los primeros pasos de su padre en la península, hasta el lugar donde todo había comenzado cuando aún era un niño, y visitar el templo de Melqart. Allí, depositaría formalmente parte del botín ante el dios, agradeciéndole su protección y apoyo, y quizá implorándole que continuara trabajando en su favor. Para la guerra que se avecinaba, Aníbal necesitaría, con mayor eficacia que nunca, reunir aliados procedentes de todo el Mediterráneo, y su relación con su dios patrón, Melqart, era vital para ello; ya fuera bajo la apariencia de Heracles o en sus versiones fenicia o ibérica, para el joven conquistador era crucial tener de su lado a esta poderosa deidad del occidente colonial. Allí, en Cádiz, en el santuario del templo, debió de sopesar y contemplar sus opciones, la guerra futura y el camino elegido para el viaje que le esperaba.

9

A LOMOS DE SU BESTIA MAURITANA

Casi diez meses después de la toma de Sagunto, desde lo alto de un paso que cruza los Alpes y une la Galia con Italia, el joven Aníbal Barca, de veintinueve años, se dirigió a sus soldados. Los hombres se extendían a sus pies en una hondonada natural, como en un teatro, contemplando al protagonista de un drama. Llevaba dos días esperando en la cima de la montaña, mientras las decenas de miles de hombres, caballos y elefantes exhaustos lo alcanzaban, pues los rezagados y los animales que se habían escapado acababan, de alguna manera, alcanzando el campamento, en la cima de los Alpes que dominan Italia. Habían recorrido un largo camino desde Nueva Cartago para llegar hasta allí, y miraban a su líder, que se dirigía a ellos desde la cima de aquellas montañas salvajes y peligrosas, sin perderse ni una sola de sus palabras. Polibio, que afirma haber hablado con testigos presenciales, dice que Aníbal se percató de que necesitaba levantar la moral de su ejército. Alabó las grandes virtudes de sus hombres y enfatizó la gloria que les esperaba abajo, en Italia. Habló de los aliados que les apoyarían y señaló hacia el sur, hacia la propia Roma. Acto seguido, cruzó la cima del paso y, al frente de su ejército invasor, comenzó el largo descenso hacia la península itálica, hacia la guerra con Roma.

Aún hoy no hay acuerdo sobre qué fue lo que empujó a Aníbal a las montañas y al inicio de la segunda guerra entre Cartago y Roma. Los relatos sobre Sagunto, sobre el asedio y el saqueo de la ciudad, son tan retorcidos y la cronología tan confusa que incluso nuestro mejor cronista antiguo, el griego Polibio, manifestó su frustración con sus fuentes, tildándolas de «vulgares chismes, propios de una barbería».[1] Sin embargo, lo que es seguro es que, a finales del año 219 a. e. c., había una ciudad saqueada en Iberia y un joven general cartaginés en escena, talentoso y enormemente carismático. A medida que Aníbal se desplazaba de un lugar a otro, su leyenda crecía y se exageraba con cada paso que daba. Su figura fue evolucionando y pasó de ser el vencedor en Sagunto a convertirse en el héroe sobrenatural que, al frente de un ejército imposible, conformado por soldados procedentes de todo el Mediterráneo y una manada de treinta y siete elefantes, cruzó los Alpes. No es casualidad que estas historias se basaran en los trabajos del héroe Heracles, la versión griega de su dios patrón, Melqart, cuyo apoyo y protección Aníbal habría invocado, de seguro, durante todo el camino. Cuanto más extremo es el viaje, más heroico es el hombre. Se dice que Alejandro Magno animó a los suyos con los relatos sobre Heracles mientras esperaban, en las proximidades del río Indo, señalando que el griego «no habría obtenido la gloria que lo transformó de héroe en dios» si no se hubiera aventurado fuera de su zona de confort.[2] Y fue este tipo de liderazgo heroico el que Aníbal canalizó en sus campañas contra Roma.

Los diez meses anteriores habían sido frenéticos, ya que las dos mayores potencias de la región se preparaban de nuevo para la guerra. Hubo una gran movilización de tropas, con enviados

diplomáticos cruzando sin cesar el Mediterráneo occidental. Cuando Aníbal regresó a Nueva Cartago, después de visitar el templo de Melqart, en Cádiz, ya era la primavera del 218 a. e. c. El Senado romano había elegido a sus cónsules para ese año, que andaban ya ocupados reclutando efectivos en los «territorios bajo su gobierno» (que es el significado del término latino *provincia*), es decir, Sicilia e Iberia. Estos cónsules eran Publio Cornelio Escipión, a quien se le asignó Iberia como «provincia», y Tiberio Sempronio Longo, al frente de Sicilia y África. Ambos hombres reclutaron seis legiones (con cuatro mil soldados de infantería cada una), lo que sumaba un total de sesenta y cuatro mil soldados de infantería (veinticuatro mil romanos y cuarenta mil «aliados»), a los que había que añadir seis mil doscientos soldados de caballería (mil ochocientos romanos y cuatro mil cuatrocientos aliados) y una flota de doscientos veinte quinquerremes.[3] Roma creía que iba a entrar en guerra con Cartago en Iberia y África, y pretendía conquistar rápidamente estos territorios.

La noticia de la caída de Sagunto debió de llegar a Roma cuando la ciudad se hallaba inmersa ya en sus planes de guerra. Tan pronto como la temporada de navegación lo permitió, una embajada de senadores romanos de alto rango, entre los que se encontraban los cónsules salientes del año anterior, se presentó en el senado de Cartago y exigió la retirada de Aníbal de Iberia. Las recriminaciones volaron entre ambos bandos: cada uno culpaba al otro de la situación. Los senadores cartagineses se negaron a actuar, sabiendo que abandonar Iberia significaba cedérsela a Roma. Debían de ser conscientes, también, de que en aquel momento Aníbal era más poderoso que la propia Cartago, y de que ellos no tenían la fuerza

militar necesaria para imponerle su voluntad. Pero la historia no es tan sencilla, y se discutió también la conveniencia de adoptar, por parte de los dos bandos, un enfoque más pacífico, encaminado a la negociación y a algún tipo de acuerdo, aunque el sentimiento predominante en las fuentes históricas deja claro todo el tiempo que la guerra era inevitable.[4] Excepto la guerra, en el siglo III a. e. c. se contaba con pocos mecanismos para resolver una disputa geopolítica: el camino para todas las partes implicadas era el de la lucha.

Aunque todos estos acontecimientos aparecen en los registros como simultáneos, la planificación de esta guerra debió de llevarles su tiempo a ambos bandos. Los romanos ya habían decidido enviar ejércitos a Sicilia e Iberia en enero del 218 a. e. c. Aníbal también debió de estar preparándose y planificándolo todo antes de la declaración formal de guerra. Además, el cartaginés conocía el plan romano. Su amplia e impresionante red de informadores lo tenía al tanto de los movimientos de Roma, y no dejaría de hacerlo durante los siguientes años de la guerra, lo cual le permitiría ir siempre un paso por delante de sus rivales. Para Aníbal, y para Cartago, era simplemente esencial detener la invasión romana de África, y el plan que se urdió al respecto en Nueva Cartago, a principios de la primavera, era más que audaz. Aníbal y sus ejércitos llevarían la lucha a Italia. Como escribió más tarde el historiador romano Dion, para Aníbal «era mejor ser el primero en actuar que el primero en sufrir».[5]

La ruta terrestre hacia Italia era la única opción para los cartagineses, ya que el mar entre Italia e Iberia lo controlaban los barcos romanos o los de los aliados de Roma. La Primera Guerra

Púnica había demostrado que los cartagineses eran incapaces de derrotar de forma permanente a los romanos y sus aliados en el mar, por lo que decidieron avanzar por tierra. Aníbal, un ávido estudioso de la estrategia y la historia, decidió seguir el consejo del rey epirota Pirro y luchar en Italia para intentar separar a los romanos de sus aliados.[6] Se reunió un ejército en Nueva Cartago y se enviaron emisarios por tierra a Italia para garantizarse los apoyos necesarios. Es probable que Aníbal animara a sus heraldos a avivar el sentimiento antirromano a lo largo de la ruta, hasta llegar a los pueblos celtas del norte de Italia, que recientemente habían combatido contra los ejércitos conquistadores de Roma.

En Iberia, mientras tanto, Aníbal planeó meticulosamente su ataque, recabando toda la información posible a través de sus contactos, sus enviados y sus espías. El flujo de personas que le llevaban información a través de los mares debió de ser continuo, ya que los barcos viajaban desde Roma hasta Cartago e Iberia, pasando por Sicilia. Era habitual sospechar de los barcos dedicados al comercio, acusándolos de espionaje, porque, de hecho, era lo que hacían a menudo: actuar como espías, vendiendo su información, además de su carga, mientras se desplazaban de un puerto a otro. La red de Aníbal era más sofisticada que la mayoría, gracias a sus agentes infiltrados en Roma, y quizá incluso en el propio ejército romano.[7] Era capaz de sorprender todo el tiempo a su enemigo, lo cual es, sin duda, un reflejo del alcance que tenía su red de inteligencia.

Aníbal dejó a su hermano menor, Asdrúbal Barca, al mando de la Iberia cartaginesa, encargado de repeler un inevitable ataque romano. Asistían a Asdrúbal otros comandantes cartagineses y

númidas, así como importantes aliados iberos. Aníbal envió asimismo soldados a África desde la península ibérica (trece mil ochocientos cincuenta de infantería, mil doscientos de caballería y ochocientos setenta honderos baleares) y a la península ibérica, a su vez, desde África para «hermanar […] las dos provincias con un vínculo de lealtad recíproca». Asdrúbal se quedó con una flota de casi sesenta barcos, con una caballería compuesta por «libiofenicios, libios y númidas», junto con infantería procedente de África, y apoyada por ligures y honderos baleares. Estos detalles concretos proceden de Polibio, quien afirmó haberlos leído en una inscripción realizada por el propio Aníbal. Dicha inscripción, hoy perdida, se hallaba en el sur de Italia, en el promontorio de Laconia, cerca de Crotona, en un famoso templo dedicado a Juno Lacinia (véase mapa del capítulo La era de los señores de la guerra).[8] La cuidadosa planificación que llevó a cabo Aníbal y los detalles de sus acciones quedaron grabados para la posteridad en este lugar sagrado.

El ejército de Aníbal lo conformaban «africanos, iberos, ligures, celtas, fenicios, italianos y griegos». No se trataba de fuerzas mercenarias sin más, sino de una mezcla de diferentes unidades y tipos de soldados cuidadosamente entrelazados para formar un ejército cohesionado.[9] Había unidades que luchaban bajo su propio mando y otras que estaban bajo el control de comandantes cartagineses como el hermano menor de Aníbal, Magón, que acompañaba a su hermano en calidad de lugarteniente. Las unidades individuales vestían sus propios uniformes tradicionales y mantenían su identidad en la batalla. Se trataba de un verdadero ejército profesional a sueldo, pero es posible que su atuendo heterogéneo le diera un aire descoordinado, lo que quizá sea uno de

los motivos por los que sus adversarios subestimaron constantemente a Aníbal durante los primeros años de la guerra. El caso es que tal diversidad de soldados tenía una cosa en común: eran extremadamente leales a su comandante y estaban comprometidos con la causa.

El enfoque de Aníbal en lo que respecta al mando y a la guerra era igualitario, y los comentaristas romanos señalaron que valoraba el talento (y el compromiso) por encima del estatus. Su ejército procedía de territorios que se encontraban bajo el dominio cartaginés. Esto incluía, si aceptamos lo que nos dice Polibio, áreas que se extendían desde los Altares de los Filenos, en Libia, hasta la costa atlántica del norte de África y gran parte de la península ibérica. El compromiso de los soldados era, ante todo, con la familia Barca y el propio Aníbal. Livio, ya lo hemos visto, describe al caudillo cartaginés como un soldado duro, que vivía junto a su ejército, que rechazaba los lujos del mando y era valiente, ingenioso, inteligente y capaz de reaccionar con rapidez: el guerrero ideal, en suma.[10] No está claro hasta qué punto estos retratos son genéricos —es decir, la semblanza ideal de un «gran soldado» del mundo mediterráneo posterior a Alejandro— o si reflejan realmente el carácter de Aníbal. El caso es que los atributos específicos del buen mando y del buen soldado, según concebían el liderazgo los antiguos (y, para ser justos, también los modernos), se encarnan aquí.

Probablemente fue a finales de mayo o principios de junio cuando Aníbal abandonó Nueva Cartago. Marchó hacia el norte, en dirección al río Ebro, con el apoyo de noventa mil soldados de infantería y doce mil de caballería, treinta y siete elefantes y miles de animales de carga. El ejército tendría que esperar hasta la primera cosecha

del verano para poder alimentarse durante el camino. Imaginémonos por un instante este enorme contingente marchando a lo largo de la costa, y los relatos y leyendas que lo acompañaban. A aquel ejército, al partir, lo envolvería un aura casi mítica. También había quienes apoyaban a Aníbal de una forma más abstracta, y cuya función consistía en difundir historias y crear leyendas. La gestión del mito de una campaña era, en la Antigüedad, una parte fundamental de su éxito. Aníbal lo comprendió muy bien y se dedicó a cultivar su propia mitología, vinculando su viaje con el del legendario Heracles, cuyo décimo trabajo lo había llevado hasta el extremo occidental del Mediterráneo, donde robó el ganado de Gerión y desde donde marchó luego, por tierra, de vuelta hacia el este. Aníbal se dirigía a Italia siguiendo esta misma senda heroica, conocida en la Antigüedad como «el camino de Heracles». Las monedas, las historias y los relatos de sueños en los que aparecía la figura de Melqart/Heracles, todo ello convergía en una sofisticada presentación de la gran aventura que les aguardaba.

Una vez cruzado el Ebro, el ejército se dividió en tres columnas para afrontar el nada desdeñable reto de los Pirineos. En esta región, entre el río Ebro y las montañas, tuvieron que luchar y enfrentarse a una dura resistencia. Una vez ganada la batalla, Aníbal dejó en la retaguardia tropas al cargo de su lugarteniente Hannón para mantener la autoridad sobre la región ocupada. Sin duda se trataba de un lugar que los romanos intentarían tomar tan pronto como pudieran, por lo que Aníbal quería garantizar cierta protección. Polibio nos cuenta que Hannón se quedó con diez mil soldados de infantería y mil de caballería. Aníbal licenció también el mismo número de tropas tras esta primera ofensiva. ¿Se trataba de un

gesto de buena voluntad para asegurarse la lealtad de sus hombres en Iberia? Una fuente afirma que consideraba estas tropas un recurso estratégico, «por si alguna vez necesitaba refuerzos». Otros diez mil soldados abandonaron también la marcha, deseosos de regresar a casa. Una fuerza reducida, por tanto, compuesta por cincuenta mil soldados de infantería y nueve mil de caballería, continuó su marcha por los Pirineos en dirección a Italia.[11] Avanzaron sin pausa por el sur de la Galia y se adentraron en el interior al llegar a Massalia (Marsella), una ciudad aliada de Roma y ubicada en la desembocadura del río Ródano. Las estimaciones modernas en lo que respecta a una fuerza totalmente equipada como el ejército de Aníbal indican que avanzaban rápidamente, aunque quizá de forma desigual, a un ritmo de unos quince kilómetros al día. Entre las partes más rápidas y las más lentas de la columna se habría extendido un largo gran trecho, pero la media equivale a la distancia indicada por Polibio, de aproximadamente diez millas romanas diarias.[12] No obstante, las fuentes registran que los romanos se sorprendieron por la velocidad con la que avanzaba su enemigo cuando les llegaron las noticias de que el ejército se hallaba ya en el Ródano.

Aníbal, a orillas del caudaloso río, se enfrentó a un desafío épico: el de cruzar lo más rápidamente posible y con seguridad las aguas, con su ejército y los elefantes. Los romanos se encontraban a cuatro días al sur de donde estaban ellos, en Massalia, y Publio Escipión envió exploradores para localizarlos, con la esperanza de combatirlos en la Galia. Era el final del verano y el río estaba en su nivel más bajo, pero aun así seguía siendo un curso de agua formidable. El Ródano actual es un sistema fluvial muy controlado, aunque sigue

impresionando por su profundidad y anchura; en la época de Aníbal habría sido mucho más ancho y salvaje aún. Los detalles del cruce que registra Polibio son fascinantes: Aníbal hizo amigos y utilizó todos los recursos a su alcance para comprar y pedir prestado el suficiente número de embarcaciones fluviales con el fin de realizar la travesía. Le llevó dos días reunir los recursos necesarios y, para entonces, una fuerza de galos hostiles los estaba esperando en la orilla opuesta del río con la intención de hostigarlos mientras cruzaran. Un ejército como el de Aníbal, numeroso y bien abastecido, que atravesaba un territorio como este debía de resultar, sin duda, temible, pero llevaba consigo una enorme cantidad de riqueza en forma de monedas y metales, y era vulnerable cuando tenía que detenerse, romper la formación y cruzar barreras naturales. Los galos de la orilla opuesta no eran más que lugareños oportunistas que buscaban aprovechar la debilidad del ejército cartaginés en el momento del cruce.[13]

Para distraerlos, Aníbal envió a uno de sus comandantes, llamado Hannón (hijo de Bomílcar, el sufete), a cruzar el río más al norte, junto con una pequeña fuerza. La misión de Hannón era dar la vuelta y acercarse al enemigo por la espalda. Hasta que Hannón no estuvo en el lugar acordado, no comenzó Aníbal a cruzar con sus tropas. Iba al frente, animando a sus hombres mientras remaban para enfrentarse a sus adversarios. El ruido de los vítores y gritos del ejército cartaginés era ensordecedor, mientras cruzaban a toda velocidad, hacia los galos, que también entonaban sus gritos de guerra. En una maniobra bien orquestada, cuando los cartagineses llegaron a la orilla este del río, Hannón y los suyos se dispusieron a atacar a las tribus celtas por la retaguardia. Al final, la travesía

resultó bastante fácil, ya que el enemigo se retiró al ver que no tenía ninguna opción. Aníbal se dedicó entonces a la tarea de organizar la travesía de sus elefantes y demás animales.

Los elefantes eran importantes para él, como símbolo de poder y de la identidad de la familia Barca. Además, eran bestias de guerra muy eficaces contra oponentes menos organizados, como los jefes celtas de la Galia y el norte de Italia, o los ejércitos ibéricos, pero resultaron no serlo tanto contra las fuerzas de Roma, más estructuradas. Sin embargo, no se puede subestimar su valor simbólico ni el modo en que la mera presencia de las bestias contribuía a alimentar el aura de Aníbal. A medida que se adentraba en territorio enemigo, esta aura se iba revelando, en ocasiones, como el aliado más esencial para su supervivencia. Si los elefantes que viajaban con Aníbal pertenecían a especies asiáticas, africanas o norteafricanas (ahora extintas) es un tema muy debatido y discutido, como vimos ya en el capítulo 5. Los cartagineses llevaban más de sesenta años utilizando elefantes en la guerra, y seguramente se habrían servido de los que más abundaban en la región y eran más eficaces, es decir, las especies africanas o norteafricanas. Sin embargo, fuentes posteriores mencionan el nombre de uno de los últimos elefantes supervivientes de Aníbal, Suria, quizá una referencia a Siria, lo que relacionaría a ese animal en concreto con el reino seléucida y las variedades asiáticas de elefantes.[14]

Cuando llegó a la orilla este del río, Aníbal se enteró de que el ejército romano y el cónsul se encontraban en Massalia. Envió entonces a quinientos de sus jinetes númidas para estudiar la situación mientras él recibía a los jefes celtas que habían cruzado los Alpes. Habían venido a reunirse con Aníbal y a animar a las tropas,

asegurándoles que tenían aliados esperándoles en Italia. Cuando los númidas regresaron al campamento esa misma tarde, perseguidos por una avanzadilla romana con la que habían entablado una escaramuza, la urgencia de seguir avanzando se hizo aún más patente. La caballería romana llegó al campamento y se dio de inmediato la vuelta para informar a Publio Escipión de que habían encontrado a los cartagineses. Aníbal sabía que su estancia en las orillas del Ródano había llegado a su fin; no podía enfrentarse a los romanos en la Galia, donde contarían con el apoyo de sus aliados, los masaliotas, y podrían elegir el campo de batalla. Tenía que seguir avanzando hacia Italia.

A la mañana siguiente, a orillas del Ródano aún, Aníbal envió a toda su caballería hacia el sur para que sirviera como retaguardia contra los romanos, y a la infantería pesada al norte, que comenzó a desfilar por la orilla este del Ródano, mientras él permanecía en el vado para marchar junto a los elefantes una vez que terminaran de cruzar el río, lo cual es una muestra del valor que Aníbal les concedía a estos animales. Una vez que los vio cruzar, el resto del ejército giró hacia el norte y siguió el curso del río. El asunto de cómo cruzaron el Ródano los elefantes es objeto de muchas discusiones. Según algunos, lo hicieron sobre pontones que se habían construido en la orilla y luego, una vez los elefantes ya habían subido, se habían soltado. Al parecer, los *mahouts* condujeron a los animales a través de las aguas en dichas balsas improvisadas y unidas entre sí, sirviéndose de las hembras como guías. La viabilidad de esta maniobra genera muchas dudas y no parece que nuestras fuentes antiguas hayan tenido en cuenta el hecho de que los elefantes pueden nadar.[15] El cruce debió de atraer a una gran

muchedumbre, procedente de toda la región, de modo que, gracias a la gente, los detalles de la maniobra se recordarían durante siglos, aunque el relato se tergiversara sin cesar, como suele suceder con las historias que se transmiten oralmente. El caso es que, al final, todos los elefantes lograron vadear el río, aunque la corriente arrastró a algunos de sus guías. Una vez que las bestias llegaron a la orilla este, Aníbal dio media vuelta y marchó hacia el norte, río arriba, para subir después a las montañas.

Cuando el ejército de Publio Escipión llegó al lugar del cruce del Ródano, las fuerzas cartaginesas llevaban ya al menos cuatro días de marcha. El cónsul tuvo que volver a Massalia, reagruparse y tomar algunas decisiones difíciles. Una vez de vuelta en la ciudad aliada, resolvió dividir su ejército y enviar a su hermano, Cneo Cornelio Escipión, a Iberia con la mitad de las fuerzas consulares, mientras él zarpaba con la otra parte del ejército hacia Italia. Sabía que Aníbal iba hacia allí y se dispuso a regresar, con la intención de marchar hacia el norte para interceptarlo. La decisión de enviar a su hermano Cneo a Iberia junto con la mitad del ejército consular fue una de las más acertadas de cuantas tomaría un general romano en los cuatro años siguientes. La presencia de un ejército de Roma en la península ibérica significaba la neutralización de cualquier plan que tuviera el otro hermano Barca, Asdrúbal, para reforzar a Aníbal y Magón, ya que los cartagineses se verían obligados a defender su territorio. La guerra se dividió, pues, en dos frentes, y mientras todas las miradas se centraban en el avance de Aníbal por Italia, otra batalla crucial se libraría en el oeste.

Entretanto, Aníbal marchó durante diez días, siguiendo el curso del Ródano, antes de girar hacia el este y comenzar el ascenso. Contaba

con la ayuda de los jefes locales, que proporcionaron al ejército la ropa de abrigo y el calzado necesarios para la difícil travesía. El otoño había llegado y, aunque el tiempo aún era cálido en los valles, en los pasos altos de los Alpes, todos ellos a más de dos mil metros de altura, comenzaba ya a nevar. Dejar atrás las tierras bajas y subir hasta la cima donde se hallaba el paso les llevó otros nueve días de marcha. Aunque tenían guías, los cartagineses se vieron acosados y emboscados constantemente por lugareños hostiles que buscaban robar los objetos de valor transportados por este enorme contingente militar y su caravana de aprovisionamientos. La marcha fue dura en extremo, y muchos soldados y animales perecieron por el camino. El terreno era agreste y aterrador, y los alóbroges, los celtas que habitaban la región, conocían al dedillo cada acantilado alto y angosto y todos los pasos desde los que podían atacar la caravana. Cada movimiento de los cartagineses podía ser el último, y el ejército avanzaba con gran dificultad, como un hilo fino y frágil, expuesto a toda clase de peligros.

Tras nueve largos días, Aníbal alcanzó la cima donde se encontraba el paso. De qué paso se trataba es otra cuestión muy discutida. Las dos opciones más creíbles para cruzar los Alpes son el Col du Clapier y el Col de la Traversette, ambos escarpados y salvajes. Después de años escribiendo, enseñando y pensando sobre Cartago y Aníbal, cuando por fin tuve la oportunidad de subir yo misma al Col de la Traversette, me quedé atónita. No solo era extremadamente peligroso caminar desde el lado francés, siguiendo los pasos del ejército cartaginés, hasta cruzar la frontera con Italia, sino que las imponentes montañas dominadas por los picos del Monviso que se alzaban a nuestro alrededor agrandaban todavía

más la magnitud de la hazaña. Estas montañas cubiertas de nieve y las nubes que se arremolinaban debajo creaban la sensación de estar en otro mundo (véase la figura 22 del cuadernillo de imágenes). No es de extrañar que las sociedades antiguas se maravillaran ante la hazaña de Aníbal y que nosotros sigamos haciéndolo hoy en día.

Durante la última década se han llevado a cabo investigaciones muy concretas en este lugar, que han incluido la excavación, y el consiguiente análisis científico, en posibles campamentos utilizados por Aníbal y su ejército. Entre los hallazgos, se encuentran restos de ADN bacteriano relacionado con excrementos de caballo y datado en el siglo III a. e. c.; estos excrementos proceden de un yacimiento situado en la subida al Col de la Traversette. Los resultados de las pruebas obtenidas en las excavaciones indican que una importante fuerza animal cruzó el paso en ese periodo y que quizá se trató del ejército de Aníbal. Aunque la investigación se encuentra aún en sus inicios, las nuevas tecnologías harán posible que algún día lo sepamos con certeza. Hay muchas personas interesadas en descubrir qué paso tomó Aníbal y dónde se detuvo exactamente para alentar a sus exhaustas tropas haciéndoles saber que toda Italia les esperaba allí abajo.[16]

El ejército llegó al paso casi al tiempo en que las Pléyades, la constelación visible en el cielo a finales de otoño, se esconde, anunciando así la llegada del invierno. El descenso a Italia resultó aún más traicionero para sus soldados y animales, que, sin apenas fuerzas ya, tuvieron que vérselas con un desprendimiento de tierra que bloqueaba el camino y con la capa de hielo del año anterior bajo la nieve fresca y sobre el terreno empinado: una trampa mortal. El

ejército tuvo que bajar con extrema lentitud y abrirse paso por entre las rocas desprendidas, utilizando fuego y vinagre para desmenuzarlas.[17] Cuatro largos días con sus noches anduvieron por los desfiladeros, sin descansar, antes de llegar por fin a una pradera donde los animales pudieron saciar su hambre. Los soldados supervivientes, por su parte, se tomaron unos días de descanso para emprender después la última etapa de la travesía, en dirección a las llanuras del valle del río Po.

En noviembre del 218 a. e. c., Aníbal se encontraba en la península italiana. El viaje desde Nueva Cartago hasta el valle del Po había durado al menos ciento cincuenta días. El ejército había recorrido más de mil ciento veinticinco millas romanas (unas mil millas o mil seiscientos kilómetros) por todo tipo de terrenos y ascendido a las míticas alturas de los Alpes.[18] El número de hombres que sobrevivieron a la hazaña no era ni una sombra de los que partieron desde Nueva Cartago. Aníbal registró en su propia inscripción que sus fuerzas ascendían ahora a veinte mil soldados de infantería y seis mil de caballería. Había perdido, por tanto, «treinta y seis mil hombres, y un gran número de caballos y otras bestias, tras el paso del Ródano».[19] Cuando Napoleón Bonaparte, un entusiasta de la figura del cartaginés, escribió acerca del cruce de los Alpes, afirmó que el Bárcida había «sacrificado la mitad de su ejército por la mera adquisición de su campo de batalla, el mero derecho a luchar».[20] Y aquel, efectivamente, había sido el objetivo: Aníbal había ganado ahora el derecho a luchar en Italia y a obligar a los romanos a retroceder dentro de su propio territorio.

Las invasiones de la península italiana desde el norte son en extremo raras, precisamente porque los altos y poderosos Alpes

constituyen una formidable barrera natural, y habrían de transcurrir otros seiscientos años antes de que aquello volviera a ocurrir. Aníbal había logrado lo que se había propuesto: desplazar el foco de los esfuerzos bélicos de Roma y crearse una leyenda para la posteridad. Su hazaña fue tan impresionante que Polibio se vio obligado a discutir con sus propias fuentes en su crónica de las Guerras Púnicas. Restó importancia a los logros de Aníbal, burlándose casi de «algunos escritores» por su empeño en impresionar a sus lectores con las habilidades sobrenaturales del cartaginés. Dice Polibio que, en su época, unos sesenta años después, la historia era tan exagerada que, efectivamente, «a menos que algún dios o héroe se hubiera encontrado con Aníbal y le hubiera mostrado el camino, todo su ejército se habría perdido y perecido por completo».[21] Porque eso era en lo que creían los habitantes de la península itálica: en el apoyo divino a un viaje mítico. El problema real, sin embargo, era que el ejército de Aníbal no estaba en condiciones de luchar; su vulnerabilidad era extrema cuando alcanzó, en noviembre, el valle del Po, y no podía permitirse perder ahora, después de tanto sufrimiento. Los romanos, por su parte, estaban reuniendo sus ejércitos para enfrentarse a él en el norte.

El cónsul Tiberio Sempronio Longo había estado en Sicilia preparando la invasión de África. Las flotas cartaginesas se enfrentaron allí a los romanos y saquearon cuanto pudieron, con la esperanza de recuperar su ciudad, Lilibea, y detener la invasión prevista. Es evidente que existía una estrategia coordinada entre Aníbal y Cartago, ideada, casi seguro, por el propio Aníbal, que había estado dirigiendo las operaciones militares en todo el Mediterráneo occidental y disponía de los recursos necesarios. La noticia de la

llegada del cartaginés a Italia obligó a los romanos a retirar a toda prisa de Sicilia el ejército consular para enviarlo de vuelta a la península. Roma acababa de conquistar el valle del río Po y había fundado allí una nueva colonia, Placentia (Piacenza) ese mismo año. Se trataba, pues, de una región propicia para que Aníbal explotara el sentimiento antirromano. El Senado de Roma dispuso que los dos cónsules, Publio Escipión y Sempronio Longo, se reunieran con sus respectivos ejércitos en el valle del Po y se enfrentaran a las tropas cartaginesas. Escipión fue el primero en llegar, tras desembarcar en el puerto de Pisa y marchar de inmediato hacia el norte.

Cuando su ejército y sus animales hubieron descansado, Aníbal se dirigió a la principal ciudad del pueblo de los taurinos (probablemente la actual Turín) utilizando estrategias similares a las que había empleado en Iberia. Primero les ofreció amistad y, al ser rechazado, tomó la ciudad por la fuerza. A continuación, incorporó en su ejército a aquellos que se mostraron dispuestos y siguió avanzando, sin dejar de reunir apoyos a su paso. El primer encuentro con un ejército romano tuvo lugar cerca de un afluente del río Po, el Tesino. Livio registró las palabras que el cónsul pronunció, a modo de provocación, antes de la batalla.

> Quiero ver si este Aníbal es de verdad, como él mismo afirma, comparable a Hércules, o si más bien su padre lo ha dejado caer aquí como el mero tributo de un súbdito, como un esclavo del pueblo romano.[22]

Era finales de noviembre cuando ambos bandos se enfrentaron en lo que fue más una escaramuza que una batalla campal. Al norte del río Po, en medio de una espesa niebla, los dos ejércitos se aproximaron el uno al otro, Aníbal desde el oeste y Publio Escipión

desde el este. Acamparon a poca distancia y, a la mañana siguiente, los dos comandantes movilizaron sus respectivos contingentes y los dispusieron para la lucha. Al principio, ambos bandos se mantuvieron firmes, pero la caballería númida de Aníbal atacó a sus homólogos romanos por los flancos y estos huyeron, dejando al cónsul expuesto. Publio Escipión resultó gravemente herido en el enfrentamiento y fue su joven hijo, el que acabaría convirtiéndose en la némesis de Aníbal, quien lo salvó. En aquel frío día de noviembre, los romanos se retiraron a la seguridad de su colonia placentina, y Aníbal y los cartagineses se hicieron con el campo. Aquella primera victoria, pequeña pero significativa, hizo que más celtas del norte de Italia se unieran a la causa de Aníbal.

En Placentia, los auxiliares celtas del ejército romano se rebelaron, sembrando el terror entre los soldados, matando e hiriendo a muchos y decapitando a los muertos. El cónsul no tuvo más remedio que huir de la ciudad y buscar refugio en un campamento establecido en las colinas cercanas al río Trebia. Con la caballería de Aníbal dominando las llanuras del valle del Po, cualquier enfrentamiento allí favorecía al ejército cartaginés. Herido como estaba, el cónsul se vio obligado a ganar tiempo hasta que llegaran los refuerzos, lo que otorgó a Aníbal el control indiscutible de la zona. En consecuencia, más ciudades y pueblos se aliaron con los cartagineses. El socorro llegó para los romanos cuando apareció el segundo ejército consular, el que venía de Sicilia. Los dos cónsules unieron entonces sus fuerzas para intentar derrotar a los cartagineses, inferiores en número. Era pleno invierno, se acercaba el solsticio, y el sistema político romano establecía que los cónsules solo permanecerían en el cargo unas semanas más, hasta que se

eligieran los nuevos. Esto los obligaba, de algún modo, a entrar en batalla, cuando lo más sensato habría sido retrasarla. Aníbal estaba ansioso por enfrentarse a ellos definitivamente; necesitaba ganar, pues toda su estrategia se basaba en conseguir aliados en las regiones que atravesaba, y eso solo podía lograrse derrotando a los romanos.[23]

En un día gélido y nevado, a mediados de diciembre, Aníbal preparó a sus tropas y partió con la intención de hacer salir a los romanos de su campamento. Las crónicas cuentan que alimentó bien a sus hombres y les untó la piel con aceite para protegerlos del frío. Las batallas invernales no eran habituales y Aníbal planeaba aprovechar esto en su beneficio. Dispuso hasta el último detalle el campo de batalla y envió a su hermano menor, Magón, con dos mil jinetes a los pantanos. Cuando su caballería númida irrumpió en el campamento romano y los atrajo al campo de batalla, Aníbal avanzó desde la retaguardia. Los romanos salieron en tropel al encuentro del enemigo, animados, sin duda, por su superioridad numérica y sin prestar mucha atención a las condiciones metereológicas; tenían casi el doble de soldados de infantería en el campo, pero menos caballería. Cuando comenzó la batalla, las dos líneas se enzarzaron en una lucha feroz. La meteorología —el frío, la bruma y la humedad de los pantanos— ralentizaba el avance de la infantería romana pesada. Las legiones no estaban preparadas para las inclemencias del tiempo; no así los cartagineses, más curtidos en batallas y endurecidos por las severas pruebas que habían afrontado. Mientras las dos fuerzas de infantería luchaban, Magón Barca y su caballería entraron en acción, rodeando la retaguardia de las tropas romanas para atacarlas por la espalda. De modo que, aunque la infantería

romana había roto las líneas cartaginesas por el centro de la formación, las legiones se vieron sorprendidas, presas de una maniobra envolvente del enemigo, y sufrieron una derrota incontestable. Los soldados que pudieron retirarse lo hicieron, pero fueron muchos los que perecieron allí, a orillas del río. La victoria obtenida en el Trebia fue crucial para Aníbal; de no haber vencido, su aventura en Italia podría haber llegado a su fin. Ahora era dueño del valle del Po.

Cuando el invierno arreció, los dos bandos se retiraron. Los cartagineses acogieron en sus filas a voluntarios procedentes de toda la región. Aníbal había liberado sin rescate a las tropas auxiliares romanas (es decir, aquellas cuyos integrantes no tenían la ciudadanía), pero mantuvo cautivos a los soldados ciudadanos romanos.[24] El mensaje que transmitía sin cesar era que su lucha se dirigía contra Roma, no contra sus aliados. Y en Roma cundió el pánico. El paso del cartaginés por los Alpes y sus rápidas victorias adquirieron enseguida proporciones épicas, y los ciudadanos de Roma recurrieron a los presagios y a los rituales de purificación. Cuando los ciudadanos de la República perdían batallas y sufrían desastres, pensaban que sus dioses los habían abandonado y que la única manera de salir adelante era ganárselos de nuevo mediante oraciones, ofrendas y sacrificios. Los testimonios que tenemos de aquel invierno del 217 a. e. c. cuentan que dedicaron plegarias públicas a todos los dioses, y se mencionan, en concreto, las realizadas, junto con sacrificios, en el templo de Hércules, lo que nos da una idea de hasta qué punto el manejo que hizo Aníbal del mito, y de la deidad Melqart/Heracles como su patrón, influyeron en el pueblo y en los sacerdotes de Roma.

Llegó el mes de enero y se eligieron dos nuevos cónsules. Se trataba de Cneo Servilio y Cayo Flaminio, que pasaron el resto del invierno reclutando nuevas tropas y «reuniendo a los aliados». Enviaron suministros y hombres a sus bases en Ariminum (la actual Rímini, en el Adriático) y a Etruria, con indicaciones sobre dónde, a su juicio, se libraría la siguiente batalla. Según las crónicas, Aníbal, en sus cuarteles de invierno, aprovechaba para familiarizarse con el terreno, planear sus próximos movimientos y esquivar a quienes pretendían asesinarlo. Según nos dice Livio, los celtas pretendían acabar con él, lo cual es verosímil, ya que entre las fuerzas celtas que se habían pasado al bando de Aníbal sin duda debía de haber agentes romanos infiltrados, como había sucedido, pero al revés, entre los auxiliares romanos.[25] La situación de Aníbal era delicada, ya que se encontraba a merced de sus aliados. A los romanos se les debió de ocurrir que, para poner fin a la invasión, había que cortar la cabeza que la comandaba, y es probable que fomentaran la disidencia entre los celtas receptivos. Mientras tanto, Aníbal se ocupaba del bienestar de sus soldados y también de los animales. Pero los elefantes sufrieron lo indecible aquel invierno: cuando los cartagineses abandonaron sus cuarteles para dirigirse hacia el sur, solo quedaba uno vivo.

Aníbal bajó del valle del Po en dirección al sur en la primavera del 217 a. e. c. Es poco probable que decidiera ponerse en marcha antes de que los pasos de los Apeninos estuvieran despejados, por lo que debió de ser en mayo cuando lo hizo. Avanzar por aquel terreno húmedo y embarrado, el del anegado valle del río Arno, era una ardua tarea para sus soldados. Los africanos y los iberos, así como todas las unidades de combate de élite, iban en cabeza, con la

caravana de suministros tras ellos. Aníbal había situado a sus aliados celtas en el centro de la línea —quizá por temor a que cambiaran de opinión y dieran media vuelta— y a su caballería cerrando la marcha. El mando de la retaguardia se le confió a Magón Barca; Aníbal, por su parte, cabalgaba al frente, a lomos de su último elefante. Fue una marcha muy dura y, tras cruzar los cenagosos terrenos de Etruria, el caudillo cartaginés comenzó a sufrir una infección ocular que desembocó en la pérdida de la vista de su ojo derecho. El satírico romano Juvenal, siglos más tarde, escribió sobre aquel «general tuerto, a lomos de su bestia mauritana».[26]

El nuevo cónsul Flaminio había tomado posición en Arretium (la actual Arezzo, en la Toscana), mientras que Servilio se había apostado más al norte, en Ariminum. Flaminio se encontraba en la frontera entre Etruria y Umbría, y custodiaba la calzada que conducía al sur, hacia Roma. Aníbal acampó cerca de la actual Florencia y envió a sus exploradores a reconocer el terreno. Flaminio había acudido con premura a Arretium ya en marzo, por lo que estaba ansioso por luchar. De hecho, estaba tan impaciente por llegar al campo de batalla con su ejército que tanto Livio como Polibio lo acusan de no respetar a los dioses y de no cumplir con las observancias religiosas, que era el deber ineludible de cada cónsul que tomaba posesión de su cargo. Estas menciones de la falta de respeto a los dioses bien podrían estar ahí como justificación de los acontecimientos que siguieron a principios del verano del 217 a. e. c. —ya hemos visto anteriormente la importancia que el correcto desarrollo de las prácticas religiosas, así como las creencias supersticiosas, tenían en la República romana, sobre todo en lo que concierne a sus empresas militares—.

Aníbal y su ejército desfilaron justo delante de los cuarteles romanos en Arretium para hacer ver al cónsul y a sus legiones que marchaban hacia Roma. Se desviaron entonces hacia el este y continuaron su avance por el terreno llano que se extendía bajo la ciudad de Cortona, manteniendo a su derecha el lago conocido como Trasimeno. Los cartagineses prendieron fuego a los campos para incitar a los romanos a entrar en combate, y Flaminio no pudo resistirse y salió tras ellos. Contaba con unos veinticinco mil soldados, entre legiones y auxiliares, e iba en pos de los cartagineses mientras estos avanzaban hacia el este, al tiempo que el otro cónsul, Servilio, descendía desde el norte. Los romanos esperaban así atrapar a los cartagineses entre sus dos ejércitos y aplastar a Aníbal, pero no fue esto lo que ocurrió. El cartaginés, mientras avanzaba por la estrecha franja de tierra que separaba la colina y el lago, se percató de lo espesa que era la niebla en aquella zona, en esa época del año, y comprendió que podría atrapar a Flaminio y sus legiones antes de que ellos hicieran lo propio con él. Al norte del lago se extiende una pequeña llanura, más allá de un paso angosto, y fue en este estrecho desfiladero donde Aníbal apostó a sus soldados, dispersándolos por las colinas y el resto del espacio circundante. Después, durante toda la noche, se ocupó sin descanso de los preparativos para emboscar al ejército romano que le pisaba los talones.

Alrededor del solsticio de verano, tal vez incluso ese mismo día, en la densa niebla de una mañana de junio, el ejército romano al mando de Flaminio se dispuso a entrar en el desfiladero para seguir a Aníbal y a los cartagineses. No se le ocurrió que Aníbal pudiera haber escondido su ejército en aquel angosto pasillo situado en la

orilla norte del lago Trasimeno, y los romanos cayeron de cabeza en la trampa. La niebla era tan espesa que las tropas romanas no podían ver cómo las atacaban, pero sí oírlo. Los soldados enemigos las rodeaban por todas partes, y se vieron totalmente indefensas. La derrota fue total: el ejército cartaginés arrasó a los romanos, matando al cónsul y a quince mil de sus hombres. Sus cadáveres yacían por todas partes, y aquel día de verano, cuando el sol se abrió paso por fin entre la niebla, el campo emergió cubierto de muertos. Una vez más, Aníbal volvió a mostrarse clemente con los auxiliares que habían sobrevivido y los liberó, permitiéndoles volver a casa o unirse a la causa cartaginesa. A los ciudadanos romanos, como era costumbre también, los mantuvo en cautividad para pedir rescate.

Días más tarde llegaron a Roma noticias de una nueva derrota, además de la acaecida en Trasimeno. A los informes de la muerte de Flaminio les siguió el relato del desastre que sufrió la caballería del otro cónsul, Servilio. Servilio se enfrentó a la caballería cartaginesa, que estaba al mando de Maharbal, lugarteniente númida de Aníbal y comandante de su entera confianza. La caballería romana sufrió, también esta vez, una derrota sin paliativos, lo que dejó fuera de combate a los dos ejércitos consulares que se habían reclutado ese año, uno del todo destruido y el otro sin caballería. Los ejércitos romanos restantes quedaron aislados de Roma debido a la presencia de Aníbal en el centro de Italia. Era el momento propicio, si esa hubiera sido la intención de Aníbal, de avanzar hacia el sur, hacia Roma. Nada se interponía en su camino, pero, en lugar de hacer eso, se dirigió hacia el este de los Apeninos, a la región de los picenos, receloso tal vez de la capacidad de Roma para levantar otro

ejército y volver a plantarle cara con nuevos soldados. Allí, en la actual región de Las Marcas, entre pueblos enemigos de Roma desde mucho tiempo atrás, se dedicó a cuidar de sus animales y de sus soldados al calor de la costa adriática. Es posible también que, por primera vez desde que había abandonado Iberia, volviese a tener desde allí comunicación directa con Cartago.

Los romanos, inmersos en una honda crisis, se vieron obligados a elegir un dictador que sustituyera a los cónsules. El honor recayó en Fabio Máximo. Los conflictos y disturbios no tardaron en aflorar en la ciudad: la gente estaba angustiada y atemorizada, mientras que la clase política se hundía en recriminaciones y disputas internas, con familias rivales pugnando por influir en la toma de decisiones. El caballerizo mayor de Fabio Máximo, llamado Minucio, era su oponente político, lo que da una idea del alcance de la división que sufría la ciudad en ese momento. Pero Fabio Máximo tenía un plan, consistente en evitar cualquier enfrentamiento con Aníbal y el ejército cartaginés. Perseguiría a los cartagineses a través de toda la península, se serviría de su superioridad numérica con el fin de desgastar al ejército enemigo, obligarlo a cometer un error y, entonces, atacarlo. Llegó a la conclusión, analizando lo sucedido, de que, cuanto más tiempo consiguiera evitar que Aníbal librara batallas y las ganara, menos probabilidades tendrían los cartagineses de hacerse con la victoria total. La estrategia suscitó mucha hostilidad entre el mando militar romano, y Fabio Máximo recibió el apodo de *cunctator*, que en latín significa «el lerdo», y que ha permanecido como su epíteto para la posteridad.

Fabio Máximo y los romanos siguieron a Aníbal desde el 217 a. e. c., durante el otoño y el invierno, mientras este se desplazaba hacia

el sur, hacia la región de Apulia y Campania, con el objetivo de mantener alejados a los aliados de los romanos. Durante ese tiempo, los dos bandos no llegaron a enzarzarse en una guerra total, aunque hubo escaramuzas y, sobre todo, un interminable juego del gato y el ratón. Las ciudades de esas regiones se vieron obligadas a vivir caminando sobre la cuerda floja, atrapadas entre dos potencias rivales, tratando, por un lado, de apaciguar a los enfurecidos romanos, pero también, quizá, echando alguna que otra mirada interesada a Aníbal y los cartagineses. Sin embargo, pocos estaban dispuestos a comprometerse con la causa del Bárcida, que se vio obligado a desplazar continuamente sus tropas para evitar quedar encerrado entre dos ejércitos romanos y sus ciudades aliadas, mientras reunía suministros y se esforzaba por alimentar y mantener operativo a su ejército de casi cincuenta mil hombres. Necesitaba volver a luchar contra los romanos y necesitaba que eso ocurriera cuanto antes.

Aníbal pasó el invierno en Apulia, en la ciudad de Geronium, intentando gestionar aquella otra gran ciudad en la que se había convertido su campamento itinerante, clasificando los suministros de alimentos, reparando las armas y entrenando a los nuevos reclutas. Pero, sobre todo, necesitaba averiguar cómo preparar el teatro de operaciones para librar una nueva batalla contra los romanos. En Roma, mientras tanto, durante aquel invierno de 217-216 a. e. c., se eligieron nuevos cónsules y se reunió un enorme ejército. Los dos hombres agraciados con el cargo, Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón, tomaron posesión de la dignidad consular en marzo de 216 a. e. c., pero no se incorporaron a los ejércitos en el campo de batalla hasta junio o julio, ya que se dedicaron a agrupar y llamar a

filas a todos los auxiliares que fueron capaces de encontrar. Las tácticas de Fabio Máximo habían supuesto para los romanos un respiro que les permitió reagruparse y, en el verano de 216 a. e. c., se sintieron preparados para enfrentarse de nuevo a Aníbal. Los cartagineses abandonaron sus cuarteles de invierno y tomaron una ciudad llamada Cannas, en la llanura de Apulia, cerca del río Aufidus (hoy, el Ofanto). La urbe era un almacén de cereales romano; las líneas de suministro, en consecuencia, se rompieron, y aquel fue el detonante de la batalla. Aníbal y su ejército esperaron en Cannas a que llegaran sus enemigos. Es difícil saber con certeza el número de tropas con las que contaban ambos bandos: Livio y Polibio determinan los combatientes de Aníbal en diez mil jinetes y cuarenta mil soldados de infantería, cincuenta mil en total, casi el doble de los que habían descendido de los Alpes. En cambio, según nuestros registros, los romanos contaban con un gran número de efectivos; tanto Livio como Polibio hablan de más de ochenta mil soldados. La intención de Roma era acabar de una vez con aquella guerra, y es muy posible que su ejército fuera, efectivamente, el doble de grande que el de Aníbal.[27]

A finales de julio del 216 a. e. c., aquel enorme ejército romano acampó a dos kilómetros de la ciudad de Cannas, a orillas del río. Ambos bandos se enfrentaron en escaramuzas, pusieron en práctica sus tácticas y cambiaron de posición. Los dos cónsules en el campo de batalla se turnaban en el mando cada día. Un día mandaba Emilio Paulo y, al siguiente, Varrón. Cualquier desavenencia entre ellos, por leve que hubiera sido, en lo que respecta a las tácticas y la visión de la guerra, habría supuesto, sin duda, una ventaja para Aníbal y los cartagineses, que, para ser justos, necesitaban cualquier ventaja

que pudieran obtener, dada su situación. Mover a tantos hombres y equipos era un proceso muy lento. Se tardó dos días en trazar las líneas de batalla, en la orilla del río, frente al lugar donde los romanos habían establecido su campamento. Los hombres estaban ansiosos por entrar en combate, y en el aire se respiraba la tensión. Por fin, una mañana temprano, mientras un fuerte viento soplaba desde el sur, el general Varrón dispuso su frente de batalla. Todo su ejército, desplegado en una larga línea, miraba hacia el sur, con la caballería en los flancos y la infantería en el centro. Aníbal movió a sus hombres, ajustando la formación para contrarrestar la superioridad numérica romana.

Todos los soldados de Aníbal estaban en sus puestos y sus lugartenientes, listos para ejecutar el plan. Su hermano Magón se encontraba a su lado, en el centro de la línea de batalla, con la caballería a derecha e izquierda. Los comandantes romanos presentes en el teatro de operaciones, incluidos los dos cónsules supervivientes del año anterior, dirigían los ataques, estratégicamente situados a lo largo de todo su frente de batalla. Cuando la lucha comenzó, las fuerzas de Aníbal, debido a su inferioridad numérica, vaciaron el centro de su línea, y los soldados se desplegaron hacia los flancos. La infantería pesada romana avanzó entonces hacia el debilitado centro, una maniobra que Aníbal había previsto. Su intención era que los romanos rompieran sus líneas de infantería, como habían hecho en el Trebia, por lo que mantuvo a su infantería africana en reserva, detrás de la línea delantera conformada por iberos y celtas. Poco a poco, a medida que los romanos fueron avanzando, la línea cartaginesa comenzó a volverse hacia el interior, rodeándolos. La infantería africana atacó

desde los lados, mientras que la caballería númida, que había ganado la pugna en los flancos, hizo lo mismo por la retaguardia. De modo que la totalidad de las fuerzas romanas acabó envuelta por el ejército cartaginés, que la masacró sin cuartel (figura 23).

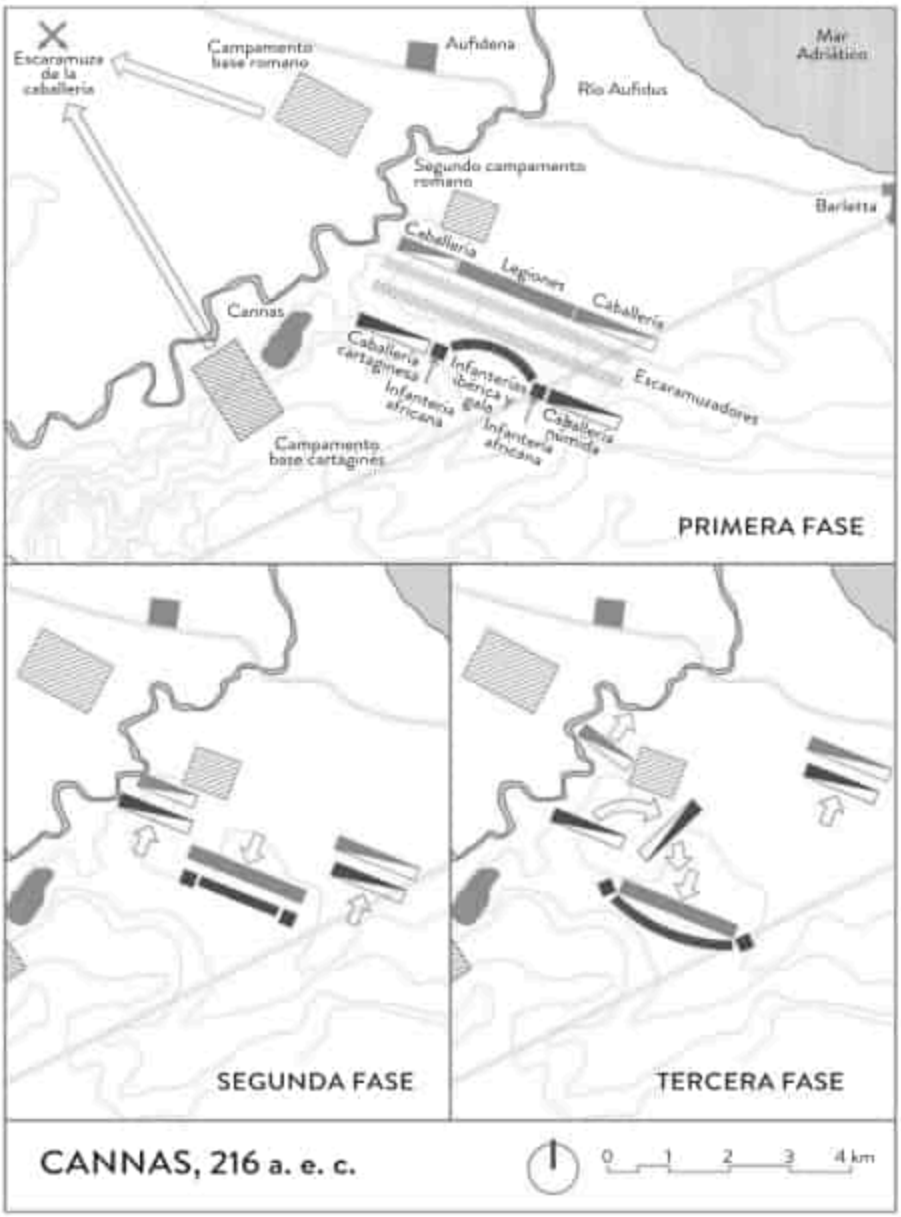


FIGURA 23. Esquema de las fases de la batalla de Cannas.
© Artifex Design Ltd.

Es imposible calcular el número total de muertos: solo en el bando romano se cifran en unos cuarenta y cinco mil. Livio incluye en su relato una lista de caídos en el campo de batalla a la que, al parecer, tuvo acceso. Entre los muertos romanos se encontraban el cónsul en funciones, Lucio Emilio Paulo, así como «los dos cuestores de los cónsules […] y veintinueve tribunos militares, algunos de los cuales eran antiguos cónsules, pretores y ediles». La lista también incluía al excónsul Servilio, al caballerizo mayor Minucio y a «ochenta senadores u hombres que habían ocupado cargos que les daban derecho a ser elegidos para el Senado». La élite gobernante de Roma había sido, en fin, aniquilada. La victoria era completa para el cartaginés y su ejército. También los cartagineses perdieron a muchos hombres en la lucha, pero Aníbal se alzaba por fin triunfante sobre Roma. Y, desde aquel momento, desde aquel día del año 216 a. e. c., se lo ha celebrado como uno de los mayores estrategas militares de todos los tiempos, y ha sido venerado a lo largo de milenios por su talento y brillantez en el campo de batalla.[28]

10

EL VICTORIOSO SIN VICTORIA

Al día siguiente de la batalla de Cannas, el panorama era espantoso. Al amanecer, el vapor se elevaba desde los cuerpos aún calientes de los muertos y heridos, lo que hacía que la lúgubre tarea de peinar el campo de batalla y recoger el botín resultara impactante, incluso para los vencedores. Las guerras antiguas se libraban a base de estrechos combates cuerpo a cuerpo, tanto entre la infantería como entre la caballería, usando espadas y lanzas. La muerte llegaba por heridas que quizá no mataban en el acto, pero sí incapacitaban. En Cannas, los cartagineses eran tan inferiores en número que no tuvieron más remedio que intentar incapacitar al mayor número posible de enemigos lo más rápido posible. Livio describe un cuadro horripilante, con muslos y tendones de las rodillas cortados, donde hombres moribundos luchan por levantarse de entre el caos, solo para ser derribados de nuevo, mientras algunos suplican un rápido final para su sufrimiento. Aníbal asumió el solemne deber de enterrar a sus soldados caídos y de garantizar los honores debidos al cuerpo del cónsul romano. Hasta que no hubo hecho esto, no comenzó la larga tarea de recoger el botín y los despojos de la victoria, contarlo todo y repartirlo entre sus hombres.[1]

Su ejército había vencido a los romanos de forma tan contundente que probablemente a Aníbal ni se le pasó por la cabeza que Roma

no fuera a solicitar la paz. Su comandante de caballería, Maharbal, lo animó a marchar sobre la ciudad en ese mismo momento, a recorrer los cuatrocientos kilómetros que los separaban de ella y rematar la faena. Pero Aníbal se negó, y desde entonces los historiadores no han dejado de preguntarse por qué. Es difícil ponerse en su cabeza. Quizá seguía pensando, receloso, que Roma disponía aún de capacidad para reunir más ejércitos, además de ser consciente de que había perdido muchos hombres en el campo de Cannas. ¿O es que ni siquiera se lo planteó? ¿Había tenido alguna vez en mente tomar la ciudad de Roma? Quizá estaba convencido de que la victoria obtenida en Cannas era suficiente, que Roma no tendría más remedio que capitular, pues, en cualquier otra situación parecida, en todo el Mediterráneo, la magnitud de la derrota que había sufrido en Cannas habría desembocado en un tratado de paz. La guerra rara vez tenía como objetivo la destrucción de todo un Estado o una ciudad, sino la imposición de condiciones al vencido por parte del vencedor.

Aníbal, siguiendo la costumbre, envió a diez prisioneros romanos, acompañados por un cartaginés llamado Cartalón, de vuelta a Roma para negociar un acuerdo. Al mismo tiempo, envió a su hermano Magón a Cartago con noticias de la victoria. Y después de Cannas, el relato histórico deja a Aníbal para seguir a estos dos grupos, además de centrarse en los romanos y su contraataque. Hasta ese momento de la guerra, las fuentes romanas seguían la trayectoria de la familia Barca de Cartago y su ascenso al poder. Tras Cannas, esas mismas fuentes cuentan que, en la hora de su crisis más profunda, grandes hombres se levantaron en Roma para desafiar a su enemigo más hostil, y estos hombres del periodo intermedio de la República serían

aquellos en quienes descansaría toda la grandeza futura de la ciudad. El relato histórico da un giro también para seguir las andanzas de Magón Barca, de vuelta en África, y al joven romano Publio Escipión desde el campo de batalla de Cannas hasta su redención. Todo se desarrolla, pues, como una saga familiar protagonizada por dos clanes, uno cartaginés y otro romano —tendemos a olvidar la naturaleza íntima y familiar del poder durante aquel periodo—. Esta guerra se recordaría, a la postre, como una batalla entre los Bárcidas cartagineses y los Escipiones romanos, ilustres comandantes que batallaron en una época propicia a las leyendas. Al menos, así era como los romanos querían que la historia fuera recordada. Pero la realidad sobre el terreno era mucho menos noble, y la verdad de la gran derrota, mucho más cruda.

En aquellos días, después de Cannas, Roma entró en pánico absoluto. Cuando el Senado rechazó el acuerdo de paz ofrecido por Aníbal, una histeria generalizada se apoderó de la población. Los ciudadanos se enfrentaban entre sí y recurrían a los dioses. Se responsabilizó del desastre a dos de las vírgenes vestales, las guardianas del altar sagrado de la ciudad: una de ellas fue enterrada viva y la otra se suicidó. Se eligió un dictador, se reclutaron más tropas y se ordenaron consultas de emergencia con los textos sagrados de los romanos, los libros sibilinos. Estos textos religiosos ordenaron a los romanos realizar sacrificios humanos, por lo que dos galos y dos griegos, hombres y mujeres, fueron ritualmente enterrados vivos en un lugar del Foro Boario,[2] un recinto marcado con piedras donde ya se habían realizado sacrificios anteriormente. Los romanos buscaron también ayuda divina en otros lugares. Enviaron a un hombre llamado Fabio Píctor al santuario panhelénico

de Delfos, en Grecia, para que consultara al oráculo del dios Apolo. Como escribió el poeta romano Ennio sobre la guerra, «el vencedor no es vencedor si el vencido no se considera tal».[3] Y Aníbal había derrotado a un enemigo que no se consideraba vencido.

Los aliados de los romanos no los abandonaron en este momento de tribulación. Muchas de las ciudades de los Estados latinos y de otras zonas se mantuvieron fieles a su alianza. Pero no faltaron, tampoco, las deserciones, como detalla Livio en una lista en la que señala que, entre los pueblos del sur de Italia que se pasaron al bando de Aníbal, se encontraban los brucios de la región que comprende la actual Calabria, los apulianos, que habían sido testigos de la derrota, y varios samnitas y lucanos de la región situada en el centro sur de la península itálica, que habían librado sus propias guerras contra Roma hasta hacía relativamente poco. La defección más significativa fue la de Capua, una importante ciudad de Campania, y antigua aliada de los romanos, que también cambió de bando.[4] Otras ciudades clave permanecían indecisas, más preocupadas por cuestiones políticas regionales que por el poder romano o cartaginés. La naturaleza de las relaciones entre los diferentes grupos lingüísticos y étnicos de Italia hacía que la cohesión y la cooperación entre ellos no resultasen de ningún modo sencillas.

Los romanos tenían aún capacidad e influencia suficientes para impedir que Aníbal accediera a un puerto importante de la costa occidental de Italia, y el carácter fragmentario de la alianza cartaginesa hizo que Aníbal pasara gran parte de los años siguientes defendiendo a sus nuevos aliados de los ataques romanos, en lugar de consolidar la victoria. Además, del campo de Cannas surgió un

nuevo grupo de jóvenes élites romanas, todos ellos soldados que habían sobrevivido a la batalla y huido con el cónsul Varrón a la cercana Venusia (la actual Venosa). Allí, estos hombres, unos diez mil, según se dice, juraron proteger Roma y se convirtieron en generales de nuevo cuño. Entre ellos se encontraba el joven Publio Escipión, cuyo padre y cuyo tío estaban en Iberia, luchando contra los cartagineses que comandaba Asdrúbal Barca. El joven Escipión y sus compañeros habían aprendido a combatir a Aníbal durante aquellos duros años. Y de aquel grupo renació la esperanza.

Entre la determinación de resistir y la entrega a los rituales, Roma rechazó la paz con los cartagineses. Mientras tanto, Magón Barca se presentó en el senado de la ciudad de Cartago y anunció la victoria. En la entrada del senado, tras enumerar con detalle a los derrotados, hizo arrojar, con dramatismo, todos los anillos de oro de los *equites* (caballeros) romanos caídos en la batalla —una parte del botín del campo de Cannas— para enfatizar la inmensidad de la gesta. Estos anillos de oro se amontonaron allí mientras la noticia se extendía entre la población. Magón presionó entonces al senado para que enviara ayuda, refuerzos y más suministros a Aníbal y a su ejército. Según cuenta Livio, Magón obtuvo cuatro mil jinetes númidas más y cuarenta elefantes, junto con una cantidad indeterminada de fondos en «talentos de plata». Magón, y otro comandante cartaginés cuyo nombre desconocemos, fueron enviados a Iberia con aquellos fondos para que reclutaran allí otros veinte mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes más.[5] La guerra que se libraba al mismo tiempo en Iberia, donde Asdrúbal Barca no había dejado de combatir en ningún momento contra los romanos dirigidos por los Escipiones más mayores —el procónsul

Publio el Viejo y su hermano Cneo—, había sido muy dura. Justo cuando Magón Barca se disponía a partir, llegaron a Cartago las noticias de una derrota en Iberia. A consecuencia de ello, las tropas destinadas a Aníbal tuvieron que acudir a la península ibérica y no llegaron nunca a Italia.

Entre el verano de 216 y el año 212 a. e. c., la guerra se extendió por todo el Mediterráneo occidental sin que se perdiera el equilibrio entre los dos bandos. Las narraciones se centran en los comandantes romanos que lucharon contra Aníbal y en los combates librados en Italia, pero los campos de batalla de Iberia, Sicilia y África no fueron menos importantes, ya que la población del oeste del Mediterráneo también se vio arrastrada sin remedio a la lucha. Tras Cannas y la brillante victoria de Aníbal, incluso los grandes reyes de Oriente se interesaron por lo que estaba sucediendo en Italia. Aun así, se mantuvieron al margen, excepto Filipo v de Macedonia, que se alió con Aníbal y Cartago. Los reyes antigónidas de Macedonia, descendientes directos de Alejandro, gobernaban la región situada frente a la costa oriental de la península italiana y habían pleiteado con Roma a causa de Iliria, en la costa adriática. El tratado entre Filipo y Cartago era una forma de contener la creciente influencia de Roma en la región. Solo sabemos de la existencia de aquel acuerdo porque una patrulla romana capturó al embajador que envió Filipo, y a algunos miembros del senado cartaginés, cuando abandonaban la ciudad de Locri, en el sur de Italia. Más que el tratado en sí, que apenas tuvo repercusiones, fue su impacto psicológico lo que, quizá, reforzó la causa de Aníbal.[6] Lo que preocupaba de verdad a Cartago y a Aníbal era el control que Roma ejercía sobre las zonas costeras, pues los romanos seguían

demostrando su superioridad naval, lo que frustraba a Aníbal, que se veía falto de apoyo directo procedente de Cartago.

Durante aquellos años, para la mayoría de la población la realidad de cada día era la penuria y la lucha. Muchas pequeñas comunidades, atrapadas entre las dos potencias, tuvieron que negociar su propia supervivencia y rezar por haber elegido el bando ganador, ya que la venganza del otro sería, sin duda, cruel. Sicilia volvió a convertirse en escenario de la guerra entre Cartago y Roma, y el foco de atención se centró en la ciudad de Siracusa. Aunque los siracusanos eran aliados de Roma desde hacía mucho tiempo, cambiaron de bando tras la batalla de Cannas, una vez que su antiguo rey Hierón II murió, alrededor del 215 a. e. c. Entonces Siracusa impulsó la causa cartaginesa y la recuperación de los puertos de Sicilia permitió a Cartago contrarrestar el dominio romano en el mar, así como abastecer más directamente a Aníbal en Italia. Por su parte, en el 213 a. e. c., Roma envió a Sicilia un gran ejército al mando de Marco Marcelo para sitiar Siracusa. Marcelo contaba con las técnicas de asedio más avanzadas de la época, y una flota que transportaba máquinas flotantes y sofisticadas catapultas navegó hasta el puerto de la ciudad. Sin embargo, las armas de asedio romanas no pudieron con las defensas de Siracusa, que contaba con algunas de las murallas más avanzadas y los sistemas de defensa más complejos de todo el Mediterráneo. El mérito de la defensa de Siracusa recae en el famoso científico y matemático Arquímedes, oriundo de allí. Se cree que fue el propio Arquímedes quien diseñó las líneas defensivas y la estrategia para proteger la ciudad, aunque, dada la complejidad que aparejaba su construcción, aquel proceso debió de requerir mucho tiempo para

llegar a ser tan eficaz, más tiempo que el de la vida de un único hombre.[7]

No obstante, la memoria y la historia romanas han otorgado a Arquímedes el papel protagonista en la defensa de Siracusa. Su historia y la del comandante Marcelo son un ejemplo de cómo, a lo largo de los siglos, los relatos de la Segunda Guerra Púnica se transformaron en leyendas que a menudo se reducían a hazañas individuales. Sin embargo, y aunque pueda ser exagerado, lo que se cuenta sobre las máquinas de contraataque de Arquímedes dentro de Siracusa sigue pareciendo milagroso. Se le atribuyó el diseño de armas específicas contra el asedio que funcionaban como catapultas o vigas sólidas, encargadas de lanzar pesadas rocas sobre los barcos, junto con «ganchos de agarre y pequeñas catapultas llamadas escorpiones». Los defensores de Siracusa utilizaron dichas máquinas con gran acierto: hundieron barcos enemigos, atravesaron sus líneas de infantería y sembraron el caos entre las tropas romanas. Por cada estrategia que los romanos desplegaban, había una contramedida, atribuida a la mente milagrosa de Arquímedes. Tan impresionante fue la defensa de la ciudad, ideada por Arquímedes, que Polibio escribió: «Mientras él estuvo presente, ellos [los romanos] no se atrevieron ni siquiera a intentar un ataque mediante ningún método que él pudiera contrarrestar». Los ingeniosos artilugios de Arquímedes resultaron increíblemente eficaces. A consecuencia de ello, los romanos optaron por mantenerse a una distancia prudencial de las murallas e imponer un bloqueo, con el objetivo de forzar la rendición de Siracusa por la vía del hambre, para lo cual procedieron también a cortar las rutas terrestres y marítimas por las que se accedía a la ciudad.[8]

En la primavera del 212 a. e. c., Marcelo había logrado algunos avances, pero la extensión de las murallas defensivas y las intrincadas capas por las que se accedía a la ciudad hicieron que solo pudiera tomar una parte de ella. Según el geógrafo romano Estrabón, la antigua Siracusa tenía la forma de una pentápolis, una ciudad conformada por cinco asentamientos.[9] Como vimos en el capítulo 4, el corazón y el centro de la urbe era la isla de Ortigia, situada entre los dos puertos. Pero había también barrios repartidos por el continente, todos ellos protegidos por murallas defensivas. Las murallas de Siracusa rodeaban tanto la isla de Ortigia como los barrios del continente. Según Estrabón, tenían una longitud de ciento ochenta estadios (unos diecisiete kilómetros) y, al norte, abarcaban una vasta meseta conocida como Epípolas.

Marcelo y las tropas romanas habían tomado aquella meseta, por lo que controlaban parte de la ciudad y podían divisar el centro, que seguía en manos cartaginesas. Cartago, por su parte, intentó romper el bloqueo y levantar el asedio, pero los suministros para los asediados solo consiguieron llegar de manera esporádica. Se produjo entonces una especie de estancamiento, con combates callejeros y pocos avances por ambas partes, durante el largo y caluroso verano del 212 a. e. c. En otoño, una plaga diezmó ambos ejércitos, aunque parece que afectó con mayor intensidad a los cartagineses asediados, lo cual es verosímil, estando, como estaban, confinados en un espacio urbano tan reducido. Cuando la plaga acabó con la vida del general cartaginés Himilcón y la del líder siracusano cartaginés Hipócrates, la ciudad cayó finalmente en manos de Marcelo.

La conquista de Siracusa por Marcelo marcó un punto de inflexión en la guerra y se acabaría revelando como un momento crucial en la historia del ascenso de Roma hasta convertirse en imperio. La vista de la hermosa ciudad que se extendía ante él conmovió tanto al general romano que, según se dice, lloró ante la idea de destruirla. No obstante, Siracusa fue saqueada y las riquezas de este antiguo y gran emporio griego del Mediterráneo se trasladaron a Roma. Marcelo había ordenado a los soldados que buscaran a Arquímedes y le perdonaran la vida, pero ni siquiera el ingenioso griego sobrevivió al saqueo. Livio nos cuenta que un soldado romano, en pleno pillaje, dio muerte al «mayor pensador de la época». El soldado se encontró con un anciano profundamente concentrado en dibujar diagramas en la tierra; como el anciano no respondía a sus preguntas, lo mató. El genio estaba demasiado absorto en sus geometrías y la brutalidad de la guerra no lo perdonó. Esta lección moralizante, contada siglos después del hecho, varía en otros relatos, pero la realidad es que Arquímedes murió en el saqueo de Siracusa.[10] Y aunque los romanos no pudieron llevárselo como cautivo, sí lo hicieron con las riquezas siracusanas, que pasaron a adornar la ciudad de Roma. Los trofeos de guerra se utilizaron para decorar templos conmemorativos y, en algunos casos, se fijaron incluso en las puertas de las casas.[11] Los espacios públicos y privados se convirtieron así en recuerdos de la conquista, y las finanzas de Roma se vieron propulsadas por la inyección de las ingentes cantidades de plata y oro procedentes de los tesoros de los templos de Siracusa.

Los años entre 212 y 209 a. e. c. representaron también un punto de inflexión para Aníbal en Italia y modificaron, asimismo, la situación de Cartago en Iberia. Agotado por tener que proteger

constantemente a sus aliados, con los romanos reclutando cada vez más soldados y volviendo a la lucha cada vez más fuertes, Aníbal fue incapaz de mantener el control del territorio que había conquistado. Las ciudades de Capua, primero, y Siracusa y Tarento después, acudieron en apoyo de Aníbal, pero, una tras otra, cayeron en manos de los romanos. El ejército de Aníbal se vio restringido al sur, rodeado por los numerosos ejércitos enemigos que patrullaban Italia y que en su mayoría empleaban las tácticas de Fabio Máximo, consistentes en retrasar y evitar el enfrentamiento con el objetivo general de reducir las fuerzas cartaginesas y su capacidad de maniobra. Era una estrategia lenta y costosa; el número de soldados que Roma podía reunir ascendió a casi veinticinco legiones en el año 212 a. e. c., lo que refleja la eficacia de su sistema de reclutamiento militar entre sus aliados y los territorios recién conquistados en una guerra prolongada. La afluencia de riqueza procedente de las ciudades saqueadas de Italia y Sicilia reactivó la economía romana, y la moneda estándar, que perduraría durante los cuatro siglos siguientes, el denario de plata, se acuñó por primera vez en el año 211 a. e. c. (figura 24). En la época premoderna, las guerras se ganaban a menudo por pura superioridad numérica, y la mano de obra disponible en Roma, con más de doscientos mil soldados en el campo de batalla cada año, le permitía mantener ejércitos compuestos por dos legiones cada uno en todo el sur de Italia, en la península ibérica y también en África. Aníbal y los suyos seguirían obteniendo victorias en Italia, pero estas han quedado algo oscurecidas por las fuentes. De hecho, los romanos nunca volverían a enfrentarse a Aníbal en una gran batalla en suelo italiano, y

optarían por frustrarlo y contenerlo mientras se centraban en recuperar las ciudades que habían perdido.



FIGURA 24. Nuevo denario romano de plata acuñado alrededor del 211 a. e. c. con la cabeza símbolo de Roma (anverso) y Cástor y Pólux (reverso). Por cortesía de the American Numismatic Society ANS 1987.26.3.

La guerra pendía de un hilo, y, vistos en retrospectiva, aquellos años se revelarían como decisivos. Los cartagineses se esforzaron por armarse e impulsar su esfuerzo bélico, convenciendo a sus aliados de que les proporcionaran más tropas y caballería. Su objetivo era recuperar un punto de apoyo en Sicilia y mantener su presencia en Iberia para hacer frente a los desafíos romanos. De hecho, Cartago y sus aliados habían estado luchando en Iberia y en África sin que las fuentes se hicieran eco de ello, pero es de este periodo del que surgen algunos de los actores que más relevancia tuvieron en la historia de Cartago, los que dominaron las últimas décadas de la existencia de la ciudad; en concreto, los dos reinos númidas y sus líderes, que habían estado actuando como aliados, apoyando el esfuerzo militar cartaginés durante aquellos años de guerra. Los númidas gobernaban las regiones al oeste de Cartago, a

lo largo de la costa de la actual Argelia y el oeste de marruecos, y el interior hasta las montañas del Atlas. A Sifax, rey de los masesilos, lo habían estado cortejado los romanos desde el comienzo mismo de la guerra, y finalmente acabó aliándose con ellos contra Cartago. Las misiones diplomáticas incluyeron visitas consulares romanas a la capital occidental del reino, Siga (cerca de la actual Orán). Los romanos consideraban a Sifax tan crucial que le hicieron importantes regalos y lo elevaron al estatus de aliado esencial de Roma fuera de Italia, otorgándole honores entre los que se encontraban la silla curul (un asiento reservado al poder consular) y otros atributos también consulares.[12] En algún momento del año 214-213 a. e. c., los soldados masesilos recibieron la orden de abandonar a los cartagineses y pasaron a servir a los romanos que luchaban en Iberia. Sifax organizó entonces una rebelión contra Cartago en África. En todos los frentes, las guerras se ganarían cortejando a los aliados del enemigo, pues los recursos y la mano de obra lo eran todo.

Otro personaje clave, y que parece haber sido el catalizador de la victoria —o la derrota, según el bando desde el que se mire— en las últimas etapas de la guerra, fue Masinisa (véase la figura 25). En las fuentes, Masinisa aparece por primera vez luchando en Iberia junto a los cartagineses, en los años 212-211 a. e. c. Era un joven príncipe de los masilios, criado y educado en Cartago. Se cree que incluso estaba emparentado con el clan de los Bárcidas por matrimonio, ya que las élites de la realeza númida y las de Cartago estaban estrechamente relacionadas por la vía matrimonial desde hacía siglos. Se cree también que la tía de Masinisa era hermana o sobrina de Aníbal y que él era casi de la misma edad que Magón Barca;

probablemente, ambos tenían veintitantos años en ese momento. [13]



FIGURA 25. Moneda de aleación de cobre de Masinisa, o posiblemente de uno de sus hijos, del siglo II a. e. c., con diadema en la cabeza, a la izquierda (anverso), y un caballo (reverso).
© The Trustees of the British Museum

A Masinisa lo había enviado su padre, el rey Gaia, para que se hiciera cargo de una unidad de caballería. Luchó bajo el mando de Magón Barca y no tardó en convertirse en una pieza clave de la estrategia cartaginesa. Los dos hermanos Barca, Asdrúbal y Magón, y los dos hermanos romanos, Cneo y Publio Escipión (el mayor), conocidos como «los rayos de Roma», se vieron envueltos en una intensa guerra por el control de la península ibérica.[14] Magón había regresado a Iberia en los meses posteriores a Cannas, y Publio Escipión se había reunido con su hermano y su ejército también allí, en algún momento después del 217 a. e. c. Las épicas batallas que siguieron a continuación agotaron gran parte de los recursos de Cartago y redujeron, al mismo tiempo, el suministro de tropas y refuerzos disponibles para Aníbal en Italia. En la primavera del 211

a. e. c., los romanos parecían tan seguros de la victoria que los dos hermanos Escipión abandonaron sus cuarteles de invierno y partieron para «poner fin a la guerra en Iberia».[15]

Aquella primavera, había tres comandantes cartagineses en Iberia. Los de Cartago habían llegado a un acuerdo con Sifax, por lo que, quizá, se liberaron soldados para apoyar a Asdrúbal y Magón. Cada uno de los Bárcidas lideraba un ejército, y otro comandante, conocido como Asdrúbal, hijo de Giscón, estaba al mando de un tercero. Asdrúbal Giscón y Magón Barca unieron sus fuerzas para actuar de forma coordinada; Asdrúbal Barca, por su parte, se apostó en la estratégica región del alto Betis.[16] Los comandantes romanos operaban con dos ejércitos, separándose cuando lo requerían para enfrentarse a los dos contingentes cartagineses. Durante aquel verano, la unión, así como el aumento de la fuerza de los ejércitos de Cartago, junto con el despliegue de nuevas tácticas y quizá también un exceso de confianza por parte de los romanos (les habría llegado, seguramente, la noticia de la caída de Siracusa), pusieron fin al estancamiento en el que se encontraba la situación en Iberia.

En primer lugar, la caballería de Masinisa logró aislar al ejército de Publio Escipión y derrotarlo. El procónsul murió en combate. A continuación, el ejército de Magón Barca se volvió para apoyar a su hermano Asdrúbal y ambos lograron rodear completamente a Cneo Escipión, que, junto con gran parte de su ejército, pereció también en la lucha. En lo que parece un instante, en una sola campaña, los ejércitos romanos que habían perseguido sin descanso a los hermanos Barca durante casi ocho años fueron aniquilados. La historia de Livio adolece de graves defectos y lagunas, tanto en lo

que respecta a la cronología como a los detalles de la lucha. Lo que podemos afirmar con certeza es que, en el 211 a. e. c., los hermanos mayores de la familia Escipión habían muerto luchando contra los hermanos menores Barca en Iberia. Ambos murieron valientemente en combate y la presencia de Masinisa parece haber sido un factor clave en la derrota. En este complejo relato protagonizado por soldados y aliados, es fácil olvidar que el objetivo general de los hermanos mayores Escipión había sido desestabilizar las alianzas cartaginesas en Iberia y mantener ocupados a los hermanos de Aníbal, para impedir así cualquier intento de unificar los ejércitos cartagineses en Italia. Y en esto no habían fallado.

La noticia de la victoria de los cartagineses sobre los Escipiones llegó a Roma a finales del 211 a. e. c. y los romanos enviaron de inmediato un nuevo ejército para contener la situación, además de celebrar elecciones para nombrar un nuevo comandante en Iberia. El elegido fue el joven Publio Escipión, hijo de su homónimo, que se había convertido en el cabeza de una familia muy poderosa en Roma. El joven Escipión, de veinticinco años, fue enviado para vengar a su padre y a su tío. Su suegro había sido Lucio Emilio Paulo, el cónsul que había muerto en el campo de Cannas. Seguía tratándose, en gran medida, de un asunto familiar. Las fuentes describen a Escipión como un nuevo héroe para una nueva era romana: un nuevo Aníbal. De hecho, tenía la misma edad que Aníbal cuando el cartaginés obtuvo el mando de los ejércitos en Iberia. También se dice de él que era el comandante ideal, joven, gran estratega e inspirador para quienes luchaban por su causa, además de estar siempre dispuesto a desarrollar nuevas tácticas de guerra. Escipión y su generación habían aprendido sus habilidades de Aníbal

y las emplearían contra Cartago. A partir de este momento, Escipión se convierte en una figura crucial de la Segunda Guerra Púnica. Nuestra principal fuente, Polibio, tenía una relación muy estrecha con la familia y los descendientes de Escipión. Se cree que su historia, escrita mientras era cliente de la familia, unos cincuenta años después, es un reflejo de esto; es decir, que su historia de la guerra con Aníbal es, en gran medida, la historia oficial de la familia de los Escipiones.

En el 210 a. e. c., Escipión abandonó Roma. Se dirigió a Iberia con una flota de treinta barcos y desembarcó primero en el puerto de Emporiae, fundado por los griegos con el nombre de Emporion (Empúries, en la Cataluña actual) (véase mapa del capítulo La guerra de los mercenarios). Allí, los aliados romanos de Massalia y otras ciudades se reunieron con él y conformaron una especie de coalición. A la cabeza de la coalición dispuesta a desafiar a los cartagineses y sus aliados se hallaba el propio Escipión. Según se cuenta, los tres ejércitos cartagineses en la península ibérica andaban dispersos por diferentes zonas del territorio. El reconocimiento del terreno que Escipión llevó a cabo durante aquel invierno le reveló que ninguno de los ejércitos se encontraba cerca de su capital, Nueva Cartago. Los cartagineses estaban tan seguros de la fortaleza de la ciudad que, en la primavera del 209 a. e. c., se encontraban operando lejos de ella, en el interior de la península. Polibio señala que, al parecer, no se les ocurrió que los romanos pudieran regresar con renovadas fuerzas.[17] Pero, tal como se relata, esto no tiene mucho sentido desde el punto de vista práctico. Parece más probable que los ejércitos cartagineses estuvieran ocupados, tal vez atajando una rebelión o con una llamada a filas en

África. Los hermanos Barca y sus aliados sabían que la derrota de sus procónsules no disuadiría a los romanos durante mucho tiempo, y darían por hecho, seguro, que otro ejército romano volvería para vengar la muerte de los Escipiones mayores. A la información con la que contamos le falta, indudablemente, una parte importante.

En la primavera del 209 a. e. c., para sorpresa y consternación de los cartagineses, Escipión marchó hasta las murallas de Nueva Cartago y acampó al norte de la ciudad con un ejército de veinticinco mil hombres. Al mismo tiempo, su lugarteniente, Cayo Lelio, navegó con una flota hasta el puerto, bloqueando la ciudad desde el mar. Nueva Cartago se hallaba ahora sitiada y sin efectivos, aunque estaba, también, bien fortificada y protegida por tierra gracias a sofisticadas murallas y a las dos grandes colinas, pero solo una pequeña guarnición militar se hallaba en su interior cuando el general romano apareció. La población de Nueva Cartago, compuesta en su mayoría por artesanos, comerciantes y marineros, debía de sentirse bastante segura, ya que, en los más de veinte años de guerra que habían pasado desde su fundación, ningún ejército había desafiado sus murallas. Ahora, en cambio, se enfrentaban a más de veinte mil soldados, entre romanos y auxiliares, curtidos en mil batallas, y a una flota bien organizada. La ciudad no tardó en caer; los que pudieron, la defendieron con valentía, pero los enemigos los superaban por mucho en número y, durante una marea baja, los romanos lograron cruzar el puerto y acceder a la ciudad a través de él. Nueva Cartago se tomó en un solo día. Incluso el propio Escipión debió de sorprenderse por la rapidez con la que conquistó la capital cartaginesa de Iberia. Dentro de la ciudad, como de costumbre, se desencadenó una carnicería y,

según Livio, los ejércitos romanos capturaron a diez mil ciudadanos varones y se cobraron un enorme botín.[18]

Aunque las fuentes no mencionan los detalles ni la identidad de los capturados, este botín debió de ser muy considerable, y su pérdida habría desbaratado por completo el sistema de alianzas cartaginés en Iberia. Los romanos se apoderaron de un tesoro que, según se dice, ascendía a seiscientos talentos de plata. También se incautaron de suministros, equipaje y rehenes. Se trataba de personas que habían estado viviendo en la ciudad, entre las que se encontraban familiares de los líderes iberos que servían en las tropas cartaginesas. Era una práctica habitual en ambos bandos mantener cerca a los familiares de los aliados, como invitados o rehenes, a cambio de su lealtad. Por lo tanto, cuando las fuentes hablan del «fardo», se están refiriendo a las esposas, los hijos y las pertenencias de los soldados que luchaban junto a los cartagineses. Es muy posible que Asdrúbal y Magón Barca (e incluso Aníbal) tuvieran también esposas y familias en Nueva Cartago. La caída de la ciudad en manos romanas supuso un verdadero desastre de proporciones incalculables para los cartagineses y su plan de guerra. Además, Escipión se encontraba ahora firmemente al mando de la campaña en Iberia. Aníbal, en Italia, debió de desesperarse al recibir la noticia: Siracusa, Capua, Nueva Cartago, todas perdidas, y pronto lo estaría también Tarento.

Cartago debió de ordenar entonces a los hermanos Barca que contraatacaran e intentaran recuperar su capital y su reputación, pero los aliados estaban abandonándolos y la captura de Nueva Cartago había sembrado el caos para ellos. La información sobre sus movimientos durante los meses siguientes es escasa e incompleta,

pero la atención, durante la primavera del año siguiente, el 208 a. e. c., se centra en Asdrúbal Barca y en sus esfuerzos por enfrentarse a Escipión en el campo de batalla. Los dos ejércitos se encontraron por fin en un lugar cercano a la ciudad de Baecula, que ocupaba una posición estratégica. Se cree que este lugar se encuentra al sur del río Betis, en una región conocida como el Alto Guadalquivir, justo al este de las fortalezas cartaginesas de Cástulo e Iliturgi, en la actual provincia de Jaén (véase mapa del capítulo La guerra de los mercenarios). Conocemos su ubicación gracias a las excavaciones arqueológicas, que han contribuido enormemente a determinar en qué paisaje concreto tuvo lugar esta batalla épica. Es muy raro conocer la ubicación exacta de una batalla antigua, pero en el campo cercano a la localidad de Turruñuelos se encontraron puntas de jabalina distintivas, utilizadas por la caballería númida de la época, proyectiles de plomo de honderos baleares, así como armaduras y monedas cartaginesas datadas en el periodo en el que aconteció la batalla. Esto ha llevado a los excavadores a identificar de forma convincente el yacimiento como Baecula.[19]

Asdrúbal Barca había elegido con mimo aquel lugar, y las fuentes destacan que su posición ventajosa dificultaba la maniobrabilidad de Escipión, quien, por su parte, se aproximaba desde el sur. El comandante romano debía cuidarse mucho de no quedar atrapado entre los ejércitos, como les había sucedido a su padre y a su tío. Pero él confiaba en la habilidad de sus soldados y dispuso la formación para el combate. Contaba con menos soldados que Asdrúbal y, en consecuencia, se vio obligado a tirar de imaginación, mandando primero a la batalla a sus tropas ligeras, sus escaramuzadores (efectivos poco armados que solían utilizarse en

primera línea), para enviar luego a la infantería pesada a desafiar los flancos. La descripción de la batalla, en la que las tropas de Escipión, superiores en ingenio, se enfrentaban a las más numerosas de Asdrúbal, es casi exactamente la inversa de las de muchas de las victorias de Aníbal contra los romanos. Por eso, vale la pena tener muy en cuenta que podría tratarse de una construcción literaria, de una victoria estratégica ideal, más que de hechos reales. El caos de las batallas antiguas y la falta de perspectiva de los testigos oculares hacen que la reconstrucción de los acontecimientos *a posteriori* sufra siempre cierto grado de idealización y tienda a basarse en los resultados. En este caso, la historia nos cuenta que Asdrúbal, al intuir que su ejército estaba en peligro, se retiró hacia el norte, cruzando el río Betis.[20]

Y ya no se detuvo. Con dos tercios de sus soldados, su tesoro y sus elefantes, Asdrúbal Barca abandonó el campo de Baecula y marchó con su ejército hacia los Pirineos, atravesó la Galia y se dirigió a los Alpes con la intención de alcanzar Italia para reunirse con su hermano mayor, Aníbal. Nada saca a relucir mejor lo poco que sabemos sobre lo que estaba sucediendo sobre el terreno que aquella sorprendente acción. La partida de Asdrúbal Barca hacia Italia no fue una carrera loca a través de Europa; algo así ha de planificarse, por fuerza, hasta el último detalle. De hecho, deberíamos plantearnos si la batalla de Baecula no sería un intento, por parte de Escipión, de impedir que Asdrúbal abandonara la península ibérica. Ninguna de las fuentes nos dice nada sobre los preparativos o la estrategia. El hecho de que se enviara un nuevo ejército desde Cartago para sustituir a Asdrúbal, bajo el mando del

general Hannón, no hace sino reforzar la idea de que se trataba de un plan cuidadosamente elaborado.

Aníbal se encontraba confinado en zonas muy restringidas de Italia cuando Asdrúbal partió para reunirse con él. Todavía contaba con aliados en la región de los brucios y en las ciudades del sur de la Magna Grecia, que necesitaban protección contra Roma. De modo que, a pesar de las restricciones, se las arregló para eludir el poderío romano y siguió infligiendo ocasionales y aplastantes derrotas a los numerosos y diversos ejércitos a los que se enfrentaba. Estaba lejos de ser vencido, pero tampoco tenía oportunidad de avanzar. La llegada de Asdrúbal debió de devolverle un atisbo de esperanza en la creencia, quizá, de que los ejércitos cartagineses unidos podrían dar otro revés importante a los romanos. Pero aquel habría de ser un ejército lo bastante grande como para cambiar el rumbo de la guerra en Italia, y Aníbal debió de pensar a menudo en el rey epirota Pirro y en sus palabras sobre Roma, pronunciadas unas décadas antes, en las que comparaba la ciudad con la hidra de la mitología, cuyas cabezas volvían a crecer si se las cortaban: matarla era imposible. Por cada victoria que Aníbal y los cartagineses infligían a los romanos, estos respondían volviendo con un ejército aún mayor; por cada cónsul asesinado, otro ocupaba su lugar inmediatamente.

Asdrúbal Barca cruzó los Alpes a principios de la primavera del 207 a. e. c. Su viaje fue más rápido y fácil que el que emprendió su hermano diez años antes.[21] Es posible que el paso sur a lo largo del valle del Durance estuviera abierto y disponible, lo que habría llevado a los cartagineses directamente al valle del Po. Una vez allí, reunió reclutas y voluntarios para su ejército mientras avanzaba

rápidamente hacia el sur. ¿Qué sabía Asdrúbal Barca de la situación en que se encontraba su hermano? ¿Hasta qué punto estaban en contacto? No tenemos respuestas, pero, una vez más, debe de haber existido algún plan. Aquel año, el índice de reclutamiento entre las filas romanas había sido asombroso, con veintitrés legiones activas en todos los frentes de guerra, quince de ellas en Italia. El contingente cartaginés era tres veces menor y, además, tras diez años de guerra, los cónsules que lideraban los ejércitos romanos habían aprendido la lección y se mostraban mucho menos arrogantes, y mejores estrategas. Dividieron sus fuerzas y les siguieron la pista a los dos hermanos (uno se encontraba en el norte y el otro en el sur). Asdrúbal esperaba que Aníbal se desplazara hacia el norte y se reuniera con él, pero cuando este intentó hacerlo, se topó con el ejército consular al mando de Claudio Nerón cerca de Grumentum. Tuvo que partir, en consecuencia, de nuevo hacia el sur, hacia la Magna Grecia, para proteger a sus aliados. Asdrúbal envió exploradores para localizar a Aníbal, a quien creía cerca de la ciudad de Metaponto, en la costa sur de Italia. Los exploradores tenían órdenes de organizar un encuentro en Umbría entre los dos ejércitos, pero los romanos los interceptaron. Aníbal acampó en Apulia, cerca de Canusium (la actual Canosa di Puglia), donde una vez más fue interceptado por el cónsul Claudio Nerón y su ejército. Nunca recibió noticias de su hermano.

Asdrúbal, por su parte, trasladó su ejército al sur y acampó cerca de la actual ciudad costera adriática de Senigallia, con la esperanza de tener noticias de Aníbal en cualquier momento. No tardó en darse cuenta de que el ejército romano que se había desplazado hasta allí para enfrentarse a él era más numeroso de lo que había pensado en

un principio, y que los dos cónsules romanos habían unido sus fuerzas. Sin Aníbal a la vista, Asdrúbal se enfrentaba, sin apoyos, a dos comandantes experimentados que además estaban en superioridad numérica. No le quedó más remedio que eludir a las legiones romanas y atravesar las montañas durante la noche, en dirección a Umbría. Su ejército, de unos treinta mil hombres, lo conformaban tropas cartaginesas, númidas, ibéricas y celtas; caballería, soldados de infantería y elefantes. Pero cuando se hallaban en las proximidades del río Metauro, los romanos los alcanzaron y los obligaron a luchar. Fue una batalla épica, que se saldó con grandes pérdidas en ambos bandos, pero los romanos superaron a los cartagineses tanto en número de efectivos como en estrategia. Los elefantes desencadenaron el caos en ambos bandos al quedar atrapados entre los ejércitos, y el propio Asdrúbal pereció en la lucha. Los romanos consideraron esta batalla una gran victoria y una venganza por el desastre sufrido en Cannas, ya que fue tremendamente destructiva para las fuerzas cartaginesas.[22]

Aníbal no tenía ni idea de lo ocurrido y, para alguien que siempre se había enorgullecido de ir un paso por delante de su enemigo, no deja de sorprender lo mal informado que estaba. La primera noticia que tuvo de la batalla del Metauro la recibió cuando el victorioso cónsul romano, Claudio Nerón, regresó junto a sus soldados, los que había dejado en Apulia, y mandó catapultar la cabeza de Asdrúbal al campamento cartaginés. A continuación, el cónsul liberó a dos prisioneros africanos para que pudieran contar los detalles de lo sucedido. Es difícil hacerse una idea de cómo se sintió el ejército cartaginés cuando la cabeza del famoso hermano menor de los Bárcidas fue utilizada como proyectil contra su campamento, o de

cómo debió de reaccionar Aníbal. Corría el año 207 a. e. c. y la guerra en Italia no daba para más, pero, aun así, Aníbal permaneció allí durante otros cuatro años. Quizá todo respondía a una estrategia de los cartagineses, ya que, aunque su general no estuviera obteniendo victorias, su mera presencia en suelo italiano impedía que Roma pudiera dirigir toda su fuerza militar contra Cartago e Iberia, al verse obligada a mantener tropas en Italia. No obstante, la acción bélica se trasladó por completo a otros escenarios y, por ahora, dejaremos a Aníbal en la costa sur de Italia, cerca de la ciudad de Crotona y del templo de Juno Lacinia, donde, en una columna, inscribió los acontecimientos de la guerra que el historiador Polibio llegó a leer.

Las etapas finales de la Segunda Guerra Púnica se desarrollaron en Iberia y África. Escipión siguió ganando territorio y aliados en la península ibérica, y un año después de Metauro, en 206 a. e. c., en un lugar llamado Ilipa (posiblemente cerca de la actual Sevilla), derrotó a las fuerzas cartaginesas combinadas que comandaban Magón Barca y Asdrúbal Giscón. Esta victoria fue crucial, pues la península entera quedó pronto en manos romanas. A los cartagineses solo les quedaba Cádiz, y allí fue donde se retiró Magón con los restos de su ejército; Asdrúbal Giscón, por su parte, regresó a África. Según cuenta la historia, Magón recibió después la orden de ir a Italia y abandonó Cádiz con ese propósito. Pero después, cuando intentó regresar, se le impidió la entrada en la ciudad. Ni siquiera la antigua alianza de fenicios occidentales quería ya acoger a un Bárcida, pues los romanos ejercían ahora un control firme. Magón navegó entonces con sus ejércitos hasta la región de Liguria,

en el norte de Italia, donde desembarcó y tomó la ciudad de Génova.

Escipión, por su parte, se dedicó a fundar la primera colonia romana en la península ibérica, junto al río Guadalquivir, cerca de la actual Sevilla. Se llamó Itálica, y el cónsul romano estableció allí a sus veteranos y otorgó a la ciudad el estatus de colonia, convirtiendo a sus habitantes en ciudadanos romanos. La resistencia al poder romano continuaría en Iberia durante otros dos siglos, pero el dominio cartaginés había llegado a su fin. Fue después de Ilipa cuando el príncipe Masinisa se acercó al romano Escipión. Ambos negociaron una alianza merced a la cual los masilios lucharían, a partir de entonces, en el bando romano. Roma terminó aliándose de este modo con una de las potencias más importantes de África; la relación que Masinisa estableció con Escipión cambiaría el equilibrio en el continente y sellaría, a la postre, el destino de Cartago. Según recuerda Livio, Masinisa halagó al general romano cuando se encontraron, dejando caer, con mucha intención, que Cartago no duraría demasiado con Escipión como enemigo.[23] Después regresó a África, donde tuvo que hacer frente a urgentes asuntos familiares que habían surgido durante su ausencia. Nuestro relato seguirá sus andanzas durante los últimos años de la guerra, en las regiones de los númidas, desde donde iremos, con él, de vuelta a Cartago.

11

SE CIERRA EL CÍRCULO

A medida que la historia de la Segunda Guerra Púnica se traslada a África, los personajes que allí vivían comienzan a emerger con mayor claridad y nitidez en los relatos de los historiadores romanos. Una de estas figuras es la bella Sofonisba, una joven que creció en Cartago y vivió con las comodidades propias de una hija de la élite, pues pertenecía a una de las familias que gobernaban la ciudad. Educada por tutores particulares, hablaba griego con fluidez, era refinada y sofisticada, y se la consideraba, en fin, una figura prometedora —desde el punto de vista político— en la ciudad. Se casó con el rey de los masesilos, Sifax, un hombre varias décadas mayor que ella. Sifax gobernaba un gran reino entre dos capitales, Cirta (la actual Constantina) en el este y Siga (cerca de la actual Orán) en el oeste. Ya hemos visto que tanto Roma como Cartago cortejaron a Sifax, un actor africano importante en la guerra, que asumió el papel de mediador entre los dos enemigos e intentó equilibrar sus relaciones con ambos bandos para preservar sus tierras y su dominio. Pero el cambiante panorama de las alianzas lo habría colocado en una posición difícil. Comenzó la guerra como aliado de Cartago para pasarse después al bando romano, seducido por Publio Escipión. Amigo tanto de los Escipiones como de los líderes cartagineses, en el año 206 a. e. c. Asdrúbal Giscón, que acababa de ser derrotado en

Ilipa, se acercó a él. Cuando Escipión regresó triunfante a Roma y obtuvo así el derecho a preparar una invasión de África a gran escala y con poder proconsular, los cartagineses eran conscientes de que necesitaban, más que nunca, a Sifax de su lado. Para ganarse su lealtad y mantenerlo fiel a Cartago, el líder de la ciudad le propuso estrechar lazos y le entregó a Sofonisba como esposa.

Como sabemos ya por los ejemplos de los Bárcidas, los matrimonios entre la élite cartaginesa y la realeza númida eran una tradición muy arraigada y no había nada de inusual en este acuerdo. Sin embargo, la forma en que los historiadores romanos se centraron en este enlace en concreto sí es inusual, ya que otorgaron una importancia enorme a aquella mujer cartaginesa, hasta el punto de convertirla en la protagonista de este episodio de la guerra. La historia de Sofonisba debió de transmitirse a través de romances o dramas contemporáneos relacionados con las crónicas de las guerras, y pasó al acervo popular como una suerte de folletín romántico. El hecho de que Apiano nos cuente que Sofonisba había estado prometida al príncipe masilio Masinisa y que había estudiado y se había criado en Cartago nos permite vislumbrar, quizá, otro episodio de un drama más amplio que se ha perdido.[1] La historia trágica y romántica de la vida de Sofonisba nos muestra a otro de los escasos personajes femeninos de la historia entera de Cartago que han llegado hasta nosotros. Hay que tener en cuenta que son los romanos quienes relatan sus andanzas, y que la utilizaron como contrapunto para reflejar las debilidades del enemigo y para teñir de dramatismo los acontecimientos de la guerra. Sin embargo, Sofonisba sigue siendo un personaje intrigante, una ventana abierta a las mujeres de la élite cartaginesa y al papel que realmente

desempeñaban. Fueron las mujeres y los niños de Cartago, y también los de Roma, quienes sufrieron el peso de la larga guerra y la enorme pérdida de vidas, de sus maridos, hermanos e hijos. Y son estas las penurias que los relatos antiguos de las grandes guerras pasan por alto; Sofonisba no fue sino uno más de los muchos peones de un juego estratégico más amplio.

Su nombre es la versión latinizada del púnico Saphonbal (*spnb'l*) y, al igual que los de Aníbal y Amílcar, era teóforo y significaba algo así como «Saphon, la protegida de Baal». Las fuentes romanas, como ya hemos dicho, le atribuyen un gran protagonismo en la historia, pues se la considera personalmente responsable de convencer al rey masesilo Sifax para que volviera a aliarse con Cartago. Tras su matrimonio, el anciano rey incluso envió emisarios oficiales a Escipión para comunicarle que ahora se vería «obligado a luchar por la tierra de África» y protegerla de la invasión romana. Livio atribuye a Sofonisba el mérito de haber devuelto al rey númida al redil. Gran parte de su relato se dedica a dibujar a una especie de *femme fatale* cartaginesa, una mujer cuya belleza y poder de seducción alejan a un viejo rey necio de la causa romana. Desde el punto de vista de Livio, a Sifax lo domina el deseo que siente hacia su joven esposa; el clásico cuento atemporal sobre un hombre al que se le nubla el juicio por causa de la lujuria. El historiador romano pretendía revelar al público el defecto más notable del rey: Sifax, para la mentalidad romana, vivía demasiado inmerso en su «barbarie» como para controlar sus pasiones.[2]

Mientras el masesilo volvía a aliarse con los cartagineses, el joven Masinisa había regresado de Iberia y luchaba por conquistar el reino masilio de su padre Gaia. Los patrones de herencia en las familias

reales númidas se transferían a través de la línea masculina, aunque no por la vía directa, es decir, no a los hijos, lo que significa que, cuando Gaia murió, mientras Masinisa estaba en Iberia, el reino pasó al hermano mayor vivo del rey. Al tío de Masinisa lo había derrocado un pariente lejano, que era quien ahora ocupaba el trono, y Masinisa pretendía arrebatárselo. Tras negociar con Escipión en Iberia, desembarcó en las regiones occidentales del norte de África, procedente de las inmediaciones de Cádiz. Se hallaba en el reino de los mauros (más o menos, en el territorio que ocupa el actual Marruecos), donde reunió un pequeño ejército. Este ejército fue creciendo poco a poco y, finalmente, Masinisa derrotó a los usurpadores. Ahora era un rey con un reino propio, y Roma contaba con un aliado sólido en el norte de África. Con Sifax del lado de Cartago y Masinisa del de Roma, se desencadenó una guerra por el poder incluso antes de que los romanos invadieran África. Los cartagineses instaron a Sifax a atacar a su vecino masilio y contener la amenaza que representaba, y las dos partes se enfrentaron, primero en una escaramuza y luego en una batalla más grande y feroz entre las ciudades de Cirta (la capital oriental de Sifax) e Hipona (Hippo Regius, la actual Annaba). Sifax fue el vencedor indiscutible, pero Masinisa escapó con sesenta jinetes y se lanzó desesperadamente al río Bagradas para no caer en manos de Vermina, el hijo del rey masesilo, que lo perseguía. Masinisa era ahora un rey sin reino, y se refugió en la región conocida como la Sirte Menor, a unos trescientos kilómetros al sudeste. Y allí esperó a que llegaran los romanos.[3]

La victoria de Sifax alivió en parte la presión sufrida por Cartago, pero la ciudad seguía preparándose para el peor de los escenarios.

Los romanos se acercaban, y el recuerdo de Agatocles y Régulo aleteaba en sus mentes. Lelio, el lugarteniente de Escipión, había pasado gran parte del año 204 a. e. c. saqueando la costa africana con una flota de sesenta barcos, recordando a los cartagineses y al corazón rural de su imperio lo que se avecinaba. Tras arrasar los campos, los romanos enviaron partidas de exploradores para reconocer el terreno. Ahora le tocaba ser presa del pánico a la población que se encontraba dentro de las murallas de Cartago, al tener que vérselas con el ejército de un heroico general romano que acababa de arrebatarles Iberia y de derrotar a los hermanos de Aníbal. Cartago pidió ayuda entonces a todos sus aliados para intentar alejar a los romanos de su objetivo. Se le enviaron refuerzos a Magón Barca en Liguria, donde este hizo lo que pudo para perturbar a los romanos, logrando cierto éxito. Aníbal, que aún permanecía en el sur de Italia, entre los brucios, estaba tan cerca de Escipión, a la sazón en Sicilia, que había pocas posibilidades de abastecerlo. Ninguno de los Bárcidas supervivientes podía, en aquel momento, hacer lo bastante para distraer a los romanos de su objetivo principal: la invasión de África.

Tan pronto como le fue posible, en el año 204 a. e. c., lanzó Escipión su ofensiva, zarpando desde la ciudad siciliana de Lilibea. Desembarcó en África, en un lugar llamado cabo Farina, al norte de Útica, con todos sus efectivos preparados para la invasión. Es posible que Escipión tuviera la intención de desembarcar en Kélibia, en el cabo Bon, el lugar desde donde tanto Agatocles como Régulo habían iniciado sus invasiones, pero que el viento desviara la flota hacia el oeste (véase mapa del capítulo La guerra de los mercenarios). Tan pronto como tocó tierra, el cónsul estableció su campamento y poco

después se le unió Masinisa, impaciente por volver a ver a su amigo y aliado. Masinisa viajó hacia el norte para reunirse con Escipión, acompañado solo por unos pocos jinetes, con su reino en ruinas, y se sumó a las fuerzas del romano con entusiasmo, ansioso de vencer a Cartago, ya que eso significaría también la victoria sobre su adversario, Sifax. Su única oportunidad de recuperar su trono dependía, pues, de los romanos.

La llegada de Escipión aterrorizó a los cartagineses. Columnas de hombres, mujeres y niños procedentes del campo, junto a sus animales, atestaban las carreteras mientras se dirigían hacia la ciudad amurallada en busca de protección. Livio señala que no habían visto un ejército romano en más de medio siglo. Las puertas de la ciudad se cerraron a cal y canto y se dispusieron centinelas por todas partes, pues se esperaba un ataque inminente. Los cartagineses enviaron también contingentes para entablar escaramuzas con los romanos y sondear así sus intenciones, pero estos encuentros terminaron mal para Cartago. A finales del verano, Escipión se sintió listo para actuar y sitiar, no Cartago, sino Útica, la ciudad vecina y aliada, situada más al norte. Asdrúbal Giscón y Sifax unieron entonces sus fuerzas y se dirigieron hacia allí con la intención de levantar el sitio. Como los ejércitos combinados de cartagineses y númidas superaban en número a los romanos, obligaron a Escipión a rendirse y a retirarse de Útica. En las postrimerías de la temporada de campaña, el cónsul había construido un campamento invernal altamente fortificado, capaz de salvaguardar a todo su ejército terrestre y su flota. Para ello, los romanos se habían asegurado una pequeña península en el delta del

río Bagradas, y fue allí donde pasaron el invierno, protegidos, pero sin bajar la guardia en ningún momento.[4]

Escipión estaba decidido a intentar ganarse de nuevo a Sifax para la causa romana. Este, por su parte, deseaba negociar algún tipo de acuerdo de paz entre los dos bandos. Es posible que Sifax estuviera negociando en nombre de los líderes cartagineses cuando propuso un pacto que contemplaba la retirada de Aníbal de Italia y la salida de Escipión de África. Pero ¿llegó a plantearse realmente esta opción el general romano? Parece poco probable, y sospecho que lo único que hacía era ganar tiempo con la intención de reunir aliados y recabar información. Sencillamente, Escipión no se sentía capaz de enfrentarse a las fuerzas combinadas de Sifax y Cartago; se encontraba en clara inferioridad numérica y carecía de aliados locales de peso. En esta parte de la historia, Livio se recrea describiendo cómo Sofonisba, la joven esposa del viejo rey, se las arregló para mantenerlo fiel a Cartago, e incluye numerosas insinuaciones sobre la incapacidad de Sifax para controlar su lujuria. El estereotipo cultural romano del rey númida ilustra cuán fácilmente Roma consideraba «otros» a los pueblos enemigos, lo cual socava, por desgracia, nuestra capacidad para hacernos una idea precisa de la fuerza del reino de Sifax y de su importancia militar.[5]

La mayor parte del invierno del año 203 a. e. c. giró en torno a las negociaciones entre Escipión y Sifax, con los enviados yendo y viniendo sin cesar entre los dos campamentos, lo cual significaba que Escipión estaba al tanto de las actividades de los ejércitos cartagineses y númidas, así como del estado de sus cuarteles de invierno. Mantuvo a sus enemigos a la espera, dando esperanzas a Sifax y a Asdrúbal Giscón de que era posible una tregua. Pero el

verdadero plan de Escipión era, en realidad, muy audaz: intentaba neutralizar la superioridad numérica de sus enemigos antes incluso de que entablaran batalla. Llevó parte de su ejército fuera de sus cuarteles de invierno, a Útica, fingiendo reiniciar el asedio de la ciudad, y luego envió a Lelio y a Masinisa con el resto de sus fuerzas para atacar y capturar los campamentos cartagineses y númidas. Los campamentos de invierno eran estructuras temporales que los soldados construían con los materiales disponibles en la zona. Se trataba de cabañas y edificaciones hechas con madera, caña y paja. Aprovechándose de lo inflamables que eran, a causa, tal vez, de lo seco que había resultado el final de aquel invierno, Lelio y Masinisa lanzaron a su caballería hacia los campamentos para arrojar contra ellos proyectiles incendiarios. El ataque sorpresa desconcertó a los cartagineses y causó estragos en los campamentos, con incendios propagándose a toda velocidad y quemando con facilidad las estructuras. Los dos comandantes, Sifax y Asdrúbal, escaparon junto con algunos de sus soldados, pero, según se nos dice, un gran número de ellos quedaron atrapados en las llamas. En los campamentos vivirían también, es presumible, las familias de los soldados, además de todo un séquito de personas que abastecían y se ganaban la vida con las necesidades de un ejército itinerante. Todos ellos perecieron, quemados en sus chozas improvisadas, o a manos de los soldados romanos, que se apostaron en las salidas para matar a cualquiera que intentara huir. Livio estima que hasta cuarenta mil soldados perdieron la vida antes de que los campamentos fueran capturados.[6] Estas cifras, como sabemos ya, se exageraban con el fin reflejar la magnitud de las pérdidas totales,

entre las que se incluían miles de soldados, elefantes, armas y suministros.

Apenas unos días después del ataque al campamento, ambos bandos se enfrentaron en un lugar llamado las Grandes Llanuras, en el valle del río Bagradas (véase mapa del capítulo El combate de boxeo). Los cartagineses y Sifax reunieron a los desmoralizados soldados supervivientes y reclutaron a todos los hombres que pudieron. Aquel ejército heterogéneo fue derrotado por las huestes de Escipión y la caballería de Masinisa. Una vez más, Asdrúbal Giscón y Sifax sobrevivieron a la batalla y lograron huir. Escipión se dirigió entonces a Tunes, situada a solo doce kilómetros al sur de Cartago, con la intención de tomarla, mientras Masinisa y Lelio perseguían a Sifax en dirección al oeste, hacia su ciudad fortificada de Cirta. El 23 de junio, fecha que siglos más tarde sería recordada por el poeta Ovidio en su obra *Fastos*, Masinisa capturó a Sifax.[7] Durante un choque de caballerías, el joven rey masilio derribó de su caballo al anciano monarca de los masesilos y lo apresó. Antes de entregarlo a los romanos, Masinisa lo exhibió para escarnio público, encadenado ante las murallas fortificadas de su aparentemente inexpugnable ciudadela, Cirta. Al ver a su gobernante sometido y cautivo, el pueblo se rindió al victorioso Masinisa, que reclamó la ciudad para sí.

Masinisa se hizo así con Cirta y con todo el reino de Sifax, incluida su bella esposa Sofonisba, que se arrojó a los pies del conquistador cuando este irrumpió en el palacio y le suplicó que la matara para liberarla de la humillación de ser atada y paseada por Roma, a los pies de Escipión, en el desfile triunfal. Pero Masinisa, lejos de matarla, sucumbió a su belleza, su valentía y su nobleza en la

derrota, y decidió que se casaría con ella para protegerla de los romanos. Al ser la esposa de un rey conquistado, Masinisa tenía derecho a casarse con ella, pero para los romanos Sofonisba seguía siendo un botín de guerra y Escipión estaba furioso por perder su botín y el poder sobre la bella reina cartaginesa, ya que nada adornaba mejor un triunfo romano que una hermosa mujer enemiga. Escipión, como podemos ver, no era precisamente un romántico e insistió en que Masinisa le entregara a Sofonisba, alegando que su valor era enorme para él y que el masilio se había arrogado poderes que no le correspondían al tomar la decisión de casarse con ella. El drama terminó cuando Masinisa entregó en secreto una copa con veneno a su nueva esposa. La bella Sofonisba agarró la copa con arrojo y, según la versión de Livio, pronunció una última frase —«Acepto este regalo de boda [...] no es desagradable, si mi marido ha considerado imposible dar a su esposa uno mejor»— antes de beber su contenido y desplomarse. Así termina la historia de la mujer que desafió a Roma con su belleza y su poder de persuasión. La historia de Sofonisba se hizo enormemente popular entre los romanos posteriores, y los historiadores, poetas y artistas de la Alta Edad Media y el Renacimiento la representaron en numerosas ocasiones (véase la figura 26 del cuadernillo de imágenes). Su valentía y sus artimañas de mujer privaron a Escipión de su trofeo. Fue Sifax quien acabó deportado a Roma, solo y encadenado, para ser exhibido en un desfile triunfal ante el pueblo. [8]

En aquel momento, Cartago ya había perdido la Segunda Guerra Púnica, aunque la lucha no terminó ahí. Sin aliados, los cartagineses se habían quedado también sin opciones. La población reunió

suministros y se preparó para un largo asedio, mientras los magistrados de la ciudad debatían en el senado sobre cuál era el siguiente paso que debían dar. Aníbal y su ejército seguían en Italia y no estaban en condiciones de ayudar, ya que se encontraban tan atrapados como ellos. Entonces, los cartagineses decidieron enviar una delegación compuesta por treinta de sus senadores más eminentes a visitar al cónsul romano, que se encontraba en Túnez. Los senadores se postraron ante Escipión y le suplicaron clemencia. Culparon de la guerra a la familia Barca, y al propio Aníbal, y pidieron perdón. Escipión se dejó convencer por la delegación y comenzó a redactar los términos de la paz. A los generales romanos en el campo de batalla, al igual que a los cartagineses, se les concedía la libertad de negociar y firmar acuerdos de paz cuando lo consideraran oportuno. Aunque la mayoría de estos acuerdos debían ser ratificados por el Senado en Roma, un comandante, lejos de su patria, gozaba de amplia autonomía. Las condiciones dictadas por Escipión eran en extremo exigentes. Incluían detalles específicos sobre la retirada de los ejércitos que quedaban en Italia y Galia, es decir, los de Magón Barca, en Liguria (conocida como Galia Cisalpina) y los de Aníbal, en Brucio. Se les prohibía a los cartagineses intentar volver a Iberia y, además, se les obligaba a abandonar las islas situadas entre Italia y África (es decir, Malta y Pantelaria). Además, Cartago tendría que entregar su armada, excepto veinte buques de guerra, y suministrar a Roma enormes cantidades de trigo y cebada, además de un importante pago en concepto de reparaciones de guerra.[9]

Los cartagineses tenían tres días para considerar los términos y, tras el plazo acordado, una delegación de ancianos de la ciudad viajó

al Senado romano para ratificarlos. Las dos partes se reunieron allí, en el templo de Belona, la diosa romana de la guerra, cuyo santuario se utilizaba para debatir asuntos bélicos. Aquel era el lugar al que acudían los generales victoriosos cuando regresaban de las campañas, y en él también se recibía a los dignatarios extranjeros. Es muy difícil aclarar lo que allí ocurrió, ya que nuestras fuentes romanas discrepan. Livio y Polibio optaron por versiones diferentes, lo que sugiere que el asunto fue objeto de controversias ya en su época y que existían relatos contradictorios. Para Livio, aquello fue una gran artimaña de Cartago para engañar a los romanos, para hacer que bajaran la guardia y conseguir volver a llevar sus ejércitos a África con el fin de seguir luchando. Polibio, que en general es nuestra fuente más fiable, insistió en que el tratado se ratificó y que las dos partes negociaron la paz con seriedad. Hay otro historiador romano que también aporta su punto de vista: Dion Casio. Él refutó todo esto, basándose en que los romanos jamás habrían recibido a los senadores cartagineses en Roma con Magón Barca y Aníbal en Liguria y el sur de Italia respectivamente, y que, por fuerza, cualquier ratificación habría tenido que esperar hasta que los ejércitos enemigos se hubieran marchado.[10]

Comoquiera que sea, el resultado de las negociaciones fue que Magón Barca y Aníbal recibieron la orden de prepararse para regresar a África. Aníbal, aunque cercado por los ejércitos romanos, aún se mantenía firme. Ahora tendría que abandonar a muchos aliados que habían permanecido fieles a él hasta el final. Hizo lo que pudo y reforzó algunas ciudades, pero también se enfrentó a la resistencia de sus reclutas italianos, que no querían regresar a África con él, dejar atrás a sus familias y abandonar sus vidas en Italia.

Livio relata el duro trato que recibieron los disidentes. Aníbal había fracasado, en última instancia, a la hora de proteger a quienes le habían sido leales durante tanto tiempo, pero todos sabían que las represalias romanas en la región serían despiadadas. Cuando finalmente zarpó, se llevó consigo a parte del ejército existente —se estima que entre diez mil y doce mil hombres cruzaron a África—, pero muy pocos de sus jinetes. Es de suponer que no pudieron transportar los caballos y que muchos de ellos fueron sacrificados para evitar que cayeran en manos romanas. Desembarcó con su ejército cerca de la región de Hadrumetum (la actual Susa), donde se dice que su familia tenía unos terrenos. Allí establecieron su campamento y esperaron. Magón Barca había estado luchando contra los romanos en Liguria, causando todo tipo de problemas en el norte, pero había resultado gravemente herido en un combate, justo antes de tener que embarcar de vuelta a Cartago. Murió durante el viaje. Aníbal tenía por entonces cuarenta y cinco años, era el único hermano Barca que quedaba y el único que regresó a África, treinta y cinco años después de salir del continente.

En Cartago se había instalado una especie de inercia. La ciudad estaba bloqueada y los romanos se encontraban tanto al norte como al sur, con Escipión y la flota cerca de Útica, y el ejército en Túnez. Se había establecido una especie de tregua, pero las tensiones afloraban por todas partes. Aún pasaría bastante tiempo antes de que se restablecieran los viajes y las comunicaciones necesarios entre Roma y Cartago, especialmente con el invierno de por medio, cuando era peligroso navegar. Todas las partes contuvieron la respiración en la primavera del 202 a. e. c., cuando una flota de barcos romanos, tanto de guerra como de carga, se desvió mucho

de su rumbo debido a una tormenta en la bahía de Cartago. Algunos ciudadanos cartagineses decidieron botar sus barcos y remolcar los buques de suministro romanos hasta el puerto de la ciudad. La gente se moría de hambre y la ciudad llevaba meses bloqueada. Se trataba de barcos repletos de trigo y cebada, destinados a abastecer a las fuerzas romanas de Escipión, y los cartagineses lo sabían.

Escipión montó en cólera. Se produjeron enfrentamientos entre ambos bandos dentro de la ciudad, estalló la violencia y los enviados romanos sufrieron ataques. Aunque Polibio afirma que abandonaron la ciudad ilesos, hubo escaramuzas entre trirremes en la bahía, y algunas naufragaron. Estos acontecimientos desencadenaron un ataque enfurecido de Escipión contra las ciudades y pueblos del territorio cartaginés. La tregua quedó olvidada y el acuerdo de paz se evaporó, con las ciudades y granjas saqueadas, y la población capturada y vendida como esclava. Al parecer, Escipión estaba provocando a los cartagineses para que entraran en una batalla total o se rindieran sin condiciones. Los historiadores romanos creen, también, que la presencia de Aníbal y su ejército en Hadrumetum había dado a los cartagineses nuevas esperanzas. Quizá Escipión se deleitaba con la idea de enfrentarse él mismo al famoso general cartaginés. Ya había derrotado a dos de los hermanos Barca y ahora se encontraba en una posición más fuerte que cualquier otro romano que se hubiera enfrentado antes a Aníbal. Era su oportunidad definitiva para alcanzar la gloria absoluta sobre Cartago y el gran Aníbal.

Por su parte, en esta fase de la historia, este último aparece como un guerrero falto de iniciativa. Hasta que no llegaron mensajeros de Cartago implorándole ayuda para contrarrestar el ataque de

Escipión, no reunió sus fuerzas y todos los aliados que pudo, y se trasladó hacia el interior desde Hadrumetum. Su ejército estaba desorganizado, lo conformaban sus propias tropas leales y los restos de las fuerzas de Magón, que se le habían unido desde Liguria. En él había reclutas cartagineses y libios, pero faltaban los aliados númidas y su indispensable caballería, a pesar de los ochenta elefantes, más o menos, de los que también disponía. Aníbal, además, no podía sentirse cómodo en un paisaje que le era prácticamente desconocido, en el que apenas había vivido, pues lo abandonó en su infancia. Escipión envió mensajes a Masinisa para que reuniera su caballería y acudiera a luchar junto a él. Masinisa, que había estado ocupado consolidando su victoria sobre Sifax y armando su reino, apareció con su potente caballería y, una vez junto al cónsul romano, avanzaron para hacer frente a Aníbal. Escipión también mandó emisarios a su rival para comunicarle que estaba listo para luchar con él.

Se encontraron en un lugar llamado Zama. Según Polibio, todo el Mediterráneo occidental andaba expectante: «No solo todos los habitantes de Italia y África, sino también los de Iberia, Sicilia y Cerdeña estaban en vilo, esperando el resultado de la batalla». Los ejércitos se encontraban en sus posiciones cuando Escipión y Aníbal cabalgaron el uno hacia el otro para verse las caras. A ambos los acompañaba un pequeño séquito, pero se apartaron y hablaron en privado, aunque cada uno llevó consigo a un intérprete. Tal era el poderío y tan crucial la batalla que los dos hombres, que hablaban fluidamente el griego, solo se expresaron en sus lenguas maternas respectivas, el púnico y el latín. Livio añade que «los dos generales más grandes de su época» permanecieron en silencio durante unos

instantes, examinándose mutuamente, antes de que Aníbal arrancase a hablar. Saludó a Escipión, dirigiéndose a él como a quien es más joven, y lamentó, en primer lugar, las guerras entre sus ciudades. Aníbal pidió entonces al romano que negociara una paz justa para que tanto Cartago como Roma pudieran prosperar. Comparó sus respectivas carreras, llegando incluso a decir (si es que esas fueron, de verdad, sus palabras): «Tú eres hoy lo que yo fui en Trasimeno y en Cannas». Escipión respondió, pero rechazando cualquier paz, culpando a Cartago de las guerras y exigiendo la rendición total o la lucha. Los dos regresaron entonces junto a sus ejércitos y se prepararon para la batalla, que se libraría al día siguiente.[11]

Era el otoño del 202 a. e. c., octubre, quizá, cuando tuvo lugar la batalla de Zama. Al amanecer del día que siguió al encuentro de los comandantes, ambos bandos salieron de sus campamentos y se posicionaron en el campo de batalla. Aunque los ejércitos eran similares en número, los cartagineses no contaban con los suficientes efectivos de caballería, mientras que Escipión tenía junto a él a Masinisa, y la fuerza combinada de los masilios y los masesilos. El ejército romano era claramente superior. Endurecido por los largos años de lucha en Iberia y en África, era una fuerza experimentada y aguerrida. La única caballería con la que contaba el ejército de Aníbal, en cambio, la conformaban algunos jinetes númidas, liderados por un pariente lejano de Sifax que se había unido a la lucha. Los generales pronunciaron sus discursos ante sus tropas, pero, contrariamente a su costumbre, Aníbal no se dirigió a todo su ejército. En su lugar, dejó que sus lugartenientes transmitieran un mensaje a cada una de las partes por separado. En

mi opinión, Polibio debió de incluir este detalle para resaltar aún más la desorganización que imperaba entre las fuerzas de Aníbal, ya que el general cartaginés no había dejado nunca de dirigirse a todo su ejército antes de una batalla, y la ausencia de discurso da a entender que, quizá, era consciente de que no podía ganar y que, en consecuencia, estaba casi resignado a perder.[12]

Fue una batalla brutal y muy reñida, y las fuentes aún se maravillan de lo bien que lo hizo Aníbal, incluso con un ejército tan inferior. Se libró un encarnizado combate cuerpo a cuerpo en todo el campo de batalla. Polibio nos proporciona detalles acerca de cómo las tropas cartaginesas que se encontraban detrás de la primera línea de soldados de Aníbal no acudieron en ayuda de las de la primera línea. De modo que, cuando el frente acabó por ceder ante la presión romana y se retiró, fueron aniquilados. La discordia en el ejército de Aníbal quedó patente cuando estas fuerzas de primera línea, compuestas en su mayoría por soldados extranjeros, se volvieron con furia contra las tropas cartaginesas que tenían detrás. Cuando los soldados de Aníbal comenzaron a luchar entre sí y contra los romanos al mismo tiempo, estos los destrozaron. Fue una carnicería. Aníbal ordenó a sus tropas principales que mantuvieran la línea y no permitieran que los combatientes en retirada se unieran a ellos. Los soldados que se retiraban fueron entonces empujados hacia los flancos y el suelo quedó empapado de sangre y cubierto de una masa de «cadáveres resbaladizos […] y amontonados». Los romanos avanzaron sobre los muertos y se dispusieron a enfrentarse a las tropas de élite de Aníbal. Fue una lucha feroz y desigual, y los romanos solo se sintieron aliviados cuando Masinisa y Lelio regresaron al campo de batalla tras perseguir a la caballería

enemiga. La caballería de Escipión cayó sobre las tropas de Aníbal por la retaguardia, las rodeó y las masacró. Fue una derrota sangrienta y salvaje, en la que murieron al menos veinte mil soldados del ejército de Aníbal y muchos otros fueron capturados. [13]

Mientras los supervivientes del ejército derrotado huían del campo de batalla junto con su comandante, Cartago se preparaba para rendirse. El senado convocó entonces a Aníbal y la población debió de agolparse para ver al último superviviente de los Bárcidas ir a reunirse con los principales líderes de la ciudad. De pie, en el senado, Aníbal reconoció la derrota y aconsejó a los cartagineses que pidieran la paz. Escipión dictó las condiciones, que fueron ratificadas en el año 201 a. e. c. Aquella paz fue muy onerosa para Cartago, que tuvo que pagar a Roma una indemnización financiera consistente en el abono inmediato de una cantidad y también una cuota anual, un tributo que ascendería a trece mil quinientos talentos eubeos, el equivalente a trescientos cincuenta mil kilogramos de plata, durante cincuenta años. Se le prohibió asimismo declarar la guerra fuera de África, e incluso en África tenía que pedir primero permiso a los romanos. Los elefantes de guerra fueron confiscados y todos sus barcos militares fueron llevados a la bahía y quemados, mientras la población observaba desde las murallas. Se les entregaron a los romanos cien rehenes, jóvenes elegidos por el propio Escipión. A estos jóvenes, de entre catorce y treinta años, los llevaron a Roma para garantizar el cumplimiento del tratado. La ciudad de Cartago conservó la mayor parte de su territorio, aunque sin el derecho ni la capacidad real de defenderlo. Masinisa fue nombrado formalmente rey de los reinos masilios y

masesilos, y se lo reconoció como rey cliente de Roma. En calidad de firme aliado de los romanos, era ahora el hombre más poderoso del norte de África.[14]

Escipión se ganó el sobrenombre de «Africano» tras esta victoria, y fue el primero de muchos generales romanos (y, más tarde, emperadores) en recibir el nombre de la región o el pueblo que habían conquistado. Se celebró un magnífico triunfo en la ciudad de Roma, que Apiano describió en detalle. Carros repletos de despojos de guerra y riquezas desfilaban al son de los clarines. Se construyeron torres que representaban las ciudades capturadas en la campaña y se pintaron cuadros que mostraban las hazañas de la guerra y recreaban las principales batallas y los lances heroicos. Tras las escenas de la victoria, aparecieron las monedas de oro y plata procedentes del saqueo, los lingotes y todos los demás objetos de valor que se habían confiscado. Había coronas que todos los aliados y ciudades del reino debían entregar al comandante victorioso, bueyes blancos y elefantes y cautivos, la élite cartaginesa y númida que adornaba la procesión. A continuación, les tocó a los lictores del Senado romano, que portaban los símbolos del poder de la magistratura, luego músicos y flautistas con coronas de oro que cantaban, bailaban e insultaban al enemigo con gestos y burlas. Les siguieron los incensarios y, por último, el propio general victorioso, Escipión el Africano, ataviado con una corona de oro y piedras preciosas y una toga púrpura bordada con estrellas doradas. Portaba, además, un cetro de marfil y una rama de laurel, símbolos romanos de la victoria. Se abrió paso entre la multitud que lo aclamaba y, acompañado de su familia, sus comandantes y sus lugartenientes, se dirigió al Capitolio de Roma. Allí, Escipión celebró

un banquete en honor de la victoria y dedicó el botín al templo de Júpiter.[15]

Para Cartago, la segunda guerra con Roma había llegado a su fin, pero, a pesar de las duras y gravosas condiciones de paz, la ciudad no tardó en recuperarse. Aunque tuvo que pagar, como dijimos, una enorme indemnización a Roma y se quedó sin flota de guerra, su renacer se debió, sobre todo, a la interconexión existente entre los pueblos del Mediterráneo, que era mayor que nunca. Tras la guerra, Cartago se vio obligada a desplazar su eje comercial hacia el este, aumentando sus contactos, y el comercio, con los reinos de los seléucidas y los ptolomeos. Las fuentes no dicen mucho acerca de lo que sucedió inmediatamente después de la contienda, pero el hecho es que, una década más tarde, la recuperación económica de los cartagineses era indiscutible. Los motivos de este veloz renacimiento son objeto de especulaciones. El aumento del comercio fue, casi seguro, uno de los factores, pero el hecho de que Cartago tuviera prohibido gastar sus fondos en la guerra debió de aliviar también muchísimo la carga de las arcas públicas en una ciudad acostumbrada a contratar soldados extranjeros.

La arqueología de la ciudad revela que en estos años de posguerra se construyeron nuevos tipos de edificios, con diseños imaginativos. De este periodo son también los innovadores puertos, aún visibles. Contamos con una descripción muy vívida de ellos gracias a Apiano (véase la figura 27 del cuadernillo de imágenes). Se trataba de dos puertos unidos que compartían una entrada común al mar de unos veinte metros de anchura. Esta entrada podía cerrarse con cadenas de hierro. El primer puerto, un espacio rectangular, se destinó a los buques mercantes y al aparejo de los barcos. Dentro del segundo,

que tenía forma circular, había una isla, con «diques» repletos de astilleros, que tenía capacidad para acoger doscientas veinte embarcaciones. Alrededor, y encima, se encontraban los almacenes para el aparejo y el mobiliario. Delante de cada muelle había dos columnas jónicas que hacían las veces de pórtico, y unían, a modo de decoración arquitectónica, el puerto y la isla. En lo alto de la isla se encontraba la casa del almirante, desde donde el jefe naval lo supervisaba todo; las señales se enviaban mediante tañidos de cuernos y las órdenes se transmitían a través de mensajeros. La isla se ubicaba justo al lado de la entrada del puerto. Se construyó a una altura que permitía al almirante observar cuanto sucedía en el mar, pero nadie que se acercara por el agua tenía una visión clara del interior del complejo portuario. Ni siquiera los barcos mercantes que entraban en el puerto rectangular podían ver los muelles, «ya que los rodeaba una doble muralla, y había puertas por las que se podía pasar del primer puerto a la ciudad sin necesidad de atravesar los astilleros».[16]

Los puertos de Cartago y su funcionamiento muestran signos de ingeniería avanzada, sofisticación y planificación estratégica. Estas célebres estructuras ofrecían una infraestructura de vanguardia para la navegación mediterránea. También se construyeron nuevas viviendas para la élite en las colinas vecinas de la de Birsa. Eran amplias y lujosas, y contaban con pórticos y patios, además de hermosas vistas a la bahía. Otras investigaciones recientes sobre la resiliencia económica de Cartago se han centrado en los restos de la minería de plomo y plata que se practicó en el corazón de la cuenca del río Bagradas (Medjerda). Esta nueva vía de investigación apunta a que Cartago pudo recurrir a sus propios recursos mineros en

aquellos tiempos de presión y estrés externos, lo que vuelve a resaltar lo afortunado de la ubicación que escogieron los colonos fenicios, tantos siglos atrás, para fundar la ciudad.[17] Tras la guerra, Cartago era ya tan próspera que se ofreció a pagar el importe total de la indemnización de guerra que debía a Roma cuarenta años antes de lo acordado, en el 191 a. e. c. Pero al Senado romano le importunó sobremanera la oferta y la rechazó.

Sin embargo, lo que la evidente prosperidad que revelan los restos arqueológicos correspondientes a ese periodo no nos muestra es la situación de los habitantes de la ciudad. Tras la segunda guerra con Roma se respiraba un ambiente tenso en el que aún latían con fuerza los traumas que los ciudadanos y las familias habían sufrido. La realidad cotidiana de estos años se refleja mejor en lo que le ocurrió a Aníbal tras la contienda. Después de tantos años siendo una figura militar internacional de dimensiones heroicas, su ciudad lo acogió con más dureza de lo esperado. En Cartago, Aníbal era una figura que provocaba profundas divisiones y disensos, tanto en la élite gobernante como entre la población en general. No solo los romanos, sino también los cartagineses estaban encantados de cargar toda la culpa de los recientes desastres sobre las espaldas de Aníbal. Dion Casio escribió que «su propio pueblo lo acusó de haber desaprovechado la oportunidad de conquistar Roma cuando la tuvo a mano, además de haberse apropiado del botín procedente de sus campañas en Italia», aunque el historiador también señaló que no se lo condenó oficialmente. Aníbal, sigue contando Dion, fue elegido para el más alto cargo de gobierno y se convirtió en uno de los dos sufetes en el año 196 a. e. c. Al parecer, lideró un periodo de reformas gubernamentales en la ciudad e impuso leyes

anticorrupción, aunque es difícil saber en qué medida se trata de una invención de los historiadores romanos.

La elección de Aníbal Barca como sufete fue la gota que colmó el vaso para muchos de sus enemigos en la ciudad. En el senado de Cartago había familias que se habían opuesto a los bárcidas durante todos los años en que Aníbal estuvo luchando en Italia. Ahora constituían la mayoría y estaban dispuestas a colaborar con los romanos para intentar derrocar al último bárcida de una vez por todas. Según Livio, Aníbal acusó a algunos de sus colegas senadores de malversación de fondos públicos y soborno, y afirmó que había irregularidades financieras, incluido el pago de la indemnización de guerra a Roma en monedas con un contenido de plata inferior al establecido. Los enemigos de Aníbal en el senado se volvieron entonces hacia los romanos, acusándolo de conspirar contra Roma y de planear la reanudación de las hostilidades mediante acuerdos con el rey seléucida Antíoco III.[18]

Su némesis, Escipión el Africano, tomó entonces la palabra en Roma y defendió a su antiguo enemigo, pero fue en vano. Se envió un embajador a Cartago exigiendo que se acusara a Aníbal de «conspirar para hacer la guerra» a Roma junto con Antíoco. Aníbal fue declarado enemigo del Estado y acusado de romper el tratado con Roma. Su casa fue atacada y destruida por una facción rival, y se lo expulsó de la ciudad.[19] Aníbal, pues, huyó de Cartago, abandonó África y navegó hasta Tiro, donde se lo recibió como a un conquistador famoso, para dirigirse a la corte del rey Antíoco, donde ofició de consejero. Allí viviría, durante la siguiente década, como eterno adversario del imperialismo romano, hasta su muerte por suicidio en el 182 a. e. c. Los detalles, aunque escasos, revelan que

la prosperidad financiera que se aprecia en los restos arqueológicos de Cartago no se correspondía con una buena marcha de la política. Durante aquellos mismos años de evidente recuperación económica, Cartago era una ciudad profundamente traumatizada y dividida.

Una imagen más completa de lo que estaba sucediendo sobre el terreno nos la ofrece la obra cómica *Poenulus* (*El astuto cartaginés*), escrita por el dramaturgo latino Plauto tras la Segunda Guerra Púnica. El autor nos muestra una interesante y benevolente visión del pueblo cartaginés durante ese periodo, pues el protagonista de la obra, un hombre llamado Hannón, encarna gran parte de las luchas y realidades de la vida de los cartagineses tras la gran derrota. En la obra, Hannón recorre los mares buscando por todas partes a sus hijas, que han sido capturadas y vendidas como esclavas. Busca por cualquier lado, de puerto en puerto y de burdel en burdel. Se puede apreciar aquí la conciencia y comprensión que el autor tenía acerca del destino que sufrieron miles de niñas, niños y mujeres atrapados en el conflicto y capturados como botín de guerra. El personaje de Hannón, pese a ser una figura cómica en una comedia romana sobre un cartaginés, es también, sin embargo, un interesante estudio del pueblo y sus costumbres, e incluso del aspecto que tenían los cartagineses. Hannón se nos presenta como un padre devoto, pero, al mismo tiempo, como objeto de burla por hablar la lengua púnica, que se caricaturiza como una especie de balbuceo incomprensible. Podemos vislumbrar, gracias a su caracterización, cómo se veía a los cartagineses desde fuera, con sus orejas perforadas y sus largas túnicas. En otra parte de la obra, Plauto nos dice que los cartagineses eran «comedores de gachas», y, como hemos visto ya, las gachas de trigo o cebada constituirían,

seguramente, su alimento básico.[20] Hannón el cartaginés aparece, en definitiva, como un personaje simpático, una víctima más de la guerra, igual que tantos otros, y una figura ridícula.

En su obra, Plauto también nos muestra lo bien que se conocían Cartago y Roma, y lo estrechos que eran los vínculos entre ambos pueblos; mucho más de lo que se suele dar a entender, pues, aunque esto no llegue a afirmarse explícitamente en otras fuentes históricas, se sabe que existían vínculos familiares entre las familias de la élite de las dos ciudades. Un ejemplo de ello lo tenemos en la batalla por la ciudad de Tarento, acontecida en el 209 a. e. c., cuando el comandante cartaginés Cartalón, uno de los lugartenientes más cercanos a Aníbal, murió. Livio cuenta que Cartalón había depuesto las armas durante la batalla y se dirigía a ver al cónsul romano, Fabio Máximo, para recordarle los lazos de hospitalidad que existían entre sus padres. No tuvo la oportunidad de hacerlo, ya que los soldados romanos lo mataron antes de que los dos hombres pudieran encontrarse. Este estrecho vínculo entre un comandante cartaginés y una familia senatorial romana se cuenta sin más, sin darle demasiada importancia, lo que revela que se trataba de algo bastante usual[21] y que, en aquella época, se daba por sentado. Sabemos, también, que este tipo de lazos se desarrollaría aún más en el periodo de posguerra.

Las recientes investigaciones arqueológicas y la literatura antigua presentan una Cartago diferente durante aquellos años posteriores a la guerra. Por primera vez, bajo la grandilocuente narrativa protagonizada por los señores de la guerra y los colonos ambiciosos que pueblan nuestra imagen del Mediterráneo antiguo, podemos vislumbrar cómo era el resto de la gente que allí vivía, el caos, el

hondo resentimiento del que hacían gala las distintas facciones políticas, y los traumas personales de los cartagineses derrotados, cuyas graves pérdidas humanizan la ciudad de un modo nunca visto hasta entonces en la historia. Mientras tanto, el crecimiento económico y la prosperidad de los que hacía gala la ciudad empujarían finalmente a la beligerante Roma a rematar la tarea y borrar para siempre a Cartago del mapa.

12

Y EL COMANDANTE LLORÓ

«Cartago debe ser destruida». He aquí las palabras más tristemente célebres jamás pronunciadas sobre la ciudad africana. Las decía, para cerrar cada una de sus intervenciones en el Senado de Roma, sin importar de qué trataran estas, el senador Catón. El mantra empezó a repetirse después de que el propio Catón y otros magistrados romanos visitaran la ciudad, en el año 153 a. e. c., casi al término de los cincuenta años estipulados para los pagos por reparaciones de guerra, que finalizaban en el 151 a. e. c. Catón era un senador anciano, un halcón (intransigente y rígido) y un acérrimo patriota. Las escaramuzas y tensiones entre el reino númida de Masinisa y los cartagineses se habían recrudecido y, tal y como exigía el tratado, se llamó a los romanos para que mediaran. Catón y sus colegas senadores se quedaron atónitos por la próspera metrópolis que se encontraron al llegar, con sus bulliciosos puertos, el rico paisaje y la gente que iba y venía, procedente de todo el Mediterráneo. Cartago no había dejado de prosperar y el crecimiento, también, del reino númida de Masinisa contribuyó mucho a dicha prosperidad en tanto que conducto necesario para el comercio con África. Catón se alarmó al ver la posibilidad de que Cartago volviera a ser fuerte. La mentalidad romana de mediados del siglo II a. e. c. era de conquista y dominación; rara vez se

interesaba por la paz. Catón instó entonces a sus colegas del Senado a destruir a su antiguo enemigo mientras aún pudieran y, en una escena también célebre, el viejo senador incluso dejó caer unos higos gordos y jugosos en el suelo del Senado, afirmando que los acababa de traer de Cartago, para enfatizar así que la ciudad enemiga solo estaba a unos días de navegación. Era un gesto destinado a asustar a los romanos con los viejos fantasmas de Aníbal en Italia y el recuerdo de la muerte de tantos miembros de la élite de Roma en los campos de Cannas. Aunque, claro está, no todos los miembros del Senado romano suscribían las palabras de Catón. No importaba cuántas veces este obstruyera el orden del día con sus discursos sobre la necesidad de destruir Cartago, allí estaba también su némesis, el descendiente del vencedor de Aníbal, conocido como Publio Cornelio Escipión Nasica, que respondía siempre, invariablemente, con un: «Cartago debe ser preservada». El poder político de Roma era presa de divisiones intensas y de rivalidades entre las distintas facciones de la élite. Pero también pesaban las profundas conexiones existentes entre los dos pueblos, ya que muchas familias de la élite cartaginesa estaban relacionadas por amistad y lazos clientelares con familias de Roma, y en especial con los Escipiones.[1]

La fuente que nos cuenta qué ocurrió durante los últimos años de existencia de Cartago es Apiano, un autor nacido en Alejandría que escribió una historia de Roma en griego, en el siglo II. En gran medida, Apiano se basa en el relato de Polibio y, lo que es más importante, incluye partes de la historia original de Polibio que ya no se conservan. Polibio formaba parte del séquito del comandante romano Escipión Emiliano, nieto adoptivo de Escipión el Africano. La

historia de Apiano conserva, en esencia, gran parte del relato de Polibio como testigo ocular de la guerra entre cartagineses y númidas que condujo al asedio y la destrucción de Cartago por parte de los romanos. Este relato es lo mejor que tenemos para intentar comprender cómo se desarrollaron los acontecimientos desde el punto de vista de los romanos que participaron en ellos, y es una imagen vívida y detallada de cómo se ejercían la violencia, la política y el exterminio en la Antigüedad.

La acción que condujo a la destrucción final de Cartago, la convencionalmente llamada Tercera Guerra Púnica, comienza también en el reino númida de Masinisa. Con ya más de ochenta años a mediados del siglo II a. e. c., el ya anciano rey y su reino habían prosperado como aliados de Roma, y se habían convertido en el Estado más poderoso del norte de África. Justo después del final de la Segunda Guerra Púnica, alrededor del 195 a. e. c., Masinisa se apoderó de una gran parte del territorio cartaginés, alegando que había pertenecido en otro tiempo a su reino masilio. Poco pudo hacer Cartago para impedirlo, salvo protestar ante los romanos, quienes, tal y como exigía el tratado, enviaron mediadores para decidir sobre el caso. Apiano nos cuenta que el resultado estaba amañado y que se había ordenado a los negociadores romanos que fallaran en favor de Masinisa. El reino númida se convirtió en la potencia militar dominante en el norte de África en el periodo de entreguerras, y este tipo de disputas territoriales entre ambas partes continuaron durante las décadas siguientes. La historia se repitió muchas veces, con los númidas de Masinisa invadiendo el territorio cartaginés, los cartagineses apelando a Roma y los romanos decidiendo a favor de los númidas. Los romanos de este periodo

estaban luchando en muchas regiones diferentes, al este contra los reinos seléucida y macedonio, y al oeste en el Mediterráneo, en Iberia. Los hijos de Masinisa y su caballería númida continuaron participando y combatiendo como auxiliares de las fuerzas romanas. Las fuentes los sitúan en Iberia, donde persistían la disidencia y la rebelión entre los celtiberos del centro y el norte de la península. Vale la pena pararse a pensar en qué medida esta disidencia fue alimentada por las tribus favorables a Cartago y los restos de la diáspora fenicia en Iberia, aunque las fuentes no mencionan esta conexión.[2]

Mientras tanto, durante estos años de entreguerras, en Cartago surgieron diferentes facciones políticas que dependían de sus relaciones en todo el Mediterráneo. Hacia el año 150 a. e. c., según Apiano, existían un partido favorable a Roma, un partido democrático y otro que favorecía a los númidas. El partido prorromano lo lideraba Hannón; el democrático, dos hombres conocidos como Amílcar el Samnita y Cartalón, y el partido pronúmida estaba dirigido por un individuo llamado Aníbal el Estornino. Mientras la ciudad se enfrentaba a nuevas influencias y tenía que equilibrar las exigencias de la paz con la realidad de sus agresivos vecinos, surgieron también voces que pedían armar ejércitos y contraatacar. Décadas de capitulación, de tener que tragar con todas las agresiones de sus vecinos y poner la otra mejilla, habían minado el alma y la identidad cartaginesas. Los romanos habían estado concediendo a Masinisa la autoridad para apropiarse de las tierras cartaginesas durante cuatro décadas. El monarca masilio, por su parte, había ampliado su reino y tenía muchos hijos, el último de los cuales nació cuando él tenía ya

ochenta y seis años. Según el historiador Polibio, que lo conocía personalmente, era un hombre culto que dotó con ricas ofrendas el santuario de Apolo, en la isla de Delos, y educó a sus hijos en Grecia. Masinisa era el representante de una nueva identidad norteafricana, una especie de cultura griega, númida y púnica, nacida de estas guerras y del creciente contacto entre las culturas del Mediterráneo.

La situación llegó a un punto crítico en el año 152 a. e. c., cuando cuarenta miembros de la facción cartaginesa favorable a Masinisa fueron expulsados de la ciudad. Los desterrados acudieron junto al rey masilio y le instaron a declarar la guerra; el anciano rey, entonces, envió a Cartago a dos de sus hijos, Micipsa y Gulusa, para negociar el regreso de sus aliados. La violencia estalló cuando Amílcar el Samnita atacó e hirió a algunos miembros de la delegación númida, y la guerra no tardó en empezar. El comandante de las fuerzas cartaginesas, otro individuo llamado Asdrúbal, reunió un ejército con ese propósito. En el año 151 a. e. c., según el tratado que se rubricó al término de la Segunda Guerra Púnica, llegaban a su fin los pagos en concepto de indemnizaciones de guerra. Cartago pudo volver a funcionar libre del yugo de Roma y había estado armándose en previsión de ello. Su nuevo ejército lo conformaban veinticinco mil soldados de infantería y varios cientos de caballería, pero pronto se les unieron seis mil númidas que habían desertado de las fuerzas comandadas por los hijos de Masinisa para luchar con los cartagineses. El campo de batalla se dispuso en algún lugar cercano a una ciudad llamada Oroscopa (quizá en el oeste de la actual Túnez),[3] y el relato de la confrontación procede del comandante romano Escipión Emiliano,

testigo ocular de los hechos, que debió de contárselo a Polibio. Escipión viajó a África desde Iberia, donde había estado luchando como legado romano bajo el mando del cónsul Lúculo, con la misión de pedirle elefantes a Masinisa; estos animales habían demostrado ser tan eficaces para Cartago en la batalla que libraron contra los iberos setenta años antes que los romanos también querían emplearlos.

El octogenario Masinisa se preparaba para la batalla cuando se enteró de la llegada de Escipión y envió a algunos jinetes para que lo recibieran y lo instalaran en un lugar seguro desde donde pudiera observar con comodidad el desarrollo de los acontecimientos. La imagen del viejo rey preparándose para entrar en combate y dirigir a sus ejércitos impresiona. El relato rebosa admiración por Masinisa, un hombre que, a pesar de su edad, seguía dirigiendo en persona a sus tropas y era todavía un vigoroso luchador. Apiano cuenta que los númidas cabalgaban a pelo hacia la batalla, y lo longevos y robustos que eran para los admirados ojos de los romanos. Escipión se situó en un lugar elevado, lejos del campo de batalla, «como quien ve un espectáculo en un teatro», mientras Masinisa y Asdrúbal alineaban sus ejércitos para el choque. La lucha duró todo el día, pero, al atardecer, los dos bandos se detuvieron para reagruparse. Escipión se acercó entonces a los campamentos y fue a ver a Masinisa. Cuando los cartagineses oyeron que el romano andaba por allí, acudieron a él para pedirle que mediara en la paz. No se pudieron acordar los términos, por lo que dicha paz no llegó a firmarse y, al día siguiente, la batalla se reanudó. Masinisa consiguió rodear el campamento cartaginés y bloquear al ejército que se encontraba en su interior. Se produjo una especie de empate, y Escipión se marchó

con sus elefantes. Por otro lado, ya estaban en camino enviados oficiales de Roma para intentar resolver la disputa, y estos tenían instrucciones de no dejar que Masinisa perdiera, o bien de asegurarse de que perdiera Cartago, pero, en cualquier caso, de mantenerse al margen de la lucha.

En el campamento cartaginés, la situación era calamitosa, con los soldados «debilitados por el hambre, incapaces de atacar a sus enemigos». Presas de la desesperación, recurrieron a comerse sus animales de carga y sus caballos, e incluso a hervir sus correas de cuero con tal de alimentarse, atrapados, como estaban, en un pequeño campamento, incapaces de moverse y expuestos al calor abrasador. La falta de comida y de ejercicio, y la exposición al duro verano africano, les provocó diversas enfermedades. Al no tener madera para cocinar, se vieron obligados a quemar sus escudos como combustible. No podían llevarse los cadáveres ni incinerarlos debido al estricto cerco de Masinisa, lo cual desencadenó la propagación de una terrible enfermedad. Finalmente, derrotados, los cartagineses negociaron con los númidas y acordaron readmitir en la ciudad a los exiliados, además de pagar una indemnización. Tuvieron que retirarse del campamento sin nada, y dejar sus armas y armaduras a los vencedores. Vestidos solo con túnicas, fueron desfilando ante las fuerzas númidas y, cuando uno de los hijos de Masinisa cargó contra ellos, no tuvieron fuerzas para resistir y la matanza fue terrible. Según Apiano, solo unos pocos, entre ellos su comandante Asdrúbal, lograron regresar vivos a Cartago. La primera incursión bélica de los cartagineses en cincuenta años había sido un desastre.[4]

El senado cartaginés condenó a muerte a sus comandantes Asdrúbal y Cartalón por la catástrofe sufrida, mientras los romanos comenzaban a armar un nuevo ejército. La guerra entre las dos potencias estaba de nuevo en marcha, pero los preparativos continuaron durante muchos meses. Los cartagineses enviaron emisarios a Roma, aun así, no se ofreció ninguna solución; los romanos iban a la guerra y el pueblo romano acogió con entusiasmo la expedición. Apiano nos cuenta que miles de personas se alistaron para tener la oportunidad de ir a la guerra contra el viejo enemigo y que se llegó a reunir un ejército de ochenta mil hombres, además de una nueva flota. Útica, aliada de Cartago desde hacía mucho tiempo, envió delegados a Roma y entregó la ciudad. Por la reacción de Útica, está claro que la mayoría de la gente no tenía ninguna duda sobre cuál iba a ser el desenlace de aquella guerra. Sin aliados, sin soldados, Cartago se encontraba sola y desesperada. Entonces, Asdrúbal, uno de los comandantes condenados, se rebeló contra su sentencia de muerte y reunió otro ejército fuera de la ciudad. Con la doble amenaza de la guerra civil y la invasión, Cartago volvió a mandar heraldos a Roma para suplicar que no les invadieran. El Senado de Roma ordenó entonces a los cartagineses que enviaran rehenes —trescientos niños pertenecientes a familias de la élite— como garantía, para que se preservara así la «libertad y autonomía» de Cartago. Cartago obedeció, reunió a los niños y los envió a los comandantes romanos en Sicilia. Los ciudadanos quedaron desolados. Apiano describió la escena en el puerto, donde los niños se habían reunido para embarcar hacia Sicilia: las madres se aferraban a sus hijos con «gritos desgarradores, y arrancaban las anclas y las cuerdas de los barcos», mientras se lanzaban sobre los

marineros para intentar impedir que zarparan. Algunas mujeres incluso nadaron mar adentro tras los barcos mientras estos se alejaban.[5]

Los niños cartagineses fueron enviados de Sicilia a Roma. Después, los romanos informaron a Cartago de que se reunirían con sus emisarios en Útica, y cruzaron el mar con su ejército. El cónsul romano Lucio Marcio Censorino recibió a los enviados cartagineses en Útica y, tras escuchar sus súplicas, les exigió que entregaran todo su armamento. Se les ordenó que «trajeran todas sus armas y máquinas de guerra, tanto públicas como privadas». Cartago aceptó de nuevo, y dos magistrados romanos, Escipión Nasica y Cayo Cornelio Hispano, acompañaron a los cartagineses a la ciudad. Se cargaron carros con todas las armas. Apiano describe «armaduras completas para doscientos mil hombres, además de innumerables jabalinas y dardos, y dos mil catapultas para lanzar proyectiles puntiagudos y piedras», lo que ofrecía un espectáculo impresionante. Después de todo esto, los cartagineses se presentaron ante el cónsul romano Censorino en espera de un indulto. Fue entonces cuando este les asestó el golpe definitivo. Los ciudadanos de Cartago tendrían que abandonar su ciudad, llevarse a sus familias y trasladarse al interior, al menos a quince kilómetros del mar, y no volver a ocupar nunca más las tierras sobre las que se había fundado la ciudad. Los romanos iban a quemarla hasta los cimientos.

Los enviados cartagineses se quedaron de piedra. No podían creer lo que oían. Habían cumplido todas las exigencias, habían accedido a todas las peticiones, y aun así no era suficiente. Se les pedía que abandonaran sus hogares, su historia y sus tradiciones, su derecho a

vivir junto al mar, que abandonaran su propia identidad. El cónsul romano les explicó con condescendencia que no era por mala voluntad hacia los cartagineses por lo que exigían esos sacrificios, sino por el propio bien de estos; que la ciudad a orillas del mar era demasiado tentadora para ellos y que, dada su ubicación, era inevitable que causaran problemas. Este es un recurso retórico habitual en la mentalidad romana: que las ciudades costeras eran, de algún modo, peligrosas, llenas de gente multilingüe, de culturas mezcladas, y que prosperaban como emporios del pecado y el engaño. Según la retórica romana, lo que tenían que hacer los cartagineses era convertirse en buenos agricultores, como los romanos, y así todo iría bien.

Los enviados regresaron a Cartago mientras sus ciudadanos observaban desde las murallas cómo se aproximaban. Caminaban despacio, abatidos; traían, sin duda, malas noticias. Cuando los cartagineses se enteraron de las nuevas exigencias, estallaron, presas de «la furia y el llanto». Se volvieron contra los embajadores y contra cualquiera que se cruzara en su camino. Habían entregado a sus hijos y también sus armas: no les quedaba nada. Los senadores declararon la guerra a Roma, trajeron de vuelta al comandante rebelde y se prepararon para defender su ciudad. También nombraron a otro comandante para las operaciones dentro de la ciudad, otro Asdrúbal más, que era nieto de Masinisa, hijo de una de sus hijas, que se había casado con un cartaginés. Una vez más, esto subraya lo estrechamente conectadas y mezcladas que estaban las diferentes etnias del norte de África. Era la ciudad misma la que forjaba a sus ciudadanos, y estos se preparaban ahora para una guerra que sabían que no podían ganar. Todo se convirtió en

talleres y fraguas. Apiano cuenta que incluso los lugares sagrados, los templos y cualquier espacio desocupado se llenaron de «hombres y mujeres que trabajaban juntos día y noche, sin descanso». Fabricaban espadas y escudos, proyectiles para catapultas, jabalinas y cualquier otra arma que pudieran.[6]

Corría el año 149 a. e. c. cuando comenzó el ataque. Los comandantes romanos lo habían retrasado, esperando, en Útica, que los cartagineses cedieran a todas sus demandas, dando por hecho que no tenían más opción. Pero, al final, los cónsules se dieron cuenta de que iban a tener que luchar, pues los cartagineses no estaban dispuestos a abandonar sus hogares. Las fuerzas romanas se desplazaron entonces desde Útica, por tierra y mar, para disponer el asedio. La ciudad, como sabemos, contaba con sólidas defensas y fortificaciones, además de las ventajas de su ubicación, en una pequeña península rodeada por tres murallas de quince metros de altura y que se extendían a lo largo de diecisiete kilómetros para abarcar la región de Megara, la zona agrícola adyacente. Estas murallas, como hemos dicho ya, eran también estructuras defensivas vivas, divididas en dos partes, superior e inferior, con espacios inferiores que podían albergar hasta trescientos elefantes y cuatro mil caballos, además de lugares habilitados para almacenar el forraje y el grano. También había barracones para los soldados y un profundo foso alrededor. Frente al mar se alzaba un dique. Cuando el primer intento de los dos cónsules de invadir los diques fue repelido por los ciudadanos, recién rearmados, los romanos se retiraron y se reagruparon. Su plan era subir por los diques con escaleras y centrarse en el único punto débil de las murallas

terrestres: el espacio donde estas se unían con el puerto, pero no esperaban encontrarse con una resistencia tan feroz.

Los ataques romanos continuaron durante todo el año, con enormes máquinas de asedio que trataban de abrir huecos en las murallas. De noche, los cartagineses reparaban los daños como podían e incluso salían del recinto de la ciudad para intentar quemar las máquinas romanas o dañarlas lo bastante como para neutralizarlas. Algunos cartagineses no tenían más armas que garrotes y piedras, pero no estaban dispuestos a rendirse por nada del mundo. Al mismo tiempo, extramuros, dos ejércitos cartagineses se enfrentaban a los romanos: uno lo lideraba Asdrúbal y el otro, Fameas. Entre los dos, lograron algunos éxitos, llegando incluso a atrapar al cónsul Censorino y minando la moral romana. Los soldados al mando de Fameas atacaban ferozmente a sus enemigos, tendiéndoles emboscadas y librando una especie de guerra de guerrillas. Sus encuentros con el joven Escipión Emiliano protagonizan gran parte del relato de la guerra de aquel año. Escipión fue el único romano que destacó en estos encuentros, mostrando sabiduría y valentía frente al enemigo. En el relato de Apiano hay críticas a los cónsules romanos, pero nunca a Escipión, que entonces era solo un comandante a las órdenes de los dos cónsules responsables del ataque. Por supuesto, se trata de la versión que da el propio Escipión de los hechos, escrita por su cliente, el griego Polibio, por lo que no es de extrañar que él sea el protagonista de la historia.

Escipión cambió el rumbo del conflicto al conseguir involucrar en él a uno de los hijos de Masinisa y convencer a Fameas y a dos mil doscientos de sus oficiales de caballería para que se pasaran al

bando enemigo. Cuando, a finales del otoño o principios del invierno de 149-148 a. e. c., el anciano rey Masinisa murió y tres de sus hijos heredaron su reino, estos llamaron a Escipión para que oficiara de albacea, y él salió de allí con el hijo menor, Gulusa, como aliado. En Cartago, mientras tanto, nada se movía. El calor del verano había desencadenado una peste en el campamento romano, y la lucha continuó durante todo el otoño. Está claro que los romanos no esperaban que el asedio se prolongara tanto, ni que los cartagineses hicieran gala de semejante determinación. A finales de año, la ciudad seguía en pie.

Escipión regresó a Roma con el cartaginés Fameas, que fue recompensado por su traición, a principios del 148 a. e. c. El Senado elogió las acciones de Escipión y obsequió a Fameas con regalos. La lista de dichos regalos es fascinante y nos da una idea de lo que se consideraba valioso en aquella época. Recibió una túnica púrpura con broches de oro para resaltar su autoridad, un caballo con arreos de oro, una armadura completa que ensalzaba su destreza como mariscal y diez mil dracmas de plata. También le dieron cien minas de plata y una tienda completamente amueblada. Los senadores romanos le dijeron, además, que le esperarían más recompensas si cooperaba con ellos hasta el final de la guerra. Fameas prometió hacerlo y regresó a África para dirigirse a los cuarteles de invierno romanos. Uno de los nuevos cónsules, Calpurnio Pisón, y su legado, Lucio Mancino, navegaron hacia Cartago en la primavera del 148 a. e. c., para hacerse cargo de las operaciones bélicas. Los romanos mantuvieron el bloqueo, pero se centraron, sobre todo, en la inesperada resistencia que se habían encontrado en las zonas agrícolas.

La fuerza y la valentía que Cartago había mostrado frente a la superioridad abrumadora del enemigo animó a mucha gente de los campos a resistir. Los barcos de suministro romanos fueron atacados y las ciudades del interior de la zona hicieron retroceder a los invasores. Los cartagineses enviaron emisarios a otras ciudades de África para denunciar la agresión romana. Incluso enviaron mensajes al rey antigónida Perseo, en Macedonia, que estaba en guerra con Roma, prometiéndole ayuda y apoyo. Dos de los hijos de Masinisa no acababan de decidirse a colaborar con los romanos y, aunque se habían declarado abiertamente leales a ellos, no participaron en el conflicto, sino que prefirieron quedarse al margen y esperar a ver cómo terminaba.[7]

¿Cómo se vivió en la ciudad durante aquellos años de asedio? La idea de Cartago había dominado la narrativa romana de tal forma, durante los cincuenta años transcurridos entre las dos últimas guerras, que no es difícil comprender hasta qué punto Aníbal los había marcado para siempre, infligiéndoles un profundo trauma psicológico que acabó determinando muchas de sus decisiones. De igual manera, dentro de Cartago, la implacable persecución de los romanos debía de atormentar profundamente a los ciudadanos y a sus familias. Los recuerdos y los padecimientos de los cartagineses no han sobrevivido, pero las tensiones y los conflictos en la ciudad sí aparecen en los testimonios históricos. Imaginémonos el dolor y la tristeza que debieron de sentir cuando su comandante Fameas prefirió salvarse a sí mismo y a su familia; o la euforia, cuando la defensa de la ciudad parecía funcionar. Estos sentimientos se han perdido, nadie dio testimonio de ellos, pero no hace falta mucha imaginación para comprender los estados de ansiedad, de angustia y

agitación que suscitaron. El comandante Asdrúbal, que había luchado con éxito fuera de las murallas durante todo el año anterior, aspiraba ahora al poder dentro de la ciudad. Pero el gobierno lo ocupaba el otro Asdrúbal, el nieto de Masinisa. El parentesco con el viejo rey lo convertía también en sobrino de Gulusa, que había luchado activamente del lado de los romanos. El primer Asdrúbal acusó al otro de tener en mente traicionar a la ciudad y de estar conchabado con su tío númida, lo que desencadenó un gran alboroto en la asamblea popular de Cartago. La violencia acabó estallando, y el hombre que había defendido la ciudad con tanto éxito del asedio romano cayó muerto a golpes.

Pero en Roma tampoco había paz. Los cónsules que operaban en África se enfrentaban a duras críticas por no haber tomado la ciudad con la rapidez y la facilidad que se esperaba, y porque aparentemente, en fin, perdían terreno frente a los cartagineses. Las críticas eran una consecuencia directa del sectarismo y las rivalidades existentes entre las élites, pero el enfado por el hecho de que se estuviera tardando tanto en ganar esta guerra contra un enemigo desarmado era generalizado e intenso. La asamblea popular de Roma exigió que se nombrase cónsul a Escipión Emiliano para el año siguiente, el 147 a. e. c., aunque Escipión solo aspiraba al cargo de edil de la ciudad. Era demasiado joven para el consulado, ya que existía el *cursus honorum*, una estricta escala de cargos senatoriales por la que la élite joven debía ascender, peldaño a peldaño, hasta llegar a la cima del Estado. El tribuno de la ciudad propuso cambiar la ley que establecía que un cónsul debía haber alcanzado la edad mínima de cuarenta y dos años, para que Escipión pudiera ocupar el cargo,[8] y, gracias a esta propuesta, Escipión fue

nombrado finalmente cónsul, junto con Cayo Livio Druso. De nuevo, la asamblea popular intervino para exigir que Escipión obtuviera además el mando en África. Este uso de la asamblea popular en Roma para impulsar decisiones políticas populistas no tenía precedentes y cobraría cada vez más importancia en los años posteriores a la guerra, hasta desencadenar la violencia civil. Fue, en definitiva, una de las razones por las que el sistema republicano se desmoronó en el siglo I a. e. c.

Un nuevo ejército fue reclutado para Escipión, quien zarpó hacia África con la tarea de reincorporarse a la guerra y rescatar a sus compatriotas de su precaria situación al pie de las murallas de Cartago. Cuando el nuevo cónsul examinó el estado de las tropas romanas, dictaminó que se encontraban en una situación lamentable. Los soldados se habían vuelto ociosos, codiciosos y propensos al pillaje. Había un «enjambre de mercaderes» infiltrado en las filas, que seguía al ejército solo por el botín. Estos mercaderes incluso se unían a incursiones no autorizadas para participar personalmente en los saqueos. A pesar de las consecuencias legales que acarreaba alejarse más allá del sonido del clarín en tiempo de guerra, algo que se consideraba deserción, las incursiones en los campos para violar y saquear eran frecuentes. Según se cuenta, Escipión responsabilizó al comandante de los fracasos de sus tropas y de la disminución de la moral, además de las luchas internas que la búsqueda exclusiva del botín provocaba. Las disputas por los despojos del pillaje, entre los que se incluían todo tipo de bienes materiales y mujeres, degeneraban a menudo en violencia, provocando heridas graves e incluso muertes entre los compañeros de filas. Escipión llegó a la conclusión de que la victoria sobre el

enemigo solo podía lograrse restaurando primero la disciplina y el orden dentro de sus propias filas. La descripción que hace Apiano de la disciplina dentro del ejército es toda una crítica explícita al anterior cónsul, Pisón, pero también un cuadro bastante amplio de cómo era la vida en un campamento militar y su entorno durante aquellos años.[9] Los cartagineses tenían ahora que hacer frente a Escipión y su rigor. La región de Megara, el espacio urbano ajardinado de Cartago que había permitido a la ciudad sobrevivir al asedio y al bloqueo, se convirtió en el principal objetivo de los romanos, que escalaron las murallas y lograron derribar una puerta. Los cartagineses se reagruparon y obligaron a Escipión y los suyos a retirarse, pero el daño psicológico infligido a los defensores fue enorme y sacó a relucir su vulnerabilidad. El comandante de la ciudad, Asdrúbal, se comportó más como un tirano que como el jefe de una república. Tras la brecha en las murallas de Megara, Asdrúbal llevó a los prisioneros romanos a los parapetos y los torturó y mutiló delante del enemigo, arrojando los cuerpos a sus pies. Cuando la asamblea de la ciudad manifestó su horror a causa de aquellos actos, Asdrúbal mandó ejecutar a los discordantes. Esta espantosa historia de tortura y mutilación tiene una intención dramática: le sirve a nuestra fuente para retratar a Asdrúbal como el contrapunto inestable y cruel del noble y disciplinado Escipión, además de para enfatizar la extrema presión a la que estuvieron expuestos los cartagineses, de forma constante, a lo largo de todos esos años.

Escipión se centró entonces en los puertos. Las fuerzas romanas lograron bloquear el acceso a estos, apilando enormes piedras para impedir la salida a los barcos que se encontraban en el interior y la entrada a los que lograban sortear el bloqueo marítimo para

reabastecer Cartago desde el exterior. Los cartagineses respondieron abriendo un nuevo acceso. La entrada original estaba al sur, por lo que comenzaron a excavar una nueva en la sección del muro portuario que daba al mar en el este. Esto impedía que los romanos pudieran construir un terraplén alto para cegarla: la profundidad del agua y la fuerza del viento en aquella zona volvían la empresa inviable. Se dice que todo el mundo, incluso mujeres y niños, participó en los trabajos de excavación que se llevaron a cabo desde el interior y en secreto. Los cartagineses reciclaron también y recuperaron materiales para construir nuevos barcos, trirremes y quinquerremes, y, como señala Apiano, «demostraron un valor y una determinación extraordinarios». Al parecer, lograron mantener sus operaciones en secreto, hasta el punto de que ni siquiera los prisioneros pudieron decirle a Escipión lo que estaba sucediendo. Los informes procedentes del interior de la ciudad solo mencionaban «una agitación persistente en el puerto, día y noche». Por fin, cuando todos los preparativos estuvieron listos, los cartagineses revelaron la nueva entrada al puerto un día, al amanecer, de una forma no exenta de dramatismo: con el desfile de una flota compuesta por cincuenta trirremes y otras embarcaciones más pequeñas. En aquel momento había también barcos de otras ciudades en la bahía de Cartago. Las naves de los puertos de Side habían acudido, por ejemplo, en ayuda de sus aliados romanos durante el asedio. Side, al sudeste de Antalya, en la actual Turquía, era un aliado clave de Roma, con una larga tradición marinera. En su mayoría no mencionados, pero sin duda presentes, estaban los soldados y barcos de aliados y enemigos de todo el Mediterráneo, combatiendo en ambos bandos por el alma de Cartago.[10]

Los cartagineses defendieron desesperadamente su ciudad, utilizando todas sus «considerables habilidades técnicas y marciales» para frustrar las intentonas del enemigo. Incluso cruzaron la bahía de noche, por el agua, para prenderle fuego a una máquina de asedio romana. Pero, como siempre, cada vez que los implacables romanos volvían a la carga, lo hacían con nueva maquinaria y más barcos. Palmo a palmo, sin embargo, los romanos se acercaban a tomar la ciudad, y, al llegar el invierno del 147 a. e. c., habían conseguido un punto de apoyo suficiente, cerca del puerto, para levantar un terraplén de acceso contra la muralla defensiva de Cartago. Sin embargo, antes de asestar el golpe final, Escipión necesitaba pacificar el campo, y pasó gran parte de los primeros meses del invierno tratando de recuperar la ciudad de Neferis (al sur de Cartago), que, desde el año anterior, estaba en manos de tropas procartaginesas al mando de un hombre llamado Diógenes. Cuando Escipión, con la ayuda del númida Gulusa, recuperó la ciudad, derrotó también a una gran fuerza de combatientes que luchaban por la causa cartaginesa. Todo estaba listo para el asalto final.

Un día de primavera del 146 a. e. c., los romanos, con enorme esfuerzo, consiguieron tomar el puerto circular de Cartago. Habían escalado las murallas y lanzaron un ataque despiadado, con un gran número de efectivos. La lucha se extendió a la propia ciudad. Los romanos cruzaron primero el ágora (mercado) adyacente al puerto. Y a la mañana siguiente, con cuatro mil soldados de refresco, Escipión entró en el recinto del templo del dios Resef (Apolo), que se alzaba sobre el mercado. Una estatua de oro, que se guardaba en un santuario cubierto de oro batido, se erigía allí, resplandeciente. Pesaba mil talentos, y los soldados la saquearon, destrozándola con

sus espadas y desobedeciendo las órdenes de sus oficiales, sin parar, hasta que se repartieron el botín: «Luego reanudaron la lucha en las calles de la ciudad».

Escipión ordenó entonces a sus soldados que tomaran la colina de Birsa, la posición más fortificada dentro del recinto urbano, y el lugar, como sabemos, donde se fundó la ciudad originalmente. Gran parte de la población había buscado refugio allí; otros se habían quedado en sus casas para defenderlas. Había tres calles que subían desde el foro hasta la ciudadela, bordeadas por casas de seis pisos muy pegadas las unas a las otras. Los cartagineses lanzaban desde ellas proyectiles contra los soldados mientras estos intentaban avanzar por la colina. Los romanos entraron entonces en las casas y las tomaron una por una. La lucha avanzaba calle por calle, casa por casa. Los soldados tomaban una casa y luego lanzaban tablones a través de los tejados para tomar la siguiente, arrojando a la calle a las personas que encontraban en sus hogares y matándolas a todas. Una vez que Escipión llegó a la colina de Birsa, ordenó que se quemaran todas las casas y se limpiaran las calles de los restos de los cadáveres para que las tropas romanas pudieran tomar la parte restante de la ciudad. Había tantos muertos que se necesitaron «barrenderos» para retirarlos.

El relato de la destrucción que nos ofrece Apiano, procedente de un testigo ocular, es brutal y vívido: revela la agonía de la ciudad y quiénes fueron las verdaderas víctimas de la guerra. A medida que el fuego se extendía por las calles y se propagaba de casa en casa, los edificios se derrumbaban, el ruido era ensordecedor y los numerosos cadáveres caían junto con las piedras a las calles. Algunos ciudadanos aún estaban vivos: ancianos, mujeres y niños pequeños

que se habían escondido en «los rincones más recónditos de las casas, algunos heridos, otros, quemados y profiriendo gritos lastimeros». Los había que caían al fuego desde las alturas junto con las piedras y las vigas de sus casas, y eran «despedazados de todas las formas imaginables, aplastados y destrozados».[11]

En la colina de Birsa, los defensores que quedaban resistieron durante seis días y seis noches mientras la ciudad ardía a su alrededor. Los romanos traían cada día soldados de refresco para relevar a sus propios combatientes. Apiano afirma que esto era necesario para que los soldados romanos no se vieran afectados por «el trabajo, la matanza, la falta de sueño y las escalofriantes imágenes». El comandante cartaginés Asdrúbal, su esposa y sus hijos se encontraban entre aquellos que habían buscado refugio en el recinto del templo de Eshmún, en la colina.[12] Era este el más rico y sagrado de los templos de Cartago, y, tras siete días de matanza, los últimos resistentes que se refugiaban en él enviaron heraldos a Escipión con ramas de olivo, como símbolo de paz y rendición. Escipión accedió a sus peticiones, aceptó la rendición y les perdonó la vida a todos, excepto a los desertores del ejército romano que se encontraban entre ellos. Los refugiados del templo salieron entonces en fila. Apiano los cifra en cincuenta mil, lo que parece poco creíble, incluso aceptando que el recinto del templo fuera lo bastante grande como para albergar a semejante número de personas. Pero, sin duda, fueron muchos, miles. Poco después de esto, el comandante de Cartago, Asdrúbal, se presentó ante Escipión para rendirse, mientras su esposa e hijos, los desertores romanos y otros resistentes permanecían en el templo. Los últimos supervivientes se subieron al tejado del edificio y fue allí donde se

desarrolló la famosa escena de los momentos finales de Cartago. La esposa de Asdrúbal reprendió a su marido por traidor y se arrojó con sus hijos a la inmensa pira funeraria en la que se había convertido su ciudad.

Escipión, al presenciar el drama, lloró. Apiano cuenta cuán profundamente conmovido se sintió el comandante romano al contemplar la destrucción de esta metrópoli, que había prosperado durante siete siglos desde su fundación y «había gobernado numerosos territorios, islas y océanos». Llegó a ser una ciudad abundante en ejércitos y fuerzas navales, elefantes y riqueza, ciudadanos talentosos e imaginación, una ciudad que rivalizaba con los imperios más poderosos que jamás habían existido, y que los había superado en coraje y resistencia. Los recuerdos de Escipión «se volvieron hacia el pueblo que había soportado una guerra implacable durante tres años, sin barcos ni armas y en medio de la hambruna». Ahora, mientras contemplaba su desaparición, «sus ruinas», lloraba y lamentaba sin reservas el destino de este gran adversario de Roma.[13] Este tropo literario, el del destructor que llora por los destruidos, era común en las tradiciones grecorromanas cuando se trataba de describir actos de gran brutalidad, pero, a pesar de todo, no es difícil imaginar que los lazos personales entre las dos ciudades y la larga historia de Cartago pudieran haber conmovido, en cierta medida, al comandante.

Cartago, después de haberse alzado orgullosa en la costa norte de África durante seiscientos sesenta y ocho años, había perdido no solo la guerra, sino todo. La ciudad y sus recuerdos pasaron a ser propiedad de Roma. Y el mismo año en que fue reducida a cenizas, la próspera ciudad portuaria de Corinto, en Grecia, sufrió también el

mismo destino a manos de las tropas romanas. Ambas ciudades, con sus identidades poderosas e independientes y su larga historia, fueron borradas del mapa y conquistadas a causa de su potencial comercial. Se convertirían en localidades clave de las colonias romanas en su futuro imperio, y serían fundamentales para el éxito y el control romano del Mediterráneo. La diferencia, empero, entre Corinto y Cartago era que la cultura que representaba esta última también desapareció. Y, visto más ampliamente, aunque fuese la posición estratégica de Cartago lo que beneficiara a los romanos, fue su riqueza e independencia, además de su próspera cultura, lo que Roma se apropió. Cartago fue arrasada tanto por el ansia que los romanos tenían de controlar el Mediterráneo como por el miedo real que les producía aquel viejo y rico enemigo. En suma, con este acto final de destrucción, Roma se apoderó no solo de la ciudad de Cartago, sino también de toda la larga historia y la memoria del pueblo cartaginés.

13

QUE NO HAYA AMOR NI PACTOS

Al final, hemos de volver al principio, al mito y la leyenda. Hemos de volver al joven héroe troyano Eneas y a su huida a través del Mediterráneo, que el poeta Virgilio escribió con dolor. Hemos de volver al desembarco de Eneas en las costas de África, cuando conoció a Dido, la reina errante que había conducido a su pueblo de refugiados desde Tiro hasta las nuevas tierras africanas para fundar la nueva ciudad. Los relatos de Eneas sobre la guerra entre griegos y troyanos, así como la destrucción de Troya, catapultaron la historia de Roma y Cartago a las mismas alturas épicas. Cuando Eneas y Dido se enamoraron, los desdichados amantes se convirtieron en símbolos de las dos ciudades más grandes del Mediterráneo. Pero cuando Eneas se marchó, porque tenía una misión que cumplir —ser el padre fundador del pueblo romano—, la ruptura fue traumática. Dido quedó desconsolada, traicionada y sola en las costas del Mediterráneo. Al suicidarse, lanzando una maldición sobre su amante ausente y todos sus descendientes, clamando por que un conquistador hiciera pagar a los romanos su infamia, se convirtió en la mujer despechada por antonomasia.

Esto suplico, estas palabras postreras que con mi sangre hoy exhalo.
Y vosotros, ¡oh tirios!, alimentad en vosotros mi odio hacia toda su estirpe y ofrecédselo como tributo a mis pobres cenizas.

Que no haya amor ni pactos entre nuestros pueblos.
Álzate, ¡oh vengador!, de mis huesos quemados, tú que habrás
de hostigar a los hijos de Troya con fuego y espada, hoy
o más adelante, cuando crezca tu fuerza hasta ser suficiente.

Virgilio, *Eneida*, 4.621-7[1]

La *Eneida*, escrita para el primer emperador de Roma, Augusto, a finales del siglo I a. e. c., se sirvió de Cartago como contrapunto de esta nueva era imperial. El poema celebraba el dominio romano y, para ello, el autor entrelazó el pasado reciente de Roma con sus recuerdos más intensos de la gran guerra y la gran victoria sobre Cartago. En el subtexto de la *Eneida*, Dido es la mujer que representa a Cartago, pero también a cualquier otra mujer que haya tentado a un hombre y haya querido arrastrarlo a la ruina. Dido es peligrosa: es Cleopatra, es todo el poder que los romanos han conquistado. Dido, en la *Eneida*, es el enemigo, feminizado y obligado a quitarse la vida ante el inevitable ascenso de Roma al poder. La primera y la última mujer cartaginesas se sacrifican y Roma vence, capturando Cartago y también su historia y su memoria.[2]

Este es el ejemplo más famoso y duradero de cómo, una y otra vez, se contó la historia de Cartago en la Roma de los años posteriores a las Guerras Púnicas. A medida que la aniquilación total del pueblo cartaginés se desvanecía en la memoria, su historia iba convirtiéndose en parte del tejido mismo de Roma. Las épicas batallas, y la lamentable destrucción de un pueblo y una cultura, se representaban en espectáculos —simulacros de batallas navales en

los anfiteatros y teatros de todo el imperio, y en las aulas de Roma—en los que los personajes cartagineses servían para insuflar en las almas de los jóvenes romanos lecciones morales y un relato de los tiempos remotos.

«El lamento de Dido», perteneciente a la ópera *Dido y Eneas*, que compuso Henry Purcell en el siglo XVII, repite el estribillo «recuérdame»: la protagonista lo canta mientras observa cómo el hombre que la ha rechazado se aleja, camino de otras tierras. Y todavía hoy la recordamos. Ahora puede verse cómo la historia de estos acontecimientos pasó a formar parte del imaginario popular de todo el Mediterráneo a través del Imperio romano.[3] Cuando un general romano celebraba un triunfo, desfilaba por las calles de Roma en un carro de guerra, seguido de una larga comitiva de personas esclavizadas —hombres, mujeres y niños— que serían vendidas para obtener beneficios. Junto a los ciudadanos capturados iban las estatuas, el oro y la plata, los muebles y todo aquello de lo que el vencedor podía apropiarse gracias a su conquista. También acompañaban a estos triunfos escenas de la guerra que se representaban ante los ojos del público. Los romanos que lucharon en las guerras contra Cartago, los comandantes victoriosos cuyos nombres se convirtieron en leyenda —los Escipiones, los Fabios, los Marcelos— celebraban los éxitos de sus familias en discursos fúnebres, monumentos públicos y templos dedicados a la victoria. El paisaje conmemorativo de la victoria romana sobre Cartago abarrotó, seguro, la ciudad en los años posteriores a las guerras, y el botín se encontraría por todas partes durante las décadas siguientes. Así pasaban en Roma los acontecimientos de todas las guerras a ser de dominio público, mediante un espectáculo visual —con cautivos

reales y acciones imaginarias— y, arquitectónicamente, a través de la conmemoración. No sabemos cómo se sentirían los descendientes de los cartagineses que sobrevivieron en aquellos años posteriores a la guerra, pero no es difícil imaginar sus emociones ocultas mientras el público celebraba y se regocijaba con la destrucción y la muerte.

La memoria de los romanos solo contaba una versión de los acontecimientos. Desde el momento en que Escipión el Africano triunfó sobre Cartago, los registros de sus hazañas quedaron en manos del griego Polibio y otros historiadores, de los poetas y senadores y de la población romana en general. La gente recordaba, vilipendiaba a los cartagineses o incluso simpatizaba con ellos; no fue nunca un asunto sencillo, pero el largo residuo de estos recuerdos ha oscurecido la historia. La complejidad de esta ciudad africana que una vez fue grande, sofisticada y multicultural, artífice de tecnologías innovadoras, cuna de guerreros valientes y profundas creencias religiosas, se borró. Las voces cartaginesas no llegaron a nosotros a través del tiempo, por lo que, en los últimos siglos antes de la era común y los siguientes, cuando el Imperio romano se consolidó tras cientos de años de conquistas, la historia romana de Cartago desempeñó en dicha consolidación un papel protagonista. Así fue como el relato de la vencida Cartago se transmitió hasta principios de la Edad Media en los textos históricos europeos e islámicos, y como se tradujo a las lenguas vernáculas de toda Europa durante la Edad Moderna. La historia de Cartago y Roma se transformó —en inglés, francés, italiano y alemán— en obras de teatro como *Dido*, *reina de Cartago*, de Christopher Marlowe, y óperas como *Los troyanos*, de Berlioz, y *Dido y Eneas*, de Purcell, junto con producciones más recientes, como la magistral película

muda de 1914, *Cabiria*, o la novela de Thomas Harris, de 1988, *El silencio de los corderos*. Cartago apareció recreada, incluso, como la rica ciudad de Qarth, en la segunda temporada de la serie de televisión *Juego de tronos*, en 2011. El drama de Cartago sigue vivo hoy en día.

Pero ¿qué pasó con la Cartago —y con la cultura cartaginesa— que sobrevivió en la nueva provincia romana de África? Después de que las brasas de la ciudad destruida hubieran ardido aún durante décadas en las costas de África, esta nueva Cartago romana creció y prosperó durante los primeros siglos de nuestra era. Su situación exacta no está clara. El romano Cicerón afirma que Escipión maldijo solemnemente el suelo donde se ubicaba la antigua ciudad, por lo que volver a ocupar aquella tierra habría constituido un sacrilegio. Apiano, sin embargo, afirma que el Senado ordenó a Escipión que maldijera a cualquiera que se estableciese en aquella tierra, no a la tierra en sí:[4] «Los senadores decretaron que, si quedaba algo de Cartago, Escipión debía arrasarlo, y que no se permitiera vivir allí a nadie jamás». El lugar no se olvidó ni llegó a abandonarse durante mucho tiempo, pero la maldición que pesaba sobre la ciudad hizo de la ocupación romana, durante bastante tiempo, un proceso complicado.

Los romanos no repoblaron Cartago de inmediato, pero ocuparon el territorio cartaginés y crearon la nueva provincia romana de África. La organización de aquel nuevo territorio colonial coincidió con el asentamiento de los reinos númidas que habían apoyado a los romanos en su asalto final a la ciudad. Una parte del antiguo territorio cartaginés fue entregada a los tres hijos de Masinisa, como pago por su apoyo durante la guerra; en concreto, se trataba de la

región que bañaba el tramo medio del río Bagradas. La frontera entre los territorios romanos y númidas la marcaba un foso, llamado *fossa regia*, que se extendía aproximadamente desde Thabraca (la actual Tabarka), en la costa norte, hasta Thaenae, en la costa sudeste (cerca de donde se encuentra la actual Sfax). A las ciudades púnicas que se habían aliado con Roma contra Cartago en la guerra final, como Útica y Hadrumetum, se las reconoció con un estatus especial que se traduce, más o menos, como «ciudades libres e inviolables» (*civitates liberae et immunes*). Eran ciudades independientes, con derecho a la libre posesión de sus territorios, que no estaban, por tanto, sujetas a los gravosos impuestos romanos. El resto de las tierras de la nueva provincia pasaron a ser «terrenos públicos» (*ager publicus*) del pueblo romano. El Senado puso parte de estas tierras a disposición de inversores romanos e italianos para su compra o arrendamiento. El resto de los terrenos se catalogaron como «tierras estipendiarias» (*ager stipendarius*), lo que significaba que la población nativa podía conservarlas, pero estaban sujetas a fuertes exacciones. Esta era la estructura administrativa de la provincia y, según nos dicen las fuentes, a finales del siglo II a. e. c. existían ya asociaciones y agrupaciones formales de ciudadanos romanos tanto dentro como fuera de la nueva provincia de África.

El territorio de los cartagineses les resultaba más que atractivo a los romanos, ya que era fértil y estaba cerca de Italia. Incluso antes de la caída de la ciudad, durante la Tercera Guerra Púnica, ya había un buen número de empresarios romanos en la zona. El término moderno «oportunista» se ajusta bastante bien a lo que ocurría entonces. El potencial de la riqueza agrícola y el comercio de cereales eran el principal atractivo para los romanos y otros italianos

que deseaban asentarse allí.[5] En resumen, el emplazamiento de Cartago era demasiado rico, demasiado estratégico, demasiado bello y demasiado habitable como para abandonarlo durante mucho tiempo. La primera colonia romana se intentó fundar tan solo veinticuatro años después de la destrucción de Cartago. La promovió Cayo Sempronio Graco en el año 122 a. e. c., y se concibió a lo grande, con seis mil colonos que recibirían una parcela de tierra de unas cincuenta y tres hectáreas cada uno. La planificación de colonias en el extranjero era clave en las reformas legislativas que impulsó Cayo Graco, destinadas a aliviar los problemas de la escasez de tierras en Italia. La nueva ciudad, que se fundaría explícitamente «sobre el suelo de la destruida Cartago», a pesar de la maldición de Escipión, se llamaría Junonia, en honor de Juno, una de las versiones romanizadas de la diosa púnica Tanit, que tan importante había sido para Cartago. Pero poco después de que Graco regresara de su nueva colonia en África, cayó en desgracia y fue asesinado por sus rivales políticos. La colonia no sobrevivió a su muerte, pero algunos de los colonos ya habían partido hacia allá y ocupado sus tierras, por lo que se les concedió la posesión de las mismas en virtud de una ley promulgada para la ocasión.[6]

Durante casi ochenta años, el largo periodo de violencia civil y disturbios que sacudió Roma tras la desaparición de los Gracos hizo inviable otro intento formal de colonizar el emplazamiento de Cartago. La guerra de Yugurta —que libraron el rey númida Yugurta, nieto ilegítimo de Masinisa, y los romanos (112-106 a. e. c.)— no modificó la situación en África y, a pesar de la derrota final de Yugurta a manos de los romanos, el reino númida conservó una

independencia nominal, y sus fronteras con la provincia romana siguieron siendo las mismas.

Durante este periodo, el goteo de italianos y romanos que emigraron a la nueva provincia de África fue constante, y la provincia se vio, también, involucrada en las guerras civiles que marcaron las últimas décadas de la República romana. Las ruinas de Cartago, entretanto, yacían humeantes a orillas del Mediterráneo, observando cómo los grandes generales de la República romana se destruían entre sí. Porque hasta en los relatos de estas guerras no falta tampoco la presencia de la arrasada Cartago; allí, sentado entre las ruinas de la ciudad, fue imaginado Mario, el general romano, mientras se escondía de su enemigo Sila.[7] Esta escena en particular cautivó la imaginación de los artistas europeos posteriores; en el cuadro del siglo XIX, *Mario entre las ruinas de Cartago*, por ejemplo, podemos apreciar la intensidad del gesto meditativo de un general romano ante los restos del enemigo destruido (véase la figura 28 del cuadernillo de imágenes). El siguiente en visitar Cartago fue Pompeyo Magno, más conocido como Pompeyo el Grande, en el año 81 a. e. c.[8] El general se detuvo para contemplar el famoso lugar de la victoria romana mientras sus soldados se entretenían rebuscando entre los despojos monedas y otras cosas de valor.

Hasta la guerra civil entre Pompeyo y César no se produjo un cambio real en la organización romana de su provincia en África. Tras la victoria de César sobre la facción rival en Farsalia, y la posterior muerte de Pompeyo en Egipto, en el 48 a. e. c., los restos de las fuerzas pompeyanas se reunieron en África bajo el liderazgo de Catón el Joven y Metelo Escipión. El rey de Numidia, Juba I, se

unió también a la causa. En el 46 a. e. c., Julio César los derrotó, y Catón el Joven y Juba I, sin nada ya por lo que luchar, se quitaron la vida tras la batalla.[9] Al morir Juba, César se anexionó el reino de Numidia y creó la provincia de Africa Nova (Nueva África). La frontera entre las dos provincias, no obstante, se mantuvo, de modo que se convirtieron en dos mitades de un mismo territorio: Africa Vetus y Africa Nova (antigua y nueva). El historiador Salustio fue nombrado primer gobernador de la nueva provincia. César no tardó en resucitar las políticas populistas de Graco con respecto a los territorios de ultramar, y estableció varias colonias de ciudadanos en África y en Hispania. Asentar a las masas urbanas de Roma en los territorios recién conquistados era una forma de aliviar la presión demográfica en la ciudad y establecer centros de población romana en nuevos lares. Al morir César, ascendió al poder su sobrino Octavio (conocido como Augusto), que mantuvo en gran medida las políticas de colonización promovidas por su antecesor. Según cuenta Apiano, durante las guerras civiles César se inspiró en un sueño que tuvo mientras acampaba cerca de Cartago. Cuando despertó, escribió lo que había soñado, con el fin de refundar la ciudad basándose en ello.[10]

Apiano nos cuenta que César asignó tierras en Corinto y Cartago a los pobres, que Augusto construyó la ciudad de Cartago según las notas del sueño de Julio César y que Cartago se repobló ciento dos años después de su destrucción, es decir, en el 44 a. e. c. Dion Casio dice, por su parte, que Augusto fue el responsable de que se asentara en la zona un nuevo grupo de colonos en el 29 a. e. c. Aquellos colonos eran ciudadanos romanos, pero —y a pesar de que César había llamado a su nueva ciudad Colonia Concordia Iulia

Karthago— el lugar siguió conociéndose como Cartago a secas. En algún momento de las guerras civiles que se libraron tras la muerte de Julio César y antes del reinado de Augusto, las dos provincias se fusionaron en una sola bajo el nombre de Africa Proconsularis, que siguió conservando su estatus provincial hasta que Diocleciano reorganizó el territorio imperial en África, en torno al año 285. En el 35 a. e. c., la nueva ciudad romana de Cartago se convirtió en la sede del gobierno territorial y en el centro administrativo. Desde el principio, Augusto quiso que su ciudad fuera grandiosa. En la *Eneida*, por ejemplo, encontramos la descripción de lo que se supone que es la Cartago de Dido mientras se está construyendo, pero en general se acepta que se trata, en realidad, de una descripción de la nueva capital provincial de Augusto. La *Historia natural* de Plinio cuenta que «la colonia de Cartago [se levantó] sobre los despojos de la Gran Cartago», y así lo atestiguan los restos hallados allí.[11]

¿Puede considerarse que Cartago «sobrevivió» en la colonia romana fundada en el emplazamiento original de la ciudad? ¿Qué esperaban conseguir los urbanistas romanos con su nuevo proyecto? ¿Tuvieron en cuenta la ciudad que había existido anteriormente? Mientras el primer emperador de Roma levantaba la nueva Cartago, Virgilio inmortalizaba a su reina fundadora, Dido, como una mujer despiadada e intrigante que intentaba apartar a Eneas de su destino, y, al mismo tiempo, Livio escribía la versión ortodoxa de la historia de las guerras entre Cartago y Roma. Cuando la nueva Cartago romana surgió, la nueva Roma imperial creó a su vez una narrativa que, desde el punto de vista del conquistador, inmortalizó la historia de Cartago y sus batallas con Roma. La colina de Birsa se convirtió en el centro de la ciudad romana, el foro. Allí, los romanos

acometieron un enorme proyecto de construcción. Ampliaron y aplanaron la cima de la colina, clavando enormes torres de ladrillo en el suelo como cimientos para el nuevo foro (véase la figura 29). En la cima de la ciudad romana había una basílica para los tribunales y un templo, el centro de la vida cívica.

Se han encontrado más pruebas, en otras regiones de África, de que Cartago y sus instituciones «sobrevivieron». Existe una inscripción bilingüe, en púnico y en latín, en la que se menciona a magistrados que utilizaban el término cartaginés «sufetes», en Leptis Magna, en el siglo I, y en Volubilis, actualmente en Marruecos, «sufete» aparece también en inscripciones. De modo que, en todo el norte de África, las palabras del poder administrativo cartaginés siguieron utilizándose durante más de un siglo después de su destrucción, y las palabras, como sabemos, importan. De hecho, se cree que África nunca fue tan púnica como después de la destrucción de Cartago, ya que los cartagineses supervivientes habrían buscado refugio en todo el territorio, en una especie de diáspora púnica. También hay pruebas claras de la supervivencia de su religión. En el Museo Británico se conserva una estela tallada en piedra (véase la figura 30) que contiene todo tipo de imágenes directamente relacionadas con las creencias religiosas cartaginesas, incluyendo el distintivo signo de Tanit y el caduceo, relacionado con Eshmún.



FIGURA 29. Cartago vista de la colina de Birsa, con torres romanas de ladrillo al fondo y casas púnicas en primer plano.
Foto de la autora

También existe una inscripción púnica que nos dice que el nombre de la persona que erigió la estela era Cayo Julio Arish, hijo de Adon-Baal. Por el nombre, Cayo Julio, podemos deducir que este Arish había conseguido la ciudadanía romana, ya que los nuevos ciudadanos del Imperio adoptaban los nombres de los cónsules del año en que esta se les concedía, y el nombre, en este caso, procedería de la familia de Cayo Julio César o de su hijo adoptivo, Augusto. Esta piedra tallada nos revela, en una conmemoración de estilo púnico, la existencia de un padre cartaginés cuyo hijo era ciudadano romano. Captura, de algún modo, cómo se adaptó la gente a vivir en la nueva Cartago y sus alrededores durante aquellos

años. También la religión de los cartagineses se fusionó con los cultos romanos; tenemos, por ejemplo, el templo de Juno Caelestis, construido, en la época romana, en el emplazamiento que ocupaba el *tofet* en la antigua Cartago, y el culto a Saturno, que se había esparcido por todo el entorno.[12] Estas deidades, Juno Caelestis y Saturno, absorbieron los atributos religiosos de Tanit y Baal. La cultura de los cartagineses siguió existiendo bajo la fachada de la ciudadanía romana.



FIGURA 30. Estela de Cayo Julio Arish.
© The Trustees of the British Museum

Hasta el siglo II no vuelve a aparecer Cartago, plenamente reconstituida, en la literatura. Apuleyo, escritor romano del siglo II, la llamó «la musa de África», y esta «musa» tuvo una gran importancia simbólica para los romanos en general. La evolución de la ciudad tras su destrucción, hasta convertirse en capital provincial romana y centro del cristianismo occidental, un núcleo económico con un rico patrimonio, marcó la historia de Roma en los años posteriores a las

Guerras Púnicas. Y, aunque la mayoría de los habitantes de la Cartago original habían sido asesinados o esclavizados, aún quedaban supervivientes dispersos por África y la península ibérica. Podemos rastrear vestigios de la antigua Cartago, y de la supervivencia cultural de esta, en las antiguas ciudades fenicias del norte de África y la península ibérica, en los restos de su lengua y sus religiones.

Apuleyo nos revela que bajo la apariencia de la *romanitas* —la condición romana— se escondía la lengua vernácula de los cartagineses, el púnico, que se consideraba pintoresca, atrasada y provinciana, frente a las lenguas del poder y la cultura que dominaban el mundo mediterráneo en esos siglos: el latín y el griego. En un documento que contiene mucha información autobiográfica, señala Apuleyo que su hijastro (que lo había demandado) «nunca habla más que en púnico, con algunas palabras en griego que aprendió de su madre. No quiere ni puede hablar latín». He aquí al sofisticado autor políglota que se burla de su acusador sirviéndose del menosprecio por la lengua púnica. Gracias a Apuleyo, sabemos que la lengua seguía existiendo, pero su autoridad y su poder no: cayeron junto con Cartago. El púnico se convirtió en una lengua local, subsumida por la conquista romana y su lengua oficial, el latín.[13]

Más interesante aún es observar de qué modo Apuleyo se identifica a sí mismo como númida. Dice proceder de una ciudad situada entre Numidia y Getulia, y habla de su identidad de una manera culturalista e irónica, evocando un pasado lejano y sus gloriosos hechos:

> No sé de qué debería avergonzarme, teniendo ahí a Ciro el Grande, que también era de origen mixto, mitad medo y mitad persa [...] No es que me sonroje el haber nacido en mi ciudad cuando aún era la ciudad de Sifax. Cuando este cayó, el pueblo romano nos permitió generosamente unirnos al rey Masinisa. (Apuleyo, *Apología*, 24.7)

Apenas unas décadas después de que Apuleyo escribiera estas palabras, un africano de ascendencia púnica se convirtió en emperador de Roma. La familia de Septimio Severo (195-203) procedía de la antigua ciudad púnica de Leptis Magna. Esta, junto con Sabratha y Oea (la actual Trípoli), formaba parte de la *emporia*: lugares, como ya hemos dicho, de origen fenicio y aliados de Cartago. Las fuentes romanas expresan, con cierta admiración no exenta de sarcasmo, que la familia de Severo era tan sofisticada que el tío del emperador ni siquiera tenía acento púnico.[14] Incluso el gran obispo cristiano, y pensador fundamental del cristianismo de Occidente, san Agustín, nos recuerda que los campesinos de los alrededores de su ciudad natal todavía hablaban la lengua púnica a principios del siglo V. A finales del siglo II, el emperador africano y su relación con un pasado épico se exploraron más a fondo cuando Caracalla, también emperador e hijo de Severo, reconstruyó la tumba de Aníbal en un lugar llamado Libyssa, en Asia Menor. El monumento al glorioso pasado cartaginés se convirtió en un centro de atención e incluso de homenajes hasta bien entrado el periodo medieval.[15] Severo llegó a instaurar oficialmente en Roma el culto a la diosa Caelestis (*Dea Caelestis*), una deidad relacionada con la diosa cartaginesa Tanit. Durante el mismo periodo, Tiro comenzó a acuñar monedas en las que se representaba la historia de Dido mientras esta edificaba Cartago, ilustrando así el mito y el pasado

legendario, lo que permitió que los relatos de la antigua Cartago se reincorporaran al lenguaje común y a la tradición del Imperio romano tres siglos después de su destrucción.

El impacto más profundo que Cartago dejó en la historia fue, quizá, el surgimiento de las nociones de imperio e imperialismo en el imaginario europeo, y el efecto dominó que esto tuvo en las aspiraciones coloniales europeas. A Cartago y a las guerras que libró contra Roma se les atribuye la creación del Imperio romano.[16] Los relatos de aquellas guerras, conservados en latín y griego, pasaron a las tradiciones modernas, de modo que en el siglo XVI ya existían traducciones de muchos textos antiguos, como los de Livio, a las lenguas vernáculas de Europa. De repente, en inglés, francés, italiano y alemán, aquella épica lucha por la conquista y la dominación imperial era más que accesible, y Cartago desempeñaba un papel protagonista, en tanto que enemigo derrotado. Las concepciones del poder, la conquista y el imperio en Europa y, más tarde, en América del Norte, se inspiraron en las de la Roma republicana e imperial, y las guerras con Cartago fueron fundamentales para estos dos regímenes. Como resultado, la identidad de los cartagineses se forjó y se recordó gracias a los conflictos. Napoleón se veía a sí mismo como Aníbal cruzando los Alpes, pero el Imperio británico prefería evocar las victorias romanas. Más recientemente, el dramaturgo irlandés Frank McGuinness se sirvió de este paradigma para explorar la ocupación colonial británica tras los acontecimientos del Domingo Sangriento, ocurridos en 1972 en Irlanda del Norte, en su obra de 1989, *Carthaginians*. La historia de Cartago se ha vuelto, así, mutable, dependiendo de quién la utilice para contar su propia historia.

Porque la historia de Cartago sigue resonando y fascinando. La ciudad y su pueblo se enfrentaron a un enemigo implacable que ya no podía tolerar su existencia, y fueron aniquilados. Y hemos visto cómo, a pesar de los esfuerzos de los romanos por controlar el relato tras la derrota, los restos físicos de Cartago emergen para contarnos algo diferente acerca de los cartagineses perdidos. Ahora podemos conocer a los heroicos guerreros, las hermosas reinas y los intrépidos exploradores, los colonizadores, los villanos y las víctimas, junto con las sacerdotisas, los artistas, los agricultores, los comerciantes, los padres, los niños y los abuelos. La historia de Cartago es una epopeya que hemos seguido a lo largo de su mítico ascenso, su floreciente poder e influencia y su definitiva desaparición. A lo largo de este viaje hemos conocido muchas Cartagos, desde aquel pequeño y aguerrido puesto colonial hasta la gran ciudad-Estado y potencia naval, esa ciudad cosmopolita, junto al mar, con su población multicultural y plurilingüe. Fue un lugar con una larga historia, rebosante de grandes aspiraciones, poblado por gentes orgullosas que apreciaban su hermosa urbe, sus mitos, sus historias y sus tradiciones, y que lucharon desesperadamente para salvarlo todo. Hoy en día, las descripciones vívidas y espantosas de la destrucción de la ciudad siguen cautivándonos, pero la cuestión de quiénes fueron los verdaderos cartagineses solo podrá llegar a responderse aunando todas las diferentes narrativas y los descubrimientos arqueológicos. De esta manera podremos, como clamaba Dido en su lamento, recordarlos tal como se merecen.

BIBLIOGRAFÍA

ALTEKAMP, S., *Karthago: Archäologische Stadtbiographie*, Berlín, Boston, De Gruyter, 2024, <https://doi.org/10.1515/9783 111333311>.

ALTEKAMP, S. y KHECHEN, M., «Third Carthage: struggles and contestations over archaeological space», *Archaeologies: Journal of the World Archaeological Congress*, 9, 3, 2013, pp. 470-505.

ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M., «The network of Melqart: Tyre, Gadir, Carthage and the founding god», en T. N. del Hoyo y F. L. Sánchez (eds.), *War, Warlords, and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*, Leiden, Brill, 2017, pp. 113-150.

AOUNALLAH, S. y TRANNOY, M. C., «De Byrsa a Carthage: naissance d'un topynome Carthage», en A. Aounallah y A. Mastino (eds.), *Carthage: Maîtresse de la Méditerranée, capitale de l'Afrique (IXe siècle avant J.C.-XIIIe siècle)*, Túnez, Agence de mise en valeur du patrimoine et de promotion culturelle Institut national du patrimoine, 2018, pp. 57-64.

ARIE, E., «The earliest known "sign of Tanit" revealed in 11th century BcE building at Megiddo», *Journal of the Institute of Archaeology of Tel Aviv University*, 44, 1, 2017, pp. 61-71.

AUBET, M., *The Phoenicians and the West: Politics, Colonies and Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. [Hay trad. cast.: *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, Barcelona, Ed. Bellaterra, 2009].

BECHTOLD, B., «Some remarks on amphorae circulation at Palermo (sixth-second centuries BcE)», en R. F. Docter, E. Gubel, V. Martínez Hahnmüller y A. Perugini (eds.), *Amphorae in the Phoenician-Punic World: The State of the Art*, Ancient Near Eastern Studies Supplement, 62, 2022, pp. 211-236.

BECHTOLD, B. y DOCTER, R., «Transport amphorae from Punic Carthage: an overview», en L. Nigro (ed.), *Motya and the Phoenician Ceramic Repertoire between the Levant and the West, 9th to 6th century BC*, VIII Giornata di Studi Moziesi Antonia Ciasca, Roma, 2010, pp. 85-116.

BECK, H., *Karriere und Hierarchie: Die römische Aristokratie und die Anfänge des cursus honorum in der mittleren Republik*. Klio Beiträge zur Alten Geschichte, 10, Berlín, Akademie Verlag, 2005.

BELLÓN, J. P. *et al*., «An archaeological analysis of a battlefield of the Second Punic War: the camps of the battle of Baecula», *Journal of Roman Archaeology*, 29, 2016, pp. 73-104, <https:// doi.org/10.1017/ S1047759400072056>.

BÉNICHOU-SAFAR, H., *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites* funéraires, París, CNRS, 1982.

—, *Le Tophet de Salammbô à Carthage: essai de reconstitution*, Roma, Collection de L'École Français de Rome, 2004, p. 342.

BEN JERBANIA, I. *et al*., «Nouvelles fouilles dans le sanctuaire de Ba'l Hamon à Carthage», en S. C. Pérez y E. R. González (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Mérida, MYTRA, Monografías y Trabajos de Arqueología, Instituto de Arqueología 5, 2020, pp. 1141-1156.

BIGGS, T., *Poetics of the First Punic War*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2020.

BINGHAM, S., y MACDONALD, E., *Carthage: Archaeological History*, Londres, Nueva York, Bloomsbury Press, 2024.

BOCKMANN, R., «African Rome: the city of Carthage from its Roman (re-) foundation to the end of the Byzantine period», en R. B. Hitchner (ed.), *A Companion to North Africa in Antiquity*, Hoboken, New Jersey, John Wiley & Sons Inc., 2022, pp. 117-141.

BOCKMANN, R. *et al*., «The SW quarter of Carthage and its main monument: new results on the topographical context, construction and development of the circus, based on fieldwork 2015-17», en J. H. Humphrey (ed.), *For the Love of Carthage*, Portsmouth, *Journal of Roman Archaeology Supplementary Series*, 109, 2020, pp. 50-74.

BONDÌ, S., Botto, M., Garbati, G. y Oggiano, I., *Fenici e cartaginesi: una civiltà mediterranea*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 2009.

BONNET, C., «On gods and earth: the Tophet and the construction of a new identity in Punic Carthage», en E. S. Gruen (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2011, pp. 373387.

BRADLEY, G., *Early Rome to 290 BC: The Beginnings of the City and the Rise of the Republic*, Edinburgo, Edinburgh University Press, 2020.

BRETT, M. y FENTRESS, E., *The Berbers*, Oxford, Blackwell, 1996.

BURGEON, C., *La troisième guerre punique et la destruction de Carthage*, París, L'Harmattan, 2015.

CAMPOREALE, G., «The Etruscans and the Mediterranean», en S. Bell y A. A. Carpino (eds.), *A Companion to the Etruscans*, Chichester, John Wiley & Sons, 2016, pp. 67-86.

CARDOSO, J. L. *et al*., «What the people of Utica (Tunisia) ate at a banquet in the 9th century BcE: zooarchaeology of a North African early Phoenician settlement», *Journal of Archaeological Sciences*, 8, 2016, pp. 314-322.

CARNEY, E., «Being royal and female in the early Hellenistic period», en A. Erskine y L. Llewellyn-Jones (eds.), *Creating a Hellenistic World*, The Classical Press of Wales, 2011, pp. 195-220.

CAZEAU, M., «Massinissa et Syphax. Un diptyque barbare chez Tite-Live», en *Formes du portrait*, París, Classiques Garnier, 2017, pp. 189-210.

CHARLES, M. B., «The African elephants of antiquity revisited: habitat and representational evidence», *Historia*, 69, 4, 2020, pp. 392-407.

CHELBI, F., «Recherches sur la topographie Carthaginoise: neapolis et mégara: l'extension urbaine de carthage du IVe s. jusqu'à 146 av. j.c.», en *AFRICA Revue des études et recherches préhistoriques, antiques, islamiques et ethnographiques*, vol. 24, INP, Túnez, 2017, pp. 13-28.

CRAWFORD, M., *Roman Republican Coinage*, vols. 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1974.

—, *Coinage and Money under the Roman Republic*, Londres, Methuen, 1985.

—, *The Roman Republic* (2ª ed.), Londres, Fontana, 1992.

CRAWFORD, M. (ed.), *Imagines Italicae: A Corpus of Italic Inscriptions*, 3 vols., Londres, The Institute of Classical Studies, University of London, 2011.

CRISTOFORI, A., «The maritime city in Graeco-Roman perception. Carthage and Alexandria: two emblematic examples», en L. François y A. Isaacs (eds.), *The Sea in European History*, Pisa, Edizioni PLUS, 2001, pp. 1-24.

CULLINGFORD, E., «British Romans and Irish Carthaginians: anti-colonial metaphor in Heaney, Friel and McGuinness», *Publications of the Modern Language Association*, 111, 2, 1996, pp. 222-239.

CUNLIFFE, B., *Facing the Sea of Sand: The Sahara and the Peoples of Northern Africa*, Oxford, Oxford University Press, 2023.

DALAINE, L., «Par quel col Hannibal est-il passé? Une literature sans fin…», en J. P. Jospin y L. Dalaine (eds.), *Hannibal et les Alpes: une traversée, un mythe*, Gollion, Infolio Editions, 2011, pp. 126-137.

DALY, G. *Cannae: The Experience of Battle in the Second Punic War*, Londres, Routledge, 2002.

DE LIGT, L., *Peasants, Citizens and Soldiers: Studies in the Demographic History of Roman Italy 225 BC-AD 100*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

DELILE, H., *et al*., «Economic resilience of Carthage during the Punic Wars: insights from sediments of the Medjerda delta around Utica (Tunisia)», *Environmental Sciences*, 116, 20, 2019, pp. 9764-9769.

DE LISLE, C., *Agathokles of Syracuse: Sicilian Tyrant and Hellenistic King*, Oxford, Oxford University Press, 2021.

DEVILLERS, O., «"Magonides" ou "Hannonides"? A propos de Justin, Historiae Philippicae, XIX, 1, 1», *ACFP* IV, 1, Actes du quatrième Congrès des Études Phéniciennes et Puniques, Cadix, 2-6 octubre de 1995, Cádiz, Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz, 2000, pp. 147-151.

DOAK, B. y LÓPEZ-RUIZ, C. (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

DOCTER, R., «Carthage and its hinterland», en S. Helas y D. Marzoli (eds.), *Phönizisches und Punisches Städtewsen (Iberia Archaeologica 13)*, Mainz, P. von Zabern, 2009, pp. 179-189.

DOCTER, R., BOUSSOFFARA, R. y TER KEURS, P. (eds.), *Carthage: Fact and Myth*, Leiden, Sidestone Press, 2015.

DOCTER, R., *et al*., «Carthage Bir Massouda: preliminary report on the first bilateral excavations of Ghent University and the Institut National du Patrimoine (2002-2003)», *BABESCH*, 78, 2004, pp. 43-70.

DOCTER, R., *et al*., «Radiocarbon dates of animal bones in the earliest levels of Carthage», en G. Bartolini y F. Delpino (eds.), *Oriente e Occidente: metodi e discipline a confronto: Riflessioni sulla cronologia dell'età del ferro in Italia*, Pisa, Roma, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 2005, pp. 557-575.

DOCTER, R., *et al*., «Punic Carthage: two decades of archaeological investigations», en J. L. López Castro (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo*

Occidental, Almería, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 2007, pp. 85-104.

DRIDI, H., «Early Carthage: from its foundation to the battle of Himera (ca. 814-480 BcE)», en B. R. Doak y C. LópezRuiz (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford Handbooks, 2019, edición online, Oxford Academic, agosto de 2019, pp. 140-154.

ECKSTEIN, A., «Rome, Saguntum and the Ebro Treaty», *Emerita*, 52, 1, 1984, pp. 51-68.

ERDKAMP, P., «Polybius, the Ebro Treaty and the Gallic invasion of 225 BcE», *Classical Philology*, 104, 4, 2009, pp. 495-510.

—, «Manpower and food supply in the First and Second Punic Wars, en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Londres, Nueva York, Blackwell Publishing Ltd, 2011, pp. 58-76.

ERSKINE, A., «Hannibal and the freedom of the Italians», *Hermes*, 121, 1, 1993, pp. 58-62.

FANTAR, H., *Carthage: approche d'une civilisation*, París, CNRS, 2000.

FEAR, A., «The dancing girls of Cadiz», *Greece and Rome*, 38, 1, 1991, pp. 75-79.

FENTRESS, E., «Romanizing the Berbers», *Past and Present*, 190, 1, 2006, pp. 3-33.

FENTRESS, E. y DOCTER, R., «North Africa: rural settlement and agricultural production», en P. van Dommelen y C. GómezBellard (eds.), *Rural Landscapes of the Punic World*, Londres, Sheffield, Oakville, Equinox, 2008, pp. 101-128.

FERJAOUI, A. (ed.), *Carthage et les autochtones de son empire du temps de Zama*, coloquio internacional organizado en Siliana y Túnez del 10 al 13 de marzo de 2004 por el Instituto Nacional del Patrimonio y la Asociación para la Salvaguardia del sitio de Zama, en homenaje a Mhamed Hassine Fantar, Túnez, Institut national du patrimoine, 2010.

FERJAOUI, A. y REDISSI, T. (eds.), *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique*, Actas del VII Coloquio Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Túnez, Institut national du patrimoine, 2019.

FRANKO, G., «The use of *Poenus* and *Carthaginiensis* in early Latin literature», *Classical Philology*, 89, 2, 1994, pp. 153-158.

—, «The characterization of Hanno in Plautus' Poenulus», *American Journal of Philology*, 117, 3, 1996, pp. 425-452.

FRONDA, M., *Between Hannibal and Rome: Southern Italy during the Second Punic War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

—, «Hannibal: Tactics, Strategy, and Geostrategy», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Oxford, Blackwell, 2011, pp. 242-259.

FROST, H., «The Punic wreck in Sicily, second season of excavation», *International Journal of Nautical Archaeology*, 3, 1, 1974, pp. 35-40.

FROST, H., *et al*., «Lilybaeum (Marsala) - the Punic ship: final excavation report», *Notizie degli scavi di antichità*, 8 Supplement vol. 30, 1976, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1981.

FUMADÓ ORTEGA, I., «Colonial representations and Carthaginian archaeology», *Oxford Journal of Archaeology*, 32, 1, 2013, pp. 53-72.

—, «Punic Carthage», en R. Hitchner (ed.), *A Companion to North Africa in Antiquity*, Hoboken, Nueva Jersey, John Wiley & Sons Inc., 2022, pp. 81-100.

GAUNT, J., «Nestor's Cup and Its Reception», en *Voice and Voices in Antiquity*, Leiden, Brill, 2017, pp. 92-120.

GAUCKLER, P., *Nécropoles puniques de Carthage*, París, Picard, 1915.

GIUSTI, E., *Carthage in Virgil's 'Aeneid': Staging the Enemy under Augustus*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

GOLDSWORTHY, A., *The Fall of Carthage*, Londres, Cassell, 2003.

—, *Cannae*, Londres, Phoenix, 2007.

GRUEN, E., «The consular elections for 216 b.c. and the veracity of Livy», *California Studies in Classical Antiquity*, 11, 1978, pp. 61-74.

—, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, Berkeley, University of California Press, 1986.

—, *Studies in Greek Culture and Roman Policy*, Berkeley, University of California Press, 1990.

—, *Culture and Identity in Republican Rome*, Ithaca, Cornell University Press, 1992.

—, «*Punica fides*», en *Rethinking the Other in Antiquity*, Princeton, Oxford, Princeton University Press, 2011, pp. 115-140.

GRUEN, E. (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2011.

HARRISON, S., «*Milesiae Punicae*: how Punic was Apuleius?» en T. Whitmarsh y S. Thomson (eds.), *The Romance Between Greece and the East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 211-224.

HARRISON, T., «History as contagion? Herodotus on silent trade (4.196)», *Syllogos*, 1, 2022, pp. 1-30.

HILL, A., «Hamilcar of Barce? Discerning Barcid proto-history and Polybius' *Mixellēnes*», *Journal of Roman Archaeology Journal of Hellenic Studies*, 140, 2020, pp. 69-105.

HOBSON, M., «Carthage after the Punic Wars and the Neo-Punic legacy», en B. R. Doak y C. López-Ruiz (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford Handbooks, 2019.

HOYOS, D., *Unplanned Wars: The Origins of the First and Second Punic Wars*, Berlín, Walter de Gruyter, 1998.

—, *Hannibal's Dynasty: Power and Politics in the Western Mediterranean, 247-183 BC*, Oxford, Routledge, 2003.

—, *Truceless War: Carthage's Fight for Survival, 241-237 BC*, Leiden, Brill, 2007.

—, *The Carthaginians*, Oxford, Nueva York, Routledge, 2010.

—, *Mastering the West: Rome and Carthage at War*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

—, *Carthage: A Biography*, Londres, Routledge, 2021.

HUNT, P., «The locus of Carthage, compounding geographical logic», *African Archaeological Review*, 26, 2009, pp. 137-154.

HURST, H., «The sanctuary of Tanit at Carthage in the Roman period: a re-interpretation», *Journal of Roman Archaeology*, Supplementary Series Number 30, 1999, pp. 1-95.

JACOBY, F. *et al*. (eds.), *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, FGrH, Leiden, Brill, 1923-1958.

KATZ, H., «The ship from Uluburun and the ship from Tyre: an international trade network in the ancient Near East», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins (1953-)*, 124, 2, 2008, pp. 128-142.

KAUFMAN, B., «The political economy of Carthage: the Carthaginian constitution as reconstructed through archaeology, historical texts, and epigraphy», en P. S. Avetisyan y Y. H. Grekyan (eds.), *Bridging Times and Spaces: Papers in Ancient Near Eastern, Mediterranean, and Armenian Studies. Festschrift in Honour of Gregory E. Areshian on the Occasion of His Sixty-Fifth Birthday*, Oxford, Archaeopress, 2017, pp. 201-213.

KAUFMAN, B., *et al*., «Ferrous metallurgy from the Bir Massouda metallurgical precinct at Phoenician and Punic Carthage and the beginning of the North African Iron Age», *Journal of Archaeological Science*, 71, 2016, pp. 33-50.

KOSMIN, P. J., *The Land of the Elephant Kings: Space, Territory, and Ideology in the Seleucid Empire*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2014.

KRAHMALKOV, C. *Phoenician-Punic Dictionary, Studia Phoenicia XV*, Leuven, Orientalia Lovaniensia Analecta 90, 2000.

KRINGS, V., *La civilisation phénicienne et punique: Manuel de recherché*, Leiden, Brill, 1995.

—, *Carthage et les Grecs, 580-480 av. J. C.*, Leiden, Brill, 1998.

—, «La critique de Sosylos chez Polybe III 20», en G. Schepens y J. Bollansée (eds.), *The Shadow of Polybius: Intertextuality as a Research Tool in Greek Historiography*, Studia Hellenistica, 42, Leuven, 2005, pp. 223-236.

—, «Rereading Punic agriculture: representation, analogy and ideology in the classical sources», en P. van Dommelen y G. Gómez Bellard (eds.), *Rural Landscapes of the Punic World*: *Studies in Mediterranean Archaeology*, vol. 11, Londres, Equinox, 2008, pp. 22-43.

KUHLE, M. y KUHLE, S., «Hannibal gone astray? A critical comment on W.C. Mahaney *et al*. "The Traversette (Italia) rockfall: geomorphological indicator of the Hannibalic invasion route», *Archaeometry*, 52, 1, 2010, pp. 156-172; *Archaeometry*, 54, 3, 2012, pp. 591-601.

KUNZE, C., «Carthage and Numidia, 201-149 b.c.», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, WileyBlackwell, 2011, pp. 393-411.

KUTTNER, A., «Representing Hellenistic Numidia, in Africa and at Rome», en J. Crawley Quinn y J. Prag (eds.), *The Hellenistic West: Rethinking the Ancient Mediterranean*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp. 216-272.

LANCEL, S., «La renaissance de la Carthage punique. Réflexions sur quelques enseignements de la campagne international patronnée par l'UNESCO», *Comptes rendu des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 129, 4, 1985, pp. 727-751.

—, *Carthage*, París, Fayard, 1992.

—, *Carthage: A History*, tr. Antonia Nevill, Oxford, Blackwell Publishers, 1995a.

—, *Hannibal*, París, Fayard, 1995b.

—, *Saint Augustin*, París, Fayard, 1999.

LANGE, C. H., *From Hannibal to Sulla: The Birth of Civil War in Republican Rome*, Studies in Ancient Civil War, vol. 1, Berlín, Boston, De Gruyter, 2024.

LAZENBY, J., *The First Punic War*, Londres, UCL Press, 1996a.

—, «Was Maharbal right?», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 1996b, pp. 39-48.

—, *Hannibal's War: A Military History of the Second Punic War*, Norman, University of Oklahoma, 1998.

—, «Rome and Carthage», en H. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 225-241.

LE BOHEC, Y., «The "Third Punic War": the siege of Carthage (148-146 b.c.)», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, Wiley-Blackwell, 2011, pp. 430-445

LEIGH, M., *Comedy and the Rise of Rome*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

LEVEAU, P. y MERCALLI, L., «Hannibal et les Alpes: l'identification du col franchi et son context environmental», en J. P. Jospin y L. Dalaine (eds.), *Hannibal et les Alpes: une traversée, un mythe*, Gollion, Infolio Editions, 2011, pp. 94-106.

LEVENE, D., *Livy on the Hannibalic War*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

LEWIS, D. M., «Punic Carthage», en *Greek Slave Systems in their Eastern Mediterranean Context, c. 800-146 BC*, Oxford Academic, 2018, <https://doi.org/10.1093/oso/9780198769941. 003.0014>.

LIPIŃSKI, E., *Dieux et déeses de l'univers phénicien et punique*, Leuven, 1995.

—, *Itineraria Phoenicia*, Studia Phoenicia 18, Orientalia Lovaniensia Analecta 127, Leuven, 2004.

LO CASCIO, E., «Recruitment and the size of the Roman population from the third to the first century BcE», en W. Scheidel (ed.), *Debating Roman Demography*, Leiden, Brill, 2001, pp. 111-137.

LOMAS, K., «Rome, Latins, and Italians in the Second Punic War», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, Wiley-Blackwell, 2011, pp. 339-356.

—, «Tarentum», *Oxford Classical Dictionary*, 2016.

LÓPEZ CASTRO, J. L. *et al*., «Nouvelles recherches sur la période archaïque d'Utique», en J. L. Castro (ed.), *Entre Útica y Gadir: navegación y colonización fenicia en el*

Mediterráneo Occidental a comienzos del I Milenio AC, Granada, 2020, pp. 55-80.

LÓPEZ-RUIZ, C., «Tarshish and Tartessos revisited: textual problems and historical implications», en M. Dietler y C. López-Ruiz (eds.), *Colonial Encounters in Ancient Iberia: Phoenician, Greek and Indigenous Relations*, Chicago, University of Chicago Press, 2009, pp. 255-280.

—, *Phoenicians and the Making of the Mediterranean*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2021.

LÓPEZ-RUIZ, C. y DOAK, B. (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford, Oxford University Press, 2022.

LUPU, E., *Greek Sacred Law: A Collection of New Documents (NGSL)*, Leiden, Boston, Brill, 2005.

MA, J., *Antiochus III and the Cities of Western Asia Minor*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

MACDONALD, E., *Hannibal: A Hellenistic Life*, New Haven, Yale University Press, 2015.

MACDONALD, E. y BINGHAM, S., «Piracy, plunder and the legacy of archaeological research in North Africa», en R. Evans y M. De Marre (eds.), *Piracy, Pillage and Plunder in Antiquity: Appropriation and the Ancient World*, Londres, Routledge, 2020, pp. 170-184.

MAES, A., «L'Habillement masculin à Carthage à l'époque des guerres punique», en H. Devijver y E. Lipiński (eds.), *Studia Phoenicia X: The Punic Wars*, Leuven, 1989, pp. 15-24.

MAHANEY, W., *Hannibal's Odyssey: Environmental Background to the Alpine Invasion of Italia*, Piscataway, NJ, Gorgias Press, 2009.

—, «Comments on M. Kuhle and S. Kuhle (2012): Hannibal gone astray? A critical comment on W. C. Mahaney *et al.,* "The Traversette (Italia) rockfall: geomorphological indicator of the Hannibalic invasion route"», *Archaeometry*, 52, 1, 2010, pp. 156-172; *Archaeometry*, 55, 6, 2013, 1196-1204.

MAHANEY, W., *et al*., «Biostratigraphic evidence relating to the age-old question of Hannibal's invasion of Italy, II: chemical biomarkers and microbial signatures», *Archaeometry*, 59, 1, 2017, 179-190, <https://doi. org/10.1111/arcm.12228>.

MALKIN, I. (ed.), *Mediterranean Paradigms and Classical Antiquity*, Londres, Routledge, 2005.

—, *A Small Greek World: Networks in the Ancient Mediterranean*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

MARAOUI TELMINI, B., «Découverte de latrines puniques du 5ème siècle av. J. C. à Carthage (Bir Massouda)», *BABESCH: Annual Papers on Mediterranean Archaeology*, 86, 2011, pp. 53-70.

MARAOUI TELMINI, B., *et al*., «Defining Punic Carthage», en J. Quinn y N. Vella (eds.), *The Punic Mediterranean: Identities and Identification from Phoenician Settlement to Roman Rule*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 113-147.

MCCARTY, M. M., «The Tophet and infant sacrifice», en C. LópezRuiz and B. R. Doak (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford, Oxford University Press, 2019, <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190499341.013.21>.

MCDONNELL, M., «Rome aesthetics and the spoils of Syracuse», en K. Welch (ed.), *Representations of War in Ancient Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 68-90.

MEDEROS MARTÍN, A., «The Exploration of the North African Atlantic Coast According to the Periplus of Hanno of Carthage», *Gerion - Revista de Historia Antigua*, 33, 2015, pp. 15-45.

MELCHIORRI, V., «The iconography of children as cultic characters in Mediterranean tophet precincts», *Journal of Ancient History*, 11, 2, 2023, pp. 259-276.

MELLITI, K., *Carthage: Histoire d'une métropole méditerranéenne*, París, Perrin, 2016.

MILES, R., *Carthage Must Be Destroyed: The Rise and Fall of an Ancient Civilisation*, Londres, Allen Lane, 2010.

—, «Hannibal and propaganda», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, Wiley-Blackwell, 2011, pp. 260-279.

MINEO, B., «Principal literary sources for the Punic Wars (apart from Polybius)», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, Wiley-Blackwell, 2011, pp. 111-127.

MORRISON, J., «The Trireme», en R. Gardiner (ed.), *The Age of the Galley: Mediterranean Oared Vessels Since Pre-Classical Times*, Londres, Conway Maritime Press, 1995, pp. 49-65.

MORRISON, J., *Greek and Roman Oared Warships, 399-30 BC*, Oxford, Oxbow, 1996.

MOSCATI, S., «Fenicio o punico o cartaginese», *Rivista di Studi Fenici*, 16, 1, 1988, pp. 3-13.

MOSCATI, S. (ed.), *The Phoenicians*, Londres, I. B. Tauris, 2001.

MOSCOVICH, M. J., «Septimius Severus and the tomb of Hannibal», *Ancient History Bulletin*, 4, 5, 1990, pp. 108-112.

MURRAY, W., *The Age of Titans: The Rise and Fall of the Great Hellenistic Navies*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

NASO, A., «Etruscan and Italic finds in North Africa, 7th-2nd century b.c.», en A. Villing y U. Schlotzhauer (eds.), *Naukratis: Greek Diversity in Egypt*, Londres, The British Museum Press, 2006, pp. 187-198.

NASO, A. (ed.), *Etruscology*, vol. 1, Boston, Berlín, De Gruyter, 2017.

NEVILLE, A., *Mountains of Silver and Rivers of Gold: The Phoenicians in Iberia*, Oxford, Oxbow, 2007.

NIEMEYER, H., «Expansion et colonisation», en V. Krings (ed.), *La civilization phénicienne et punique: Manuel de recherche*, Leiden, Brill, 1995, pp. 247-267.

O'BRYHIM, S., «Hannibal's elephants and the crossing of the Rhône», *Classical Quarterly*, New Series, 41, 1, 1991, 121-125.

PALMER, R., *Rome and Carthage at Peace*, Stuttgart, F. Steiner, 1997.

PAPADOPOULOS, J. K., «The Motya Youth: Apollo Karneios, art, and tyranny in the Greek West», *Art Bulletin*, 96, 4, 2014, pp. 395-423.

PETERS, S. (ed.), *Hannibal ad Portas: Macht und Reichtum Karthago*, Stuttgart, Theiss, 2004.

PICARD, C., «Sacra Punica: Études sur les *masques et rasoirs* de Carthage», *Karthago*, 13, París, 1967a, pp. 1-115.

—, *Hannibal*, París, Hachette, 1967b.

—, «Les répresentations du sacrifice molk sur les ex-voto de Carthage», *Karthago*, 17, 1975, pp. 67-138.

PICARD, G. C. y PICARD, C., *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal*, París, Hachette, 1958.

—, *Vie et mort de Carthage*, París, Hachette, 1970.

PICARD, G. C., «Est-il possible d'écrire une histoire de Carthage?», Actas del I Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Roma, 1983, pp. 279-283.

—, «Hannibal hégémon hellénistique», *Rivista Storica dell'Antichità*, 14, 1984, pp. 75-81.

PIETILÄ-CASTRÉN, L., *Magnificentia Publica: The Victory Monuments of the Roman Generals in the Era of the Punic Wars*, Commentationes Humanarum Litterarum, 84, Helsinki, 1987.

PILKINGTON, N., *The Carthaginian Empire: 550-202 BCE*, Lanham, MD, Lexington Books, 2019.

PLON, H. y DUMAINE, J. (eds.), *Correspondance de Napoléon Ier publiée par ordre de l'empereur Napoléon III, vol. 1-32*, París, Henri Plon, 1858-1870.

POTTER, D., «The Roman army and navy», en H. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 66-88.

PRAG, J., «*Poenus plane est* - but who were the "Punickes"?», *Papers of the British School at Rome*, 74, 2006, pp. 1-37.

—, «Tyrannizing Sicily: the despots who cried "Carthage!"», en *Private and Public Lies*, Leiden, Brill, 2010.

PRAG, J. y QUINN, J. C. (eds.), *The Hellenistic West: Rethinking the Ancient Mediterranean*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

QUINN, J. C., «The cultures of the Tophet: identification and identity in the Phoenician diaspora», en E. S. Gruen (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2011, pp. 388-413.

—, «Translating empire from Carthage to Rome», *Classical Philology*, 112, 3, 2017, pp. 312-331.

—, *In Search of the Phoenicians*, Princeton, Princeton University Press, 2018.

—, «Phoenicians and Carthaginians in Greco-Roman literature», en B. R. Doak y C. López-Ruiz (eds.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*, Oxford Handbooks, 2019.

—, «Une frontière dans la mer? Les autels des frères Philènes entre Carthage et Cyrène», en A. Ferjaoui y T. Redissi (eds.), *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique*, Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Túnez, Institut national du patrimoine, 2019a, pp. 217-222.

QUINN, J. C. y VELLA, N. C. (eds.), *The Punic Mediterranean: Identities and Identification from Phoenician Settlement to Roman Rule*, Cambridge, British School at Rome Studies, Cambridge University Press, 2014.

RAKOB, F., «The making of Augustan Carthage», en E. Fentress y S. E. Alcock (eds.), *Romanization and the City: Creation, Transformations and Failures: Proceedings of a Conference to Celebrate the 50th Anniversary of the Excavations at Cosa, 14-16 May, 1998*, *Journal of Roman Archaeology*, 2000, pp. 72-82.

RAMALLO ASENSIO, S., «Carthago Nova: arqueología y epigrafía de la muralla urbana», en A. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (eds.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Casa de Velázquez, León, Universidad de León, 2003, pp. 325-362.

RANCE, P., «Hannibal, elephants and turrets in Suda Θ 438 (Polybius Fr. 162b - an unidentified fragment of Diodorus», *Classical Quarterly*, 59, 1, 2009, pp. 91-111.

RANKOV, B., «The Second Punic War at sea», en T. Cornell *et al*. (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 1996, pp. 49-57.

—, «A war of phases: strategies and stalemates 264-241 b.c.», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, Wiley- Blackwell, 2011, pp. 149-166.

RAWLINGS, L., «Celts, Spaniards, and Samnites: warriors in a soldiers' war», en T. Cornell *et al*. (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 1996, pp. 81-95.

—, «Hannibal and Hercules», en L. Rawlings y H. Bowden (eds.), *Herakles and Hercules: Exploring Graeco-Roman Divinity*, Swansea, 2005, pp. 153-184.

—, «The Carthaginian navy: questions and assumptions», en G. Fagan y M. Trundle (eds.), *New Perspectives on Ancient Warfare*, Leiden, Boston, Brill, 2010, pp. 253-287.

REITSEMA, L., *et al*., «The diverse genetic origins of a classical period Greek army», *PNAS*, 119, 41, 2022.

RICH, J., «The origins of the Second Punic War», en T. Cornell *et al*. (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 1996, pp. 1-37.

RICHARDSON, J. S., «The triumph, the praetors and the senate in the early second century b.c.», *Journal of Roman Studies*, 65, 1975, pp. 50-63.

RIDLEY, R., «To be taken with a pinch of salt: the destruction of Carthage», *Classical Philology*, 81, 2, 1986, pp. 140-146.

—, «Livy and the Hannibalic war», en C. Bruun (ed.), *The Roman Middle Republic: Politics, Religion and Historiography c. 400-133 BC*, Acta Instituti Romani Finlandiae, vol. 23, Roma, 2000, pp. 13-40.

ROBINSON, E., «Punic coins of Spain and their bearing on the Roman republican series», en *Essays in Roman Coinage Presented to H. Mattingly*, Londres, Oxford University Press, 1956, pp. 34-62.

ROBINSON, E., «Carthaginian and other South Italian coinages of the Second Punic War», *Numismatic Chronicle*, 37, 1964, pp. 37-64.

ROLLINGER, R., «The Persian Empire in contact with the world», en K. Radner, N. Moeller y D. T. Potts (eds.), *The Oxford History of the Ancient Near East, Volume V: The Age of Persia*, Nueva York, Oxford University Press, 2023, pp. 887-948.

ROOD, T., «Geographical and historical patterning in Diodorus Siculus», *Histos Supplement*, 8, 2018, pp. 23-68.

ROSENSTEIN, N., «Marriage and manpower in the Hannibalic war: "Assidui", "Proletarii" and Livy 24.18.7-8», *Historia*, 51, 2, 2002, pp. 163-191.

ROSSI, A., «Parallel lives: Hannibal and Scipio in Livy's third decade», *Transactions of the American Philological Association*, 134, 2, 2004, pp. 359-381.

ROTH, J., *The Logistics of the Roman Army at War 264 BC to AD 235*, Leiden, Brill, 1999.

SABIN, P., «The mechanics of battle in the Second Punic War», en T. Cornell *et al*. (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal*, Londres, Institute of Classical Studies, University of London, 1996, pp. 59-79.

SABIN, P., VAN WEES, H. y WHITBY, M. (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

SALA SELLÉS, F., «Nuevas perspectivas sobre las relaciones púnicas con la costa ibérica del sureste peninsular», *Mainake: Los Púnicos de Iberia*: *Proyectos, Revisiones, Síntesis*, 32, 2, 2010, pp. 933-950.

SCHEID, J. y SVENBRO, J., «Byrsa. La ruse d'Elissa et la foundation de Carthage», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 40, 2, 1985, pp. 328-342.

SCHEPENS, G., «Polybius on the Punic Wars: the problem of objectivity in history», en H. Devijver y E. Lipiński (eds.), *Studia Phoenicia X: Punic Wars*, Orientalia Lovaniensia Analecta 33, Leuven, 1989, pp. 317-328.

SCHETTINO, M., «Pyrrhos en Italie: la construction de l'image du premier ennemi venu de l'Orient grec», *Pallas*, 79, 2009, pp. 173-184.

SCHMITT, A., «The significance of Sidon and Tyre during the Iron Age on a regional and supra-regional level», *Die Welt des Orients*, 54, 1, 2024, pp. 78-100.

SCHWARTZ, J. *et al*., «Bones, teeth and estimating age of perinates: Carthaginian infant sacrifice revisited», *Antiquity*, 86, 333, 2012, pp. 738-745.

SCHWARTZ, J. H. *et al*., «Two tales of one city: data, inference, and Carthaginian infant sacrifice», *Antiquity*, 91, 356, 2017, pp. 442-454.

SCULLARD, H., *Scipio Africanus in the Second Punic War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1930.

—, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, Londres, Thames & Hudson, 1970.

—, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Londres, Thames & Hudson, 1974.

SEIBERT, J., *Hannibal*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993a.

—, *Forschungen zu Hannibal*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993b.

SERRATI, J., «Sicily from pre-Greek times to the fourth century», en C. J. Smith y J. Serrati (eds.), *Sicily from Aeneas to Augustus*, Edinburgo, Edinburgh University Press, 2000a, pp. 9-14.

—, «The coming of the Romans: Sicily from the fourth to the first century b.c.» y «Garrisons and grain: Sicily between the Punic Wars», en C. J. Smith y J. Serrati (eds.), *Sicily from Aeneas to Augustus*, Edinburgo, Edinburgh University Press, 2000b, pp. 109-133.

—, «Neptune's altars: the treaties between Rome and Carthage (509-226 b.c.)», *Classical Quarterly*, 56, 1, 2006, pp. 113-134.

SHELDON, R., «Hannibal's spies», *International Journal of Intelligence and Counterintelligence*, 1, 3, 1986, pp. 53-70.

SMITH, P., *et al*., «Age estimations attest to infant sacrifice at the Carthage Tophet», *Antiquity*, 87, 338, 2013, pp. 1191-1199.

STEINBY, C., *The Roman Republican Navy, from the Sixth Century to 167 BC*, Commentationes Humanarum Litterarum 123, Helsinki, 2007.

STOCKS, C., *The Roman Hannibal: Remembering the Enemy in Silius Italicus' Punica*, Liverpool, Liverpool University Press, 2014.

STORM, E., *Massinissa: Numidien im Aufbruch*, Stuttgart, Steiner, 2001.

STROOTMAN, R., «Warrior queens of the Hellenistic world», en *The Public Lives of Ancient Women (500 BCE-650 CE)*, Leiden, Brill, 2023, pp. 18-45.

ŚWIERK, M., «Roman Carthage - an ethnic conglomeration? A study of the anthroponymy of an African metropolis», *Antichthon*, 56, 2022, pp. 162-179.

TIPPING, B., «"*Haec tum Roma fuit*": past, present and closure in Silius Italicus' *Punica*», en S. Heyworth, P. Fowler y S. Harrison (eds.), *Classical Constructions: Papers in Memory of Don Fowler, Classicist and Epicurean*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 221-241.

TIPPING, B., *Exemplary Epic: Silius Italicus' Punica*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

TIPPS, G., «The defeat of Regulus», *Classical World*, 96, 4, 2003, pp. 375-385.

TOYNBEE, A. J., *Hannibal's Legacy: The Hannibalic War's Effects on Roman Life*, vols. 1 y 2, Oxford, Oxford University Press, 1965.

TURFA, J. M., «Evidence for Etruscan-Punic relations», *American Journal of Archaeology*, 81, 3, 1977, pp. 368-374.

TUSA, S. y ROYAL, J., «The landscape of the naval battle at the Egadi Islands (241 b.c.)», *Journal of Roman Archaeology*, 25, 2012, pp. 7-48.

USTINOVA, Y., «Seers and poets», *Caves and the Ancient Greek Mind: Descending Underground in the Search for Ultimate Truth*, Oxford, 2009.

VAN DOMMELEN, P., «Punic persistence: colonialism and cultural identities in Roman Sardinia», en R. Laurence y J. Berry (eds.), *Cultural Identity in the Roman Empire*, Londres, Routledge, 1998, pp. 25-48.

—, «Punic identities and modern perceptions in the western Mediterranean», en J. C. Quinn y N. C. Vella (eds.), *The Punic Mediterranean: Identities and Identification from Phoenician Settlement to Roman Rule*, Cambridge, British School at Rome Studies, Cambridge University Press, 2014, pp. 42-57.

VAN DOMMELEN, P. y GÓMEZ BELLARD, C., «Defining the Punic world and its rural contexts», en P. van Dommelen y G. Gómez Bellard (eds.), *Rural Landscapes of the Punic World*, *Studies in Mediterranean Archaeology*, vol. 11, Londres, 2008, pp. 1-21.

VAN REGENMORTEL, C «Work, labour, and professions in the Roman world», *Classical Review*, 67, 2, 2017, pp. 470-473, <https://doi.org/10.1017/S0009840X17001068>.

—, *Soldiers, Wages, and the Hellenistic Economies*, Cambridge, Cambridge University Press, 2024.

VÁRHELYI, Z., «The spectres of Roman imperialism: the live burials of Gauls and Greeks at Rome», *Classical Antiquity*, 26, 2, 2007, pp. 277-304.

VERHELST, N., «The Carthaginian sufetes: (re-)assessing the literary, epigraphical, and archaeological sources», *Carthage Studies*, 12, 2021, pp. 31-80.

VISONÀ, P., «La Numismatique partim occident», en V. Krings (ed.), *La civilization phénicienne et punique: Manuel de recherche*, Leiden, Brill, 1995, pp. 166-181.

—, «Carthaginian coinage in perspective», *American Journal of Numismatics*, 10, 1998, pp. 1-27.

—, «Rethinking early Carthaginian coinage», *Journal of Roman Archaeology*, 31, 2018, pp. 7-29.

VIVA, S., *et al*., «The mass burials from the western necropolis of the Greek colony of Himera (Sicily) related to the battles of 480 and 409 BcE», *International Journal of Osteoarchaeology*, 30, 3, 2020, pp. 307-317.

WAAL, W., «Deconstructing the Phoenician myth: "Cadmus and the palm-leaf tablets" revisited», *Journal of Hellenic Studies*, 142, 2022, pp. 219-254.

WALBANK, F. W., *A Historical Commentary on Polybius*, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 1957, 1967, 1979 (citados como vol. 1, 2 o 3).

—, «Some reflections on Hannibal's pass», en *Selected Papers: Studies in Greek and Roman History and Historiography*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 107-119.

WEECH, W. N. WARMINGTON, B. H. y WILSON, R. J. A., «Utica», *Oxford Classical Dictionary*.

WELCH, K., «*Domi Militaeque*», en K. Welch (ed.), *Representations of War in Ancient Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 91-161.

WHITTAKER, C., «Carthaginian imperialism in the fifth and fourth centuries», en P. Garnsey y C. Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, pp. 59-90.

WILSON, A., «Romanizing Ba'al: the art of Saturn worship in North Africa», en M. Sanader y A. R. Miočevič (eds.), *Proceedings of the 8th International Colloquium on Problems of Roman Provincial Art*, Zagreb, Opuscula: archaeologica dissertationes et monographiae, 2005, pp. 403-408.

WILSON, R., «Hellenistic Sicily, c. 270-100 b.c.», en J. Prag y J. C. Quinn (eds.), *The Hellenistic West*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp. 79-119.

WILSON, S., «Urban development in the Severan empire», en S. Swain, S. Harrison y J. Elsner (eds.), *Severan Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007,

pp. 290326.

WOOLF, G., *Rome: An Empire's Story*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

WOOLMER, M., «Tinker, trader, sailor, spy? The role of the mercantile community in Greek intelligence gathering», en E. Bragg, L. Hau y E. Macaulay-Lewis (eds.), *Beyond the Battlefields: New Perspectives on Warfare and Society in the Greco-Roman World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 67-83.

WOOLMER, M., *A Short History of the Phoenicians*, 2ª edición, Londres, Nueva York, Bloomsbury Publishing, 2021.

XELLA, P. (ed.), *The Tophet in the Phoenician Mediterranean*, Studi Epigraphici e Linguistici, vol. 30, Verona, 2013.

XELLA, P. *et al*., «Phoenician bones of contention», *Antiquity*, 87, 338, 2013, p. 1199-1207.

ZAMBON, E., «From Agathocles to Hieron II: the birth and development of *basileia* in Hellenistic Sicily», en S. Lewis (ed.), *Ancient Tyranny*, Edinburgo, Edinburgh University Press, 2006, pp. 77-92.

ZAMBON, E., *Tradition and Innovation: Sicily between Hellenism and Rome*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2008.

ZIMMERMANN, K., «Zur Münzprägung "der Libyer" während des Söldnerkrieges», en K. Geus y K. Zimmermann (eds.), *Studia Phoenicia XVI: Punica - Libyca - Ptolemaica*, Orientalia Lovaniensia Analecta 104, Leuven, 2001, pp. 235-252.

—, «Roman strategy and aims in the Second Punic War», en D. Hoyos (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Malden, MA, Wiley-Blackwell, 2011, pp. 280-298.

ZIMMERMAN MUNN, M. L., «Corinthian trade with the Punic west in the Classical period», *Corinth, The Centenary: 1896-1996*, 20, 2003, pp. 195-217.

FUENTES PRIMARIAS

AMIANO MARCELINO, *The Later Roman Empire*, trad. de W. Hamilton, Londres, Penguin, 1986. [Hay trad. cast.: *Historia*, Madrid, Akal, 2002].

APIANO, *Roman History*, 4 vols. (mencionados por las distintas secciones en que se divide la obra: vol. 1, *Sicelica, Iberica, Hannibalica, Libyca (Punica*); vol. 2, *Illyrica, Syriaica*; vol. 3, *Bellum Civile*, trad. de H. White, Harvard, Cambridge,

MA, Loeb Classical Library, 1955-1964. [Hay trad. cast.: *Historia romana*, Madrid, Gredos].

—, *Wars of the Romans in Iberia (Iberike)*, trad., prólogo y notas de J. S. Richardson, Warminster, Aris &Phillips, 2000. [Hay trad. cast.: *Guerras ibéricas*, Madrid, Alianza, 2016].

APULEYO, «Apologia», en V. Hunink (ed. y notas), *Apuleius of Madauros, Pro se de Magia (Apologia)*, 2 vols., Ámsterdam, Gieben, 1997. [Hay trad. cast.: *Apología*, Madrid, Gredos, 2002].

ARISTÓFANES, *Birds. Lysistrata. Women at Thesmophoria*, trad. de J. Henderson, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 2000. [Hay trad. cast.: *Comedias*, Madrid, CSIC].

ARISTÓTELES, *Politics*, trad. de H. Rackham, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1959. [Hay trad. cast.: *Política*, Madrid, Gredos, 2000].

ARRIANO, *Anabasis and Indica*, vol. 2, trad. de P. A. Brunt, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1983. [Hay trad. cast.: *Anábasis*, Madrid, Gredos].

AULO GELIO, *Attic Nights*, vol. 2, trad. de J. C. Rolfe, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1927. [Hay trad. cast.: *Noches áticas*, Madrid, Akal, 2009].

AURELIO VÍCTOR, *De Caesaribus*, Livres de Césars, ed. y trad. de P. Dufraigne, París, Budé, 1975.

DION CASIO, *Roman History*, trad. de E. Cary, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1914-1927. [Hay trad. cast.: *Historia romana*, Madrid, Gredos].

CATÓN, *De Agricultura*, trad. de W. D. Hooper, Harrison Boyd Ash, Loeb Classical Library 283, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1934. [Hay trad. cast.: *De la agricultura*, Madrid, Tecnos, 2019].

CICERÓN, *De Divinatione* (De div.), trad. de W. A. Falconer, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1959. [Hay trad. cast.: *La adivinación. El destino. Timeo*, Madrid, Alianza, 2023].

—, *De Finibus* (De fin.), trad. de H. Rackham, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1968. [Hay trad. cast.: *Del supremo bien y del supremo mal*, Barcelona, Planeta, 1996].

—, *De Lege Agrarian Contra Rullum* (De agr.), trad. de J. H. Freese, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1945. [Hay trad. cast.: *Discursos*, vol. VIII, Madrid, Gredos].

—, *De Officiis* (De off.), trad. W. Miller, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1951. [Hay trad. cast.: *Los oficios*, Madrid, Espasa, 2003].
—, *De Oratore*, vol. 1, trad. de E. W. Sutton, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1968. [Hay trad. cast.: *El orador*, Madrid, Alianza, 2019].
—, *Orationes*, vol. 6, trad. de J. H. Freese, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1930. [Hay trad. cast.: *Discursos*, Madrid, Gredos].
—, *Pro Balbo*, trad. de R. Gardner, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1958. [Hay trad. cast.: *En defensa de Lucio Cornelio Balbo*, Madrid, Ed. Clásicas, 1996].
—, *Pro Sestio*, trad. de R. Gardner, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1958.
—, *The Verrine Orations* (Verr.), trad. de L. H. G. Greenwood, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1948.
CORNELIO NEPOTE, *On the Great Generals of Foreign Nations*, trad. de J. C. Rolfe, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 2005. [Hay trad. cast.: *Vidas*, Madrid, Gredos, 2002].
CORNELIO NEVIO, *Bellum Poenicum*, ed. y trad. de E. Flores, Nápoles, Liguori Editore, 2011.
DIODORO SÍCULO, *Library of History*, trad. de F. R. Walton *et al*., vols. 1-13, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1956-1957. [Hay trad. cast.: *Biblioteca histórica*, Madrid, Ed. Clásicas, 1995].
DIONISO DE HALICARNASO, *Roman Antiquities*, trad. de E. Cary, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 19371950. [Hay trad. cast.: *Historia antigua de Roma*, Barcelona, RBA, 2008].
ENNIO, *Annales*, fragmentos, ed. de E. M. Stewart, Cambridge, 1925.
ESTACIO, *Silvae*, trad., intr. y notas de D. A. Slater, Oxford, The Clarendon Press, 1908. [Hay trad. cast.: *Silvas*, Madrid, Gredos, 2002].
ESTRABÓN, *Geography*, libro III, trad. de H. Jones, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1969. [Hay trad. cast.: *Geografía*, libros II, III, Madrid, Gredos, 2001].
—, *Geografía de Iberia*, trad. de J. Gómez Espelosín, con comentarios de G. Cruz Andreotti, M. V. García Quintela y J. Gómez Espelosín, Madrid, 2007.
EUTROPIO, *Historiae Romanae Breviarium*, trad., intr. y notas de H. W. Bird, Liverpool, Liverpool University Press, 1993. [Hay trad. cast.: *Breviario de historia*

romana, Madrid, Bubok Publishing, 2009].

HANNÓN, *Periplus, The Date and Origin of Hanno's Periplus*, trad. de J. Bloomqvist, Lund, LiberLäromedel/Gleerup, 1979.

HERODIANO, *History*, vol. 1, trad. de C. R. Whittaker, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1969. [Hay trad. cast.: *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, Barcelona, Planeta, 1996].

HERÓDOTO, *The Histories*, trad. de A. D. Godley, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1946. [Hay trad. cast.: *Historia*, Madrid, Gredos, 2000].

—, *The Histories*, trad. de A. De Selincourt, intr. y notas de R. A. Burn, Londres, Penguin, 1972.

—, *The Histories*, trad. de T. Holland, intr. de P. Cartledge, Londres, Penguin, 2013.

HESÍODO, *Theogony. Works and Days. Testimonia*, trad. de G. W. Most, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 2007. [Hay trad. cast.: *Teogonía. Trabajos y días*, Madrid, Alianza, 2011].

HORACIO, *Odes and Epodes*, trad. de C. E. Bennett, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1914. [Hay trad. cast.: *Odas y épodos*, Madrid, Cátedra, 2020].

JENOFONTE, *Cyropaedia: The Education of Cyrus*, trad. y notas de W. Ambler, Ithaca, Londres, Cornell University Press, 2001. [Hay trad. cast.: *Ciropedia*, Barcelona, RBA, 2007].

—, *Memorabilia and Oeconomicus*, trad. de E. Marchant, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 2013.

JUSTINO, *Epitome of the Philippic History of Pompeius Trogus*, trad. de J. Yardley y notas de R. Develin, Atlanta, Society for Classical Studies Classical Resources, 3, APA, 1994.

JUVENAL, *The Sixteen Satires*, trad. e intr. de P. Green, Londres, Penguin, 1974. [Hay trad. cast.: *Sátiras*, Madrid, Alianza, 2010].

LIVIO, *Ab urbe condita*, Oxford Classical Texts, vols. 3-5, Libros XXI-XXXV, 1950-1965. [Hay trad. cast.: *Historia de Roma desde su fundación*, Madrid, Gredos].

—, *Hannibal's War*, Books 21-30 de *Ab urbe condita*, trad. de J. Yardley y D. Hoyos, Oxford, Oxford World Classics, 2006.

—, *Rome and the Mediterranean*, Libros 31-45 de *Ab urbe condita*, trad. de H. Bettenson, Harmondsworth, Penguin Books, 1976.

—, *Summaries, Fragments and Obsequens (Periochae)*, vol. XIV, trad. de A. Schlesinger, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1959.

MENANDRO, *Aspis*, vol. 1, ed. y trad. W. G. Arnott, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1979.

OVIDIO, *Fastos*, trad. de Sir J. G. Frazer, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1989. [Hay trad. cast.: *Fastos*, Madrid, Gredos, 2001].

PLATÓN, *Laws*, vols. 1 y 2, trad. de R. Bury, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1926-1931. [Hay trad. cast.: *Leyes*, Madrid, Alianza, 2014].

PLAUTO, *Mostellaria*, en la trad. de H. T. Riley, *The Comedies of Plautus*, Londres, G. Bell & Sons, 1912. [Hay trad. cast.: *Mostellaria*, Sevilla, Signatura, 2002].

—, *Poenulus*, trad. de P. Nixon, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1951. [Hay trad. cast.: *El astuto cartaginés (Poenulus)*, Madrid, Ed. Clásicas, 2011].

PLINIO, *Natural History*, vols. 1-10, trad. de H. Rackham, W. H. S. Jones y D. E. Eichholz, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1947-1962. [Hay trad. cast.: *Historia natural*, Madrid, Cátedra, 2007].

PLUTARCO, «Demetrius», en *The Age of Alexander*, trad. de I. ScottKilvert y T. Duff, Londres, Penguin, 1973-2012. [Hay trad. cast.: *Vidas paralelas: Demetrio-Antonio*, Madrid, Alianza, 2007].

—, *Life of Alexander*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1949. [Hay trad. cast.: *Vidas paralelas: Alejandro Magno-César*, Madrid, Alianza, 2016].

—, *Life of C. Gracchus*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1921.

—, *Life of Cato the Elder*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1914. [Hay trad. cast.: *Vidas de Aristides y Catón*, Madrid, Akal, 2003].

—, *Life of Fabius Maximus*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1951. [Hay trad. cast.: *Vidas paralelas: Alejandro-César, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano*, Madrid, Cátedra, 2016].

—, *Life of Lycurgus*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1914.

—, *Life of Marcellus*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1955.

—, *Life of Pyrrhus*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1920.

—, *Life of Sertorius*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1919. [Hay trad. cast.: *Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Madrid, Akal, 2004].

—, *Life of Timoleon*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1919.

—, *Life of Titus Flamininus*, trad. de B. Perrin, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1921.

POLIBIO, *The Histories*, vols. 1-6, trad. de W. R. Paton, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1922. [Hay trad. cast.: *Historia*, Madrid, Gredos].

—, *The Rise of the Roman Empire*, trad. de I. Scott-Kilvert, intr. de F. Walbank, Londres, Penguin Classics, 1979.

QUINTO CURCIO RUFO, *History of Alexander*, vol. 1, libros 1-5, trad. de J. C. Rolfe, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1946. [Hay trad. cast.: *Historia de Alejandro Magno*, Madrid, Gredos, 2001].

SALUSTIO, *Bellum Catilinae and Bellum Jugurthinum*, trad. de J. C. Rolfe, rev. de J. Ramsey, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 2013. [Hay trad. cast.: *Conjuración de Catilina-Guerra de Yugurta*, Madrid, Gredos, 2001].

SERVIO, *Commentary on Book Four of Virgil's Aeneid*, ed. y trad. de C. McDonough, R. Prior y M. Stansbury, Wauconda, IL, 2004.

SILIO ITÁLICO, *Punica*, vols. 1 y 2, trad. de J. D. Duff, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1949-1950. [Hay trad. cast.: *La guerra púnica*, Madrid, Akal, 2005].

—, «Punica», libro 3, en A. Augoustakis y R. Joy Littlewood, *Oxford Commentaries on Flavian Poetry*, Oxford, Oxford University Press, 2022.

SOSILO, «Sosylos (176)», trad. de D. W. Roller, en I. Worthington (ed.), *Brill's New Jacoby*, Brill, Universidad de Missouri, 2012.

SUETONIO, *Lives of the Caesars*, vol. 1 (para Tiberio), trad. de J. C. Rolf, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1914. [Hay trad. cast.: *Vidas de los césares*, Madrid, Alianza, 2018].

TEÓCRITO, *The Idylls*, intr. y notas de R. J. Cholmeley, Londres, George Bell & Sons, 1901.

TUCÍDIDES, *History of the Peloponnesian War*, vol. 1, libros 1-2, trad. de C. F. Smith, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1919. [Hay trad. cast.: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona, Crítica, 2013].

«TIMEO DE TAUROMENIO», trad. de C. Champion, en I. Worthington (ed.), *Brill's New Jacoby*, Brill Online, 15 de abril de 2014. Disponible en <http://referenceworks.brillonline. com/entries/brill-s-new-jacoby/timaios-566-a566>.

TZETSES, J., *Chiliades*, Nápoles, ed. P.A.M. Leone, 1968.

VALERIO MÁXIMO, *Memorable Doings and Sayings*, vols. 1 y 2, ed. y trad. de D. R. Shackleton Bailey, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 2000. [Hay trad. cast.: *Nueve libros de dichos y hechos memorables*, Madrid, Akal, 1988].

VELEYO PATÉRCULO, *History of Rome*, trad. de F. W. Shipley, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1924. [Hay trad. cast.: *Historia romana*, Madrid, Gredos, 2002].

VIRGILIO, *Aeneid*, trad. de J. Dryden, Londres, Sir John Lubbock's Hundred Books, 1891. [Hay trad. cast.: *Eneida*, Mardid, Cátedra, 2006].

—, *Aeneid*, trad. de R. Fagles, Londres, Penguin, 2006.

—, *Aeneid*, trad. de T. C. Williams, Boston, Houghton Mifflin Co., 1910.

—, *Eclogues. Georgics. Aeneid: Books 1-6*, trad. de H. Rushton Fairclough, revisada por G. P. Goold, Harvard, Cambridge, MA, Loeb Classical Library, 1916. [Hay trad. cast.: *Églogas. Geórgicas*, Madrid, Espasa, 1982].

ZONARAS. J., *Epitome of Histories*, las secciones citadas aquí proceden de Dion Casio, *Roman History*, trad. de E. Cary, Harvard, Cambridge MA, Loeb Classical Library, 1914-1927.

AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con muchas personas por este libro. Mi interés de toda la vida por Cartago —la púnica, la romana, la medieval, la moderna y la contemporánea— comenzó hace mucho tiempo, cuando participé en unas excavaciones realizadas en un yacimiento de la ciudad, junto con un equipo de la Universidad de Alberta, en Canadá. De ese proyecto surgieron muchas cosas, pero quizá lo más importante fue la amistad que forjé con un grupo de personas entre las que se incluyen Sandra Bingham, Stephen Copp, Elizabeth Pennefather-O'Brien, Bretta Gerecke, Michael MacKinnon y Jeremy Rossiter, junto a otros que han formado parte de mi vida y de mi relación con Cartago.

Mi mayor deuda es con el magnífico trabajo que han llevado a cabo tantos grandes estudiosos de Túnez, Europa, Norteamérica y otros lugares, que han transformado nuestra comprensión de la historia y la cultura de Cartago y del Mediterráneo durante las últimas décadas, y en cuya investigación se sustenta gran parte del libro. Estas obras se citan en las notas y en la bibliografía, con la salvedad de que cualquier error de interpretación debe atribuírseme exclusivamente a mí. He contado con la inestimable ayuda de Stephen Copp con las imágenes y los mapas, de Maria Clarke con la cartografía y la conceptualización del espacio mediterráneo de Cartago, y quiero dar las gracias a Helen Stirling por reunirlo todo. También me gustaría manifestar mi agradecimiento a mis alumnos

de la Universidad de Cardiff, especialmente a los que cursaron el módulo South Shore, cuyas discusiones e ideas sobre todo lo relacionado con el mundo antiguo del norte de África han sido una fuente de inspiración para mí. Quiero dar las gracias a Adam Gauntlett, que pensó que este libro sería una buena idea, y a Robyn Drury, que estuvo de acuerdo, así como a todos los editores de Ebury, que han sido de gran ayuda y cuyas sugerencias han hecho que este libro sea mucho mejor, especialmente a Amanda Waters.

Hay, también, muchos amigos y familiares que siempre han alentado y apoyado mis intereses, escuchado mis divagaciones y creído en mi trabajo, además de animarme a seguir adelante. Todas estas personas hermosas, hermanas, primos y colegas, sabéis quiénes sois. Como siempre, quiero dar las gracias a mi compañero de vida, Keith Tracey, por su apoyo y tolerancia con mis fascinaciones e intereses por las antiguallas del Mediterráneo. Pero, sobre todo, quiero dedicar este libro a una querida amiga que ya no está con nosotros, Victoria Rowbotham, que es y seguirá siendo una fuente constante de inspiración para mí.



FIGURA 1. Relieve procedente de un palacio asirio de finales del siglo VIII o principios del siglo VII a. e. c. que muestra una birreme, un buque de guerra fenicio con cubierta y dos niveles de remos, y con marineros y escudos en la cubierta, lo que refleja una innovación temprana en la navegación mediterránea.
© The Trustees of the British Museum



FIGURA 2. Relieve real asirio que muestra, tal vez, a un fenicio rindiendo tributo al rey con dos monos como regalo.
© The Trustees of the British Museum



FIGURA 3. *El nacimiento de Venus*, pintura del siglo XV de Sandro Botticelli, muestra el perdurable legado del mito de Venus (Afrodita/Astarté) llegando a Chipre arrastrada por el mar.
bpk Bildagentur/Alfredo Dagli Orti



FIGURA 5. El signo de Tanit en un suelo de mosaico de la ciudad púnica de Kerkouane, Túnez, siglo III a. e. c.
Imagen procedente de Shutterstock



FIGURA 10. Láminas de oro con inscripciones bilingües etruscas/fenicias que colgaban de las puertas del templo de Uni en Pirgi (Italia). Reflejan la estrecha relación entre las ciudades-Estado etruscas y los cartagineses y fenicios en el Mediterráneo de los siglos VI y V a. e. c.
© Museo Nazionale Etrusco di Villa Giulia. Archivo fotográfico. Foto de Mauro Benedetti



FIGURA 20. Benjamin West, *El juramento de Aníbal*, 1770, óleo sobre lienzo. Esta pintura recrea la famosa escena del juramento de odio eterno de Aníbal hacia los romanos alrededor del año 238 a. e. c.

© Royal Collection Enterprises Limited 2024 | Royal Collection Trust



FIGURA 21. Siclo doble cartaginés de plata con la cabeza de Melqart (anverso) y un elefante con jinete (reverso).
© The Trustees of the British Museum



FIGURA 22. La cima del paso de Traversette mirando hacia el Monviso, por donde Aníbal habría pasado con sus ejércitos, incluyendo elefantes, a principios del invierno del año 218 a. e. c.
Foto de la autora

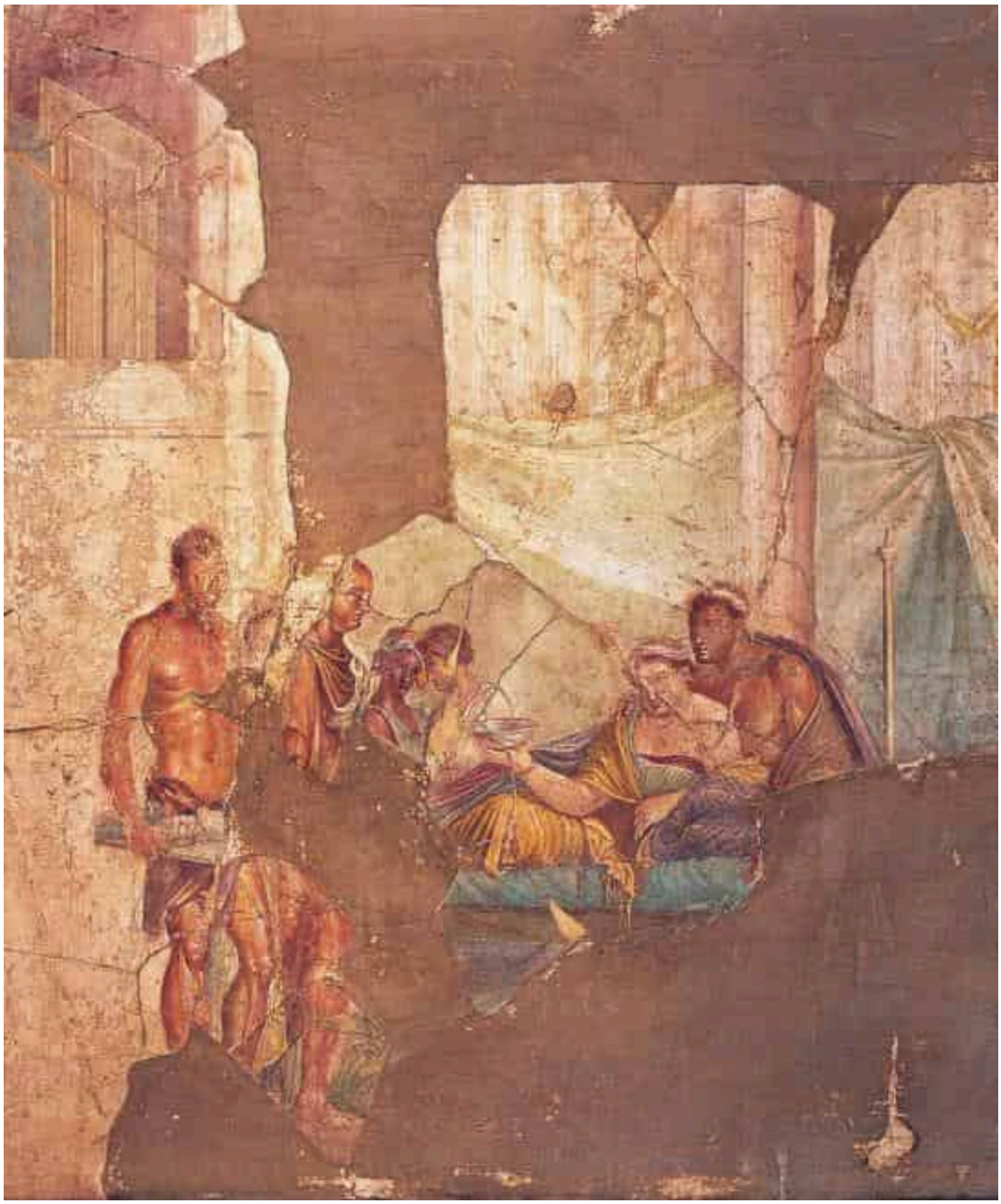


FIGURA 26. Pintura mural romana del tercer estilo pompeyano que representa el drama de «la muerte de Sofonisba», datada entre los siglos I a. e. c. y I d. e. c. Foto de Luigi Spina/Electa/Mondadori Portfolio a través de Getty Images

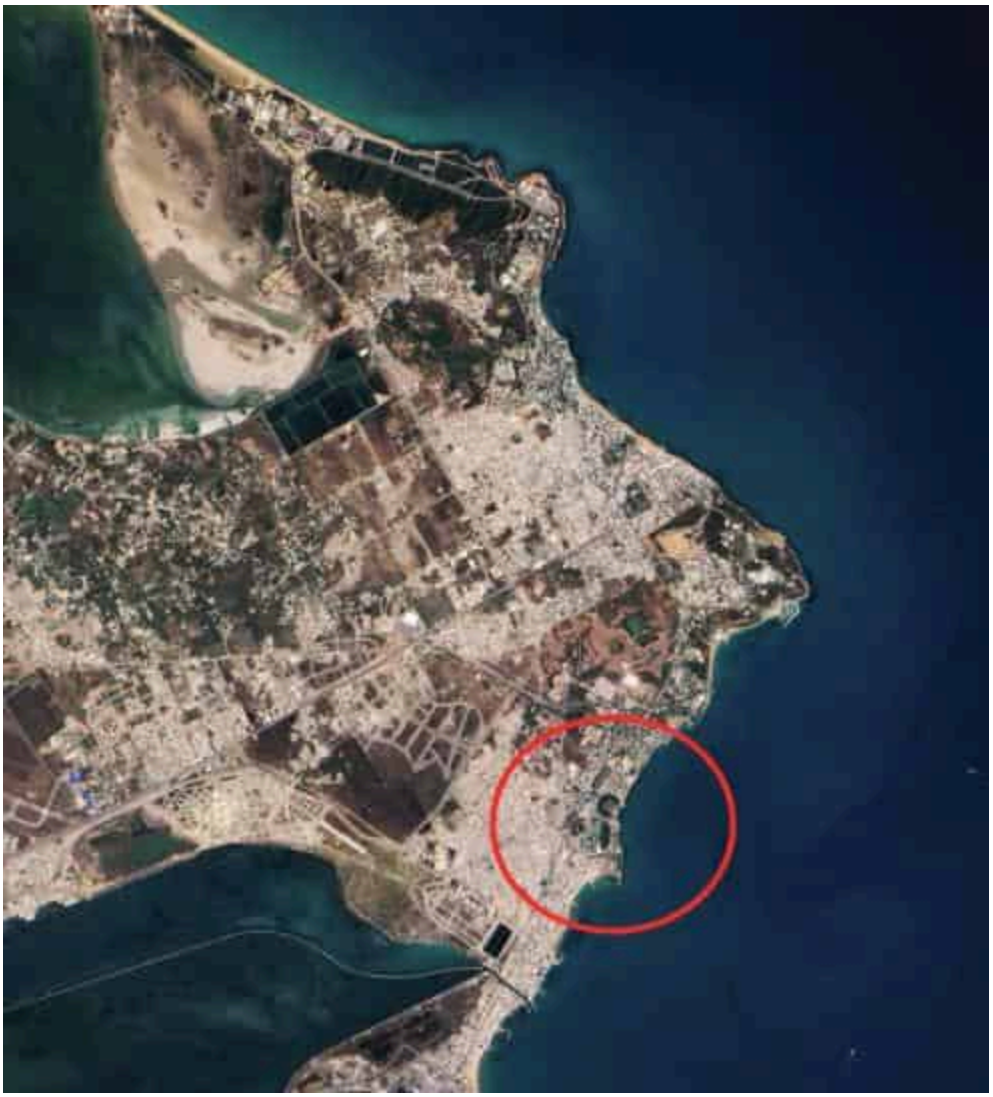


FIGURA 27. Imagen por satélite de la zona de la actual Túnez con los puertos púnicos de la antigua Cartago aún claramente visibles.
© NASA/Science Photo Library

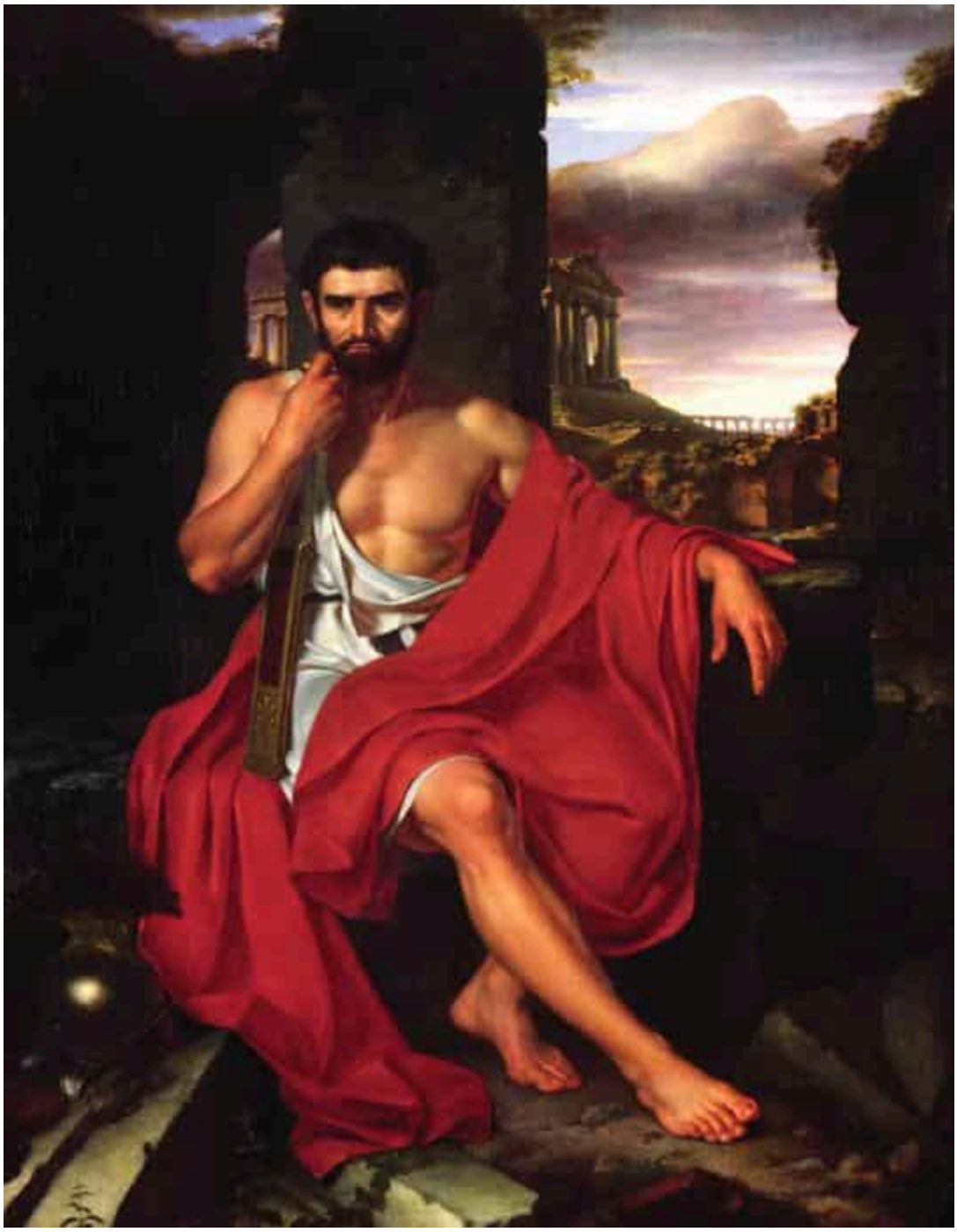
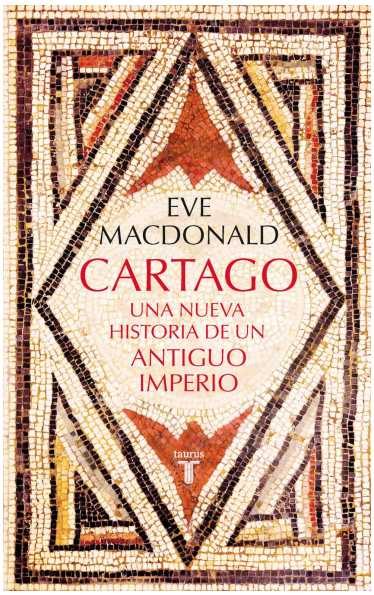


FIGURA 28. «Mario, mientras contemplaba Cartago, y Cartago mientras contemplaba a Mario, bien podrían haberse ofrecido consuelo el uno al otro». *Mario entre las ruinas de Cartago*, 1807, óleo sobre lienzo. John Vanderlyn, se basó en un pasaje del autor romano Veleyo Patérculo.

Alamy Stock Photo

La épica historia de uno de los imperios más ricos y poderosos de la Antigüedad.



La historia de Cartago suele contarse desde la mirada de quienes la destruyeron. Pero durante casi seiscientos años, esta poderosa ciudad del norte de África fue una de las civilizaciones más ricas, influyentes y temidas del Mediterráneo occidental. Hogar de figuras legendarias como Aníbal y Dido, de imponentes elefantes de guerra, de creaciones artísticas de enorme belleza y de una fuerza militar capaz de rivalizar con cualquier potencia, Cartago fue mucho más que la sombra proyectada por Roma sobre su memoria.

En este libro apasionante, la doctora Eve MacDonald reconstruye la cultura perdida de Cartago y la vida de su pueblo. Gracias a nuevos hallazgos arqueológicos y a una lectura crítica de las fuentes, MacDonald rescata del silencio la historia real tras la leyenda: un viaje que se inicia en el Levante fenicio de los inicios de la Edad de

Hierro y que se despliega a lo largo de toda la costa africana hasta el Atlántico. Su narración devuelve a Cartago el lugar que le corresponde en la historia mediterránea y muestra cómo su influencia fue decisiva para el mundo antiguo. Recuperada de los romanos, esta es la versión cartaginesa del relato. Una historia que revela una verdad incómoda: sin Cartago, nunca habría existido Roma.

La crítica ha dicho...

«Una reinterpretación brillante».
Daily Mail

«Fascinante... MacDonald escribe con claridad y franqueza, y ha producido una introducción divertida y fácilmente digerible de Cartago».
Telegraph

«¡Esto no es solo historia recuperada, es historia en su máxima expresión!».
Lloyd Llewellyn-Jones

«El análisis más exhaustivo posible de la sociedad, la política y el gobierno cartagineses. Más de dos milenios después de su destrucción, Cartago ahora tiene su *Ilíada*».
Martyn Rady

«El nuevo e importante libro de Eve MacDonald pone a Cartago, por fin, en el centro de su propia historia».

Emily Hauser

Eve MacDonald es una historiadora y arqueóloga especializada en la Antigüedad clásica y en la historia social del mundo antiguo. Formada en la Universidad de Alberta, el University College London y la Universidad de Ottawa, ha desarrollado su carrera académica en las universidades de Edimburgo, Reading y Cardiff, donde es profesora titular de Historia Antigua. Su obra más reconocida, *Hannibal: A Hellenistic Life* (Yale University Press, 2015), propone una innovadora interpretación del general cartaginés dentro del contexto cultural helenístico y ha sido elogiada como «la biografía más completa de Aníbal hasta la fecha». MacDonald ha colaborado en documentales para PBS y Channel 4 y es autora de diversos estudios sobre arqueología, poder y género en la Antigüedad.



Título original: *Carthage. A New History of an Ancient Empire*

Primera edición: marzo de 2026

© 2025, Eve MacDonald
Publicado por primera vez como Carthage en 2025 por Ebury Press, sello de Ebury Publishing.
Ebury Publishing forma parte del grupo de empresas de Penguin Random House
© 2025, Helen Stirling, por los mapas
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Abraham Gragera López, por la traducción

Adaptación de diseño original de Andrew Smith Designs: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-306-2839-1

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: taurusedítorual
X: @taurusedítorial
Instagram: @penguinlibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

INTRODUCCIÓN. LA PIRA ARDIENTE

[1] Apiano, *Guerras púnicas* 8.131; texto extraído de *Historia romana*, de Apiano, en la trad. al inglés de Horace White. Este texto se utiliza a lo largo del libro con algunas modificaciones y se cita por número de capítulo en *Guerras Púnicas* (como *Pun*.), salvo que se indique lo contrario.

[2] Para más información sobre la historia de las «Guerras Púnicas», véase Prag, 2006; también, con una perspectiva más general, los diversos artículos de Quinn y Vela, 2014, y de van Dommelen, 2014.

[3] Véase Biggs, 2020, sobre la poética de la Primera Guerra Púnica y su papel fundamental en la literatura latina.

[4] Existen numerosas historias de Cartago escritas en muchos idiomas: en inglés, véase la de Miles, 2010; también sigue siendo excelente la de Lancel, 1995a; todos los libros de Dexter Hoyos que figuran en la bibliografía ofrecen una amplia cobertura de temas clave; Melliti, 2016, y Fantar, 2000, proporcionan magníficas panorámicas en francés. Los ensayos de Docter *et al*., 2015, ofrecen una estupenda visión general de la amplia gama de material disponible para estudiar Cartago.

1. LOS HIJOS DE FÉNIX

[1] Traducción adaptada de Williams, 1910.

[2] Véase Giusti, 2018, sobre la Dido de Virgilio, y también Biggs, 2020, sobre el papel de Nevio y Ennio en la creación del mito.

[3] Justino, en *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*, 18.4-6, conserva este relato (citado a continuación como Justino, *Ep*. + pasaje).

[4] Apiano, *Pun*. 1.1.

[5] Existen otras versiones de la historia del siglo IV (véase FGrH 566 F47) que nombran a dos tirios, Azoros y Karkedón, como los fundadores que también

aparecen en *Pun*. 1.1; véase Dridi, 2019.

[6] Véase López-Ruiz, 2021, pp. 36-37.

[7] Véase Álvarez Martí-Aguilar, 2017, sobre las conexiones entre Tiro, Cartago y Gadir/Cádiz.

[8] Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*, 4.2.2.

[9] Es posible que Citio, en Chipre, llevara el mismo nombre; LópezRuiz, 2021, p. 156. Para una versión alternativa de la historia de Tiro y una contextualización más equilibrada de las fuentes, véase Schmitt, 2024.

[10] Véase Cardoso *et al*., 2016, para más detalles sobre el banquete y los restos animales. Las fuentes antiguas sobre la fundación de Útica son Plinio, *Historia natural*, 16, 216; Veleyo Patérculo, 1.2.4; Silio Itálico, 3.241; véase Weech *et al*., 2016, para la historia y el contexto de Útica.

[11] Véase López Castro *et al*., 2020, para investigaciones recientes sobre Útica y sus conexiones arcaicas.

[12] Justino, *Ep*.18.5.

[13] Véase Lipiński 2004; Aounallah y Trannoy, 2018.

[14] Livio, *Ab urbe condita*, 1.57.

[15] Véase Giusti, 2018, sobre el relato de Virgilio y el drama de la narración, y su significado.

[16] Docter *et al*., 2005.

[17] Polibio, *Historias*, 1.73.3-6 (citado a continuación como Polibio + pasaje).

[18] Véase Katz, 2008, sobre las conexiones de Uluburun y Tiro.

[19] Referencias de la *Ilíada*, 9.168, 432; y 14.321.

[20] Véase *Ezequiel* 27:12.

[21] Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, 5.19-20 (citado a continuación como Diodoro Sículo + pasaje).

[22] Heródoto, *Historias*, 5.58 (citado a continuación como Heródoto + pasaje). Para una opinión alternativa, véase Waal, 2022.

[23] Homero, *Ilíada*, 11.632-7. En la copa se utiliza el alfabeto griego eubeo. Véase Gaunt, 2017, sobre la copa de Néstor y su recepción a lo largo del tiempo.

[1] Descripción procedente de Gauckler, 1915, p. 398, con traducción adaptada por Lancel, 1995a, p. 77, quien señala con una sonrisa que el propio Flaubert no podría haberlo descrito mejor.

[2] Para el signo temprano de Tanit en Megido, véase Arie, 2017.

[3] Relacionado, quizá, con la deidad mencionada en *Éxodo* 14:2-4.

[4] Inscripción encontrada en Marsella que, se cree, proviene de Cartago, catalogada como KAI 69 (CIS 1.165).

[5] Traducción aquí de Lupu, 2005, Apéndice A, KAI 69 (CIS 1.165).

[6] 2 *Reyes* 23:10; *Jeremías* 7:31.

[7] La mayoría de estas máscaras no se encontraron *in situ*, por lo que es difícil evaluar el alcance de su significado; sí aparecen *in situ* en los yacimientos del *tofet* de Motia, Sicilia, y Sulci, Cerdeña.

[8] Melchiorri, 2023, 268, para una figura similar de Motia.

[9] Véase Quinn y Vella, 2014. Existe una amplia bibliografía al respecto; para excavaciones recientes, véase Ben Jerbania *et al*., 2020, y también McCarty, 2019; Xella, 2013; Quinn, 2011; Bonnet, 2011.

[10] Para el análisis metalúrgico, véase Kaufman *et al*., 2016, sobre los resultados de las excavaciones en Bir Massouda.

[11] Justino, *Ep.* 18-19.

[12] La fecha y lectura proceden de Hoyos, 2010, p. 26.

[13] Véase Verhelst, 2021, para una visión reciente de los sufetes.

[14] O, como sostiene Devillers, 2000, basándose en Justino, eran los Hannónidas y no los Magónidas.

[15] Aristóteles, *Política*, 2.1273a-b.

[16] Las numerosas obras de Dexter Hoyos sobre Cartago, especialmente *Carthage: A Biography* y *The Carthaginians*, cuentan en detalle lo que se sabe sobre las funciones gubernamentales.

[17] Aquí se parte de la hipótesis basada en las fundaciones coloniales romanas posteriores, y hay pocas pruebas que demuestren este punto.

[18] Véase Krings, 2008, sobre la importancia agrícola de Cartago en las fuentes romanas; Bechtold y Docter, 2010, registraron entre el 80 y el 85 % de los tejidos

locales y regionales en los primeros contextos estratificados (siglos VII-V a. e. c.) de Cartago.

3. MÁS ALLÁ DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

[1] La fecha original es objeto de debate; yo me inclino por el siglo V a. e. c., pero para un análisis de las diferentes fechas preferidas por distintos estudiosos, véase Mederos Martín, 2015. Las estimaciones oscilan entre finales del siglo VI y principios del III a. e. c.

[2] Los dos manuscritos son el *Palatinus Graecus* 398, que se encuentra actualmente en Heidelberg, y el *Vatopedinus* 655, que se encuentra en el Museo Británico y en la Bibliothèque Nationale de París. Las traducciones están disponibles en línea, en Internet Archive (utilizadas aquí junto con las citadas en la nota 53, más abajo). Plinio, *Historia natural*, 2.169a; Arriano, *Índica*, 43.11-12; posiblemente Heródoto 4.196 y ss. también se refiera a estos acontecimientos.

[3] Véase Cunliffe, 2023, para un examen actualizado del texto en el contexto de África en el mundo antiguo.

[4] Heródoto 4.42.6, trad. inglesa de A. D. Godley.

[5] Véase Rollinger, 2023, para una excelente contextualización del mundo persa aqueménida en torno del cual gira esta historia.

[6] Heródoto 4.42.4.

[7] El mapa puede consultarse en el sitio web Digital Maps of the Ancient World: <https://digitalmapsoftheancientworld.com/an cient-maps/ptolemys-map/>.

[8] Rollinger, 2023.

[9] Se puede leer una versión en línea del texto aquí: <https://livius. org/articles/person/hanno-1-the-navigator/hanno-1-the-naviga tor-2/>. El número de barcos es sin duda exagerado. Para libiofenicios, véase la Introducción.

[10] Liverani, 2000, y Lancel, 1992, exponen claramente los detalles; véase también Harrison, 2022. Heródoto 4.196 (la traducción se ha adaptado de De Selincourt).

[11] Dado que no hay acuerdo entre los estudiosos modernos sobre la interpretación de todas las variantes del documento, esta es una versión que

adopta un enfoque literal del alcance del viaje y su propósito. Algunos estudiosos sostienen que todo ello no es más que un ejercicio literario, mientras que Mederos Martin, 2015, defiende que se trata de una expedición a las islas Canarias. La palabra «gorila», utilizada aquí para referirse a los grandes primates del mismo nombre, entra en el vocabulario griego mucho más tarde; no sabemos qué término utilizaban los cartagineses en el original.

[12] Plinio, *Historia natural*, 6.198-205.

[13] Véase Melliti, 2016, pp. 65-76, sobre Cartago como ciudad africana.

[14] Diodoro Sículo 5.16.

[15] Traducción de Heródoto adaptada aquí de Godley.

[16] Para Cadmo y los vínculos con los fenicios, véase Waal, 2022.

[17] Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, 1.13.6 y todas las referencias posteriores a Tucídides del mismo texto.

[18] O tal vez la alianza era más amplia y abarcaba las ciudades-Estado fenicias occidentales, en lugar de limitarse a Cartago.

[19] Véase Camporeale, 2016, sobre los etruscos en el Mediterráneo y el contexto de la *tessera hospitalis*; y una variante de traducción de Naso, 2006, p. 190, que lee «Pertenezco a Piunel, el cartaginés».

[20] Polibio 3.22-7.

[21] Para la investigación sobre Roma e Italia en el periodo temprano, véase Bradley, 2020. Sobre los tratados, véase Serrati, 2006, para un análisis completo.

[22] Polibio 3.23.

[23] Salustio, *La guerra de Yugurta*, 79.

[24] Estrabón, *Geografía*, 3.5.5; Plinio, *Historia natural*, 5.28.2.

[25] Aquí se adopta la interpretación reciente de Quinn, 2019a, sobre los altares de los hermanos Filenos.

4. LA ISLA DE LAS TRES CARAS

[1] Hay variaciones en el relato, y el número de semillas o los meses transcurridos cambian, pero la esencia sigue siendo la misma.

[2] La fascinante historia de Diodoro Sículo (4.23.1-3) sobre Heracles luchando contra el rey siciliano Eryx por el dominio de este lugar y el sincretismo de la figura Melqart/Heracles no hace sino enriquecer el relato de historias locales y más amplias que se entremezclan.

[3] Tucídides 6.46.

[4] El mapa muestra la ubicación actual; desde su ocupación en la Antigüedad, ha habido relleno de tierras y crecidas del nivel del mar.

[5] Tucídides 6.2.

[6] Véase Bechtold, 2022, y Bechtold y Docter, 2010, sobre los restos cerámicos de Cartago en Sicilia.

[7] Véase Visonà, 2018, sobre la acuñación temprana de monedas cartaginesas.

[8] Véase Prag, 2010, especialmente sobre el uso de la historia en la política siracusana.

[9] Heródoto, véase la nota 10, p. 306, 7.165-7.

[10] Según se cuenta en Diodoro Sículo 11.4 y ss.

[11] Véase Diodoro Sículo 11.24. El relato de Heródoto parece confundir a Amílcar con las celebraciones del rito anual de Melqart, o con los relatos cartagineses que narraban su suicidio ante el desastre militar.

[12] Diodoro Sículo 11.1; Heródoto 7.165-7.

[13] Véase más en Rood, 2018.

[14] Los resultados fueron publicados por Reitsema *et al*., 2022, y Viva, 2020.

[15] Diodoro Sículo 11.72.3.

[16] Pilkington, 2019, sobre el imperialismo cartaginés a partir de fuentes cartaginesas, ofrece un útil cambio de perspectiva al respecto.

[17] Tucídides 6.88.6, 6.34.2.

[18] Véase Pilkington, 2019, pp. 150-153.

[19] Se analiza en detalle en Pilkington, 2019, pp. 150-154.

[20] Diodoro Sículo 14.48.2-14.50.4.

[21] Pilkington, 2019, p. 155, discute este punto.

[22] Para las sibilas en el contexto griego, véase Ustinova, 2009, pp. 156176.

[1] La mejor fuente directa es Diodoro Sículo 19.5-31.17, que se basa, sobre todo, en la historia, ahora fragmentaria, de Timeo de Tauromenio (Taormina), quien odiaba a Agatocles y cuyos prejuicios están sin duda presentes en esta versión; también es clave Justino, *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo*, ambos utilizados ampliamente aquí.

[2] Para una nueva historia de Agatocles y su época, véase de Lisle, 2021 (pp. 201-228 para Agatocles y Cartago); Justino, *Ep.* 179 para la cita sobre Agatocles.

[3] Plutarco, *Vida de Timoleón*, 1.

[4] Menandro, *Aspis*, 1.34-7.

[5] Diodoro Sículo 18.10.1.

[6] Ibíd.

[7] Véase Prag, 2010, sobre los déspotas sicilianos que utilizaron Cartago como contrapunto para su ambiciosa expansión.

[8] Justino, *Ep.* 21.6.1-7.

[9] Diodoro Sículo 18.4.4; Justino, *Ep.* 21.6.1-7. Es probable que estas fuentes intentaran dar a los acontecimientos del Mediterráneo occidental y las conquistas romanas la misma importancia que a los de Alejandro.

[10] Justino, *Ep.* 21.6.7.

[11] Justino, *Ep.* 22.6.

[12] Diodoro Sículo 20.8.3-4.

[13] Recogido por Justino, *Ep.* 2-3.

[14] Diodoro Sículo 20.14.4-7.

[15] Diodoro Sículo 20.5-69; Justino, *Ep.* 22-3.

[16] Plutarco, *Pirro*, 9-10; Diodoro Sículo 21.4, 22.8.2. Véase Carney, 2011, para más información sobre las primeras reinas helenísticas.

[17] Véase Lomas, 2016, para un buen resumen de lo que fue Tarento, en el *Oxford Classical Dictionary*.

[18] Justino, *Ep.* 18.1.

[19] Estrabón, *Geografía*, 16.2.10. Para un análisis en profundidad del dominio seléucida, su ideología y el papel de los elefantes, véase Kosmin, 2014.

[20] Justino, *Ep.* 18.1

[1] Véase van Regenmortel, 2024, sobre los salarios de los soldados y el impacto económico; Teócrito, *Idilio*, 14, 58-9; y sobre los altos salarios ofrecidos por Cartago, véase Diodoro Sículo 16.81.4.

[2] Polibio 1.5.1.

[3] Polibio 1.16.

[4] Polibio 1.3.7.

[5] Véase De Ligt, 2012, y Erdkamp, 2011, para estudios sobre la mano de obra en este periodo.

[6] Véase Rankov, 2011, para un desglose de estos.

[7] Tucídides 6.4.4.

[8] Polibio 1.17.4-5.

[9] Diodoro Sículo 23.9.1; podríamos desconfiar de esta historia, ya que el propio Diodoro Sículo 13.19.4 presenta un relato muy similar a este sobre el saqueo cartaginés de la misma ciudad en 405.

[10] Polibio 1.20.1-2.

[11] Polibio 1.20.1-9.

[12] Su barco gemelo fue enterrado de nuevo para su conservación. Véase Frost, 1981, para el informe de la excavación; también hay excelentes archivos y material visual disponibles en la página web de la Fundación Honor Frost <https://honorfrostfoundation.org/ the-punic-ship-of-marsala/>.

[13] Sobre la Armada cartaginesa, véase Rawlings, 2010.

[14] Steinby, 2007, sobre los romanos y su experiencia naval.

[15] Polibio 1.20.15.

[16] Polibio 1.20.9.

[17] Polibio 1.25 y ss. para más detalles. Sobre las cifras, véase Hoyos, 2015, pp. 45-47 sobre las cifras.

[18] Diodoro, 19.106.3.

[19] Valerio Máximo 6.6.2 y Dion Casio 11, frag. 43.21a.

[20] Polibio 1.29.5-6.

[21] Polibio 1.29.9.

[22] Polibio 1.30.4-15.

[23] Polibio 1.31.7-8.

[24] Polibio 1.33.5.

[25] Polibio 1.36.5.

[26] Polibio 1.38.6.

[27] Diodoro 24.12; para más detalles sobre la muerte, véase Horacio, *Odas*, 3.5; Apiano, *Historia romana*, *Pun*. 4 y *Sicilia*, 2.1. Véase Lazenby, 1996a, p. 122, sobre Régulo.

[28] Polibio 1.46.4-13. ¿Está emparentado con Amílcar el Rodio, mencionado en el capítulo 5? Es probable, pero no lo sabemos.

[29] Polibio 1.57.1.

7. LA GUERRA DE LOS MERCENARIOS

[1] Véase Maraoui Telmini, 2011, para referencias y para tener en cuenta que la mayor parte de las pruebas no proceden de la propia Cartago, sino de otros yacimientos del norte de África supervivientes de la carnicería final que redujo la ciudad a cenizas.

[2] Las túnicas largas y las orejas perforadas aparecen en Plauto, *El astuto cartaginés*, y la circuncisión en un comentario casual del griego Aristófanes sobre los fenicios; para las gachas, véase Catón, *De Agricultura*, 85, y Plauto, *Mostellaria*, 828.

[3] Véase Hill, 2020, sobre la conexión con Barce.

[4] Polibio 1.55.7-10, 1.58.2-3.

[5] Apiano, *Historia romana*, Sic. 5.1.

[6] Polibio 1.58.9.

[7] Polibio 1.61.5-6.

[8] Apiano, *Historia romana*, Sic. 2.1.

[9] Polibio 1.66.1.

[10] Polibio 1.66.6-67.7.

[11] Plinio, *Historia natural*, 5.24.

[12] Hoyos, 2007, p. 39, para el cálculo del valor de la moneda.

[13] Polibio 1.68.12; Apiano, *Iberica*, 4.

[14] Polibio 1.67.10-11.

[15] Polibio 1.70.6-71.2.

[16] Polibio 1.74.9.

[17] Polibio 1.74.2-4.

[18] Polibio 1.75-6.

[19] Polibio 1.78.9-15.

[20] Diodoro Sículo 20.3.3.

[21] Polibio 1.79.4.

[22] Polibio 1.83.1-5.

[23] Eutropio 2.27 y Valerio Máximo 5.1.1 proporcionan los detalles; no así Polibio.

[24] El romano Livio, cuya historia aparece a partir de ahora en la narración de los hechos, afirma que fueron cinco años, *Ab urbe condita*, 21.2.1; véase también Diodoro Sículo 25.5.6.

[25] Livio 21.1: todas las citas de Livio que aparecen a continuación proceden de su *Ab urbe condita* (adaptadas de la traducción de Yardley, *Hannibal's War*), salvo que se indique lo contrario y se cite a Livio, además de los números de libro y capítulo.

[26] Polibio 1.65.6.

8. EL ENEMIGO IMPLACABLE DE ROMA

[1] Estrabón, *Geografía*, 3.5.5.

[2] Hércules Gaditano, como se conocía a la deidad en el mundo romano; las fuentes antiguas siguen mencionando el templo de Cádiz hasta el siglo v.

[3] Estrabón, *Geografía*, 3.5.5.

[4] Véase Fear, 1991, para más detalles sobre las fuentes.

[5] Justino, *Ep*. 44.5.1-4.

[6] La palabra latina en Justino, *Ep.* 44.5.1-4 es *consanguineis*, que implica parentesco, parientes consanguíneos o familia. Véase Álvarez Martí-Aguilar, 2017, para una evaluación completa y reciente del pasaje y su significado.

[7] Debate y fuentes completas en Álvarez Martí-Aguilar, 2017, p. 126.

[8] Para conocer los hechos, véase Livio 21.1; Polibio 3.11.5-7. Para más detalles, véase MacDonald, 2015.

[9] Valerio Máximo 9.3.2.

[10] Cornelio Nepote, *Amílcar*, 4.1 (todas las referencias a Nepote se encuentran en *Vidas de los hombres ilustres*); Diodoro Sículo 25.12.

[11] Diodoro Sículo 25.10.1-3.

[12] Diodoro Sículo 25.10.3.

[13] Álvarez Martí-Aguilar, 2017.

[14] Dion Casio, frag. 48.

[15] Diodoro Sículo 25.10.3.

[16] Livio 21.1.1; Diodoro Sículo 25.10.4; Polibio 2.1.8; Cornelio Nepote, *Amílcar*, 4.2.

[17] Seibert, 1993a.

[18] Ya he escrito en otra ocasión acerca de las fascinantes opiniones de Sigmund Freud sobre la relación entre Amílcar y Aníbal, véase MacDonald, 2015, pp. 43-44.

[19] Cornelio Nepote, *Amílcar*, 3.3; Livio 21.2.4.

[20] Livio 21.4.2-5.

[21] Livio 21.4.2-10.

[22] Sobre el matrimonio de Asdrúbal, véase Diodoro Sículo 25.12; Polibio 3.8.1-5.

[23] Polibio 2.13.3-7.

[24] Zonaras 8.21; Cornelio Nepote, *Aníbal*, 13.3.

[25] Polibio 3.13.4-8 para la primera parte del reinado de Aníbal.

[26] Polibio 3.14.2-10.

[27] Livio 21.6.3-6.

[28] Polibio 3.15.8.Tanto Eckstein, 1984, como Erdkamp, 2009, ofrecen análisis completos; véase también Hoyos, 1998.

[29] Polibio 3.30.1.

[30] Polibio 3.17.9 y Livio 21.15.3 y ss. cubren los acontecimientos con cierto detalle.

[31] Silio Itálico, *Punica*, 1.271-2; Livio 21.8.10-12, 21.11.3-5.

[1] Polibio 2.20.5.

[2] Arriano, *Anábasis*, 5.26

[3] Livio 21.17.1-9.

[4] Polibio 3.20.1-7.

[5] Dion Casio 13.54.5.

[6] Plutarco, *Pirro*, 19.

[7] Livio 22.33.1.

[8] Polibio 3.33.5-16.

[9] Polibio 11.19.4.

[10] Polibio 3.39; Livio 21.4.5-8.

[11] Polibio 3.35.6.

[12] Esta es la velocidad de un soldado de infantería pesada, basada en los cálculos y la investigación de Anthony Curtis para su doctorado (de próxima publicación, 2026), que compartió conmigo en numerosas conversaciones. El de Lazenby, 1998, sigue siendo uno de los mejores enfoques, de él procede el itinerario seguido aquí.

[13] Polibio 3.42.1-4.

[14] En Charles, 2020, se incluye una discusión reciente con un análisis completo.

[15] En O'Bryhim, 1991, pp. 121-124, se ofrece un buen análisis de la viabilidad de los relatos antiguos.

[16] Amplia bibliografía en Mahaney *et al*., 2017; véase también Kuhle y Kuhle, 2012, para una opinión alternativa con referencias.

[17] La historia incluye la tala de árboles, lo cual es muy improbable, ya que se habrían encontrado por encima de la línea del bosque. Livio 21.37.2-4.

[18] Según las mediciones de Polibio 3.39, Lazenby, 1998, ofrece un relato excelente y detallado del momento y la distancia.

[19] Polibio 3.56.4; Livio 21.38.5.

[20] Las opiniones de Napoleón sobre Aníbal se pueden encontrar en Plon y Dumaine (eds.), vol. 29, pp. 88 y ss., y vol. 32, p. 307.

[21] Polibio 3.47.6-9.

[22] Livio 21.41.7.

[23] Polibio 3.66.10-67.3.

[24] Polibio 3.77.3-7.

[25] Polibio 3.75.5; Livio 22.1.1-4.

[26] Juvenal, *Sátiras*, 10.158.

[27] Para las cifras, véase Livio 22.36.1-2 y Polibio 3.109.4.

[28] Livio 22.49.15-18.

10. EL VICTORIOSO SIN VICTORIA

[1] Livio 22.51.5-52.4.

[2] Procede de Livio (22.57.6), y los registros romanos de esta costumbre específica de sacrificio humano, de galos y griegos, recogida en otras dos ocasiones en la República (en 228 y 114-113 a. e. c.). La práctica fue finalmente prohibida por un decreto senatorial en el 97 a. e. c. (Plinio, *Historia natural*, 30.12).

[3] Ennio, *Anales*, frag. 31.493.

[4] Livio 23.11.7-12.

[5] Livio 23.13.7-8.

[6] Livio 23.33-4 y Polibio 7.9 describen con detalle los acontecimientos del tratado. La primera guerra macedónica se libraría en 206-205 a. e. c., mientras la guerra con Cartago seguía en curso.

[7] Diodoro Sículo 14.18.4-8.

[8] Plutarco, *Marcelo*, 15.1-17.4; Polibio 8.7.9; Livio 24.34.16.

[9] Estrabón, *Geografía*, 7.2.4.

[10] Livio 25.31.9 sobre la muerte de Arquímedes; hay versiones en Valerio Máximo 9 y Cicerón, *De Finibus*, 5.50. Plutarco, *Marcelo*, 19.4-6 ofrece un relato similar, pero ligeramente diferente, en el que Arquímedes se negó a ir con Marcelo hasta que no hubiera terminado la ecuación en la que estaba trabajando.

[11] Véase Livio 38.43.9-10 sobre el saqueo de Siracusa.

[12] Livio 27.4.8.

[13] Apiano, *Pun*. 67-73.

[14] Véase Valerio Máximo 9.3 ext. 2; Silio Itálico, *Punica*, 7.106; Cicerón, *Pro Balbo*, 34.

[15] Livio 25.32.1-2.

[16] Livio 25.32.9.

[17] Polibio 10.36.3.

[18] Livio 26.47.1-2.

[19] Véase el relato completo en Bellón *et al*., 2016, pp. 73-104.

[20] Polibio 10.38.7-10.

[21] Para el cruce, véase Livio 27.39.7; Polibio 11.1.1.

[22] Livio 27.49.5.

[23] Livio 28.35.11.

11. SE CIERRA EL CÍRCULO

[1] Apiano, *Pun*. 27.

[2] Livio 29.23.1-5.

[3] Livio 29.30-33.

[4] Livio 29.27-9.

[5] Por ejemplo, véase Livio 30.3.4-5.

[6] Livio 30.3-6.

[7] Ovidio, *Fastos*, 6.769.

[8] Véase Livio 30.13.1-15.8 para esta dramática escena.

[9] Livio 30.16.10-13.

[10] Livio 30.23.8; Polibio 15.1.3-4; Dion Casio 17.74.

[11] Polibio 15.3.4; Livio 30.30.11.

[12] Polibio 15.10-11.

[13] Polibio 15.13-14.

[14] Polibio 15.18.1-2; Livio 30.37.2.

[15] Apiano, *Pun*. 9.66.

[16] Apiano, *Pun*. 14.96.

[17] Véase Delile *et al*., 2019, para la publicación de las pruebas sobre la extracción de minerales metalíferos.

[18] Livio 32.2.1-2.

[19] Para los acontecimientos que condujeron al exilio de Aníbal, véase Livio 33.47-9; Cornelio Nepote, *Aníbal*, 7; Justino, *Ep.* 31.1-2.

[20] Plauto, *Mostellaria*, 828.

[21] Livio 27.16.5.

12. Y EL COMANDANTE LLORÓ

[1] Plutarco, *Catón el viejo*, 27.1; gran parte del resto de este capítulo se basa enteramente en los acontecimientos descritos por Apiano y conservados en su *Historia romana*. He citado los pasajes al final de cada párrafo y he utilizado citas directas en algunos casos. Se puede leer una versión en línea: <www.livius.org/sources/content/ appian/appian-the-punic-wars/>.

[2] Apiano, *Pun*. 10.69-71.

[3] Apiano, *Pun*. 11.78 registra el lugar, pero se desconoce su ubicación.

[4] Apiano, *Pun*. 15.101-4.

[5] Apiano, *Pun*. 16.105-11.

[6] Apiano, *Pun*. 19.127-32.

[7] Apiano, *Pun*. 22.133-6.

[8] La *Lex Villia Annalis* (Livio 40.44.1) del 180 a. e. c. regulaba la edad mínima para ocupar cargos políticos a lo largo de las etapas del *cursus honorum*. Véase Beck, 2005, pp. 51-60.

[9] Apiano, *Pun*. 17.115.

[10] Apiano, *Pun*. 18.123.

[11] Apiano, *Pun*. 19.129.

[12] Llamado templo de Esculapio en Apiano, *Pun*. 19.130, la deidad griega que se considera equivalente a la figura de Eshmún en el panteón púnico.

[13] Paráfrasis de Apiano, *Pun*. 19.132, quien lo expresó tan bien como es posible hacerlo.

[1] Traducción inglesa de A.S. Kline © 2002.

[2] Giusti, 2018, analiza estos puntos en detalle y así como la feminización de Cartago para el lector romano.

[3] Véase Quinn, 2017.

[4] La famosa historia de que la tierra de Cartago fue sembrada de sal es un añadido moderno. Véase Ridley, 1986, que investiga los hechos; Cicerón, *De Lege Agraria*, 1.5 y 2.51; Apiano, *Pun*. 8.135 y *Guerras civiles*, 1.24.

[5] Polibio 36.7.

[6] Véase Apiano, *Pun*. 20.136; Livio, *Epítome*, 60; Plutarco, *Cayo Graco*, 11. La *Lex Agraria* en 111 a. C., FIRA I. 102-121.

[7] Sobre Mario entre las ruinas, véase Veleyo Patérculo 2.19.4 y Plutarco, *Mario*, 40.

[8] Véase Plutarco, *Pompeyo*, 11-13; Apiano, *Guerras civiles*, 1.80.

[9] Cicerón, *De Lege Agraria*, 1.5 y 2.51, menciona el intento de Rulo de fundar una colonia en el 63 a. e. c.

[10] Apiano, *Pun*. 20.136.

[11] Para Dion Casio, véase 52.43.1 y 43.50.5; Plinio, *Historia natural*, 5.24.

[12] Véase Hurst, 1999.

[13] Apuleyo, *Apología*, 98.8; véase Harrison, S., 2012.

[14] Estacio, *Silvas*, 4.5.

[15] Véase Moscovich, 1990, sobre el interés de los Severos por Aníbal y, para comentarios bizantinos sobre la tumba, véase Johannes Tzetses, *Chiliades*, 1.789.

[16] Para una visión reciente de este tema, véase Lange, 2024.

1. Cartago. Una nueva historia de un antiguo imperio
2. Introducción.
3. 1. Los hijos de Fénix
4. 2. El signo de Tanit
5. 3. Más allá de las columnas de Hércules
6. 4. La isla de las tres caras
7. 5. La era de los señores de la guerra
8. 6. El combate de boxeo
9. 7. La guerra de los mercenarios
10. 8. El enemigo implacable de Roma
11. 9. A lomos de su bestia mauritana
12. 10. El victorioso sin victoria
13. 11. Se cierra el círculo
14. 12. Y el comandante lloró
15. 13. Que no haya amor ni pactos
16. Bibliografía
17. Agradecimientos
18. Sobre este libro
19. Sobre Eve McDonald
20. Créditos
21. Notas

Índice

Cartago. Una nueva historia de un antiguo imperio

Introducción.

1. Los hijos de Fénix

2. El signo de Tanit

3. Más allá de las columnas de Hércules

4. La isla de las tres caras

5. La era de los señores de la guerra

6. El combate de boxeo

7. La guerra de los mercenarios

8. El enemigo implacable de Roma

9. A lomos de su bestia mauritana

10. El victorioso sin victoria

11. Se cierra el círculo

12. Y el comandante lloró

13. Que no haya amor ni pactos

Bibliografía

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Eve McDonald

Créditos

Notas